EL TIRANO DE MIS PESADILLAS

HOLLYWOOD



LESLIE NORTH

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

LOS HERMANOS LOCKHART

El jefe al que odio

El tirano de mis pesadillas

El gruñón más insoportable

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descriptos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, FEBRERO 2026
Copyright © 2026 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Traducción de: María Elena Gil Alegría

www.relaypub.com



EL TIRANO
DE MIS PESADILLAS

SINOPSIS

Una mezcla de *Cariño, cuanto te odio* y *Cualquiera menos tú*, pero en esta historia, ella es diseñadora de ropa, él es el hombre más problemático de Hollywood, y un incidente con unos gemelos acaba dando pie a un compromiso falso, en el que los sentimientos son reales y no hay plan de escapatoria.

Genial, estoy comprometida… con el tío más imbécil de Hollywood.

Si Finn Lockhart hubiera sido una de esas personas que preguntan en internet si son un capullo, la respuesta habría sido un sí rotundo.

¿Que por qué me he comprometido con un hombre al que no aguanto? Es una historia curiosa. Yo trabajo para Finn, soy la diseñadora de vestuario en su última película. Un día, durante el rodaje, se me cayó una caja de gemelos. Finn se agachó para ayudarme, un periodista nos hizo una foto y… El compromiso está servido.

La noticia corre como la pólvora y, de repente, el soltero más conocido y atractivo de Hollywood ha dejado de estar disponible. Ah, y su equipo de relaciones públicas está obsesionado con la historia.

Finn está estresado con la película, y yo no voy a ser responsable de que la producción se vaya al traste, así que tengo que seguir el juego. Me mudo a su lujosísimo ático, donde aguanto las malas caras que me pone su gato desde el alféizar de mármol.

Evidentemente, el desprecio y el mal humor son cosa de familia.

Pero yo sé cómo termina esta historia. Los hombres como Finn no se enamoran, y mucho menos, de mujeres como yo.

Pero, entonces, sus labios se apoderan de los míos y, de repente, fingir es lo más peligroso que he hecho en mi vida.

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer "El tirano de mis pesadillas"
(Los Hermanos Lockhart Libro 2)

Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.
www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

1. Sierra
2. Finn
3. Sierra
4. Sierra
5. Finn
6. Finn
7. Sierra
8. Finn
9. Sierra
10. Finn
11. Finn
12. Sierra
13. Sierra
14. Finn
15. Sierra
16. Sierra
17. Finn
18. Sierra
19. Sierra
20. Finn
21. Sierra
22. Sierra
23. Finn
24. Sierra
25. Finn
26. Sierra
27. Finn
28. Sierra
29. Finn
30. Sierra
31. Finn
32. Sierra

33. Finn
34. Sierra
35. Finn
36. Finn
37. Sierra
38. Sierra
39. Finn

Fin de El tirano de mis pesadillas
¡Gracias!
Cómo alegrarle el día a una autora
Acerca de Leslie
Adelanto: El gruñón más insoportable
Otros títulos de Leslie

1

SIERRA

Siempre había creído que caer muy bajo tendría algo que ver con el tequila y un corte de pelo espantoso. No pensé que implicaría sudar el sujetador bajo una blusa de poliéster mientras mi madre y yo discutíamos sobre los méritos de la organza.

Miré con anhelo los bonitos rollos de tela de lino situados en la estantería que tenía al lado, y me imaginé envuelta en un tejido ligero, transpirable, que absorbiera la humedad…

—Sierra, ¿me estás escuchando?

—Sí, aquí estoy —contesté, acercándome el teléfono a la oreja mientras una gota de sudor me recorría la espalda.

¡*Uf, qué asco*!

En general, me encantaba estar a cargo de Puntadas, una diminuta tienda de telas en Burbank, en las pausas entre un proyecto y otro, pero aquel día parecía que el local intentaba acabar conmigo. Habría dado mis tijeras favoritas por que funcionara el aire acondicionado.

—Me imagino muchas capas —estaba diciendo mi madre—. ¡Volumen!

—Volumen —repetí, sin apenas prestar atención.

Aquel día de junio, más caluroso de lo habitual, había envuelto la ciudad en un horrible calor húmedo, y la tienda se había convertido en un infierno.

¿Estaba incómoda? Sí. ¿Sudaba por sitios en los que no sabía que se pudiera sudar? También. Y ¿estaba contando los minutos hasta que acabara mi turno? ¡Pues claro, maldita sea!

—¿Qué te parece si añadimos organza?

Aquello me devolvió al planeta Tierra.

—¿Organza? *Vaya…* Bueno…

—Creo que le aportará ese algo extra que buscamos.

Hice una mueca, y cogí la lata de RevX que tenía en el mostrador. Vacía. Y, diablos, ya no me quedaban más.

Me encantaba ser diseñadora de ropa, al menos, la mayor parte del tiempo; pero, por lo general, mi trabajo no implicaba hacer un vestido de novia para mi madre. Además, lo hacía gratis. Y mi madre tenía muchas, pero que muchas, muchas ideas. Ideas que cambiaban cada cinco minutos. Ideas que requerirían horas y horas de alteraciones complicadas. Ideas que eran *horribles*.

—¿Y si lo hacemos palabra de honor?

—¿Cómo? Mamá, un vestido palabra de honor acabaría en el suelo en cuanto llevaras dos copas y empezaras a bailar sin control.

—Oh, no pasará nada —rio mi madre.

A pesar de que me había tenido con diecinueve años, y mi padre la había abandonado después, Maggie Banks era una romántica empedernida. Cada romance fracasado solo había servido para que se lanzara al siguiente con más ganas, segura de que, *esa vez,* encontraría la rana que se convertiría en príncipe. ¿Sería Larry, su

prometido, el que por fin demostrara que tenía razón? Era imposible saberlo.

Mientras me explicaba cómo quería la cola del vestido, yo seguía soñando con volver a casa, donde me esperaba un aire acondicionado como Dios mandaba. Sacaría el helado del congelador y me lo comería viendo programas malos de telerrealidad con Ro. Y, cuando me hubiera refrescado un poco, me centraría en preparar la entrevista que tendría al día siguiente, para una película cuyo vestuario me moría por diseñar. Era una producción mucho más grande de las que había hecho hasta entonces, pero estaba segura de ser la persona perfecta para ese trabajo.

Me apoyé contra la mesa de cortar y miré el reloj colgado en la pared. Ya casi era hora de cerrar, y seguro que nadie me culparía por echar el cierre unos minutos antes de tiempo.

Saqué las llaves de debajo del mostrador, pero me detuve al ver la peor imagen del mundo: un tío, vestido con un traje muy caro, que se acercaba a la puerta como alguien que trata de escapar de una cita horrible.

Oh, no, gruñí. *No, no, ¡no!* Quería mi helado.

—Mamá, tengo que dejarte. Ha entrado un cliente.

—Vale, cariño. Llámame cuando recibas las revistas de novia que te he enviado. He marcado un montón de vestidos para que nos sirvan de inspiración. Ya los comentaremos.

—Sí, claro. Te quiero. Adiós.

Seguro que hay un lugar especial en el infierno para la gente que entra en una tienda cinco minutos antes del cierre.

Me sequé el sudor de la frente, justo antes de que la puerta se abriera para dar paso al señor Armani. Se acercó a mí, un tanto falto de respiración, pero demasiado elegante como para estar en una tienda de telas. Parecía la clase de hombre que mandaría a otros a

las tiendas de telas en su lugar. Se pasó la mano por el pelo, y tragué saliva al sentir una especie de… *algo*. Como calor, y tensión, y emoción, todo en uno. Mis ojos fueron de su cara —mandíbula cuadrada clásica, nariz recta, ojos castaños— a unos hombros anchos que llenaban aquel traje de un modo delicioso. No necesitaría un metro para calcular sus medidas: eran de una perfección que daba escalofríos.

Durante un instante, casi olvidé lo sudada y malhumorada que estaba. *Espabila, chica. ¡Solo es un hombre que se ha interpuesto entre tu helado y tú!*

Entonces, él se quitó la chaqueta con un solo gesto, y la tiró en el mostrador como si fuera el dueño del lugar.

—Aquí hace un calor horrible. Deberías arreglarlo.

Su tono condescendiente rompió el hechizo al momento. *Gracias por hacer constar lo obvio*, pensé. Apelé al último átomo de paciencia que me quedaba y me dirigí a él con voz tensa.

—Cerramos en cinco minutos. ¿Cómo puedo…?

Él levantó una mano para interrumpirme, y me dirigió una enorme y arrogante sonrisa de plástico.

—Solo quiero echar un vistazo.

—No hay mucho tiempo para eso —dije, señalando el reloj en la pared—. Faltan cinco…

—Minutos. Sí, ya lo he pillado. Sé leer la hora.

¡*Caray, qué grosero*! Forcé mi mejor sonrisa de atención al cliente.

—Entonces, espero que disfrute de…

Él dio media vuelta antes de que terminara la frase, y desapareció entre los rollos de tela.

Pues vale, daba igual. El cliente siempre tenía la razón, al menos, hasta la hora de cierre. Inspiré para calmarme e intenté no lanzar miradas asesinas al reloj mientras contaba hacia atrás los minutos que faltaban: cuatro… tres… dos… uno.

Se acabó. Aquel hombre no iba a seguir impidiéndome llegar a mi helado. Me dirigí a donde se encontraba, justo cuando oí sonar su teléfono.

—No, ¡no vamos a pasarlo a otro día! —gruñó a quien fuera el pobre que le había llamado—. Si no pueden hacer la entrevista mañana, están fuera.

Vaya capullo.

El señor Armani apareció al final del pasillo, ceñudo y con el teléfono pegado a la oreja. ¿Quién demonios era aquel hombre, y por qué me resultaba familiar?

—¡Eh! —grité, mientras me daba unos golpecitos en la muñeca, como si llevara un reloj—. ¡Es hora de cerrar! —Él se volvió a mirar unos rollos de tela. ¿Me acababa de ignorar a propósito? Me quedé mirándolo—. Eh, oiga, voy a cerrar.

Nada. Ni siquiera me había mirado.

Eché a andar hacia don Paso-de-todo, y lo encontré deslizando la mano por un rollo de tela, sin dejar de hablar por teléfono.

—Diles que no me interesa, Brenna. No hay más que hablar.

Hice una mueca al escuchar aquel tono.

—¿Señor? —llamé—. La tienda está cerrada. Necesito pedirle que se marche.

Él se alejó, dejándome allí plantada. Le seguí, cada vez más irritada. Cuando doblé la esquina, él ya estaba a la mitad del siguiente pasillo.

—Oiga, ¡usted! —exclamé.

Él sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro para poder examinar un rollo de seda. Hizo un gesto de desagrado y se alejó. ¡Otra vez! ¿Qué tenía que hacer para llamar su atención?

—¡Fuego! —grité—. Hay que evacuar, ¡rápido!

Ni se molestó en levantar la cabeza. Me había quedado sin ideas, y resultaba evidente que, de todos modos, él no iba a hacer caso de nada de lo que dijera, así que decidí aprovechar y divertirme un poco.

—Creo que el incendio lo ha provocado un rayo láser alienígena —anuncié—. Ya sabe, de esa nave espacial que ha aterrizado en el aparcamiento. ¡Fíjese! Se ha posado justo encima de su coche. ¿O es que lleva un platillo volante como adorno del capó?

Nada. Hmm, tal vez podría llamar su atención con algo más absurdo.

—Y ahora se está acercando a la entrada un ejército de ardillas, disparando cacahuetes con cañones. Me van a exigir que le entregue, para asarlo a fuego lento para su banquete anual. —O algo así—. Dicen que, a cambio, me regalarán todas las almendras que quiera para el resto de mi vida. Me parece que saldré ganando con ese trato. ¿Tiene idea de lo caras que se han puesto las almendras últimamente?

Por fin, aquel hombre colgó el teléfono y se volvió hacia mí. Tenía la mandíbula apretada, y me miraba como si fuera una enorme molestia.

—La he oído sin problema, pero no consigo entender por qué me está siguiendo, si es verdad que hay un incendio en la tienda. Y la nave alienígena no es el embellecedor de mi coche: es de una empresa de limpieza, que ha prometido dejar la carrocería tan brillante como las estrellas. —Parecía muy inspirado—. Y, sí, sé muy bien lo caras que están las almendras, aunque hay gente que se ocupa de eso por mí, pero creo que las ardillas se están aprovechando de usted. No acepte nunca la primera oferta. Ah, y

antes de que lo vuelva a preguntar *otra vez* —gruñó—, debería ser evidente que estoy buscando algo, y que he venido a esta tienda por esa razón.

Sentí que me sonrojaba. Noté un calor traidor que me subía por el cuello, a pesar de la irritación que me atenazaba las sienes. No había creído que estuviera escuchando lo que yo decía.

—Y, sí, soy muy consciente de que está a punto de cerrar —continuó él—. Lo ha dicho varias veces.

—Corrección —dije, levantando una mano para interrumpirle, como él había hecho antes conmigo—. Ya hemos cerrado, cosa que sabría si fuera cierto que es capaz de leer la hora.

—¿Y esto le parece buena atención al cliente? —preguntó con una mirada suspicaz—. ¿Se le ha ocurrido que, tal vez, me marcharía más rápido si no me estuviera haciendo perder el tiempo con estas tonterías?

—¿Es que no ha oído lo que he dicho? —Ya estaba harta, y ese cliente había dejado de tener la razón—. La tienda está cerrada, y eso quiere decir que usted ya no es un cliente, así que no tiene derecho a nada más que a mi irritación.

—He llegado *antes* de cerrar —observó él.

—Sí, bueno, pero ya han pasado diez minutos de la hora de cierre, así que, o me dice lo que está buscando, o se va derecho a la puerta.

Preferiblemente, lo segundo.

Él levantó la cabeza y me miró de arriba abajo con aquellos ojos castaños, de un modo que me encogió el estómago. Los hombres altos, morenos e irritantes no solían ser mi tipo, pero no pude evitar contener un poco la respiración.

—Muy bien —dijo él, en un tono que destilaba desprecio—. Si quiere ayudarme, escuche con atención.

Aquello me sentó fatal. ¡Menuda desfachatez!

—Busco tela para un traje de hombre, que sea adecuada para el periodo de los años veinte. Un tejido modesto, para un hombre de clase trabajadora muy agobiado. Debería ser práctico y decente, no muy llamativo. —Lanzó una mirada rápida a mi cara—. ¿No debería estar tomando notas?

—Tampoco es tan complicado, señor Importante. —Sacudí la cabeza —. A pesar de que, antes, parecía muy confundido mirando un rollo de seda.

Él soltó un gruñido y volvió a mirarme con los ojos entornados.

—También necesito tela para un vestido de mujer. Un vestido de diario, adecuado para el té de la tarde, o una fiesta en un jardín. Y, por último, necesito tela para un vestido de noche. Todas deben ser adecuadas para el periodo de los años veinte, en otoño. Las prendas femeninas deberían ser propias de la clase alta de Boston, en términos de calidad y tendencia conservadora. Y los tonos de todas las telas deben fotografiar bien.

Él me sonrió, orgulloso y desafiante.

—¿Cree que podrá ocuparse de todo eso?

¡*Menudo gilipollas*!

Di media vuelta y le conduje al otro lado de la tienda. Mi cerebro iba a toda velocidad, pensando en las muestras de tela que teníamos en el inventario. Saqué un rollo de lana gris y se lo planté en los brazos.

—Esta es para el traje masculino.

—¿Y por qué ésta? —preguntó, lanzando al rollo una mirada crítica.

—Necesita una mezcla de lana —expliqué—, y, si es para alguien de clase baja, debería llevar un poco de *tweed*.

—Parece bastante básica —dijo.

—Es una mezcla clásica de los años veinte —rebatí. Sabía que estaba tratando de hacerme dudar, pero sería yo quien riera la última, porque era una experta en telas—. Ha dicho que es un hombre de clase trabajadora, así que no debería llevar un diseño de pata de gallo. Es demasiado llamativo. Necesita un tejido sencillo y sólido, con una textura un tanto basta, no el acabado refinado de la lana de mayor calidad.

Me dirigí a otra sección de la tienda y le tiré otro rollo de tela. Ese era una gasa de seda color lavanda pálido, para el vestido de diario; después, saqué un terciopelo negro para el vestido de noche. El señor Importante encontró más cosas de las que quejarse, pero yo me mantuve firme en mis elecciones.

—Esto es exactamente lo que llevaba la gente de clase alta en aquella época. Sobre todo, las élites aristocráticas de Boston. Telas sutiles y lujosas.

—No creo que entienda el significado de la palabra «sutil» —protestó él con una mueca.

—O, tal vez, a usted le cuesta reconocer el buen gusto —dije, con los brazos cruzados—. Bueno, ¿le parecen bien esas muestras?

Su nariz se dilató un poco, como si se estuviera preparando para quejarse, pero solo dejó escapar un resoplido frustrado.

—Si eso es lo mejor que tiene…

Me mordí la lengua. Había hecho un trabajo estupendo, y los dos lo sabíamos.

—Se lo cobraré en el mostrador —dije, dirigiéndome hacia allí.

Él me siguió, cargado con los rollos, y yo corté las muestras bajo su mirada furiosa. Cuando terminé, marqué el precio en la caja registradora y añadí un recargo por mi «asesoramiento especializado», porque me lo había ganado, maldita sea.

De hecho… No me corté, y añadí un cargo adicional por IC. Ese era el código que usábamos la dueña de la tienda y yo para referirnos al Impuesto por Capullo.

Cuando pagó, le entregué la bolsa con las muestras y su recibo. Él la aceptó y recogió su chaqueta del mostrador mientras yo retiraba los recortes de tela sobrantes. Entonces, se fijó en el montón de tarjetas de visita que tenía sobre el mostrador.

—¿Debería llevarme una de estas, por si necesito más «asesoramiento especializado»? —Se metió una en el bolsillo sin esperar mi respuesta—. ¿O también me va a cobrar otro cargo por IC?

Me tragué un gemido. No había creído que fuera a leer el recibo.

—Sírvase —dije, tratando de mantener la calma y no parecer avergonzada ni nerviosa por el hecho de que me hubiera pillado.

—Y, a todo esto, ¿qué es ese cargo por IC? —preguntó mientras se ponía la chaqueta.

Lo miré de mal humor, preguntándome si debería haberle cobrado el doble por el impuesto.

—¿Y bien?

Me iba a hacer falta un litro entero de helado, al menos.

—Es el Impuesto por Capullo, algo que estoy segura de que le sonará, señor Armani.

Él se arregló el cuello de la chaqueta, e intentó fulminarme con la mirada.

—Me muero de ganas de recibir más «asesoramiento especializado» por su parte mañana por la mañana.

¿Es que pensaba volver? Que los dioses se apiadaran de quien tuviera el turno de mañana.

—Pues, por desgracia, yo no estaré aquí.

—Lo sé —dijo, y volvió a dedicarme aquella enorme sonrisa arrogante—. Mañana será usted quien vendrá a mí.

Dejó caer su propia tarjeta de visita en el mostrador y se dirigió a la puerta. Cuando la leí, se me heló la sangre en las venas. *Finn Lockhart*. *Presidente*. *Hart of Gold Productions*.

Era la productora con la que tenía una entrevista al día siguiente. El alma se me fue a los pies.

Menuda mierda.

2

FINN

¡I*mpuesto por Capullo!*

Las palabras resonaban en mi cabeza mientras me dirigía al aparcamiento, con el recibo arrugado y la bolsa en una mano, y la tarjeta de visita en la otra. Resultaba un alivio salir del calor que hacía en Puntadas, pero alejarme de aquella mujer… ¡Eso era un auténtico milagro!

¿Quién se había creído que era? Yo dirigía una de las productoras de más éxito del país. Tenía *derecho* a ser un capullo. Si no lo fuera, nadie me tomaría en serio.

Hollywood era una olla a presión. Productor, director, actor… Daba igual. Un solo paso en falso, una mala crítica o un error harían saltar la válvula por los aires, y uno se encontraría de nuevo llamando a todas las puertas, aunque ya nadie contestaría. ¿En serio aquella mujer no sabía cómo funcionaban las cosas?

Sierra Banks, Diseñadora de vestuario, vivía en un mundo de fantasía.

Llegué a donde había aparcado mi Ferrari negro, me senté en el asiento del conductor y cerré con un portazo. Tal vez el destino me

estaba dando un aviso acerca de la entrevista del día siguiente, porque ni por asomo querría a aquella mujer trabajando en mi película, replicando constantemente, causando problemas y añadiendo un impuesto para capullos a todas las prendas que elaborase.

Noté que el sudor resbalaba por mi cuello y subí el aire acondicionado al máximo, con la esperanza de que calmara el latido que me martilleaba las sienes. Solo había ido a aquella maldita tienda de telas en persona porque no me había atrevido a encargar la tarea a Brenna, mi nueva asistente, ya que las entrevistas serían al día siguiente. ¿Y si traía las muestras equivocadas? Sería mejor que me encargara yo mismo, para asegurarme de encontrar las telas adecuadas. Pero, después de la experiencia que acababa de tener, hubiera preferido que me trajeran unas muestras equivocadas.

Solo recordar su nombre, Sierra Banks, me ponía de los nervios. Pisé a fondo el acelerador para hacer ruido, por si tenía suerte y la molestaba mientras recogía y cerraba la tienda.

Miré hacia atrás, a través del escaparate de Puntadas y la vi recorriendo la tienda con una escoba. Se había recogido la melena castaña en la parte posterior de la cabeza con un pasador, despejando aquella cara con forma de corazón. Se detuvo un instante, frunciendo sus carnosos labios, y se quedó mirando algo.

Tamborileé con los dedos sobre el volante. Sierra tenía aquel aspecto que en Hollywood se consideraba clásico: era más sutil que los estándares actuales, una clase de belleza que no era evidente a primera vista, pero que se apreciaba cuando uno se tomaba el tiempo para mirar. Aunque, bueno, a mí todo eso me daba igual.

Juzgar a la gente por su aspecto era algo inherente al sector. Yo lo hacía sin darme cuenta, por eso me había fijado en las suaves curvas que se adivinaban bajo la ropa que llevaba. No tenía ninguna importancia, y tampoco podía tenerla porque, después de la entrevista del día siguiente, no volvería a ver a aquella mujer insoportable nunca más. Cuánto me alegraba de ello.

Aparté todas aquellas ideas de mi mente cuando ella empezó a buscar algo en sus bolsillos, de los que parecía tener muchos. Desvié la vista, notando una extraña opresión en el pecho, debida a la irritación, pero también a una especie de calor. En ese momento, mi teléfono volvió a sonar y contesté sin mirar quién llamaba.

—¿Sí?

—Hola —dijo Connor, mi hermano pequeño, al otro lado de la línea.

—¿Qué hay? —pregunté, tratando de sonar menos fastidiado de lo que estaba.

No me apetecía mucho hablar, pero Connor estaba pasando un infierno con su divorcio, así que siempre intentaba contestar sus llamadas.

—¿Cómo lo llevas? —añadí.

—Bien —dijo él.

—Dame el teléfono, papá. ¡Quiero hablar!

Connor soltó una risa divertida.

—Grace tiene algo muy importante que decirte.

Mi irritación se convirtió en curiosidad, mientras él pasaba el teléfono a mi sobrina de ocho años, una de mis personas favoritas del mundo.

—¡Tío Finn! —gritó Grace, tan fuerte que su voz sonó distorsionada.

—Hola, peque —saludé, y me apoyé en el respaldo del asiento, con el motor en marcha para seguir disfrutando del aire acondicionado.

—¿Sabes qué? ¿Sabes qué?

Me eché a reír. Estaba claramente alterada, como si se hubiera atiborrado de azúcar, pero eso solo pasaba cuando yo hacía de canguro, porque Connor era muy aburrido.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes Kenny, el de mi clase?

—Claro. —No tenía la menor idea, pero daba igual.

—Va a dar una fiesta de cumpleaños. —Su voz se hizo más aguda—. ¡Y ha invitado a toda la clase!

—Eso está genial. —No pude evitar sonreír ante su emoción, imaginándome la cara de felicidad que tendría.

—Cuéntale qué clase de fiesta va a ser —sugirió Connor detrás de ella.

—Ah, sí. ¡Es una fiesta de *Corre y dispara*! —anunció Grace.

Hice una mueca. ¿Sabían los padres del tal Kenny la cantidad de sexo y violencia que había en esas películas?

Corre y dispara era la serie más exitosa de Hart of Gold Productions. La primera película había tenido un éxito rotundo y me había hecho famoso al momento y, desde entonces, el resto de la serie se había convertido en una máquina de hacer dinero. Pero el sexo, los coches espectaculares y las mujeres atractivas no me parecían un tema adecuado para la fiesta de cumpleaños de un niño de primaria. Aunque estaba seguro de que Grace no querría oír eso, así que me animé para igualar su entusiasmo.

—¡Eso es estupendo, peque!

—¡Es estupendo! —repitió ella, haciéndome reír.

—¿Y qué le vas a regalar?

Grace lo pensó un momento.

—¿Puedes conseguirme algo especial de la película? —pidió.

Sabía que, si la hubiera tenido delante, esa petición habría ido acompañada de una mueca encantadora que me habría

predispuesto a decir que sí a lo que fuera. Aquella niña podía hacer conmigo lo que quisiera, y eso no me suponía ningún problema.

—Hemos pensado que, tal vez, el tío Finn tenga algunas cosas chulas de *Corre y dispara* por ahí, en el estudio —añadió Connor.

Oh, desde luego que tengo cosas, pensé. Y con cada nueva producción, acumulábamos aún más trastos.

—Parece que esta es mi oportunidad de arrebatar a Liam el título de tío favorito —dije.

Mi hermano mayor y yo teníamos una especie de competición amistosa por el cariño de nuestra sobrina, y él me había quitado el puesto hacía poco.

Connor soltó un resoplido a lo lejos.

—No sé. Liam sigue viniendo a jugar con ella a ese juego de la granja.

—Ya, bueno. Tal vez yo le compre una granja de ovejas de verdad.

—No te atreverás —dijo Connor, pero supe que estaba sonriendo.

—¿Podría ser algo muy chulo? —preguntó Grace.

—Chulo, ¿eh?

Conocía muy bien el deseo de impresionar a los compañeros de clase. Cuando éramos pequeños, nuestra madre había sufrido depresión crónica, y nos convertimos en *esos* niños. Todo el mundo sabía que nuestra madre era la que nunca iba a las reuniones de padres, no preparaba nada para contribuir a la venta benéfica de pasteles, y olvidaba firmar las autorizaciones para las excursiones de clase.

Y eso era solo lo que la gente veía. A puerta cerrada, las cosas eran mucho peores. Lo bastante malas como para que Liam empezara a trabajar a tiempo parcial desde los trece años para conseguir dinero. En el supermercado no nos ponían pegas si íbamos a comprar solos,

pero no aceptaban que utilizáramos la tarjeta de crédito de mamá si no íbamos con ella. Por su parte, Connor aprendió a cocinar cuando tenía diez años, y yo, a falsificar la firma de mi madre a la perfección, cosa que aún era capaz de hacer, gracias a los años que pasé firmando cheques por ella, para poder pagar las facturas y que no volvieran a cortar la luz.

Aunque no siempre nos iba tan mal. A veces, mi madre tenía días buenos, o incluso semanas enteras. En ocasiones, hasta se encontraba bien durante todo un mes, pero entonces ocurría algo que le desataba la depresión de nuevo, y se quedaba en blanco. Cuando eso ocurría, nos dejaba a nuestra suerte.

Al cabo de los años, yo había aprendido a convertirme en el centro de atención, como mecanismo para distraerme de lo horrible que era todo en casa. Había perfeccionado mi sonrisa y la habilidad de hablar con todo el mundo, por pocas ganas que tuviera de hacerlo, porque la gente capaz de mostrar ese tipo de confianza siempre daba la impresión de tener éxito.

Me convertí en un experto en proyectar una imagen brillante, en transmitir la impresión de que «aquí no hay nada que ver», para que nadie tratara de averiguar más sobre mí. Y si eso hacía que, en ocasiones, me sintiera como un fraude… Bueno, así era Hollywood. Todo el mundo engañaba a los demás hasta cierto punto, ¿no?

Gracias a todo aquello, entendía por qué Grace quería causar una buena impresión con su regalo. El divorcio había sido muy duro para ella, y no podía culparla por querer parecer más interesante, de forma que, si los niños hablaban de ella a sus espaldas, al menos, que hablaran *bien.*

—¿Qué quieres llevar? —pregunté—. ¿Algo que se haya utilizado en la película? ¿Un póster firmado por los actores?

Grace emitió un murmullo.

—¿Tienes algo firmado por Violet? —preguntó—. Kenny tiene una fiambrera con su foto, así que creo que es su favorita.

Maldita sea, no tenía ni idea de que vendiéramos fiambreras.

—¡Puedes preguntárselo cuando la veas! —añadió Grace.

—¿Cuando la vea? —repetí, confuso.

—Sí, os he visto en las revistas del supermercado —explicó ella—. Ibais de la mano.

¡Jesús! Me froté los ojos.

—Bueno, el tío Finn te conseguirá algo. —Era evidente que Connor le estaba quitando el teléfono—. ¿Por qué no vas a jugar un rato antes de acostarte?

—Jooooo —protestó Grace, en una voz que se fue alejando.

—Lamento todo eso —dijo Connor—. Pensaba que no se fijaría en esas revistas, traté de distraerla para que no las viera. No suelo hacer la compra yo mismo, pero Grace necesitaba unas cosas para el colegio y me pareció más sencillo llevarla yo.

—Genial —murmuré—. *Otra* historia más sobre Violet.

—El escándalo vende —comentó Connor.

—Es que no entiendo por qué sigue siendo un escándalo —dije—. Han pasado meses. A estas alturas, tiene que haber pasado alguna otra cosa en Hollywood.

—Es por *Corre y dispara* —explicó mi hermano—. Esas películas son populares, así que el escándalo también es popular. Y ya sabes que a la prensa le encanta exprimir las historias al máximo.

Solté un gruñido. El rollo intermitente de amigos con derecho a roce que tenía con Violet Stone, la actriz principal de la serie *Corre y dispara*, nos había metido en un lío cuando un fotógrafo nos pilló

saliendo juntos de un hotel, después de que se corriera el rumor de que yo tenía una relación con otra de las actrices de la serie.

No había engañado a nadie, pero, desde luego, esa no era la impresión que recibió el público en general. Así que, ahora, yo era el playboy número uno de Hollywood.

—Al menos puedes presumir de ser la noticia más interesante de la ciudad.

—Ya —dije con sarcasmo—, porque estaba deseando conseguir ese título. —Solté un resoplido—. Lo único positivo es que, con tanto hablar de Violet y yo, ya nadie se acuerda del artículo en el que mamá puso a parir mi película.

Conseguí decirlo en tono ligero, pero apreté los dientes. Pensar en aquel artículo de la Universidad de California seguía dejándome mal sabor de boca. Mi madre estaba haciendo allí su doctorado en historia y, cuando la entrevistaron para el periódico, había dicho que las películas de acción descerebradas como *Corre y dispara* acabarían con el arte auténtico.

—Sabes que esa cita está sacada de contexto —se apresuró a decir Connor, eterno defensor de nuestra madre—. Se equivocó.

Me había llamado en cuanto se publicó el artículo, para explicar que mamá se había confundido con otra serie de películas. Eso significaba que, aunque había criticado *mi* película, no *sabía* que era mi película, lo que tampoco me hacía sentir mejor.

—Dijo que las películas de acción son una plaga para la creatividad.

—Finn…

—Oh, espera. Otra de mis frases favoritas es la de: «Basura sin sentido, que lleva a la juventud actual a no aspirar a nada más que a la violencia gratuita.»

—Sé que es una mierda —dijo Connor—, pero te prometo que todo fue un malentendido.

Intenté no poner los ojos en blanco. Estaba enfadado con mi madre, no con Connor, y no pensaba descargar mi frustración contra el objetivo equivocado.

—En serio, Finn —continuó Connor en un tono más suave—. Sabes que mamá está muy orgullosa de todo lo que has conseguido.

—Ya se nota —murmuré—. Pero no te preocupes, que no la voy a llamar para hablar de eso.

Jamás haría algo tan estúpido. Mi madre había mejorado mucho desde que éramos pequeños, pero todavía estaba… delicada—. Ninguno de nosotros tiene tiempo para sacarla de una depresión.

—Ahora está bastante bien —dijo Connor—. ¿Te he dicho que le falta poco para leer la tesis?

—Genial. Bueno, cuando la termine, puedes decirle que yo dejaré oficialmente el arte prescindible. Mi última producción me va a conseguir todos los premios.

—Puedes decirle eso tú mismo —observó Connor.

—Tú la verás antes que yo.

Mi madre no solo vivía en San Francisco, como Connor, sino que hacía de canguro para Grace con frecuencia. Ella tenía una relación con Connor que no era posible con Liam o conmigo.

—En cualquier caso —añadí—, creo que *Cada día es domingo* hará que se sienta orgullosa de verdad. Debería ser justo la clase de película para ella, con eso de que está ambientada en los años veinte.

—Aún no puedo creer que estés haciendo una película de época —dijo Connor con una risilla.

—¿Por qué?

Eso no me hizo gracia. ¿Es que solo parecía capaz de producir explosiones y persecuciones de coches? Estaba más que preparado

para hacer películas serias. Había obligado al sector a tomarme en serio, a verme como alguien poderoso, pero esa película conseguiría que también se tomaran en serio mi trabajo.

—Es solo que… Es distinta de tus pelis habituales —dijo Connor—. Solo me refería a eso, no te pongas a la defensiva.

—Nadie le dijo algo así a Liam cuando dejó de hacer sus programas habituales y empezó con *Morir a fuego* —protesté.

La plataforma de *streaming* de nuestro hermano mayor había empezado dedicada a los programas de telerrealidad. *Morir a fuego*, su primera serie de ficción, había sido un éxito total a todos los niveles, y logrado la aclamación del público y de la crítica.

—Eso es cierto —confirmó Connor—. Supongo que las películas de época me parecen aburridas. ¿No será menos divertido hacer una película así?

—Una película de época puede ser mucho más emocionante de lo que crees —repuse—. Deja de pensar en *Mujercitas*, y piensa más bien en la época de los gánsteres y la prohibición.

—Ya veo —dijo Connor, justo cuando volví a escuchar la voz de Grace llamándole—. ¿Hablamos luego?

—Sí. Adiós.

Colgué el teléfono, y mi mirada cayó sobre la bolsa de muestras de tela en el asiento del pasajero. Volví a recordar la cara de Sierra, con aquellos ojos azul oscuro que habían parecido tan intensos cuando la tuve cerca. A ella, desde luego, no le había parecido que la ropa de época fuera aburrida.

Recordé la pasión con la que había hablado de las telas, lo decidida que había estado a hacerme ver lo mucho que sabía del tema, lo irritante que era. Tenía que dejar de pensar en ella, porque el proyecto requería toda mi atención, y la reacción que me había provocado suponía una distracción que no me hacía ninguna falta.

Con el ceño fruncido, metí la marcha atrás, pensando con temor en que tendría que volverla a ver cuando se presentara en la entrevista al día siguiente.

3

SIERRA

—Ay, ¡porras! —exclamé al pincharme con la aguja.

Me metí el pulgar en la boca, con cuidado de no manchar la inmaculada seda blanca que tenía entre manos. Sería lo último que me faltaba, después de la horrible experiencia con Finn Lockhart el día anterior en Puntadas.

Me miré el pulgar, y no vi ningún punto rojo. ¡Crisis evitada! Volví al trabajo y continué eligiendo con cuidado las cuentas de perla en la caja que tenía ante mí. No solía ser tan torpe, pero me había pasado la noche teniendo pesadillas muy estresantes en las que intentaba atrapar un rollo de tela que se desenrollaba hasta el infinito. Al final, terminé por renunciar al descanso y me había levantado al amanecer para terminar la última versión del vestido de novia de mi madre. Ahora había insistido en que quería cuentas. ¡Montones de cuentas!

Elegí otra perla y la atravesé con la aguja. Aplicar cuentas era la clase de trabajo detallista que me encantaba, porque me ayudaba a dejar de pensar y, en aquel momento, estaba intentando olvidar todas las formas en las que había ofendido mortalmente al Presidente de Hart of Gold Productions.

El hombre que era también el productor ejecutivo de *Cada día es domingo*.

Odiaba que el responsable de la película fuera él, pero me odiaba aún más a mí misma por seguir deseando a muerte trabajar en ella, incluso a pesar de él.

¡Argh! ¿Por qué había tenido que resultar ser un capullo?

Levanté el corpiño en el que estaba trabajando y lo miré con atención. No había mucha luz donde estaba sentada, así que me levanté del sofá y me trasladé a la diminuta mesa de la cocina, que usábamos para todo.

—Mucho mejor —pensé al sentarme frente a la enorme ventana de la cocina, por la que entraba luz natural en abundancia.

Fui a dar la siguiente puntada, pero me fijé en que me temblaba la mano. No debería haber tomado tanto café, demonios, pero es que me había quedado sin mi bebida energética favorita.

—¡Buenos días! —dijo una voz ronca.

Levanté la vista y vi a Ro atravesar el salón arrastrando los pies, en dirección a la cocina, envuelta en una enorme bata que tenía un nombre de mujer bordado en el pecho, y calzada con unas zapatillas acolchadas con la cara de Homer Simpson. Siempre encontraba en las tiendas de segunda mano las cosas más… interesantes, por decirlo de algún modo. Justo cuando creía que había visto la prenda más extraña posible, aparecía con algo todavía peor.

Ro se detuvo frente a la cafetera, se sirvió un café y se volvió a mirarme con la taza cogida entre las dos manos.

—¿Sabes los sustos que me das cuando te encuentro acurrucada en un rincón de la cocina, como un duendecillo costurero? —preguntó —. Pero hoy estoy demasiado cansada como para preocuparme por eso.

Me eché a reír. Ro, es decir, Rose Gilmore, había sido mi mejor amiga desde que se había mudado a Garnett, Kansas, en primero de primaria. Las dos nos habíamos mudado juntas a Los Ángeles hacía casi diez años, en busca de nuestros sueños, y compartíamos piso mientras yo buscaba trabajo como diseñadora de vestuario y ella trabajaba de coordinadora de intimidad. Además, también dirigía pequeñas producciones independientes, mientras esperaba su gran oportunidad para dirigir una película dirigida al gran público.

—¿Quedaste con aquel tío anoche? —pregunté.

—Oh, sí —dijo ella, con los ojos cerrados, como si disfrutara del recuerdo.

—¿Y bien? —insistí, con una sonrisa.

—Una y no más —respondió—. Pero, desde luego, sabía muy bien lo que hacía.

Emití un murmullo de duda.

—¿Y no quieres tener una segunda cita?

—No digas tonterías —contestó Ro, arrugando la nariz.

Se negaba a tener más de una cita con el mismo hombre, con la excusa de que necesitaba concentrarse en su carrera. Para ella, no había nada más importante que la dirección, y mucho menos el amor. Eso sí, siempre insistía en que era posible encontrarlo y, aunque no tenía ni idea de cómo esperaba hacerlo, teniendo en cuenta su planteamiento, ¿quién era yo para juzgarla? El último hombre con el que había salido había desaparecido sin dejar rastro.

Ro dio un trago a su café, hizo un ruido que me llevó a preguntarme si la habría poseído un demonio, y se dio la vuelta para escupir en el fregadero. A continuación, soltó la taza con un golpe.

—Señor, ¡ten piedad! —gritó, con un acento de Kansas que solo le salía cuando se llevaba una sorpresa, y se puso a toser como si

acabara de tragar veneno—. Oye, ¿a ti que te pasa? Esto no es café, es combustible para aviones.

Le dirigí una sonrisa de disculpa, mientras ella se limpiaba la boca con la manga de la bata.

—¿Por eso estás tan nerviosa? —preguntó.

—No —gemí—. Bueno, no es solo eso —me corregí—. Es que esta mañana tengo la entrevista para mi gran oportunidad, y estoy atacada.

—Ah, es verdad —respondió ella, al tiempo que se sentaba en la otra silla—. ¿*Cada día es domingo*?

Me limité a asentir.

—Pero ¿por qué estás nerviosa? Es justo tu estilo. Una película de época, los años veinte, gente vestida con mucho estilo.

—Lo sé —suspiré—. Es perfecta para mí, por no decir que es el momento perfecto, ahora que no tengo ningún otro trabajo.

La película estaba basada en una biografía maravillosa que yo había devorado el año anterior: la historia de Evelyn Chisholm, una joven de la alta sociedad bostoniana, y su desdichado romance con Tommy Lombard, miembro de la mafia italiana de Boston.

—Exacto —confirmó—. Lo vas a clavar.

—Antes de ayer, habría estado de acuerdo contigo —murmuré.

—Me da que me he perdido un episodio. —Ro me miró con suspicacia—. ¿Qué ha pasado?

—Lo que ha pasado es que la productora es Hart of Gold. —Dejé el vestido y le conté a Ro mi encuentro con Finn Lockhart en Puntadas, sin omitir ningún detalle.

Ella movió la boca, como si no pudiera decidir si la historia le parecía graciosa o le espantaba.

—¿Le cobraste el impuesto por capullo? —Al final, decidió verle la gracia y rompió a carcajadas, con la cabeza echada hacia atrás.

Dejé caer la cabeza en las manos.

—¡Sí!

—¡Me encanta!

—Es un desastre —protesté—. Después de eso, es imposible que me dé el vestuario.

—Bueno, en tu defensa —explicó Ro—, parece que él se lo había buscado. Además, seguro que no estará en la entrevista. Los presidentes están siempre muy ocupados con mil mierdas que hacer. Te garantizo que tendrá cosas más importantes en su agenda que entrevistar a una diseñadora de vestuario para una peliculilla, considerando la de proyectos que tendrá entre manos.

—Es posible.

No tenía muchas esperanzas. Él había reconocido mi nombre y estaba al tanto de la entrevista. Eso parecía una señal bastante clara de que estaba muy encima del proyecto y eso, básicamente, significaba que yo estaba muerta.

Al pensarlo en ese momento, en frío y bajo el frescor del aire acondicionado, me sentía como una completa idiota por la forma en que me había comportado. Cualquier cliente que entrara en Puntadas podría ser importante, y trabajar allí me había permitido hacer contactos en el pasado que me habían procurado trabajo. Por *esa* razón tenía mis tarjetas de visita en el mostrador. Debería haber recordado todo eso antes de ponerme insolente con Finn. Pero… por Dios, ¡qué insoportable era! Además, siendo tan capullo, no debería ser tan guapo. Eso atentaba contra todas las normas de la justicia.

—Bueno, ahora en serio —dijo Ro que, para animarme, tendió la mano y apretó una de las mías por encima de la mesa—. Tal vez el PTB no asistirá.

—¿PTB?

—Presidente Tío Bueno —dijo ella con una sonrisa—. Así le llaman en todas las revistas de cotilleos, después de ese escándalo sexual con Violet Stone.

Fruncí el ceño. Ahora que lo decía, eso me resultaba familiar, y tal vez era la razón por la que lo había reconocido, pero Ro lo sabría mejor que yo. Desde que éramos pequeñas, le apasionaban las revistas del corazón.

—De hecho —continuó Ro—, si está ahí, creo que deberías decirle exactamente a dónde puede irse.

—Ya, claro —resoplé—, porque eso me va a ayudar a resolver todo este problema.

—Lo digo en serio. Sé que piensas que te pasaste, pero yo creo que no le pusiste en su sitio anoche.

—No tenía *intención* de ponerle en su sitio —protesté.

Era solo que él, y su actitud engreída, me habían llevado a ese punto.

—Bueno, tal vez le gusten las mujeres decididas —propuso Ro—, lo que cuadra con todo lo que he leído sobre Violet Stone. Si es así, le impresionará que defiendas tu postura. O, si no…

—¿Si no? —pregunté, sintiéndome derrotada.

—Si no le gustan las mujeres decididas y valientes, ya has perdido tu oportunidad, así que, ¿para qué te ibas a molestar en ser encantadora? Al menos, diviértete un poco antes de que te ponga de patitas en la calle.

—Eso no es… —suspiré otra vez— demasiado alentador.

Ella me soltó la mano e hizo un gesto para representar lo que iba a decir.

—Si se pasa, siempre puedes clavarle las tijeras de costura para demostrarle quién manda.

—¡Ro! —exclamé, escandalizada, aunque no por la violencia, sino por el riesgo que eso supondría para mis adoradas tijeras, que pensaba dejar en herencia a mis futuros hijos, guardadas en una caja de oro—. En todo caso, le clavaría un par de alfileres en la mano.

—Mi idea es mejor —sonrió Ro con suficiencia.

Mi teléfono empezó a vibrar y, al mirarlo, vi que se trataba de la alarma que había programado para la entrevista. Me puse en pie de un salto.

—Ay, tengo que irme.

—Un momento. —Ro se puso en pie y me quitó unos cuantos hilos sueltos de la ropa—. Anda, ve a demostrar a Finn Lockhart de qué estás hecha.

—¿De maíz de Kansas?

Ro se echó a reír y me pasó mi bolso.

—Ya hablaremos de eso. —Me acompañó a la puerta—. ¡Buena suerte! Lo vas a hacer de maravilla.

Me dirigí a la tartana que tenía por coche, que estaba en el aparcamiento, tratando de aferrarme a la confianza en mí misma. Me iba a hacer mucha falta.

4

SIERRA

Llegué a la oficina de Hart of Gold Productions en Burbank, con diez minutos de antelación. Tras pasar el acceso de seguridad, se llegaba a un edificio de oficinas rodeado de talleres, almacenes y estudios. Eran unas instalaciones enormes, pero yo ya había trabajado en unos cuantos estudios en los últimos diez años, y el caos ya no me amedrentaba.

Bajé el parasol del coche para mirarme en el espejo y asegurarme de que mi maquillaje estaba intacto y llevaba el pelo presentable. Me pareció que iba bien arreglada, hasta que deslicé las manos por mi pechera y me di cuenta de que llevaba las tijeras de costura en el bolsillo de la chaqueta.

—Mierda —murmuré, antes de meterlas en la guantera.

Salté del coche y me apresuré a entrar en el edificio, donde me indicaron que me dirigiera a una sala de reuniones. Delante de la puerta había una mujer joven, con melena corta, sentada en una silla ante un escritorio pequeño. Estaba tan absorta en la lectura de un libro que no se fijó en mí hasta que estuve delante de ella.

—Hola, esto… Soy Sierra Banks. He venido a una entrevista.

La mujer levantó la vista, claramente sobresaltada, y me fijé en lo que estaba leyendo.

—¡*Cada día es domingo*! —dije, señalando la portada.

—¿Lo has leído? —preguntó ella, con una sonrisa que le iluminó la cara.

—Ay, sí —respondí—. No podía dejarlo. ¿Has llegado a la parte en la que se escapan juntos de esa fiesta de la alta sociedad?

—Sí, es muy intensa —confirmó ella—. ¡Y cuando se esconden en el sótano, esperando que no los encuentren los de la banda rival!

—Y tanto. La tensión romántica entre ellos es… Ufff. A mí me encantó.

—¡Brenna! —dijo entonces una voz desagradablemente familiar.

Las dos dimos un salto, y la cara de Brenna se puso como un tomate cuando el mismísimo Finn Lockhart entró en la sala de reuniones. Se ajustó la chaqueta, y yo intenté no fijarme en cómo le sentaba a la perfección, aunque no lo conseguí. Estaba allí de pie, con los brazos cruzados, en una pose que sugería que estaba esperando a que vinieran a fotografiarlo para *GQ*. Tuve que tragar saliva. *Concéntrate*, me advertí.

—¡Te he enviado un mensaje diciendo que la hicieras pasar cuando llegara! —le recriminó Finn.

—Lo siento, señor Lockhart —se disculpó Brenna—. Ya está aquí.

—Sí, me he dado cuenta.

Intenté no hacer una mueca al ver la expresión de Finn. No sería una buena forma de empezar la entrevista y, sin duda, Finn me culparía por distraer a Brenna e impedir que comprobara sus mensajes. Otro punto en mi contra, y ya iban dos.

—Puedes pasar —susurró Brenna, mientras yo seguía ahí de pie, incómoda.

—Sí, claro. —*De perdidos, al río*, pensé.

Me dirigí a la sala de reuniones, donde Finn sujetaba la puerta abierta para mí y me miraba con frialdad. Yo le devolví una mirada similar, recordando lo que había dicho Ro. Si no le gustaban las mujeres decididas y valientes, ya había perdido el trabajo, así que enderecé bien la espalda y entré tras él. En la sala de reuniones había una mesa muy grande, aunque las únicas personas a su alrededor eran Finn y otro hombre: Xavier «X» Bell, un director muy prestigioso, pero bastante temperamental, que sonrió al verme. Yo había trabajado con él hacía unas cuantas películas y nos habíamos llevado muy bien, así que su presencia calmó un poco mis nervios.

—Me alegro de volver a verte, Sierra —me saludó con calidez mientras me sentaba.

Finn se había limitado a seguir de pie, con los brazos cruzados, y mirarme de un modo que, evidentemente, estaba diseñado para intimidarme. Y, solo con eso, mis nervios volvieron a aflorar. Carraspeé, a pesar de que notaba el estómago revuelto. Valiente y decidida. ¡Podía hacerlo!

—Yo también me alegro de verte, X. Muchas gracias por dedicarme tu tiempo.

—¿Lista para empezar? —interrumpió Finn, en un tono ácido e impaciente—. Tenemos muchas entrevistas por delante.

X le lanzó una mirada con una ceja arqueada, pero yo asentí, y Finn se lanzó sin más preámbulo a hacer preguntas.

—Cuéntanos cuál es tu proceso. ¿Cómo abordarías una película de época como *Cada día es domingo*?

Me enderecé en la silla.

—Bueno, estudiaría a fondo esa época. Por suerte, esta es una que ya conozco bien, así que…

—Y con eso de estudiar a fondo, ¿a qué te refieres? —interrumpió Finn—. ¿A leer la biografía? Porque eso es lo mínimo que espero; ya sabes, al igual que uno espera que una tienda esté abierta durante todo el horario de apertura, en lugar de ser tan poco profesional como para cerrar antes de tiempo.

Cerré los puños sobre mi regazo.

—¿Y si me dejas acabar? —pregunté—. Por supuesto que no me limitaría a lo mínimo. Gracias a mi *experiencia*, ya cuento con muchos recursos que puedo consultar, más allá de la biografía, lo que me permitirá entender bien ese periodo y crear un vestuario que ayude a contar la historia.

—¿Y crees que eres la persona adecuada para contar *esta* historia? En lugar de, no sé, una historia sobre un ejército de ard…

—Sí —interrumpí.

Estaba claro que no tenía la menor posibilidad de conseguir aquel trabajo, así que no hacía falta que me preocupara por pequeñeces como resultar grosera por interrumpirle. Llegados a ese punto, lo único que podía esperar era mantener algo de profesionalidad delante de X, con quien esperaba poder volver a trabajar en algún otro momento. Sabía que, si permitía a Finn seguir provocándome, las cosas solo irían a peor, así que necesitaba cortarle en cuanto lo intentara.

—Desde luego que soy la persona adecuada. No sabes hasta qué punto me identifiqué con la historia de Evelyn. Sé muy bien lo que es vivir en un mundo en el que nunca se te permite dar tu opinión, donde las expectativas de otros te atan por todos los lados. Donde lo único que quieres hacer es obligar a los hombres que te rodean a pagar un impuesto por no ser más que unos pedazos de animales, despectivos y muy capullos.

Finn resopló, y un mechón de pelo oscuro cayó sobre su frente. Él lo apartó y jugueteó con su reloj.

—¿Así que crees saber lo que es no poder hablar con libertad? Porque a mí me parece que tú nunca has tenido ese problema. Es probable que, aunque el edificio estuviera ardiendo, te quedaras ahí plantada, hablando de alienígenas y del precio de las almendras.

Lo miré resentida.

—Evelyn también dejó de tener ese problema al final de su historia —observé—. Eso es lo que hace que su transformación sea tan relevante. Ella se liberó de las ataduras que le había impuesto la sociedad y encontró su propia voz. Ya sabes lo que dicen: Las mujeres que se portan bien no suelen hacer historia. Y puedes apostar tus estrechas miras a que a ella tampoco la obligarían a adoptar una postura preconcebida si el edificio estuviera ardiendo.

X se echó a reír, y yo traté de que no se notara el susto que me había dado. A decir verdad, había olvidado que estaba allí.

—Eso es fantástico —dijo, mirándome a los ojos—. Yo también veo a Evelyn así, salvo por todo eso de las almendras y los alienígenas.

La expresión de Finn parecía tallada en piedra; era imposible saber qué pensaba, pero me fijé en que había cerrado los puños sobre la mesa y sus nudillos blanqueaban.

—¿Y cuánto tiempo necesitarías para completar un proyecto como este? —preguntó.

—Bueno —empecé, pensando con rapidez—. Yo diría que unos dos meses.

—¡Dos meses! —resopló él, con una sacudida de la cabeza.

—Eso, si te gusta que las cosas se hagan bien —repliqué—. Necesitaría buscar telas auténticas. Es posible que también hagan falta tintes personalizados.

A mi pesar, me empecé a dejar llevar por el entusiasmo que me provocaba el proyecto. Sabía que no iba a conseguir el trabajo, pero vaya si no habría sido divertido hacerlo.

—Ya no se utilizan los mismos colores que eran populares en aquella época, y algunos son maravillosos —continué—. Seguro que resaltarían muchísimo en la pantalla y aportarían realismo. Todas esas cosas requieren tiempo, salvo que estés buscando a alguien que llegue en el último momento y utilice cualquier tela que encuentre, siempre que parezca más o menos adecuada para la época.

Él me seguía mirando con desconfianza.

—¿Serías capaz de llevar un proyecto como este? —exigió saber.

—Yo he visto su trabajo —intervino X—. Es más que capaz de hacerse cargo de lo que le pidamos.

—Eso ya lo veremos.

Finn hizo un gesto despectivo con la mano, y sacó un cuaderno de bocetos y la bolsa con las muestras de Puntadas. Se acercó a donde yo estaba sentada y me entregó ambas cosas.

—Necesitamos hacer una prueba hoy mismo. En este cuaderno tienes la descripción a grandes rasgos de algunos personajes durante una escena concreta. Elige uno de ellos y diseña un atuendo utilizando las muestras que hay en la bolsa. ¿Lo has entendido?

—Entendido —contesté.

Lo miré a los ojos sin dejarme amedrentar, notando la tensión entre nosotros y cómo se me erizaba la piel de los brazos. A pesar de todo, una parte de mí estaba encantada de tener la oportunidad de demostrar de qué era capaz. No creía que fuera a apreciarlo, pero yo sabría que lo habría clavado, y eso me bastaba.

Finn apartó por fin la mirada y comprobó la hora en su reloj.

—Tendrás cinco minutos desde que termines de leer las descripciones. —Volvió a mirarme a los ojos—. Empiezas ya.

Abrí el cuaderno, con un subidón de adrenalina recorriendo mis venas. Eché una mirada rápida a las muestras para asegurarme de que eran las mismas que le había preparado el día anterior, y me puse a trabajar.

En la escena en cuestión, Tommy y Evelyn estaban en un bar clandestino subterráneo. Recordaba haber leído aquella escena en el libro. Era el momento en el que Evelyn empieza a enamorarse de Tommy, y pensé que él debía tener un aspecto increíble, que también debía encajar con el ambiente y demostrar su carácter.

Empecé a dibujar, con el corazón latiendo a toda velocidad. Notaba los ojos de Finn sobre mí mientras trabajaba, y me dio la impresión de que la habitación se encogía un poco. Cinco minutos era muy poco tiempo, y la mano me temblaba al dibujar la silueta básica del traje que llevaría Tommy. Me centré en un par de características importantes, incluyendo el corte de las mangas, y añadí algunos detalles, como bolsillos y botones. Para terminar, anoté una serie de ideas en el margen de la página, para explicar mi visión de los colores, y las texturas y opciones de tejido que elegiría para la camisa y los accesorios, como el pañuelo de bolsillo y el sombrero.

—¡*Brrrr*! —exclamó Finn, en una especie de zumbido horrible que nos hizo dar un salto a X y a mí—. Se acabó el tiempo. Suelta el lápiz.

—Enséñanos lo que has dibujado —pidió X con gentileza.

Les acerqué el cuaderno y les expliqué los diferentes aspectos de mi diseño. X lo examinó con atención.

—Impresionante —comentó.

Los ojos de Finn estaban clavados en mis dedos. Los había utilizado para difuminar un poco el lápiz, para crear sombras, y él los apartó del papel.

—Estás dejando manchas.

Aquel breve contacto hizo que me mordiera el labio, y cerré la mano, azorada. Él me miró a los ojos y la intensidad de los suyos me aceleró el corazón. Durante un momento, creí identificar algo tras el hielo de su mirada, algo que despertó una sensación cálida en mi estómago, pero él rompió el encanto enseguida, frunciendo el ceño.

—¿Eso es lo que le pondrías al protagonista?

—¿Qué tiene de malo? —Me crucé de brazos.

—Es demasiado discreto —dijo él—. No tiene gracia. Él está tratando de conquistarla, y no veo cómo va a conseguirlo si se confunde con el papel de la pared.

—Tal vez él piensa que llamará más su atención si no presume como un pavo real —observé, molesta—. Es un hombre que no necesita ser lo más chillón y llamativo de la sala. A ella le atrae esa confianza sutil, y la forma en que él permite que sea ella quien destaque. En este momento, él no está ostentando su poder, sino tratando de conocer mejor a Evelyn. —Lo miré con suspicacia y continué—: Diseñar un vestuario no es como el diseño de moda. Hacer que la ropa destaque al personaje en unas circunstancias concretas es tan importante como que sea bonita.

—Pero ellos también deben tener buen aspecto —objetó Finn.

—¿Y qué sabrás tú del tipo de ropa que da a alguien buen aspecto, cuando la mitad de tus personajes en *Corre y dispara* van en camiseta de tirantes, o directamente sin camiseta? —le solté, con los brazos en las caderas.

—Diría que conozco a mi público —replicó él.

—Bueno, si lo único que quieres vender es sexo, sí, claro —observé —. Y, a juzgar por las revistas del corazón, parece que eso se te da muy bien.

Él hizo una mueca. Supe que hacía un rato que me había pasado de «decidida» y sacado los guantes de boxeo, pero ¿por qué demonios

no iba a hacerlo? A la mierda con Finn Lockhart y su película.

—Bueno, al menos yo sí puedo decir que se me da bien mi trabajo, y eso es más de lo que puedes decir tú —escupió—. El premio más prestigioso que has recibido es el Mejor diseño de vestuario del Festival de Cine de Los Ángeles. ¿Y qué te dieron por eso? ¿Una medalla de participación?

Ay. Era evidente que había hecho los deberes o, al menos, me había buscado en IMDb.

—No todos podemos llevarnos a casa el Óscar por… —Me di unos golpecitos en la barbilla—. Ah, es verdad. *Corre y dispara* no ha ganado ningún Óscar, ¿verdad?

Pareció que a Finn se le iban a salir los ojos de las órbitas, pero, en ese momento, X decidió intervenir.

—Yo diría que esta entrevista ya ha terminado. Gracias por venir, Sierra. —Hizo un gesto hacia la puerta para animarme a salir, antes de que a Finn le estallara la cabeza—. Ya nos pondremos en contacto contigo.

—Sí —gruñó Finn—. Para otra ronda de tu «asesoramiento especializado».

Di media vuelta, con los dientes apretados, y me dirigí hacia la puerta, pero me detuve delante de ella y miré hacia atrás, llena de veneno.

—¿Sabe, señor Lockhart? Me sorprende que no le hayan cobrado más ICs en otras tiendas. Creo que debería examinar con atención los recibos de sus compras, porque le garantizo que ahorraría un montón de dinero si mandara a otra persona a las tiendas por usted.

5

FINN

Cuando terminó la última entrevista, la sala de reuniones parecía vibrar con una energía tensa. Había llegado el momento de decidir quién sería el diseñador de vestuario.

Caminé en círculos por la sala, con la mano en la barbilla y lanzando miradas al panel donde habíamos colgado los bocetos de los diseñadores que estábamos considerando. Había pedido a Brenna que entrara, para que se fuera acostumbrando a ese tipo de reuniones, y también estaban allí Jillian, mi directora de relaciones públicas, por si preveía algún problema con alguno de los candidatos, y Zev, el guionista principal de la película. Les había dejado valorar los bocetos sin ninguna referencia externa, y los dos diseños que habían terminado en el panel eran los de Elias Tucker… y Sierra Banks.

La decisión final nos correspondía a X y a mí. Si dependiera solo de mí, haría pedazos el dibujo de Sierra y fingiría que nunca había atravesado la puerta de mi productora, pero, por alguna razón, X se había puesto muy cabezota.

—El historial de Elias Tucker es prácticamente perfecto —dije, volviéndome hacia los demás—. Lleva años siendo un diseñador muy

reconocido y prestigioso, y ha recibido un montón de premios que lo confirman. La verdad es que no entiendo por qué lo seguimos discutiendo.

—Es verdad que tiene un currículum impresionante —corroboró Jillian—, que quedaría muy bien y contribuiría a la imagen del proyecto. Esa es mi opinión.

X hizo un gesto desdeñoso.

—Soy *yo* quien dirige este proyecto, y creo que ya tiene la imagen adecuada. Solo quiero trabajar con los mejores; no con quien la Academia o los críticos digan que son los mejores, sino con gente apasionada y entregada.

—A mí me gusta el boceto de Sierra —dijo Brenna, que apretó el cuaderno contra su pecho cuando la miré, como si fuera un escudo —. Es más… detallado.

—Exacto —dijo X.

—Solo les hemos dado cinco minutos —expliqué—. Estoy seguro de que Elias tiene previsto aportar mucho más detalle a la ropa de verdad.

Y, por lo que sabía de él, trabajaría lo bastante rápido como para no retrasar la fase de preproducción; además, y tampoco era la clase de persona que daba problemas o rechazaba ideas. Llegaría, haría el trabajo, cobraría su salario y se iría. El empleado perfecto. Al infierno con la pasión y la entrega: yo quería eficiencia y fiabilidad. Y, con independencia de lo que dijera X, el prestigio de su nombre tampoco nos iba a venir mal.

—Por mi parte, ningún problema —insistió Jillian.

Zev se encogió de hombros.

—Ya sabéis que lo mío no es la ropa. Las dos opciones me parecen bien, ¿sabéis?

X hizo una mueca.

—Desde hace un tiempo, Elias no es más que mucho estilo y poca sustancia.

—Pero ¿qué dices? —pregunté.

X estaba ahí sentado, vestido con una chaqueta color verde oliva metalizado sobre un jersey de cuello alto color burdeos, unos pantalones anchos y unas deportivas futuristas. Aquel hombre era una montaña de estilo andante. ¿Cómo podía quejarse de que Elias también lo fuera?

—No dan un Óscar a nadie que no aporte sustancia —añadí.

—Elias vive de sus éxitos anteriores —insistió X—. ¿Qué ha ganado últimamente?

—En eso tienes razón —admitió Jillian—. Ya no resulta novedoso.

Yo la miré con recelo. Qué traidora.

—Le han nominado hace poco.

—Ha sido por los viejos tiempos y por costumbre, pero no ha ganado nada. Dudo que vaya a ganar otra vez, salvo que alguien le dé un toque de atención —explicó X—. Puede que esta sea una película de época, pero no podemos anclarnos en el pasado. Hay que seguir adelante, Finn, adaptarse a los tiempos y traer nuevas ideas.

Me froté los ojos. *No* quería que Sierra Banks trabajara en mi película.

X se puso en pie, despegó el boceto de Elias del panel y lo dejó caer en la mesa, delante de los demás.

—Este es un atuendo muy básico de aquella época. Hasta yo podía haberlo diseñado.

—No —protesté—. Eso… Eso es lo que pide la escena. Algo sencillo y discreto, y, aun así, ha capturado los detalles esenciales. —Hice un gesto vago porque, a decir verdad, Elias no había establecido ninguna conexión entre el dibujo y los personajes cuando nos había explicado el diseño—. Fijaos en el corte ajustado del chaleco, que simboliza la estricta educación que recibió Tommy.

X inclinó la cabeza y levantó una ceja.

—Fue *Sierra* quien insistió en que el traje no debería ser llamativo y, aun así, consiguió aportarle personalidad. Nos demostró que entendía el personaje, la época y, lo que es más importante, la relevancia de esa escena.

Fruncí el ceño aún más.

—Elias es una apuesta *segura* —continuó X.

Brenna, Jillian y Zev murmuraron entre sí.

—No hay nada malo en ir a lo seguro —gruñí, pues parecía que se empezaban a inclinar a favor de X—. Lo seguro es bueno, eso lo sabemos todos.

Además, lo esencial de la película eran el guion, la dirección y las actuaciones. El resto solo tenían que preocuparse de no meterse en medio y no entorpecer nada.

—Creo que deberíamos elegir a Sierra —dijo X—. Yo ya he trabajado con ella antes, y tiene talento, es creativa y colabora bien.

—Está demasiado verde.

—Lleva diez años en este negocio —aclaró X.

—Pero nunca ha trabajado en una producción de este calibre.

—Lo que quieres decir es que nunca ha ganado ningún premio importante —dijo X—. Su nombre no tiene prestigio, pero yo tampoco lo tuve, en su momento. Eso no significaba que tuviera menos talento.

Miré el panel donde estaba sujeto el boceto de Sierra. Maldita sea, sí que me gustaba más. Tenía buen ojo para el detalle: bolsillos pequeños, botones, la sutileza del corte y la forma… Hacían que el traje pareciera mucho más real. Era evidente que había entendido bien el personaje y, aun así… No. ¡*No*!

—Va a hacer que se alargue la preproducción —dije, aferrándome a mi último argumento.

—Te ha dado un plazo muy razonable —repuso X.

—Y tú sabes que esos plazos nunca se cumplen. La gente siempre ajusta los plazos en las entrevistas.

Necesitaba que la película fuera un éxito, y no quería crear un riesgo para la producción introduciendo un elemento que pudiera desestabilizarla y echar por tierra todos los planes.

Recordé el artículo con los comentarios de mi madre. Esa producción de Hart of Gold iba a ganar premios, pasara lo que pasara. Por fin nos asociarían con algo más que las películas de acción descerebradas.

—Es la elección correcta —confirmó X—. La quiero en el equipo, Finn.

Comprendí bien lo que no estaba diciendo. *La quiero a ella y, si te niegas, empezaré a cuestionarme mi propia participación*. Dominé la irritación que sentía. Hasta ahora, la implicación de X era lo que había aportado buena prensa al proyecto. Me ajusté el reloj.

No pensaría de verdad marcharse si no la contrataba, ¿verdad? No podía arriesgarme, pero tampoco pensaba comprometerme a cambio de nada. Tal vez X estuviera abierto a considerar un intercambio. No quería que Hart of Gold se limitara a un solo éxito con *Cada día es domingo*.

—De acuerdo, te propongo un trato. Contrataré a Sierra si tú te comprometes a dirigir otra película para nosotros.

—Si aún no hemos empezado esta —resopló X.

—Pero cuando la acabemos, cuando *Cada día* llegue hasta los Óscar, te quiero aquí, trabajando en la siguiente.

X se frotó la barbilla y lo pensó durante unos instantes. Sabía que tenía otras opciones, que siempre buscaba nuevas formas de desarrollar su visión creativa, pero lo que yo intentaba construir era importante para mí, y quería al mejor.

—¿Tendrá un buen presupuesto? —preguntó X.

Asentí.

—¿Y podré participar en la selección del guion?

Podría participar, pero Hart of Gold tendría la decisión final.

—Eso puedo aceptarlo —concedí.

X tendió la mano.

—Entonces, tenemos un trato.

Por supuesto que sí. Y yo podría tener dos películas consecutivas con candidatura al Óscar. Para lograrlo, estaba dispuesto hasta a aguantar a Sierra Banks.

—Y ya que estamos negociando —intervino Zev—, podría ser recomendable contratar a un asesor histórico.

—Ya he empezado a buscar —expliqué—. Me he puesto en contacto con el autor de la biografía por si le interesaba asesorarnos, pero está en el extranjero, trabajando en otro proyecto.

—Es una pena que no podamos conseguir al autor, pero creo que deberíamos contratar a alguien —dijo Zev—. Yo ya he investigado por mi cuenta todo lo que he podido, pero no quiero que se nos pase nada que pueda resultar evidente. Nada peor que descubrir que has metido la pata, cuando es demasiado tarde para arreglarlo.

—Ya tengo una lista de otras alternativas. —Me volví hacia donde Brenna estaba sentada, con su cuaderno—. Añade eso a tus tareas para mañana. Te enviaré los detalles, para que puedas empezar a hacer llamadas.

Me volví hacia X. No me hacía mucha gracia la situación, pero si Sierra era lo que necesitábamos para seguir adelante con la producción, me las apañaría.

—Muy bien, gente. Vamos a rodar una película.

6

FINN

Estaba dando golpecitos con el bolígrafo contra la mesa, cada vez más irritado a medida que iban pasando los minutos y no recibía ningún mensaje. Había enviado la oferta a Sierra hacía varias horas, y aún no había recibido respuesta.

En serio, ¿qué clase de persona no miraba sus correos electrónicos después de una entrevista de trabajo? Era como si ni siquiera quisiera el maldito puesto. Necesitaba que firmara el contrato, y la necesitaba en el taller ya, para empezar el trabajo.

A la mierda. Cogí el teléfono y llamé al número que había incluido con su solicitud. La llamada conectó enseguida.

—Hola, has llamado a Sierra Banks. Me temo que estoy tremendamente ocupada con mi trabajo de consultora experta, y ahora no puedo atenderte.

Hice una mueca. Ese no era el mensaje de su contestador, ni de coña. Me aclaré la garganta.

—Soy Finn Lockhart, de Hart of Gold Produ…

—¡Brrr! —interrumpió ella, imitando un zumbido horrible—. ¡Se acabó el tiempo!

Parpadeé, incrédulo, cuando colgó el teléfono. ¿Cómo había sabido que era yo antes de que dijera mi nombre? Nunca la había llamado antes. Entonces, recordé que le había tirado mi tarjeta de visita sobre el mostrador de la tienda antes de irme.

¡Cómo se atrevía! No podía creer que fuera a ofrecer un trabajo a esa mujer. ¿Es que X no se daba cuenta de lo horrible que sería trabajar con ella?

Un destello de ira ardió en mi pecho, al tiempo que intentaba apartar de mi mente la imagen de cómo se había mordido el labio cuando estaba concentrada. Me tragué la irritación y volví a llamar.

Sierra era una distracción que no podía permitirme, pero necesitaba a X. Trabajando con él en dos proyectos, Hart of Gold podría convertirse por fin en algo más que una productora de películas de acción. Por mucho que me pusiera de los nervios, la necesitaba. Ella volvió a contestar la llamada.

—Hola, soy Sierra. No puedo coger tu llamada porque estoy muy ocupada sacando brillo a la medalla de participación que recibí en el Festival de Cine de Los Ángeles. —Colgó sin darme tiempo a decir ni una palabra.

Inspiré hondo, aunque no sirvió para calmarme, y llamé una vez más.

—¡No cuelgues! —dije inmediatamente—. Estoy tratando de hacerte una oferta de trabajo. Si lees tus corr…

—Oh, es una lástima —dijo con sarcasmo—. Estoy demasiado ocupada aburriéndome con otra secuela de *Corre y dispara*. —Clic. La llamada terminó.

Muy bien, ya estaba harto. Había oído a alguien preguntar por rollos de tela durante la última llamada, y me imaginé que estaría en

Puntadas. Cogí las llaves y salí hacia allá a toda prisa.

Al llegar, encontré a Sierra tras la mesa de cortar, charlando con una mujer rubia baja que tenía pinta de arañar como un gato si uno se acercaba demasiado. Me ajusté la chaqueta, planté una gran sonrisa en mi cara, busqué el contrato en mi teléfono y me acerqué con paso decidido. Me había ganado a gente mucho más dura que Sierra Banks.

—Por Dios —exclamó ella con un enorme suspiro exagerado al verme—. ¿Tanto cuesta pillar una indirecta?

—Estoy intentando ofrecerte un trabajo —dije—. La mayoría de la gente estaría agradecida.

—Ya, bueno, la mayoría de la gente no tendría que aguantarte a ti —replicó—. No quiero el trabajo. Puedes coger tu traje de Armani y largarte por donde has venido.

—Cuida que la puerta no te dé en el trasero al salir —añadió su amiga.

Apreté los dientes y apelé a toda mi capacidad para la diplomacia.

—Mira, sé que empezamos con mal pie, pero me interesan mucho tus capacidades y querría contratarte. Y también sé que quieres este trabajo.

Dejé el teléfono en la mesa de cortar, de forma que pudiera ver el contrato en la pantalla, y la miré a los ojos.

—Los dos sabemos que esta película sería el sueño de cualquier diseñador de vestuario. Yo puedo ayudarte a dar el siguiente paso en tu carrera, Sierra.

Ella me miró parpadeando, con aspecto de estar considerándolo seriamente. Dios, qué ojos más bonitos tenía. Tampoco pude evitar fijarme en el pelo castaño que se había escapado del pasador que llevaba en la nuca. Los mechones habían caído desordenados y rebeldes, y tuve un impulso tan fuerte de colocarlos detrás de su

oreja, que tuve que apretar los puños. Al cabo de un instante, ella frunció el ceño.

—No me interesa avanzar mi carrera con nada relacionado contigo. Muchas gracias.

Cogió un montón de rollos de tela y echó a andar hacia uno de los pasillos.

—La acabas de fastidiar —dijo su amiga, que me miraba con una ceja levantada.

Puse los ojos en blanco y seguí a Sierra.

—¿Por qué tienes que ser tan problemática?

—¿*Yo* estoy siendo problemática? —exclamó ella, mientras dejaba uno de los rollos de tela en la estantería—. Lo que tú digas, señor Importante.

Me empezó a costar mantener la sonrisa. No había venido a jugar con ella, tenía que ir al grano.

—La oferta es muy competitiva. No encontrarás una mejor para otra producción de este tipo.

—Tu dinero no me interesa —dijo por encima del hombro, justo antes de doblar la esquina al final del pasillo—. Ya te he dicho que no puedes permitirte mis servicios de consultoría.

—Todo el mundo tiene un precio —dije, siguiéndola.

La había estado investigando la noche anterior. Había leído toda la información que había sobre ella en la base de datos IMDb y en sus redes sociales. Nunca empezaba una negociación sin saber lo que la otra parte podía aportar, o lo que necesitaban que yo pudiera ofrecerles, y nunca terminaba sin estar satisfecho. Esa ocasión no sería diferente.

—Pues ve a hablar con todo el mundo —replicó ella.

—Si firmas el contrato hoy, me aseguraré de conseguirte esos tintes personalizados que mencionaste durante la entrevista.

Ella se detuvo para considerar mi propuesta, y colocó otro rollo de tela en su sitio. Yo tendí una mano para enderezarlo.

—No toques nada —advirtió.

—Estaba torcido. ¿Y bien? ¿Qué opinas?

—No.

—Puedo proporcionarte todo lo que necesites. Dame una lista y, antes de empezar, tendrás todos los artículos que quieras.

Estaba dispuesto a conseguirle todos los artilugios que pudiera desear cualquier diseñador de vestuario. ¿Qué más podría querer?

Sierra se mordió el labio, de aquella forma que me llamaba tanto la atención y, tras un momento, tendió la mano para que le entregara mi teléfono. Sentí una punzada triunfante cuando se lo di, y la observé mientras leía el contrato. No pude evitar admirar sus dedos: largos, ágiles, delicados. Ya me había fijado en ellos cuando se los manchó con el lápiz, el día de la entrevista. Me distraje pensando en la forma en que esas manos se deslizarían sobre una prenda de seda, o sobre piel…

—¿Quieres la ropa terminada en un mes? —espetó, mirándome suspicaz—. ¿Estás de broma?

¡*Maldita sea*! Sí que tenía ojo para el detalle. Había encontrado esa frase entre un montón de párrafos de palabrería legal.

—Tendrás un equipo, así que es tiempo suficiente para terminarlo todo —expliqué.

—Te dije que necesitaba dos meses para hacer un buen trabajo. —Sierra me devolvió el teléfono con un gesto arisco—. Si quieres que me plantee siquiera hacer este trabajo, el plazo no es negociable.

Luché contra las ganas de golpearme la cabeza contra la pared más cercana. ¿Quién era ella para decirme a mí lo que podía negociar?

—Te puedo ofrecer seis semanas —ofrecí.

—Ocho —replicó ella al momento, y empezó a alejarse de nuevo.

La seguí hasta la mesa donde tenía las muestras, en la parte delantera de la tienda. *No la quiero, pero la necesito*, me recordé. La necesitaba porque X tenía que ser la imagen del proyecto; era su nombre el que nos conseguiría el éxito. Me pasé las manos por el pelo.

—De acuerdo. Dos meses, ni un minuto más.

Ella inspiró por la nariz y acarició la tela de otro rollo.

—Bueno, pues ya me lo pensaré.

—Lo aceptarás —gruñí, apartando la tela antes de que pudiera escudarse tras ese otro rollo.

¿De qué iba todo aquello, si no pensaba firmar el contrato?

—Y si no, ¿qué? —me retó ella, tratando de coger el rollo de tela, pero yo lo sujeté con firmeza, a pesar de sus tirones—. ¿Correrás a ofrecerle el trabajo a otro? ¡Pues adelante!

¡Aquella mujer! La irritación hacía que me escocieran los ojos, pero no podía rendirme. No estaba dispuesto. No permitiría que nada se interpusiera en el camino de mi película hacia el éxito y, si eso requería que ella firmara el contrato, maldita sea si no iba a conseguir que lo hiciera, a cualquier precio.

Ella tiró del rollo con más fuerza, y yo lo atraje hacia mí, enzarzados en un tira y afloja.

—¡Suelta!

—Firma el contrato.

—No.

Tiró del rollo de tela con tal fuerza que lo hizo salir disparado hacia un maniquí cercano que, al caer, golpeó al siguiente. Los dos cayeron al suelo con estruendo, en una postura un tanto comprometida. Sierra resopló, y se apresuró a levantarlos, con las mejillas ardiendo.

—¿Qué te ha hecho Merle?

—¿Quién?

Ella sujetó la cabeza del maniquí, que había empezado a caerse.

—Es muy delicado, y lo estás zarandeando como a un especialista de una de tus ridículas películas de coches.

No tenía tiempo para aquello.

—Puntos Provocativos —comenté.

Ese era su otro negocio, lo había leído en su tarjeta de visita. Hacía vestuario para cabaré.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó, mirándome con desconfianza.

—He visto el guion de la siguiente entrega de *Corre y dispara*. Si firmas para esta película, te garantizo que, en la otra, habrá una bonita secuencia de cabaré en la que el vestuario solo pueda ser de Puntos Provocativos.

Ella soltó por fin el maniquí, cruzó los brazos y frunció los labios. Estaba considerando mi oferta de trabajo adicional. Un trabajo que verían *millones* de personas. Esa clase de visibilidad podría lanzar su negocio a la estratosfera, y cualquiera que trabajara en nuestro sector sabía que uno no rechazaba una oferta de trabajo cuando se la regalaban.

—No estoy segura de ser muy aficionada a *Corre y dispara* —objetó.

Ya sabía que diría eso, solo para ponérmelo difícil, pero me daba cuenta de que estaba acabando con sus defensas. Al menos, había dejado de alejarse de mí.

—Mira —expliqué—, a X le hace mucha ilusión trabajar contigo.

—Sí, es una pena que a su productor no haya quien lo aguante —contraatacó ella.

Me tragué el gruñido que se formó en mi garganta.

—Debes saber que X insistió en que te contratáramos a ti, a pesar de que yo sabía que nos darías problemas. Y, en este momento, me estás demostrando hasta qué punto yo tenía razón. ¿De verdad quieres seguir así?

Ella me miró furiosa, y decidí continuar.

—Eres consciente de que, con X como director, esta película va a ser una seria candidata a los premios. Estoy dispuesto hasta a apoyar tu propia candidatura individual. ¿Estás dispuesta a renunciar a todo eso?

Al ver un músculo que temblaba en su mandíbula, supe que la tenía en el bolsillo. Todo el mundo aspiraba a ver su trabajo reconocido y, en ese sector, todos ansiábamos una estatuilla dorada que dijera que éramos los mejores. El reconocimiento significaba la posibilidad de seguir haciendo películas.

—Sé lo mucho que quieres participar en esta película. Cuando leíste la biografía, no dejabas de hablar de ella en tus redes sociales. No vas a dejar pasar esta oportunidad solo porque yo te caiga mal, ¿verdad?

Ella emitió un largo suspiro, y sus ojos bajaron al teléfono en mi mano.

—Lo firmaré —murmuró.

Con una enorme sensación de alivio, di las gracias a todos los dioses de las películas en preproducción.

—Si… —añadió ella.

—¿Sí? —repetí, sin poder evitar que se me notara el fastidio.

—Firmaré, si… me aseguras un suministro ilimitado de RevX.

—¿Te refieres a ese veneno disfrazado de bebida energética? —pregunté con una mueca.

Ella pareció tan ofendida como si le hubiera dicho que su bebé era horroroso.

—Es mi bebida favorita —replicó—, y es evidente que voy a necesitar montones de ella, si tengo que aguantarte todos los días. —Tendió la mano hacia mí—. ¿Hay trato?

Qué petición más absurda. No podía creer que, de todo lo que podía ofrecerle, fuera eso lo que quería.

—Muy bien —gruñí—. Trato hecho.

Fui a estrecharle la mano, pero ella apartó la suya en el último momento para rodear el maldito maniquí con el brazo.

—Pon eso en el contrato también, señor Importante. Lo quiero por escrito.

7

SIERRA

—¿Dónde estás? —preguntó Ro.

—Acabo de llegar al estudio de producción.

Activé el altavoz del teléfono para coger mi bolso del asiento del pasajero y asegurarme de tener mis tijeras favoritas, que llevaba a todos los trabajos para que me trajeran suerte, mi ejemplar de *Cada día es domingo* y la versión actual del guion. Había pasado el fin de semana haciendo anotaciones sobre los personajes, e incluso había empezado a hacer algunos bocetos iniciales para Tommy y Evelyn.

—Pues… —dijo Ro—, yo acabo de recibir un mensaje de X.

Dejé de rebuscar en el bolso y esbocé una sonrisa.

—¿Y?

—Quiere entrevistarme esta mañana. Supongo que tú has tenido algo que ver con eso.

—Es posible que le haya dado a entender sutilmente que conocía a una coordinadora de intimidad fantástica, dispuesta para empezar cuanto antes.

Aquel negocio dependía en parte de lo mucho que se trabajaba, pero también de los contactos. Ro y yo siempre cuidábamos la una de la otra y nos recomendábamos cada vez que teníamos ocasión, y no pensaba dejar pasar la oportunidad de trabajar con mi mejor amiga en aquella película.

—Te escribiré cuando acabe la entrevista, para contarte cómo ha ido.

Yo estaba segura de que no sería más que una mera formalidad.

—Estupendo.

—Que tengas un primer día fantástico. Lo vas a hacer fenomenal. Y no olvides que puedes clavar un alfiler a Finn si se pasa mucho.

Me eché a reír, aunque estaba segura de que él estaría ocupado con cosas de productor que lo mantendrían lejos de mí, y podría trabajar en paz.

—Buena suerte con la entrevista.

Ro colgó y yo salí del coche con mi enorme bolso colgado del hombro. Me dirigí hacia el edificio principal, donde estaban los talleres y, al entrar, sentí una descarga de adrenalina recorrer todo mi cuerpo.

Me encantaba la sensación de empezar un proyecto, cuando todo era nuevo y emocionante: las ideas, las pasiones, los compañeros de trabajo… A pesar de que estaría trabajando para Finn Lockhart, el hombre más irritante, e irritantemente guapo, al que había conocido nunca, diseñar el vestuario de aquella película era un auténtico sueño hecho realidad.

Tras pasar el control de seguridad vi a Brenna, la asistente de Finn, acercarse a mí a toda prisa. Llevaba un traje pantalón muy bonito, y botas de tacón de aspecto resistente. Me imaginaba que las necesitaría para aguantar todo el día a Finn ladrándole órdenes. No sabía cuánto le pagaría, pero seguro que no era suficiente.

—Hola, Sierra —me saludó, al tiempo que me entregaba una tarjeta con una cinta para el cuello—. Aquí tienes tu identificación, con ella podrás entrar donde necesites. —A continuación, me enseñó un plano impreso—. Este es el control de seguridad —explicó, señalando una letra *S* en el plano—, y este es el taller de vestuario.

Lo había marcado con un círculo rojo, para localizarlo con facilidad.

—Me vendrá muy bien, gracias. —Cogí el plano y lo orienté hacia mí para situarme—. ¿Qué tal llevas la mañana?

—Bueno, está siendo toda una mañana —dijo ella, con una sonrisa agobiada—. En fin, tengo que irme. Los de seguridad han detenido a Shaw en la puerta y no la dejan pasar.

—Oh, vaya un comienzo para ser la protagonista —comenté. Eso era lo peor que podía pasarle a uno el primer día.

Brenna puso los ojos en blanco.

—Los primeros días siempre hay problemas, pero la pregunta importante es dónde se ha metido nuestro actor principal. En fin, cuando me haya ocupado de Shaw y encontrado a Kaiden, te los traeré. Finn quiere que vayan a vestuario antes de nada, para que les tomes las medidas.

Vaya, qué sorpresa que el señor Importante controlara hasta el último segundo del plazo que me había costado tanto conseguir.

—Por supuesto, estaré preparada —le aseguré.

Brenna comprobó su reloj digital y me miró a los ojos.

—¿Podrás llegar al taller tú sola?

—Tengo un plano y una tarjeta de acceso. Creo que estoy lista. Tú ve a evitar crisis y todo eso.

Ella rompió a reír.

—Eres mi persona favorita esta mañana. Luego te veo.

Se alejó con rapidez, y el sonido de sus botas marcó cada uno de sus pasos hasta que salió al exterior. Yo eché un vistazo rápido al mapa y me dirigí al otro lado del vestíbulo. El edificio era enorme y albergaba numerosos departamentos, como los de atrezo, diseño de decorados, peluquería y maquillaje. También había una zona dedicada a los servicios de *catering*, donde los empleados podían tomarse un descanso y comer algo.

Cuando llegué al taller de vestuario, me quedé boquiabierta. Ya había trabajado antes en varias películas, pero eran de bajo presupuesto, y eso significaba que los talleres de vestuario no eran importantes, y solían estar instalados en habitaciones pequeñas con mala iluminación. Sin embargo, aquel lugar… Bueno, no pensaba admitirlo, pero Finn me podría haber convencido para trabajar en su película con solo mostrármelo.

El interior del taller era amplio y despejado, con techos altos y grandes ventanas que dejaban entrar la luz natural a raudales. A lo largo de las paredes, unas grandes estanterías industriales estaban ya provistas de innumerables rollos de tela y accesorios. Había también varias estaciones de costura, con máquinas de coser, tablas de planchar y mesas de corte. En un lateral había situadas varias habitaciones más pequeñas, separadas por cortinas, con plataformas para probar la ropa y muchos espejos. Además de todo eso, había una cocina pequeña y una oficina para el diseñador principal: ¡*yo*! Finalmente, vi una zona dedicada a los arreglos donde había también una lavadora y una secadora industriales.

Giré despacio sobre mí misma para volver a mirarlo todo otra vez.

—La hos…

—No está mal, ¿verdad?

—¡Hola! —dije al ver a Paisley salir de la oficina y acercarse a mí para darme un abrazo.

Era una mujer alta y desgarbada, que solía llevar camisas hawaianas y moños. Yo había pedido trabajar con ella, y me alegré mucho al ver que estaba disponible.

—Creo que nos lo vamos a pasar muy bien aquí —dije.

—Desde luego. —Se apartó un poco, lo que me permitió ver al resto de su equipo, situado tras ella—. Este es Carter.

Le estreché la mano. Nunca había trabajado con él, pero habíamos coincidido en algunos eventos del sector a lo largo de los años, y siempre nos habíamos llevado bien, así que había propuesto su nombre, junto con el de Paisley.

—Me encanta tu camiseta —dije. Era negra, con un dibujo de unas tijeras y la frase CUIDADO, QUE CORTO.

—Un regalo de cumpleaños de mi novia —explicó—. Soy tan pringado que le dije que me gustaba, y ahora tengo el armario lleno de camisetas con frasecitas relativas a la costura.

—A mí me suelen hacer gracia. —Estaba pensando que nos llevaríamos muy bien.

—Y esta es Trin —dijo Paisley para presentar a la última asistente de vestuario.

—Hola —dije al estrecharle la mano.

Llevaba el pelo recogido con un pañuelo de seda, y los párpados decorados con una sombra de ojos dorada muy atrevida. No la conocía, debía de haberla elegido el estudio.

—Soy Sierra. Encantada de conocerte.

—Oye, me encanta tu blusa —admitió ella—. ¡Cuántos bolsillos!

Sonreí de oreja a oreja.

—Sierra es adicta a los bolsillos —rio Paisley—. Prácticamente, toda su ropa es así.

Estaba segura de que íbamos a formar un equipo estupendo.

—¿Cómo veis este sitio? —pregunté—. ¿Os habéis familiarizado ya con todo?

—Hay un montón de juguetes que estoy deseando probar —dijo Carter.

—Pero el maniquí es lamentable —añadió Trin, levantando los brazos como si le hubiera ofendido a ella—. Vas a tener que pedirle otro al jefe.

Miré a mi alrededor confusa, tratando de encontrarlo.

—Está en tu despacho —explicó ella.

Me dirigí hacia allí y me detuve en la puerta. Justo en el centro, junto a una caja de mis amadas bebidas RevX, estaba Merle, el maniquí de Puntadas que se caía con solo mirarlo. En una mano le habían pegado una lata de RevX y, en la otra, una bolsa de almendras.

—Se le ha caído la cabeza en cuanto lo he tocado —observó Trin.

Paisley soltó una risa seca. Al parecer, eso era lo que Finn consideraba una broma graciosa. Claro, que también podía ser una amenaza velada. ¿Trataba de insinuar que, si no terminaba el vestuario a tiempo, rodaría mi cabeza? Por Dios.

—Yo me encargaré de esto. —Dejé caer el bolso sobre mi nuevo escritorio, saqué los bocetos que había hecho y se los entregué a Paisley—. ¿Te importa poner estos bocetos en el panel, por favor?

Ella asintió y salió, justo cuando se abrió de golpe la puerta del taller y entró Brenna a toda prisa, acompañada de los actores principales, Kaiden McKnight y Shaw Houston. Resultaban una pareja impresionante. Aunque llevaba una década trabajando en Los Ángeles, me seguía sorprendiendo lo increíblemente guapas que eran algunas personas.

Había gente que estaba destinada a la pantalla grande, y Shaw era una de ellas. No solo era preciosa, sino que irradiaba una especie de energía juvenil que, junto con una sonrisa dulce y una cara muy expresiva, serían perfectas para representar las ganas de vivir del personaje. Si su capacidad como actriz iba a juego con su aspecto, aquel papel haría que todo el planeta se enamorara de ella.

Por su parte, Kaiden era guapísimo, pero lo más atractivo de él era su encanto natural. Juntos en la pantalla, resultarían irresistibles.

—Por qué no me acompañáis por aquí, y empezaremos con las medidas —dije, cuando Brenna terminó de presentarnos.

Shaw y Kaiden me siguieron y los situé sobre las plataformas delante de los espejos, separados por cortinas para mantener un cierto grado de intimidad.

Carter se ocupó de Kaiden, mientras Paisley y Trin atendían a Shaw y yo iba de uno a la otra, para verificar todas las medidas.

—Me han dicho que te pararon en la puerta —dije a Shaw—. No te imaginas la de veces que me ha pasado eso mismo a mí también.

Su risa sonó ligera y alegre.

—No me suelen acusar de mentir para entrar en los estudios, así que ha resultado un tanto novedoso.

Su actitud me resultó muy agradable. Me gustó saber que no sería fácil que tuviera una rabieta si había algún problema.

—Bueno, espero que el resto de tu día vaya mucho mejor.

La hice girar en círculo para comprobar la medida de su cintura y luego probé algunas muestras de tela con su tono de piel, para tratar de encontrar una combinación de colores que le sentara bien y resaltara en la pantalla.

—Me hace mucha ilusión todo esto —dijo ella—, y esta parte del proceso me encanta. Siempre tengo la impresión de que entiendo

mejor al personaje cuando me pongo la ropa.

—Eso es lo que intento conseguir yo también —confirmé.

—Oye, dime una cosa —dijo entonces Kaiden, desde el otro lado de la cortina—. ¿Me vas a poner un traje de rayas y un sombrero de ala ancha?

Me hizo reír que le hiciera ilusión vestirse con el atuendo clásico de un gángster.

—Nos aseguraremos de que los dos estéis estupendos. La ropa debería ayudaros a meteros en el personaje y haceros sentir que estáis viviendo sus vidas.

Shaw me miró algo confusa cuando la cubrí con una tela de seda azul claro.

—Mi idea es que la ropa formal sea como un armazón que te ayude a comprender lo reprimida que se siente Evelyn. A medida que avanza la historia, los detalles de otro tipo de ropa, como los flecos, pueden ayudarte a sentir la confianza y libertad de espíritu propia de los felices años veinte. Ya sabes, como… las *flapper*.

La puerta volvió a abrirse de golpe y Finn entró con mucho ímpetu, hablando por teléfono en lo que parecía ser una conversación muy intensa. El ambiente del taller se enrareció al momento, y todo el mundo pareció ponerse nervioso en presencia del gran jefe. Yo entregué el metro a Trin.

—Termínalo tú, y que se vistan.

Salí de detrás de la cortina justo cuando Finn colgaba el teléfono y se quedaba mirando los bocetos que Paisley había colgado en el tablón.

—¿Es esto lo que estáis haciendo? —preguntó con brusquedad.

Me puse en alerta al instante. ¿Por qué me hacía sentir como un erizo, cubierto de púas?

—Sí.

—Creo que la ropa debería ser más moderna —observó mientras se frotaba la barbilla.

—¿Se te ha olvidado que me has contratado para una película de época? —pregunté, mirándolo con desconfianza.

—Soy muy consciente de la película que estoy haciendo.

—Porque, si no te ha quedado claro —continué—, puedo traerte un diccionario para que veas la definición.

—*Cada día* se basa en que Evelyn es una mujer adelantada a su tiempo —dijo él, irritado— y es capaz de ver cosas que otras personas no ven. Un estilo más moderno la haría destacar visualmente desde el principio, y ayudaría al público a entender mejor la historia. ¿Quién va a identificarse con una mujer que lleva corsé?

Para mi sorpresa, su argumento no me pareció una tontería. Recordé películas con un planteamiento similar, como *Romeo + Julieta*, de Baz Luhrman. En aquella película habían introducido influencias modernas de forma estratégica, lo que ayudó al público a conectar desde el principio con una historia y unos diálogos centenarios.

Por mucho que me fastidiara admitirlo, la idea de Finn era medio decente, aunque no encajaba ni con mi visión, ni con la forma en que estaba escrita la biografía. Además, X debía ser parte de aquella decisión, si es que aún no estaba al tanto del concepto.

—Creo que eso estaría bien —dijo Kaiden, que acababa de salir de detrás de la cortina, ya vestido con su ropa—. Sería como esa última versión de *Gatsby*, en la que usaron música moderna. Al público le encantó.

—Exacto —corroboró Finn.

Shaw apareció un momento después, con aspecto de no saber bien qué pensar. Nos miró a Finn y a mí, como si le preocupara que alguno de nosotros le pidiera tomar una decisión. Lo último que yo quería era que los actores se sintieran atrapados en el medio, como si les obligáramos a elegir bando en una pelea entre mamá y papá.

—Paisley —dije—, ¿te importaría ir con Brenna a llevar a Shaw y Kaiden a maquillaje?

Paisley asintió e hizo salir a todo el mundo, incluyendo a Carter y Trin. Cuando estuvimos solos, me volví a Finn, dispuesta a llegar a un compromiso.

—¿Y si la ropa tiene un diseño más moderno, pero las telas siguen siendo propias de los años veinte? De ese modo, las formas tendrán más sentido para el público, pero las tonalidades y texturas darán una impresión auténtica.

Finn se había cruzado de brazos.

—Creo que no has entendido la metáfora, que debería ser evidente. No hay que poner ropa moderna a *todo el mundo*. Solo a Evelyn y Tommy, que son quienes intentan escapar de las restricciones de su ambiente. ¿Qué mejor manera de mostrar eso que a través de su ropa? Todos los demás están atrapados en el pasado, y deberían vestir de modo acorde.

—Esa es una gran idea. —Me estaba dejando atónita.

Descolgué uno de mis bocetos del panel y me puse a dibujar sobre él. Las imágenes estaban tomando forma en mi mente más rápido de lo que era capaz de dibujarlas.

—Podría ser algo así —dije, notando su presencia detrás de mí, cálida, pero que me provocó un escalofrío—. El estilo debería evolucionar a lo largo de la historia, a medida que cambian las actitudes.

—Eso es —asintió él.

¿En serio nos estábamos poniendo de acuerdo en algo? Él emitió un murmullo y noté su aliento en mi cuello. Tuve que contener las ganas de dar un tirón al cuello de mi blusa, pero, cuando volví un poco la cabeza y lo encontré ahí mismo, pegado a mí, el corazón se me paró un instante.

—¿Qué? —preguntó, mirándome a los ojos de aquel modo que me mareaba un poco.

—Nada. Solo me sorprende que hayas tenido una idea que sea realmente buena.

—Todas mis ideas son buenas —masculló él.

Estuve a punto de responder para decirle que, tal vez, trabajar para él podría no ser una auténtica pesadilla, después de todo. Pero Brenna entró a la carrera en ese momento y tendió a Finn el teléfono que llevaba en la mano.

—Son los de construcción, van con retraso.

Finn cogió el teléfono y su actitud cambió tan rápido que casi noté un latigazo en el cuello.

—Tony, ¡habíamos acordado que sería ayer! —estalló—, y cuando dijiste que sería imposible, me prometiste que sería esta mañana.

Atravesó el taller con paso decidido. Yo miré a Brenna con una mueca.

—Pobre Tony —susurré.

Ella asintió.

—Más vale que recemos por él. —Aquello me hizo resoplar, porque me caía muy bien.

—¡X y yo esperamos versiones más depuradas de esos diseños! —me ladró Finn desde la puerta—. Hoy a última hora.

Y con eso, desapareció, seguramente para terminar de amargarle el día a Tony.

—¡Brenna! —llamó antes de salir.

—Tengo que irme —dijo ella, antes de echar a correr tras él.

De acuerdo, señor Importante. Me retracté de todo lo que había pensado antes: trabajar para Finn Lockhart era una pesadilla auténtica, sin redención. Aunque, al mirar el boceto que aún tenía en la mano, comprendí que la pesadilla, tal vez, sabía lo que estaba haciendo.

Claro, que no era yo quien pensaba decírselo.

8

FINN

—Tony, no me cabrees —advertí con el teléfono pegado a la oreja, mientras caminaba por el pasillo en dirección a la sala de reuniones, donde me esperaban Sierra y X para hablar del vestuario de los actores de reparto—. Dejamos esto resuelto ayer, y me dijiste que tendría un aspecto adecuado para la época.

Tony murmuró algo sobre retrasos en la entrega de una madera con incrustaciones.

—No quiero oírte hablar del problema, sino de la solución. —Por desgracia, cuando me explicó una posible alternativa, yo no tuve forma de saber si era viable—. El asesor histórico empieza hoy. —Estaba previsto que asistiera a la reunión sobre vestuario—. Lo llevaré allí dentro de una hora para que vea los decorados.

Colgué, y escuché el sonido de unos tacones detrás de mí, pero no me detuve. Brenna me alcanzó, respirando con rapidez, y me enseñó una tableta.

—Tienes que aprobar esto —dijo.

—¿Qué es?

—Los ajustes al plan de rodaje que habías pedido —aclaró ella.

Ya era hora. Firmé con rapidez y le devolví la tableta.

—Envíalo al equipo cuanto antes y, cuando termines, localiza la entrega que está esperando Tony y averigua cuánto nos va a costar que llegue aquí hoy.

—Entendido.

Me dirigí a la sala de reuniones, con Brenna corriendo tras de mí. Todo el mundo se volvió a mirarme al entrar, pero yo me detuve de golpe, con los ojos casi saliéndose de las órbitas. Porque allí, en medio de la sala, junto a Sierra y X, estaba mi madre.

—¿Mamá?

No sabía qué más decir. ¡*Debía de ser una puta broma*!

—Hola, cariño —respondió ella, que se acercó para saludarme con un abrazo y una gran sonrisa.

Me quedé mirándola cuando se apartó de mí. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Entonces caí en la cuenta. *Ella* era la asesora histórica.

Apreté los puños y miré a Brenna, encogida en un rincón de la sala, con la tableta apretada contra el pecho. Parecía estar conteniendo la respiración.

—Brenna —ladré la palabra, tratando por todos los medios de controlar mi tono, e hice un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Ven un momento.

Salí al pasillo y ella se apresuró a seguirme.

—¡Esa es mi madre! —siseé.

—Un momento, escucha…

—¿Que escuche? —estallé—. Te di una lista de candidatos para el puesto. —Yo mismo los había buscado y seleccionado cinco personas

que serían adecuadas, una de las cuales había sido mi preferida—. ¿Es que no la recibiste?

—Sí la recibí —dijo ella, mordiéndose un labio.

—Entonces, ¿qué hace Cathleen Lockhart en mi estudio? —pregunté con los dientes apretados.

Mi reacción inicial había sido marcharme, declarar que mi madre no iba a trabajar en *mi* película y, a continuación, despedir a Brenna, naturalmente. Pero no podía hacer ninguna de esas cosas, porque ese tipo de situaciones solían tener repercusiones y no podía arriesgarme a retrasar los plazos de rodaje solo porque mi asistente hubiera tomado una decisión absurda.

—Tu primera opción no estaba disponible —explicó Brenna—, pero cuando hablé con él, propuso a Cathleen. Al parecer, es uno de los supervisores de su tesis, y dijo que era perfecta para el puesto, porque nació en Boston y su tesis trata de historia de esa ciudad. Me pareció que… encajaría bien.

El pulso me latía tan rápido en las sienes que pensé que me estallaría la cabeza. *No* tenía la más mínima intención de trabajar con mi madre.

—Ella acaba de leer su tesis —añadió Brenna—, así que tiene la información muy reciente. Además, tiene una lista de contactos a los que puede recurrir si necesita alguna información específica para nosotros.

Tiré del cuello de la camisa que, de repente, me estaba asfixiando. Me moría de ganas de echar a Brenna una bronca monumental por tomar decisiones sin mí, pero ¿de qué iba a servir? El daño ya estaba hecho. Además, estaba oyendo a mi madre charlar con Sierra sin parar dentro de la sala.

Joder, lo último que me faltaba era que se hicieran amigas. Era hora de volver a entrar, pero no sin hacer antes una advertencia a mi asistente.

—La próxima vez que pase algo así, quiero que me avises antes. ¿Lo has entendido?

Brenna asintió enérgicamente, como una de esas muñecas con la cabeza sobre un muelle. Yo volví a entrar en la sala, intentando ignorar el hecho de que, por ahora, tendría que aguantar a mi madre en el rodaje. Solo de pensarlo, me ponía a temblar sin remedio.

No me consideraba una persona supersticiosa, pero no veía cómo podía ser bueno implicar a mi madre en el rodaje, considerando que mis hermanos y yo nos habíamos pasado nuestra infancia haciendo malabares para salir adelante, mientras ella se venía abajo una y otra vez.

Pero, por otro lado, no podía despedirla. Sería como arremeter con una excavadora contra cualquier fortaleza emocional que hubiera conseguido desarrollar. Aquel artículo con sus opiniones sobre mis películas me había dolido muchísimo, porque demostraba que no creía en mí ni en mi trabajo, y yo había admitido ser un gilipollas al que no le importaba una mierda lo que pensaran los demás. Si dijera a mi madre que no creía que estuviera a la altura del trabajo, la destrozaría, y yo no podría vivir con eso.

Así pues, parecía que mamá iba a ser mi asesora histórica. Y, tal vez, las cosas no irían demasiado mal. Connor había dicho que se encontraba mucho mejor y había tomado las riendas de su vida; pero, por otro lado, no era *Connor* quien estaba produciendo la película más importante de su vida, ni quien dependía de que mamá hiciera bien un trabajo muy importante en ella.

Ya, bueno. Aquello iba a acabar siendo un desastre. Se trataba de esperar a que todo saltara por los aires, así que sería mejor empezar a preparar planes de contingencia cuanto antes. Y también planes de contingencia para los planes de contingencia. Uno no podía estar demasiado preparado para enfrentarse a las posibles consecuencias del huracán Cathleen.

—Muy bien, ¿cómo vamos con el vestuario? —pregunté cuando volví a entrar en la sala de reuniones y la conversación se detuvo en seco.

Miré los bocetos sujetos a una pizarra blanca colocada en la pared.

—Tenemos un pequeño desacuerdo —dijo Sierra mirándome a los ojos, antes de hacer un sutil gesto con la cabeza hacia X.

Aquello me dejó confuso durante un momento, pero, antes de que pudiera pedir una aclaración, X intervino.

—¡No es un desacuerdo! Quiero que el vestuario de los extras destaque. El público busca atractivo visual.

Para mi sorpresa, no fue Sierra quien se opuso, sino mi propia madre.

—Como ya he explicado —empezó, en aquel tono que había perfeccionado durante décadas como profesora sustituta—, los años veinte no fueron muy glamurosos. La gente vestía de forma muy simple, con lana, algodón o *tweed*. No era como una pasarela de moda para *Vogue*.

X refunfuñó y se inclinó hacia ella con los brazos cruzados y la boca retorcida en una mueca de desdén.

—Mira, yo entiendo eso, pero cuando gané los Óscar a la mejor película y mejor dirección por *Ecos de los caídos* que, por si no lo sabes, también era una película de época, también ganamos por mejor diseño de vestuario.

Ah, ahí estaba su famoso ego.

—Así que creo saber un par de cosas sobre cómo transmitir la sensación de un periodo histórico determinado y, a la vez, mantener la atención del público —siguió diciendo—. Esta no es una película independiente de bajo presupuesto, Cathleen —explicó, con el desafío brillando en sus ojos—. Será una gran película, y tenemos que hacerla destacar.

—Pero no puedes sacrificar la precisión por el estilo —interrumpió mi madre, señalando la pizarra—. Además, *Ecos* era un musical, así que era de esperar que el vestuario fuera un tanto llamativo.

Los dos se miraron como si no hubiera nadie más alrededor. Yo, mientras tanto, era muy consciente de otra persona más allí presente, que se mordisqueaba un labio de una forma que me estaba distrayendo muchísimo. Sierra asentía en silencio, como si estuviera considerando ambos puntos de vista.

—No tengo intención de hacer un documental —dijo X—. Lo que busco son ventajas que nos ayuden durante la temporada de premios.

Me miró, como si estuviera esperando que lo rebatiera, pero ¿cómo iba a hacerlo? Yo también quería lo mismo.

—Eso no significa que tengamos que mostrar una versión de Boston estéril y simplificada que nunca existió. Estarías induciendo a error sobre cómo vivía la gente en realidad —insistió mi madre.

—Lo que hago es mostrar un espectáculo en la gran pantalla —rebatió X—. A eso me dedico, y se me da bien.

Sierra y yo volvimos a mirarnos, y me pareció que ella estaba tan perdida como me sentía yo. Cathleen Lockhart era una mujer tranquila, que hablaba en tono pausado y pocas veces levantaba la voz. No era de las personas que se enzarzan en discusiones apasionadas pero, al parecer, escuchar a X presumir de su éxito y experiencia, y su no desdeñable ego, habían despertado algo en ella.

—El vestuario no es solo decoración —continuó mi madre, que se había acercado tanto a X que parecían estar respirando el mismo aire.

—Nunca he dicho que lo fuera —replicó él—. He hecho bastantes películas que han ganado premios como para conocer bien la importancia del vestuario.

La miró con desprecio, y no pude aguantar más. Director importante o no, *nadie* miraba así a mi madre.

—Muy bien, ¡ya es suficiente! —dije, interponiéndome entre ellos con las manos levantadas para interrumpir su confrontación—. Lo entendemos, tenéis una diferencia de opinión, pero no hay tiempo para debatir, sobre todo porque podemos alcanzar un compromiso.

X y mi madre, un tanto avergonzados, se apartaron y se acercaron al panel para volver a mirar los atuendos propuestos. Tenía que haber un modo de capturar la autenticidad del periodo de un modo que siguiera siendo cinemático. Me volví hacia Sierra.

—Tal vez podemos utilizar los accesorios para hacer las escenas algo más atractivas, mientras todo lo demás es fiel a la época.

—Eso sería posible —asintió ella—. Nos podemos centrar en algunos elementos relevantes, como los distintos tipos de sombreros, relojes de bolsillo y cadenas, bastones, bolsos adecuados para el periodo.

—Muy bien —dije, aliviado al notar que la tensión del ambiente parecía reducirse un poco.

—Pero… —dijo Sierra—. Podría haber una forma de aportar a la vez brillo y fidelidad histórica, con algo más que accesorios.

La miré con ojos entornados. ¿*En serio*? Solo con decir aquello, el ambiente se había vuelto a cargar. Justo cuando había conseguido calmar a todos, ella tenía que volver a agitar los ánimos.

—Te escucho —dijo X.

—Yo haría dos versiones de cada atuendo —dijo Sierra, situando dos diseños similares, uno junto a otro.

Le lancé una mirada asesina, mientras un principio de irritación me ardía en el pecho.

—Creía que ya habíamos encontrado una solución —interpuse.

—Vaya, ¿tú eres ahora el diseñador jefe? —preguntó ella—. Lo siento, debo haber entendido mal mi contrato.

Inspiré hondo y me tragué mis siguientes palabras. ¿Por qué no se había limitado a decir que sí y exagerar un poco los accesorios de los actores?

—Eso supondría mucho trabajo adicional, y tiempo del que no dispones —dije, para recordarle el plazo que habíamos acordado—. No es posible.

—No para todas las escenas —confirmó Sierra—. Eso sería demasiado, pero ¿y si lo usamos solo para escenas clave, o para planos de situación que deban ser más espectaculares? Por ejemplo, cuando están en el bar. Imagínate esa primera toma. Todas las prendas podrían tener colores y patrones más vivos. Usaríamos tonos brillantes y metálicos que llamen la atención y deslumbren, para crear ropa que, a la gente de entonces, le pareciera tan llamativa como algunas prendas modernas nos lo parecen a nosotros. Luego, cuando entren los protagonistas y se conviertan en el centro de la escena, los colores de la ropa de los demás cambiarían para ser más adecuados al periodo. Serían prendas idénticas, pero más apagadas, de forma que el ojo se fije automáticamente en Tommy y Evelyn. Puedo coordinarlo todo con el departamento artístico para asegurarnos de que la paleta de colores sea coherente.

—Me gusta esa idea —dijo X, asintiendo.

—Es… interesante —confirmó mi madre.

—Sigo pensando que no hay tiempo para crear dos versiones de todo el vestuario —repetí, mientras me masajeaba las sienes doloridas.

—Podemos encontrar tiempo —dijo X.

¡*Ni hablar*!

—Ni siquiera hemos terminado aún el vestuario de Tommy y Evelyn. ¿En serio creéis que se puede terminar todo en menos de ocho semanas?

—Creo que se puede hacer —dijo Sierra—, y lo demostraré. Para esta noche, tendré una muestra de dos versiones de una prenda, y ni siquiera tendré que apartar a mis asistentes de su trabajo.

—Bien —dijo X—. Vamos a ver cómo queda, y lo decidiremos mañana.

—Me parece bien —dijo mi madre—. Os daré mi opinión cuando veamos el producto final.

Cómo me alegro de que a ella le parezca bien, pensé con sarcasmo.

Sierra se volvió hacia mí, con una de sus delicadas cejas levantada.

—¿Y bien? —preguntó.

—De acuerdo —cedí—, pero si no funciona, abandonamos la idea y nos centramos en los accesorios.

—No te preocupes —dijo Sierra, acercándose un poco—. Funcionará. Recuerda que me estás pagando por mi asesoramiento experto.

Con gran esfuerzo, evité poner los ojos en blanco, seguro de que, entre mi madre y Sierra, acabaría con la cabeza cubierta de canas antes de que terminara la película.

9

SIERRA

Lo malo de trabajar con cuentas, es que se tarda siglos.

Aún no había conseguido terminar el corpiño del vestido de novia de mi madre, a pesar de dedicarle cada momento que tenía libre.

—Oh, oh —dijo Ro cuando entró por la puerta con una bolsa del supermercado.

Llevaba una camiseta rosa de Barbie de tirantes, un bañador azul de hombre y un gorro de tela en el que ponía *Estoy pescando*.

—El duendecillo costurero está en casa —añadió.

Le lancé una mirada que advertía: *no seas mala*. De acuerdo, estaba sentada en un rincón de la cocina, encogida como un duende, pero aquel lugar tenía la mejor luz natural de todo el piso.

—¡Fue muy romántico! —croó una voz a través del altavoz de mi teléfono.

—¡Oh! —vocalizó Ro en silencio, y tras levantar una mano para disculparse en silencio, se dirigió a la encimera para empezar a sacar la compra de la bolsa.

Había puesto a mi madre en el altavoz del teléfono para poder hablar con ella mientras trabajaba, porque esos días, lo mío era ser multitarea.

—En serio, Sierra, fue como si estuviera en una película.

—Eso es genial, mamá.

—¿Cita? —vocalizó Ro, mirándome.

Asentí, y ella levantó las cejas, impresionada.

—¡Tú puedes, Larry! —animó Ro en voz baja.

Yo sonreí, mientras mi madre continuaba contándome la noche más romántica de su vida.

—Había velas por todas partes, la habitación entera estaba bañada en una preciosa luz dorada… —Se interrumpió sin terminar la frase —. Y no dejaba de pensar en lo bonito que sería tener algo así durante la ceremonia. Creo que la luz de las velas quedará muy bien sobre el encaje del vestido.

—Y las cuentas… —añadí, conteniendo la respiración. ¿*Verdad*? Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué cuentas? —preguntó mi madre.

—Ese diseño de flores que me enviaste por correo, el recorte de la revista de novias.

—No, no, ¡no! —dijo mi madre, medio sorprendida, medio asustada —. Esa no es la idea.

—¡Pero si me enviaste una foto! —protesté. *Por favor, que todo sea una broma.*

—Porque me pareció que ese estilo era muy mono, pero creía que habíamos hablado de encaje. El encaje es eterno —explicó mi madre —, es elegante. Cariño, ¿no podemos utilizar encaje?

Miré el corpiño que tenía en las manos, y acaricié las delicadas flores que ya había completado, muerta de miedo. ¿Cuántas horas había invertido en coser cuentas? Ahora tendría que empezar de cero. Levanté la vista y me fijé en que Ro me estaba mirando desde el otro lado de la cocina, nada impresionada. Levantó un dedo y lo agitó en el aire.

—¡Dile que no! —gritó en un susurro.

—Es su vestido de novia, tiene que ser como ella quiera —respondí, en voz baja.

—*Ella* quería las cuentas —continuó Ro.

—¿Cariño? —preguntó mi madre—. ¿Sigues ahí?

—Sí, mamá —suspiré, apartando la vista de Ro—. Podemos poner solo encaje.

Ro puso los ojos en blanco y fingió desplomarse sobre la encimera de la cocina.

—¡Perfecto! —exclamó mi madre—. ¿Te llamo más tarde?

—Claro. Te quiero.

Colgué, apreté el corpiño contra mi pecho y me pregunté si sería posible guardarlo para algún otro proyecto. Odiaba la idea de que todo aquel trabajo hubiera sido en vano.

—¡Sierra! —gritó Ro en cuanto corté la llamada, en un tono de reprobación cariñoso, pero firme.

—Lo sé, ¡*lo sé*!

Ro siempre me sermoneaba diciendo que debía hacer valer mi opinión, pero esa no era la cuestión. Mi madre estaba tan emocionada con su boda, que yo solo quería ayudar a que fuera perfecta. Sabía que criarme sola había sido muy duro para ella y, ahora que había encontrado la felicidad, no quería que nada se la estropeara.

—Solo quiero que se sienta especial el día de su boda. No estoy dejando que se aproveche de mí, ya no soy esa clase de persona. Fíjate en todas las discusiones con Finn que he ganado.

Me arrepentí de esas palabras en cuanto las pronuncié, porque el actual pasatiempos favorito de Ro era tomarme el pelo con Finn.

—Ah, es verdad. —Puso morritos imitando un beso—. Las dos sabemos cómo van a acabar tus discusiones con Finn.

Ahora me tocó a mí poner los ojos en blanco. A Ro le encantaba tomarme el pelo diciendo que todas mis discusiones con él no eran más que un sustituto de los preliminares.

—Tienes que dejarlo ya.

—Imposible, no con toda esa tensión tan deliciosa. —Subió y bajó las cejas muy rápido—. Tal vez deberías pasarte por su despacho después del trabajo.

—Como vuelvas a decir lo de que me va a doblar sobre su mesa —le advertí—, cambiaré la cerradura de la puerta.

Ro me había contado tantas fantasías subidas de tono sobre Finn y yo, que estaban empezando a meterse en mis sueños, y no pensaba tolerarlo.

—Finn es mi jefe. *Nuestro* jefe. No quiero pensar en él de ese modo, muchas gracias.

—Te atrae —dijo Ro con una sonrisa de suficiencia—. Admítelo de una vez.

—Admito que es muy guapo —dije, cerrando la bandeja de las cuentas—, según los estándares sociales habituales. —Bueno, y los míos también pero, por muy guapo que fuera, esa personalidad arrogante y mandona era suficiente para espantar a cualquiera.

Por supuesto, en mis sueños su boca estaba ocupada *con otras cosas*, y eso dificultaba recordar por qué me parecía tan

insoportable. Sobre todo, cuando el Finn de mis sueños hacía aquella cosa con la lengua…

—Ya —dijo Ro, e hizo el gesto de comillas para añadir—: Los estándares sociales.

—¿Y qué importa todo eso? —dije, apartando el recuerdo del Finn de mis sueños—. Un hombre como él nunca miraría dos veces a alguien como yo. No después de haber estado con alguien como Violet Stone.

—¿Alguien como tú? ¿Te refieres a una mujer con talento, guapa y valiente? —preguntó Ro—. Él tendría mucha suerte si alguien como tú se fijara en él, y lo sabe muy bien.

Eso sería hacerse ilusiones.

—Sinceramente, la única persona en todo el equipo de Finn que se preocupa algo por mí es Brenna. Creo que es ella quien me ha estado pidiendo la cena cada noche que me he quedado a trabajar.

Me había quedado hasta tarde el día en que la madre de Finn y X se habían puesto a discutir sobre la autenticidad o la magia del cine, para crear las dos versiones de un traje, como había propuesto. Finn había quedado impresionado, como era de esperar, pero yo estuve cosiendo hasta pasada la medianoche, porque quería que los trajes estuvieran perfectos cuando se los enseñara a X para que los aprobase.

—Oh —dijo Ro—. Eres un encanto. Esta chica necesita un aumento.

—Y que lo digas, maldita sea. Eso mismo pienso yo.



Agosto se me ha echado encima, pensé, mirando el enorme calendario que habíamos colgado en la pared, donde contaba los días que faltaban hasta la fecha límite para terminar el vestuario. La

fase de preproducción estaba a punto de acabar, pero, como siempre, cada día había habido algún problema que retrasaba el proyecto y me obligaba a quedarme tarde en el taller una noche más, inclinada sobre la máquina de coser industrial.

—Funciona, pedazo de… —La máquina zumbó y empezó a dar puntadas a la tela con la que yo la alimentaba—. Este no es el momento de ponerse temperamental.

Saqué los pantalones de la máquina e intenté quitar algunos de los puntos que Trin había hecho mal debido a su falta de experiencia y, por suerte, el problema no era difícil de arreglar. Si hubiéramos tenido más tiempo, le habría animado a que lo intentara de nuevo. Nuestro trabajo se aprendía a base de deshacer puntos y repetirlos pero, por desgracia, no había tiempo para eso, así que me había encargado de arreglarlo yo misma. Volví a introducir la tela bajo la aguja de la máquina, pero el pie de sujeción no bajó: estaba bloqueado en la posición superior.

—Vamos —murmuré, y di un golpe a la máquina, con la esperanza de que se desbloqueara.

—Tal vez podrías tratarla un poco mejor.

Di un respingo y, a causa del susto, pisé con fuerza el pedal de la máquina, que empezó a coser la tela a toda velocidad. *Mierda*. Me di la vuelta con los ojos entornados, dispuesta a arremeter contra Finn por hacerme estropear un trabajo que me estaba costando tantísimo arreglar, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

Estaba ahí de pie, tan elegante como siempre, con un plato de comida en la mano. Un plato que se parecía muchísimo a los que habían estado apareciendo como por arte de magia desde que había empezado a quedarme tarde.

—¿Qué haces con eso? —pregunté.

—La persona de catering que suele encargarse de las entregas ya se ha ido a casa —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Y te has ofrecido para traerlo tú?

Lo miré con desconfianza. Eso no era propio de Finn Lockhart, para nada. Él dejó el plato sobre una mesa.

—¿En serio te vas a quejar de que te traiga comida?

—No… —admití a desgana, y me volví a mirar los pantalones que acababa de tragarse la máquina de coser—. Estoy demasiado estresada para quejarme de nada ahora mismo, pero intentaré recordarlo mañana.

Cogí otra lata de RevX, la abrí y bebí un trago largo.

—¿En serio? —dijo Finn—. ¿Sigues bebiendo ese veneno?

Incliné la lata hacia él.

—Es un veneno que me has proporcionado tú.

—Porque lo pusiste en el maldito contrato —protestó él.

—Y menos mal que lo hice —dije, cogiendo unas tijeras de cortar costuras con las que hice un gesto hacia la mesa de trabajo—. Necesitaré una buena dosis de cafeína para terminar todo lo que hay que hacer esta noche. Tengo que deshacer todo lo que acaba de estropear la máquina. Y, con suerte, mañana tendré tiempo de arreglar los pantalones, porque no queremos retrasar tu preciosa planificación. A este paso, va a ser mejor quedarme a dormir aquí porque, para cuando llegue a casa, voy a tener que dar media vuelta y…

—Ya está bien. Te vas a venir conmigo.

—No puedo ir a ningún sitio. Te acabo de decir que tengo que terminar un montón de cosas antes de mañana por la mañana.

Blandí las tijeras hacia él como un arma, y él se acercó a mí, murmurando algo que no comprendí, aunque me pareció entender la palabra «cabezota». No pude contener un chillido cuando agarró el respaldo de mi silla y la alejó rodando de la máquina de coser.

—Pero ¿qué haces? —exigí, mirando hacia atrás, pero solo vi una sonrisa de superioridad encuadrada por aquella mandíbula perfecta.

—Agárrate —dijo.

—¡Finn! —grité.

Él empujó la silla más rápido, atravesó la puerta y avanzó por el pasillo. Si intentaba levantarme, acabaría en el suelo, así que me agarré al asiento como pude mientras él continuaba empujándome hasta que salimos al aparcamiento. Esa era justo la forma en que empezaban algunas películas de terror.

—¿A dónde vamos? —exigí.

—Ya lo verás.

Empujó mi silla por la rampa de acceso de un edificio situado al otro lado del terreno del estudio y abrió la puerta, que chirrió al abrirse. Yo no había entrado nunca allí, pero tampoco solía ir a ningún sitio que no fuera el taller de vestuario, los servicios de catering y, de vez en cuando, alguna sala de reuniones.

Cuando se encendió la luz, vi una nave enorme, que debía extenderse unos cuantos kilómetros, por lo menos.

—Compré esta nave y todo el equipo que había en ella de otro estudio que cerró —explicó Finn a mi espalda—. Cuando construimos el nuevo estudio, dejamos aquí buena parte del atrezo y el vestuario antiguo incluido en la compra.

Cuando por fin pude levantarme de la silla, me quedé boquiabierta al ver hilera tras hilera de prendas colgadas de barras de metal. Avancé a lo largo de una de las filas, deslizando las manos por la ropa. Era como si Finn me hubiera traído a mi propia versión del cielo.

—Finn… ¡Oh, Dios mío! ¡Pero si aquí hay ropa de Oleg Cassini! Esto es increíble —dije mientras examinaba una blusa que seguramente había sido hecha a mano en los años treinta.

Finn se encogió de hombros, sin alterarse. Estaba claro que aquel nombre no significaba nada para él.

—¡Diseñaba la ropa de Marilyn Monroe! —expliqué—. Nunca he visto ropa como esta fuera de un museo. ¡Habría que exponerla en vitrinas!

Estaba tan emocionada que tardé un minuto en darme cuenta de que estaba parloteando. Cuando me percaté, cerré la boca de golpe y lo miré con timidez. Había esperado ver a Finn con los brazos cruzados y los ojos en blanco pero, para mi sorpresa, sonreía un poco, como si mi emoción le divirtiera. No supe cómo interpretarlo, pero se me encogió el estómago.

—No puedo creerlo… ¿Me has estado ocultando este tesoro durante todo este tiempo?

—Bueno, para mí tampoco significa mucho, pero me ha dado la impresión de que necesitabas un descanso. Tal vez, en lugar de hacerlo todo desde cero, puedes ahorrar tiempo alterando alguna de estas prendas. Puedes coger lo que quieras, tanto si necesitas utilizarlo, como si es solo para inspirarte.

El corazón se me iba a salir del pecho.

—Finn, eso es… Muchas gracias por enseñarme esto.

Él hizo un gesto un tanto arisco, como si le incomodara mi agradecimiento.

—Tal vez, así dejes de obsesionarte tanto.

Y estaba funcionando, porque me acababa de enamorar de aquel lugar. Al infierno con los plazos.

—Oh, ¡estos son preciosos! —dije, descolgando un par de pantalones de hombre—. Son justo lo que necesita Tommy para esa escena del segundo acto, cuando lo recluta la mafia. Me pregunto si no serán demasiado anchos…

Me volví para mirar a Finn, midiéndolo con mis ojos.

—¿Qué haces? —murmuró en tono desconfiado—. ¿Por qué me miras así?

—Pruébatelos —dije, plantándole los pantalones delante de la cara.

—¿Cómo? ¡No!

—Sí, eres más o menos de la talla de Kaiden, y necesito ver qué tal te sientan.

Me volví hacia la ropa, buscando una parte de arriba.

—No me van a caber —insistió, comparándolos con sus caderas.

—Son tu talla, seguro —dije, lanzándole una mirada firme.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy capaz de calcular medidas desde tres metros de distancia. Póntelos.

—Al menos, volvamos al taller —resopló él.

—Pero ¿y si encuentro alguna otra cosa? —Saqué una chaqueta de cuero—. ¡Como esta preciosidad! —La saqué y deslicé las manos por la gastada piel.

—De acuerdo —dijo Finn—. Date la vuelta.

—No voy a mirarte —Le sonreí con suficiencia.

Él se dirigió al otro lado del colgador de ropa, y me lanzó una mirada asesina por encima de la barra. Mantuvo el contacto visual mientras me dejaba oír el sonido de una cremallera, y entonces fui yo quien perdió y apartó la mirada antes, cuando fue evidente que se estaba quitando los pantalones. Pude oír como sacudía los otros antes de ponérselos.

—Creo que voy a pillar alguna enfermedad con esto.

—Es ropa, no un bocadillo mohoso —dije, sin poder evitar humedecerme los labios.

Me di la vuelta porque, aunque no podía ver nada, tampoco podía evitar *imaginármelo*.

—Nadie lo diría por el olor —gruñó él, y fingió estremecerse al ponérselos.

Salió de detrás del perchero para mostrármelos.

—¿Y bien?

Caray, pues sí que le sentaban bien. *Muy* bien, de hecho.

—Se te ha olvidado la camisa —dije, tirándole una.

Las aletas de su nariz se dilataron un momento por la irritación, pero empezó a desabrocharse la camisa que llevaba. Yo me mordí el labio inferior, sin poder apartar la vista de su cuerpo cuando se la quitó, para ponerse la que le había dado. Me fijé en sus hombros amplios, los planos de los músculos de su pecho, la definición de sus abdominales. Cada centímetro de su cuerpo era musculoso, como… Por Dios, ¿por qué hacía tanto calor en aquel lugar?

Volví a girarme y tragué saliva, mientras él terminaba de abrocharse. Para distraerme, me incliné para rebuscar en una caja de bisutería antigua, y saqué una cajita en la que había varios juegos de gemelos. Eso me hizo recordar las fantasías subidas de tono de Ro. ¡Qué diría cuando se lo contara! Al volverme, Finn me miró a los ojos. Se había puesto también la chaqueta de cuero.

—¿Me parezco a James Dean, o qué? —preguntó.

Estaba apoyado en la barra de ropa, y se pasaba una mano por el pelo. La boca se me había quedado seca, y el corazón me golpeaba contra el pecho tan fuerte, que la cajita se me cayó de las manos, y los gemelos rodaron por el suelo hasta los pies de Finn.

—Oh, mierda… Lo siento —dije, cuando él se agachó para recogerlos.

—¿Crees que esto será un zafiro auténtico? —preguntó, levantando un gemelo para enseñármelo.

—¿Por qué crees que es un zafiro?

Se encogió de hombros.

—Es del mismo color que tus ojos.

Sus palabras me hicieron sonrojar. Habría querido mirar a donde fuera, menos a él. Fui a coger uno de los gemelos, pero mi mano tocó la suya y me detuve en seco. Nuestros ojos se encontraron durante un momento infinito, y la tensión creció entre nosotros. Me dio la impresión de que el aire se tensaba como una goma entre los dos, tratando de acercarnos.

Fssss. Bam.

Miré hacia la puerta, mientras Finn se ponía en pie de un salto. Aguardamos durante unos momentos, en silencio, conteniendo la respiración, pero no había nadie.

—Debería volver al taller —dije, sintiéndome muy incómoda ahora que había pasado aquel momento.

—Sí, creo que yo… —Dio un tirón a la camisa—. Debería quitarme esto.

—Gracias otra vez.

No me detuve a recoger mi silla. Salí a toda prisa por la puerta, antes de que pudiera fijarse en lo rojas que se me habían puesto las mejillas.

10

FINN

Desde fuera, el restaurante Flying J parecía un antro de mala muerte, pero eso era lo que me gustaba de aquel lugar. Había dejado la chaqueta en el coche, porque no la necesitaría en un sitio como ese, y me apresuré a entrar. El aire acondicionado del interior me recibió con una oleada fresca.

—¡Siéntese donde quiera! —me gritó una camarera de mediana edad por encima del hombro, sin molestarse en levantar la vista de la mesa que estaba limpiando.

Me dirigí a la misma mesa en una esquina en la que mis hermanos y yo nos habíamos sentado en alguna otra ocasión anterior. Nos reuníamos todas las semanas para comer y ponernos al día en cuestiones de la familia y problemas varios. Cuando me tocaba a mí elegir el restaurante, siempre acabábamos en aquel garito, en un lateral de la autopista que llevaba al aeropuerto. Connor venía en avión desde San Francisco, Liam se escapaba de los estudios VeriTV, y yo agradecía que no se quejaran demasiado de mi elección. Habíamos empezado a venir a aquel sitio cuando empezó aquel escándalo con Violet el año pasado, porque estaba lo bastante alejado del ajetreo habitual de Hollywood como para que los fotógrafos no nos encontraran.

Y, aunque yo me habría comido un plato de barro, si eso me permitía ver a mis hermanos sin que nos molestara nadie, lo cierto era que la comida de aquel sitio estaba buenísima. A esas alturas, ya era un fanático de aquel lugar, y nunca me cansaba de su bocadillo de carne.

—Hola —dijo Connor al llegar.

Iba vestido de un modo más informal de lo habitual en él cuando quedábamos a comer, con vaqueros y una camisa de buen corte.

—¿De dónde vienes?

—Grace tenía una excursión.

—¿Tan pronto? ¿No acaba de empezar el colegio?

—Hay no sé qué exposición temporal en el museo, y el profesor quería llevarlos antes de que se termine.

—¿Era interesante? —pregunté.

—Algo sobre los arrecifes de coral. —Mi hermano se encogió de hombros—. Creo que la mayoría de los niños no se ha enterado. Lo que más ilusión le ha hecho a Grace ha sido sentarse con Kenny en el autobús. Parece que se llevan muy bien desde la fiesta de *Corre y dispara*. Por lo visto, tu regalo fue muy bien recibido.

Me había costado bastante trabajo que Violet firmara un póster de la película. No había hablado mucho con ella desde que nuestras fotos aparecieron en todas las revistas, y me había sentido bastante incómodo al llamarla, pero ella había aceptado sin poner pegas, por tratarse de mi sobrina. Claro, que había tenido que ofrecerle algo a cambio, como una línea de crédito para su próxima película; pero, al menos, ninguno de esos compromisos terminaría con mi nombre en la prensa rosa otra vez.

—Pues claro que lo fue. Punto para mí en la competición de tío favorito. Más vale que Liam se ponga las pilas.

En el momento en que mencioné a mi hermano mayor, este entró por la puerta y se dirigió hacia nosotros.

—Mamá te está buscando —me dijo, con la vista puesta en su teléfono.

Yo hice un gesto de exasperación y miré mi propio móvil, para ver si me había escrito.

—¿No le has dicho que habíamos quedado para comer? —preguntó Liam, al tiempo que se sentaba en el sofá junto a Connor.

—¿Por qué? ¿Querías que la trajera? —Levanté una ceja.

Liam hizo una mueca, como era de esperar. La comida entre hermanos era sagrada, y nunca, jamás invitábamos a nadie.

—Pues no.

—La veré cuando vuelva al estudio —afirmé.

—Y, a todo esto, ¿cómo está? —preguntó Connor—. Este último mes, apenas he sabido nada de ella.

—¿Por qué no le preguntas a él?

Hice un gesto con la cabeza hacia Liam, ya que nuestra madre estaba viviendo con él en su mansión de Studio City. Una parte de mí aún seguía molesta porque Liam no me había avisado cuando mamá se presentó con las maletas en la puerta de su casa porque, si lo hubiera hecho, al menos habría estado sobre aviso antes de encontrármela en mi sala de reuniones como asesora histórica.

Liam soltó un resoplido al ver mi expresión.

—Llevas semanas poniéndome cara de asco. Ya te dije que no te avisé porque di por hecho que ya lo sabías. Es tu película, ¿cómo es posible que no supieras que habíais contratado a mamá como asesora histórica?

—Si lo hubiera sabido, ¿por qué no iba a avisarte yo a ti, antes de que se plantara en tu casa?

—Porque es la clase de broma que gastarías tú —señaló Liam.

Sacudí la cabeza. Puede que yo fuera el primero en hacer una broma o tomar el pelo a mis hermanos, pero nunca lo haría a expensas de mi madre.

—No tiene ninguna gracia.

—Aún no me puedo creer que, de todos los historiadores del país, tus asistentes encontraran a mamá —dijo Connor mientras miraba la carta.

Lo cierto es que aquello había sido un cruel truco del destino.

—Pues *tú* deberías habernos avisado de que venía aquí —dije a Connor.

—A mí casi ni me avisó —respondió él, un tanto molesto.

Lo ocultaba bien, pero yo notaba que aún estaba irritado. Desde que éramos pequeños, nuestra madre se llevaba mejor con Connor que con los demás. Era él quien se sentaba en la oscuridad con ella, durante horas, los días en que se encontraba mal; era él quien le llevaba agua y bocadillos a su cuarto, y conseguía que se duchara. Su paciencia con ella siempre me había asombrado, porque yo jamás habría sido capaz de hacerlo.

Quería a mi madre, pero me había pasado buena parte de la infancia frustrado por el hecho de que la mayor parte del tiempo, éramos nosotros quienes cuidábamos de ella, cuando se suponía que debía ser al revés. Era consciente de que la vida no era como las comedias familiares de la tele, pero tampoco debería habernos forzado a tres críos a educarnos solos y mantenernos a flote sin ayuda.

—Dijo que estaba tan emocionada que se le olvidó.

—Eso es bueno, ¿no? Es decir, es bueno que se algo le entusiasme— comentó Liam.

Eso era cierto: los tres preferíamos a nuestra madre cuando estaba ilusionada y llena de energía, contándonos todo lo que había aprendido durante su última inmersión en sus investigaciones históricas. Esa era su mejor versión, pero nunca duraba mucho.

Cada vez que se animaba, yo me pasaba el tiempo preparándome para cuando volviera a deprimirse. Y sí, aunque ahora seguía un tratamiento médico, iba al psicólogo y había salido por fin de la casa en la que crecimos, la casa donde vivíamos cuando nuestro padre nos dejó, y ya no se hundía tanto en la depresión, yo seguía esperando el próximo episodio depresivo.

La camarera se acercó a tomar nota de nuestras bebidas, y le pedimos la comida en ese momento, para no perder tiempo.

—Bueno, volviendo a tu pregunta —dijo Liam a Connor—, parece que mamá está pasándolo bien. Siempre tiene un montón de historias que contar cuando nos vemos en casa a última hora, aunque, no voy a mentir, tenerla en casa limita bastante mi relación con Mia.

Sonreí y me centré en la última parte de su respuesta.

—¿Quieres decir que está afectando a vuestra capacidad de hacerlo sobre cualquier superficie semiplana de tu casa?

No hacía mucho que Liam y Mia se habían comprometido, y aún estaban en la fase en la que no podían quitarse las manos de encima. Liam me tiró el envoltorio de papel de su pajita.

—Búscate la vida.

—Y tú, una habitación —repliqué—. Ah, no, espera, si tienes como treinta. Elige una en la que no esté mamá.

Me divertía mucho meterme con Liam, y me alegraba saber que mamá le resultaba un fastidio a él también. Tenerla cada día en el

estudio y escuchar sus discusiones con X estaba empezando a ponerme de los nervios, así que me sentía un poco mejor sabiendo que alguien más sufría una presión similar.

—Oye, ahora en serio —empezó Connor—. ¿De verdad que no has podido encontrar un sitio libre de madres en esa casa tan enorme que tienes?

—Le gusta pasear, ¿vale? —protestó Liam.

—Dile a Mia que tiene que dominar el arte de los polvos rápidos —dije, muerto de risa, mientras Liam intentaba agarrarme desde el otro lado de la mesa, como cuando éramos pequeños.

—No me provoques —dijo Liam cuando volvió a apoyarse en el respaldo del sofá—, que he oído por ahí que pasas más tiempo en el taller de vestuario de lo que es razonable para un productor.

—Ah, ¿sí? —intervino Connor, que me miró subiendo y bajando las cejas muy rápido—. ¿De qué va eso?

—¿Aparte de un montón de trabajo? De nada.

—Embustero —dijo Connor—. ¿Quién es? ¿Alguna asistente de vestuario mona? ¿Otra actriz? Sabemos que te gustan las actrices.

—Venga ya —respondí—. Ya aguanté bastantes dramas cuando se torcieron las cosas con Violet. No sabes la suerte que has tenido con que accediera a firmarte ese póster.

—Ajá —dijo Connor, sacudiendo la cabeza—. Vale, no es una actriz. Pero es alguien. ¿Diseñadora de atrezo?

—¿Decoradora? —preguntó Liam.

—¿Maquilladora o peluquera? —continuó Connor—. O, ya sabes, la que hace las pelucas, o como se llamen.

Jugueteé con el botón superior de mi camisa.

—No hay nada de eso. Estoy pasando más tiempo en el taller de vestuario porque tengo que vigilar mucho los plazos. El vestuario de esta película es muy complicado, y solo asegurarme de que las prendas sean adecuadas para la época ya es un trabajo a tiempo completo.

Connor dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—Te acabas de delatar. Nos estás mintiendo en toda la cara.

En realidad, lo que trataba de hacer era mantener mi cara de póquer porque, al parecer, cada vez que mentía, hacía algo que me delataba sin remedio, pero mis malditos hermanos se negaban a decirme qué era. Liam se echó a reír.

—Venga, hombre. Dinos quién es.

Pensé en Sierra, inclinada sobre una pieza de tela en la máquina de coser, con algunos mechones ondulados de su pelo castaño cayendo a los lados de su cara, y tuve que mandar aquella imagen mental a tomar viento. Por suerte, mi teléfono eligió ese momento para ponerse a vibrar sobre la mesa. Estaba salvado.

En la pantalla vi JILLIAN: RP, así que cogí la llamada.

—¿Hola?

—Siento interrumpir tu momento familiar, pero Milli ha atacado de nuevo —dijo ella.

Fruncí el ceño. Milli Blake publicaba *Rumorz*, uno de los blogs de cotilleos más conocidos de la ciudad. Era ella quien me había puesto el apodo de Presidente Tío Bueno cuando las fotos con Violet se hicieron virales. Que volviera al ataque no era buena señal. Apreté los dientes.

—Y ahora, ¿qué dice?

—Te voy a mandar unas fotos a tu teléfono —dijo Jillian—. Han empezado a correr por internet en la última hora, y TMZ las acaba

de publicar también.

Alejé el teléfono de mi oreja para ver una serie de fotos no muy nítidas en las que salía yo y… ¿*Sierra*? Las debían de haber hecho a través de la ventana del almacén cuando la había llevado a ver aquella ropa vieja. Alguien había fotografiado el momento justo en el que yo estaba con una rodilla en el suelo, mostrándole un gemelo para que lo viera. Me sentí aterrorizado.

—Parece como si…

—Le estuvieras pidiendo matrimonio… —Jillian terminó la frase por mí—. Eso es justo lo que parece.

Jesús.

—Milli ha estado investigando la historia de tu relación secreta.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Historia? No había ninguna historia, porque no había ninguna relación. Claro, que tampoco había tenido una relación con Violet: nunca hubo confesiones de amor lacrimógenas, discusiones tempestuosas ni ataques de celos, pero eso no había impedido a Milli inventar lo que le dio la gana. Las revistas de cotilleos se habían hecho eco de sus tonterías inventadas durante meses. ¿Qué pasaría con mi reputación ahora? ¿Y cómo reaccionaría Sierra cuando esa historia la lanzara a los lobos de la prensa?

—Llegaré enseguida —dije. Teníamos que acordar una estrategia de relaciones públicas, ya.

—Hasta ahora.

Colgué y miré a mis hermanos.

—Tengo que irme.

—Eh —dijo Liam, molesto—. Ya sabes que el trabajo tiene prioridad ante todo, menos nuestras reuniones.

—Se va a liar una buena —dije, levantándome de la mesa.

La cara de Liam se ensombreció. Esa era la frase que habíamos usado de pequeños cuando las cosas estaban a punto de irse a la mierda. Podía significar que mamá había empeorado e iniciado uno de sus episodios depresivos, o que un vecino entrometido había avisado a los servicios sociales sobre nosotros, o que algo importante se había quedado sin hacer, sin firmar o sin atender, porque solo éramos unos putos críos y no llegábamos a todo. No significaba nada concreto, salvo que había ocurrido algo malo. Algo urgente que era necesario resolver. Y que, para poder arreglarlo, necesitaba el apoyo de mis hermanos.

Liam cedió al momento.

—¿Me llamarás después? —preguntó.

Asentí, me di la vuelta y me dirigí a la puerta, sin más objeciones de mis hermanos.

11

FINN

Llegué a la oficina antes de que Jillian hubiera tenido tiempo de contárselo todo a Sierra, y entré en la sala de reuniones cuando mientras se lo estaba explicando.

Sierra estaba mirando las fotos en la tableta de Jillian con aspecto de estar muy confusa. Al acercarme, las vi yo también y no pude evitar hacer una mueca. Ampliadas, las imágenes eran aún más delatoras.

—Ay, Dios mío —dijo Sierra, al comprender las implicaciones de las imágenes—. No es lo que parece… —Me señaló—. Él no estaba… No sé qué… No era una petición de mano.

—Pues claro que no —corroboré yo.

Ella me miró furiosa, y dejó la tableta sobre la mesa.

—Tampoco hacía falta que lo dijeras así.

—Así ¿cómo?

—Como si fuera la plebeya más miserable de tu reino.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no es lo que he dicho. Me refería a que nunca pediría matrimonio a nadie en un sitio como ese. Está sucio y huele a bolas de naftalina. —Señalé la tableta—. ¿Me estás diciendo que querrías que te pidieran la mano en un lugar así?

Ella se cruzó de brazos y se encogió de hombros a la vez.

—Me encanta la ropa. Con la persona adecuada, hasta sería un poco romántico.

Solté un resoplido.

—Si hubiera sido yo, mi petición habría ido más allá de «un poco».

—Bueno, no importa nada de eso —interrumpió Jillian—. Lo único importante es la impresión que dé al público. Y las reacciones han sido muy intensas…

Solté una exhalación entre dientes. ¿Cómo había acabado otra vez en una situación así?

—Y también muy positivas.

—Un momento, ¿qué? —dijimos Sierra y yo a la vez.

Jillian buscó un artículo de prensa y me mostró el titular. *El presidente sexi ataca de nuevo, pero ¿irá en serio esta vez?*

—Violet y tú disteis a conocer vuestra aventura un par de meses antes de que empezara la preproducción de *Cada día*.

—No fue una aventura —gruñí, porque quería dejar las cosas claras a Sierra—. Teníamos un acuerdo de amigos con derecho a roce. Si no estábamos saliendo con otras personas y nos podíamos organizar, nos lo pasábamos bien juntos. Eso fue todo.

—Qué romántico —dijo Sierra con sarcasmo.

—*Exactamente* —repliqué—. No fue romántico en absoluto, porque ninguno de los dos quería que lo fuera. Nada de estrés, ni drama, ni ataduras. Cualquier otra cosa que hayas oído no es más que basura

de la prensa. Además, Violet y yo habíamos dejado de vernos meses antes de publicar la declaración oficial, porque no nos gustaba vernos en las revistas.

—Pero lo importante es que hicimos pública aquella declaración, y ahora que han aparecido estas imágenes, la prensa está reculando y sacando sus propias conclusiones acerca de cuándo ha ocurrido cada cosa. Y Milli…

¡Aquella maldita *influencer* obsesionada con los cotilleos tenía que buscarse otro trabajo!

—Está tratando la noticia de tu pedida de mano como si fuera un cambio muy importante para ti —terminó Jillian.

—Ah, sí —estallé—. ¿Porque he comprendido lo equivocado que estaba? No vamos a seguirles el juego. Vamos a aclarar las cosas. Mañana mismo.

—Yo creo que no deberíamos hacerlo —repuso Jillian—. De momento, Milli solo ha dicho cosas positivas. Ya ha indagado en el pasado de Sierra y ha decidido que no se parece en nada al resto de las mujeres famosas con las que has salido.

Sierra hizo una mueca y me miró con desagrado, como si fuera *yo* quien la hubiera ofendido. ¡Si yo no había hecho nada!

—La petición de mano se ha interpretado como una señal de que vas a sentar la cabeza —explicó Jillian—. No se te ha visto en una discoteca desde que empezó la producción.

—¡Porque he estado demasiado ocupado! —Además, solo salía por la noche cuando tenía que cerrar algún acuerdo de financiación o convencer a un actor para que trabajara conmigo. Odiaba las discotecas—. Esto es ridículo.

—Pues esa es la historia que circula por ahí: eres un chico malo reformado, que ha conocido a una chica normal y agradable y se ha enamorado locamente.

Sierra resopló con fuerza.

—Pero ¿quién se cree esas cosas?

—A la gente le encantan las historias de amor —contestó Jillian con sequedad—. Y no es casualidad que sea el mismo público que compra entradas para nuestras películas. Esto nos está dando una publicidad favorable como no he visto en la vida, y debemos aprovecharla, aunque solo sea por el bien de la película. Creo que los dos deberíais fingir estar prometidos hasta el estreno.

—¡De ninguna manera! —exclamó Sierra sacudiendo la cabeza con énfasis—. Creedme, es mejor que no me metáis en esto. Se me da fatal mentir. Sería incapaz de fingir por una cuestión de publicidad. No puedo hacer creer a nadie que estoy enamorada de Finn.

Tragué saliva, sorprendido por lo mucho que me dolió su reacción. Y no solo lo que había dicho, sino lo rápido que se había negado. Aun así, en el fondo estaba de acuerdo con ella. Las relaciones por motivos publicitarios solo eran útiles si resultaban creíbles. Era necesario que las dos personas se comprometieran a convencer al público.

—Nadie se creerá que estamos juntos —dije—. Piensa en otra cosa.



Miraba sin ver la pantalla que tenía delante, tratando de ordenar mis pensamientos para enviar de una vez aquel maldito correo electrónico, pero seguía distraído con aquella tontería de la pedida de mano, y la forma en que se estaba hablando de ella. Había enviado a Liam y Connor varios enlaces a algunas noticias, y me habían escrito para compadecerse de mí.

Ahora entiendo por qué te fuiste corriendo, había escrito Liam.

Ufff, fue todo lo que dijo Connor.

Ufff, y tanto.

Intenté olvidar todo aquello, pero cuando por fin conseguí distraerme con el trabajo, recibí un mensaje de Jillian, tratando de hacerme cambiar de opinión.

Levanté la vista al escuchar un golpe en la puerta de mi despacho.

—¡Adelante! —dije, ansioso por tener alguna distracción.

Sierra asomó la cabeza. *Maldición, esta no es la distracción que necesito*, protesté al universo en general.

—¿Tienes un minuto? —preguntó.

—Sí.

Me aparté del ordenador mientras ella entraba y cerraba la puerta tras de sí. Se apoyó contra el marco, como si pensara salir corriendo tan pronto como tuviera la oportunidad. Mis ojos se deslizaron por su cuerpo sin poder evitarlo. Me fascinaba la falda vaporosa que llevaba, y la forma en que acariciaba sus curvas. Estaba… No, no podía pensar de ese modo. Sobre todo, no después de lo ocurrido aquella noche.

—¿Qué pasa? —pregunté, en un tono más desagradable de lo que pretendía.

—¿Has visto el mensaje que ha enviado Jillian? —preguntó.

—Sí. ¿Qué pasa con él?

Había leído lo suficiente para comprobar que seguía insistiendo en lo del compromiso falso, y no aportaba nada nuevo. Resultaba tentador dejarse guiar por la información que había incluido en el mensaje sobre el número de accesos a los artículos publicados sobre *Cada día* desde aquella mañana, pero cerré el mensaje antes de permitirme tomarlo en consideración.

—¿Lo has leído *entero*? —insistió ella.

—Lo suficiente —gruñí.

—Porque yo sí que lo he leído —continuó Sierra—. ¿Has llegado a la parte en que dice que se está rodando otra película sobre la misma época, de la que ya se dice que puede optar a muchos premios?

Entorné los ojos. No, no había llegado a leer eso. Lancé una mirada a la pantalla del ordenador, y terminé por abrir el mensaje otra vez para leerlo con rapidez.

—Es un drama sobre la guerra, ambientado en las semanas previas al Armisticio —explicó Sierra, acercándose a mi mesa—. Y se dice que el director y el actor principal tienen una relación.

—Y, gracias a eso, se está hablando más de esa película que de *Cada día* —terminé por ella cuando llegué por fin a la parte del mensaje que contaba aquello.

¡Joder, no! No pensaba tolerarlo. Me invadió la irritación. Aquel día iba de mal en peor.

—Las dos películas están ambientadas en la misma época.

Y el público no acostumbrado a las películas históricas podría verse más atraído por una película de guerra y acción llamativa.

—Además… —continuó ella.

—¿Acaban de cambiar la puta fecha de estreno? —interrumpí.

Desde luego que Jillian había escondido bien el dato más importante del mensaje.

—Al mismo fin de semana que *Cada día*, sí —terminó Sierra.

Apreté el puño y me contuve para no estrellarlo contra el teclado. ¡*Hostias*!

—Tendremos que hacer más publicidad de *Cada día*.

Genial. Ahora teníamos competencia directa el mismo fin de semana del estreno. ¿Podríamos cambiar nuestra propia fecha? Supuse que sí, pero podíamos acabar compitiendo con otra gran producción en algún género más popular. Y, aunque lo cambiáramos, nada impedía a la otra película volver a cambiar su fecha de estreno. Si querían competir con nosotros directamente, lo harían, y tratar de evitar la competencia no era la solución. Lo que necesitaba era que la gente hablara de *Cada día* tanto como habían hablado en su día de Violet y de mí.

A la mierda con todo, necesitaba el dichoso compromiso falso. Necesitaba a Sierra.

—Oye, escucha —empecé—. Puedo hacer que esto te merezca la pena. Si estás de acuerdo con el plan de Jillian, financiaré una nueva película de Hart of Gold para Ro. No te puedo prometer un presupuesto como el de *Cada día*, pero podrá opinar en la elección del guion y optar por un proyecto que sea importante para ella. Sé que está deseando dirigir su propia película. Si me ayudas con esto, yo le conseguiré una.

Para mi sorpresa, Sierra se echó a reír.

—¿Qué te hace gracia? —La miré con suspicacia.

—Que había venido a hacerte mi propia propuesta, pero, adelante, sigue con la tuya.

—¿Qué me ibas a proponer? —pregunté, desconfiado.

Sierra se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y suspiró de un modo que me pareció un poco triste. Rodeó mi mesa para acercarse, y yo volví a esforzarme por no apreciar la forma en que se movían sus caderas al andar.

—Vuelve al artículo que ha enviado Jillian.

Cuando lo hice, ella señaló una de las fotos de la otra película, la de guerra.

—Amplía esa foto —pidió, y cuando lo hice, continuó—: Ese tío… Es Trey Rollins. Mi ex.

¿*Su ex*? Apreté los dientes.

—Salimos durante un tiempo hasta que, un día, desapareció sin más —explicó Sierra, en un tono que, claramente, pretendía sonar despreocupado, aunque detecté una cierta amargura en él—. Sin preaviso y sin explicaciones. Se esfumó de mi vida así, por las buenas.

—¿Y a qué se dedica? —pregunté.

Sentí el impulso de decir algo reconfortante, pero no tenía ni idea de qué. Aun así, sentí nacer en mí un instinto protector. Puede que no consiguiera hacer a Sierra sentirse mejor en ese momento pero, al menos, podría asegurarme de que aquel tipo no pusiera jamás el pie en una película de Hart of Gold.

—Es especialista —respondió Sierra—. Y siempre fue muy competitivo. —Se cruzó de brazos—. Él y yo ni siquiera trabajamos en lo mismo, pero siempre estaba tratando de ganarme. Si yo conseguía un proyecto, él no era capaz de alegrarse por mí; tenía que encontrar uno más grande y mejor para sí mismo. Tan pronto actuaba como si me quisiera, como empezaba a sacar faltas a la película en la que yo estuviera trabajando.

—Parece un gran tipo —murmuré.

—Lo cierto es que, con el tiempo, he comprendido hasta qué punto me agotaba aguantar su actitud.

—Supongo que te hizo un favor cuando desapareció de tu vida.

Ella soltó una suave risa sin humor.

—Eso parece, ¿verdad? Que me dejara significaría que me había librado de sus mierdas. Pero, como es gilipollas, me acaba de etiquetar en una publicación en Instagram.

—¿Qué clase de publicación? —pregunté, sintiendo que mi desprecio por aquel individuo aumentaba por momentos.

Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Solo es una foto suya durante el rodaje de esa película, con aspecto como muy heroico. Pero el pie de foto… —Apretó los puños —. Dice: «Da gusto trabajar en una película en la que pasa algo. Qué ganas tengo de ver cómo se enfrenta *Cada día es domingo* a la pasión y el riesgo auténticos».

Un músculo le latió en la mandíbula. ¿Qué narices habría visto en aquel tío?

—Creo que está tratando de utilizar la competición entre las dos películas para fastidiarme —dijo, con una sonrisa amarga—. El caso es que no quiero permitir que su película gane a la nuestra.

Para empezar, que le dieran a Trey por intentar menospreciar su trabajo incluso después de dejarla. Pero, en segundo lugar, todo aquello me venía de perlas.

—En ese caso, creo que soy yo quien te va a hacer un favor a ti —dije, contento de no tener que ofrecer un riñón a Sierra, ni más de aquella dichosa bebida RevX, para que apoyara mi plan esa vez—. Vamos a por él.

—Oh, ya es demasiado tarde —repuso Sierra con una sonrisa irónica —. Te obligaré a cumplir lo que le has ofrecido a Ro. Si debo mentir y fingir un compromiso contigo, al menos debería sacar algo bueno de todo ello.

—¿Algo bueno? —pregunté—. Te vas a mudar a mi ático. ¿Qué más podrías querer?

—¿Perdona? —Sierra levantó las cejas todo lo que pudo—. ¿Quién ha dicho nada de mudarse? Eso no estaba en el correo de Jillian.

—Aún no, pero la conozco lo bastante como para saber que, en cuanto accedamos a su plan, eso será lo siguiente que proponga.

—Sigues sin darme una razón que lo justifique.

La miré desafiante.

—Todo esto es una cuestión de imagen, Sierra. ¿Por qué iba a vivir mi prometida en algún lugar cutre de Beverlywood?

—¿Cutre? —Se indignó al momento—. ¿Estás diciendo que mi casa es…?

—¿Sosa, corriente, mediocre? —pregunté, con una sonrisa arrogante al ver su ceño fruncido—. Para nada, querida mía.

12

SIERRA

—Nunca se sabe —dijo Ro, sentada a mi lado en el coche, mientras seguíamos al camión de mudanzas que había enviado Finn para recoger mis pertenencias aquella mañana—. Puede que vivir juntos no esté tan mal. A lo mejor, os acabáis cayendo bien.

—¿Viéndonos todo el día? —pregunté, con una mueca de desdén—. Tendremos suerte si no nos matamos el uno al otro.

Había conseguido posponer la mudanza a casa de Finn hasta aquel fin de semana, pero, según el plan mágico de Jillian, ya no era posible retrasarlo más. Si queríamos convencer a la gente de que estábamos comprometidos, teníamos que crear oportunidades para ser vistos en público y, al parecer, sería más fácil conseguirlo si vivíamos juntos. Qué espanto.

—Aún estoy tratando de asimilar que te hayas metido en un escándalo con el Presidente Tío Bueno —dijo Ro—. ¿Por qué yo no acabo nunca en las revistas del corazón? ¡Yo lo disfrutaría mucho más que tú! Tendré que empezar a quedarme hasta tarde en el trabajo.

—Yo no quería acabar metida en un escándalo —insistí—. Ni en este compromiso. Y, desde luego, no quería mudarme a su casa.

—¿Dónde has dicho que vivía? —preguntó Ro cuando entrábamos en la autopista.

—En Silver Lake. —Golpeé el volante con los dedos, pensando en su enorme y lujoso ático. Lo había buscado en internet en cuanto me dio la dirección—. Estoy segura de que no podría pagar ni lo que cuesta el polvo de su casa.

—Te garantizo que en su casa no habrá ni una mota de polvo.

—Seguro. Tendrá gente que se ocupa de eso.

—Pues creo que ahora tú formas parte de esa gente —rio Ro.

—Yo no soy parte de su gente. Ni soy su persona. Ni nada de nada.

—Vas a vivir en su casa —me recordó Ro—. Eso hace que seas algo. Como mínimo, eres su compañera de piso.

Con un gruñido, cambié de carril para seguir detrás del camión de mudanza.

—¡Lo sé! Es la leche de raro.

—Pero, oye, también tendrá cosas buenas —continuó Ro—. Estarás más cerca del trabajo, así que gastarás menos dinero, y menos tiempo en los atascos.

—Eso sí.

—Le darás en las narices a Trey y a su película.

—También.

—Y Finn está bueno que te ca…

—¡No lo hago por eso! —interrumpí.

—Y no he dicho que lo hagas, pero tener a un tío bueno tan a mano es una ventaja, ¿no crees? ¿Y qué es eso? —preguntó, indicando con la cabeza una cajita azul de terciopelo que había dejado en el espacio entre los dos asientos.

—Ha aparecido con los de la mudanza que ha enviado Finn —expliqué—. Aún no lo he abierto.

—¿Por qué no? El tío te ha mandado una caja de joyería, hay que abrirla inmediatamente. —Ro procedió a hacerlo, y soltó un respingo —. Ay, ¿este es el anillo de compromiso falso?

—Es posible —contesté con una mueca—. Me da miedo averiguarlo. La verdad es que me había imaginado que, cuando un hombre me diera un anillo, las cosas serían diferentes.

—Oh, Dios mío, ¡es de Veritique! Tienes que verlo.

—Vale. Es de Veritique. ¿Y qué? —dije, con un resoplido.

—Cómo que *¿y qué?* Será muy exclusivo y muy caro. Míralo.

—No.

—Igual lo que te da miedo es que te guste si lo ves —dijo Ro, que volvió a dejar la cajita donde estaba.

—Lo dudo.

Finn apenas sabía nada de mí. Era imposible que conociera mi gusto en joyas que, desde luego, no incluían una marca de lujo.

—Creo que te gustará, al menos un poco. Igual que Finn te gusta un poco.

—Ni hablar —dije con énfasis, consciente de que estaba negando lo evidente.

—Sé sincera —insistió Ro—. Si no te gustara ni siquiera un poco, nunca habrías aceptado este trato. Y las dos sabemos que te atrae.

—Dije que era atractivo, según los estándares sociales.

—Tú eres parte de la sociedad.

Resoplé, soltando una exhalación larga y sentida. Vale, de acuerdo, me parecía atractivo. ¿Y quién podría culparme? Tampoco es que Finn tuviera el aspecto de un *ogro*, solo actuaba como si fuera uno. De vez en cuando.

—Bueno, sin bromas —dijo Ro—. Espero que saques de esto algo más que unas vacaciones en un ático. Sé que quieres fastidiar a Trey, pero también sé que Finn te pone de los nervios.

—Bueno… —Salí de la autopista detrás del camión de mudanzas—. No quería decir nada, porque no quería hacerte sentir mal, ni que intentaras hacerme cambiar de opinión.

—Ajá —dijo Ro, mirándome desconfiada—. Me da que has estado tramando algo.

—No es gran cosa. Te conté que, al principio, me había negado a todo esto, pero luego cambié de opinión por Trey. Lo que no te dije es que, cuando se lo conté a Finn, él también cambió de opinión, pero pensó que tenía que convencerme a mí también.

—Bueno, ¿y qué dijo?

—Que te dejaría dirigir una película de Hart of Gold si hacía esto por él.

—¿Cómo? —exclamó Ro, tan fuerte que casi me rompe un tímpano —. ¡Estás de broma! —Me agarró un brazo y lo sacudió—. ¡Sierra! Dime que es una broma, no es posible que hables en serio.

—No bromearía con algo así —respondí con una risa.

—¿De verdad que dijo eso?

—Lo dijo. Y, por supuesto, respondí que sí.

Una oportunidad como esa podría cambiar las cosas para Ro. Ella arrugó la cara, como si fuera a echarse a llorar.

—Eres la mejor, maldita sea. ¿Lo sabías?

—Lo sé, pero no me llores.

—No lloro —dijo ella con voz espesa—. Me aseguraré de que Finn sea el mejor compañero de piso que hayas tenido en la vida, y que no te lo haga pasar mal.

—¿O se las verá contigo? —bromeé.

—Sí, y yo no soy tan maja como tú.

—Yo no soy maja.

—Eres demasiado agradable. Sobre todo, con desgraciados como Trey, que, para empezar, no te merecía.

Puse los ojos en blanco. En muchos aspectos, Trey era supercompetitivo, sobre todo cuando discutía, y yo me acostumbré a dejarlo «ganar» porque, a decir verdad, tampoco me importaba demasiado si me ganaba o no.

En cambio, con Finn no hacía nada más que discutir y suponía que, a diferencia de mi relación con Trey, a una parte de mí le *gustaba* discutir con Finn. Odiaba tener que admitirlo, pero casi esperaba nuestras discusiones con ganas. Entre nosotros había una especie de energía de la que disfrutaba muchísimo.

—Debe de ser este edificio —comentó Ro cuando el camión de mudanzas entró en un aparcamiento al pie de un rascacielos enorme.

—Eso parece —dije, aparcando el coche en una plaza libre frente al edificio.

Durante un instante, nos limitamos a quedarnos sentadas mirando la enorme estructura color gris pizarra que se alzaba ante nosotras.

—¿Crees que deberíamos subir? —preguntó Ro.

—Supongo.

Apagué el motor, y me dirigí con Ro al vestíbulo del edificio, donde el portero nos había estado esperando. Retuvo uno de los ascensores para que lo usaran los de la mudanza, y nos indicó que subiéramos en el otro. Activé el ascensor con la llave electrónica que me había dado Finn para poder acceder al ático y, cuando llegamos al último piso, la puerta se abrió a un descansillo en el que solo había una puerta.

—Parece que no tendrás oportunidad de conocer a los vecinos —bromeó Ro.

—¿Llamo a la puerta?

—Ahora vives aquí —dijo ella, negando con la cabeza.

Tras decir eso, agarró el pomo de la puerta y le dio un empujón. Al abrirse, vimos un océano de lujo, todo mármol blanco, suelos de madera oscura y ventanas relucientes.

—Es aún más bonito de lo que esperaba —susurró Ro.

Nos adentramos en el piso, tan limpio, que me quité los zapatos, por temor a manchar el suelo.

—Vale, o la gente que limpia el piso está a otro nivel, o este tío es un obseso de la limpieza —dijo Ro—. Hasta la mesa de centro está en el lugar perfecto.

Recordé la forma en que Finn había ajustado los rollos de tela en la tienda. Era un obseso de la limpieza, sin duda.

Parecía más que una casa de revista. Era preciosa, aunque no le habrían ido mal algunas fotos, flores frescas, o una manta en el sofá para demostrar que allí vivía alguien de verdad.

—Si nos separamos, estaré en ese rincón recogiendo mi mandíbula del suelo —dijo Ro, que se había dirigido a las enormes ventanas del

suelo al techo, para admirar las vistas.

Antes de que pudiera contestar, aparecieron los de la mudanza con mis cajas.

—¿Dónde las quiere?

—Oh, bueno…

Finn me había dicho que me instalara en la habitación de invitados, pero no tenía ni idea de cuál sería.

—Supongo que aquí mismo —dije por fin.

El hombre dejó caer la caja en mitad del salón y fue a por otra. Yo recogí una caja de comida que había preparado a toda prisa por la mañana con cosas que Ro no se comería por su intolerancia a la lactosa, y la llevé a la lujosa cocina de Finn. Me cubrí la mano con la manga del jersey para abrir la puerta de la nevera, para no dejar huellas de dedos, y guardé la leche, el queso y el yogur. A juzgar por lo bien colocadas que estaban las botellas de agua vitaminada y leche de avena, estuve segura de que acababa de fastidiarle a Finn su perfecto sistema de organización.

—Los lácteos no van ahí.

Me dio tal susto que casi me abrí la cabeza contra una de las estanterías de la nevera. Al darme la vuelta, vi que Finn observaba con desdén mi leche entera.

—Aparta.

Me retiró con un gesto y se puso a recolocarlo todo mientras gruñía entre dientes. Abrió uno de mis envases de yogur y lo husmeó.

—¿Esto se puede comer aún?

—Caduca hoy. —Se lo quité de un tirón—. Y sí, me lo voy a comer.

Él me miró, espantado ante la idea de tener comida a punto de caducar en su nevera, y retiró otros productos para dejar un espacio

libre alrededor de mi yogur.

—No es tóxico —protesté, con una mueca.

—Como si lo fuera.

—Entonces, tal vez deberías dejarme una balda entera para mí.

—¿Para que traigas más de esa comida dudosa? —preguntó con desconfianza—. Ni hablar. Haz una lista de lo que quieras, y pediré a mi asistente que compre productos que no estén a punto de caducar.

—Puedo comprar mi propia comida. —Tan pronto como dejaba una cosa en la nevera, él la colocaba en otro sitio al momento—. Sabes que las relaciones se basan en el compromiso, ¿no? Aunque sea uno falso.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué te parece este compromiso? Tú dejas de contaminar mi nevera, y yo prepararé la cena.

Con un gesto, me indicó que saliera de la cocina.

No sabía si su propuesta suponía un buen trato para mí. Por una parte, no tenía intención de rechazar una comida que no tuviera que cocinar yo, pero, por otro lado, ¿sabría él cocinar? ¿Acabaría con una intoxicación alimentaria? Tal vez sería mejor que me comiera el yogur. Aún no estaba malo del todo, solo… Le faltaba poco.

Fui a recoger otra caja de comida.

—Pero tengo más…

Finn me arrebató la caja.

—Yo me encargo de esto. Tú ve a desempaquetar lo demás.

Me di la vuelta, notando entre las sienes el latido de un dolor de cabeza por tensión.

—¿Qué diablos es eso? —chillé, cuando pasó a mi lado una cosa arrugada y sin pelo, con ojos muy separados, orejas puntiagudas y una cola como un látigo.

13

SIERRA

Ro se acercó a mí, riendo como loca.

—¡Parece un *gremlin*! —Miró a Finn—. ¿Le has dado de comer después de medianoche?

Finn dio la vuelta a la isla de la cocina y, cuando aquella cosa sin pelo se acurrucó a sus pies, la recogió y empezó a acariciarle un costado pelado.

—Es un gato esfinge —explicó con una mirada desafiante, idéntica a la del gato.

—Pues parece que está enfermo —dijo Ro.

—Es un gato sin pelo —gruñó—. Es así.

—Tienes un gato. —No era una pregunta, porque el animal en cuestión estaba delante de mis narices, pero aun así…—. ¿Por qué no sabía que tenías un gato? ¿Y si fuera alérgica? Eso no sería negociable.

—¿Eres alérgica? —Seguía mirándome exactamente igual que el gato.

—A ver, no. Pero tienes un gato.

—Sí, creo que eso ya ha quedado claro.

El ceño fruncido le arrugaba la frente, y me estaba costando no decir nada sobre cuánto se parecía al gato con esa expresión.

—¿Y por qué no lo sabía? ¿Lo sabe alguien? —Sabía que tenía que dejar de hablar del gato, pero estaba alucinando.

Él puso los ojos en blanco, lo que le hizo parecer menos gatuno.

—Bueno, no lo he publicado en internet, pero tampoco es ningún secreto.

—Pues igual debería serlo —comentó Ro.

Incliné la cabeza para mirar al gato. Lo cierto era que sí parecía un *gremlin* pero, a juzgar por el estado impoluto del piso de Finn, no me sorprendía demasiado que fuera la clase de persona incapaz de aguantar el pelo de un gato. Tal vez era lógico que esa fuera justo la mascota que había elegido, aunque nunca habría imaginado que tuviera una. Como me descuidara, lo siguiente que me contaría es que tenía aficiones.

—No sé —continuó Ro—, parece un poco… endeble. ¿Igual necesita medicamentos? Creo que, al menos, deberías llevarlo al veterinario.

—Su Miaujestad está en perfectas condiciones —dijo Finn, claramente ofendido—, gracias a su dieta de órganos y pescado fresco.

—¿Miaujestad? —Ay, mi madre.

—Tú ve con cuidado —murmuró Ro mientras me daba un codazo—, o puede que acabes formando parte de su dieta.

—Ni en broma —repuso Finn—. Todo el RevX que llevas en el cuerpo lo mataría.

Se dio la vuelta, llevándose consigo a Su chillona Miaujestad.

—Nunca hubiera dicho que a Finn le gustaran los gatos. Es un detalle interesante —comentó Ro—. ¿Tú crees que también tendrá algunas Miaultezas por aquí?

Dios, esperaba que no. Si Finn y su engreído y malcriado gato iban a ser así de insoportables, debería haber pedido a cambio algo más que una película para el estreno de Ro en la dirección.

Durante la hora siguiente, Ro y yo nos dedicamos a dar indicaciones a los de la mudanza. Cuando terminó de sentirse ofendido por mis productos lácteos y de susurrarle monerías al gato, Finn me había indicado por fin cuál era mi habitación: un dormitorio amueblado al estilo de una habitación de hotel moderno, aunque yo no había estado en uno tan lujoso en mi vida. No me extrañaba que me hubiera indicado que dejara mis muebles en mi piso. En aquella casa no habría encajado mi cómoda de Ikea, y mucho menos la estantería usada que recogí de la calle.

Después de terminar con la mudanza y despedirme de Ro, no sin que me deseara toda la suerte del mundo, fui a sentarme en la elegante isla de la cocina para ver a Finn trastear en los fogones. Supuse que podía haber esperado en mi habitación hasta que la cena estuviera lista, pero me habría sentido muy sola, y me pareció preferible tener compañía, aunque fuera la suya.

—¿Qué? —preguntó él cuando se dio la vuelta y me vio allí sentada.

—Nada. —Mis ojos cayeron a las mangas enrolladas de su camisa, que dejaban a la vista dos antebrazos muy musculosos—. Solo me sorprende que no tengas a nadie que te haga la cena.

—Tengo a alguien —explicó él—, pero no sabía cuánto tiempo estarían por aquí los de la mudanza, así que le di la noche libre.

Su Miaujestad estaba encaramado sobre una de las encimeras, vestido con un jersey. Examiné aquella extraña criatura que parecía acabar de bajarse de un yate de lujo. Finn puso delante de él un plato mucho más elegante que cualquiera de los que yo tenía, y el

animal se puso a comer el órgano crudo o lo que fuera que le hubiera dado. Yo no tenía ni idea de cómo interpretar aquella faceta de Finn Lockhart. Al parecer, el capullo de mi jefe tenía debilidad por las criaturas calvas y flacuchas.

—¿Y tú sabes cocinar? —solté de golpe, solo para distraerme de mis pensamientos—. ¿O tengo que preocuparme?

—¿En serio me vas a preguntar eso, después de presentarte aquí con un montón de productos lácteos caducados?

—¡Caducan hoy!

Me puso delante un sencillo plato de pasta, y me sorprendió comprobar lo bien que olía. Eran espaguetis con ajo, mantequilla y salsa de tomate fresco con albahaca.

—No te quejes —me advirtió en cuanto abrí la boca.

—No pensaba hacerlo —murmuré.

Cogí el tenedor que me había entregado y probé un poco. Estaban muy sabrosos y yo tenía mucha hambre, así que no tenía intención de protestar. Después de observarme durante unos instantes, él se sirvió un plato también.

—Bueno —dijo cuando se sentó enfrente de mí, ignorando por completo los gruñidos que emitía el gato al comer—. Jillian propuso que acordáramos los términos de nuestro compromiso.

—¿A qué te refieres con «términos»? —Ya había aceptado seguir el juego. ¿Qué más quería ahora?

—Límites —dijo él—. Para no meter la pata en público. Si estamos comprometidos, no deberíamos parecer incómodos el uno con el otro cuando nos hagan fotos.

—Me parece bien.

Le observé mientras él miraba su plato. Una barba incipiente cubría su mandíbula, como si hubiera tenido demasiada prisa esa mañana

para afeitarse. Me gustaba. Un poco de barba, el aspecto algo desaliñado, le sentaba bien.

—Tendrá que haber demostraciones de afecto —dijo él, lanzándome una mirada que me hizo apartar la vista a toda prisa—. Sobre todo, durante las tres entrevistas que ya nos ha organizado Jillian.

—Vas a tener que concretar un poco más.

Las demostraciones de afecto podían tener muchas variantes, y pensar en tener algunas con él me provocó una oleada de calor en el pecho. Tuve que apoyar las dos manos abiertas sobre la fresca superficie de mármol para evitar abanicarme.

—Abrazos —empezó él.

—Sí —respondí, analizando su expresión—. Me parece bien.

—Cogernos la mano.

Asentí.

—Besos.

Al oírlo, me atraganté con la pasta y empecé a toser. Tendí la mano para coger la servilleta que, por supuesto, era de lino.

—Tendrás que poder aguantar algún beso en público —insistió él.

—Recuerdas que te dije que no se me da bien, ¿verdad? —Los abrazos y las manos eran una cosa, pero ¿un beso?—. Mi lenguaje corporal siempre me traiciona. No me veo capaz de convencer a nadie de que un beso fingido sea real. Parecerá rígido e incómodo. Será mejor que no lo hagamos.

—¿Y cómo esperas convencer a la gente? —preguntó—. Si estás un poco rígida, podemos explicar que no estás acostumbrada a estar delante de las cámaras.

—Qué romántico —murmuré, apuñalando mi comida con el tenedor —. ¿Y el anillo?

Acababa de recordar que llevaba la cajita en el bolsillo. Aún no la había abierto.

—Es uno que tenía por ahí. —Se encogió de hombros—. Me pareció que ayudaría a contar la historia. Tienes que llevarlo en público, o la gente empezará a hacer preguntas.

—¿Pero era un anillo de compromiso? —pregunté.

Finn tiró del cuello de su camisa para ajustarlo.

—Ni idea. Solo es una joya de la familia que tenía por ahí, acumulando polvo.

El que no lo hubiera comprado para mí, me hizo sentir un poco mejor.

—Bueno, querida…

—¿Querida? —protesté con una mueca—. Ni hablar.

—¿Por qué? —Finn me lanzó una sonrisa arrogante—. Tendremos que decirnos cosas cariñosas, y querida es un clásico, como muy del Hollywood antiguo.

—¿Hollywood antiguo? ¿Esa es la imagen que queremos dar? —resoplé—. En ese caso, te llamaré hermoso.

Él puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio —gruñó.

—Yo también, guapetón.

—Vale, si no te gusta querida, ¿cómo quieres que te llame? ¿Nena? ¿Muñeca?

—Muñeca, ni de coña. —Arrugué la nariz.

Él emitió un sonido pensativo, mientras se frotaba la barba incipiente.

—Tal vez deberíamos pensar en algo más personal. Como algo que tenga que ver con tu trabajo.

Eso sonaba horrible. ¿Querría llamarme «dedal», o «tijeras»?

—¿Cómo qué? —pregunté, temerosa de la respuesta.

—¿Agujita? ¿Maestra del tejido? ¿Reina de las telas?

Caray, si esas eran mis opciones, habría preferido «dedal». Me froté la frente.

—Esto se te da fatal.

—¿Cenicienta? —sugirió.

—¿Por qué Cenicienta?

—Ya sabes… —Hizo un gesto vago con la mano—. Porque hizo un vestido con retales, o lo que fuera. Con los ratones y los pájaros. Básicamente fue la primera diseñadora de vestuario, y luego el hada madrina la ayudó a subirse al carro de la moda rápida.

Me eché a reír.

—¿Por qué no se me había ocurrido eso antes?

—¿Ves? Cenicienta es perfecto —dijo, escribiendo un mensaje a toda velocidad—. Jillian podrá vender eso a la prensa rosa. Puede decir que he encontrado a mi princesa, o alguien que me sienta bien. Un sueño hecho realidad, y todas esas tonterías.

Intenté no sonreír al imaginarlo llamándome Cenicienta.

—Creo que la palabra clave en todo esto es «tontería».

Para cuando se hizo de noche, habíamos acordado todos los límites de nuestra relación falsa, y yo estaba agotada. Finn me acompañó por el pasillo hasta mi nuevo dormitorio.

—Gracias por la cena —dije al detenerme delante de la puerta.

—Carlos volverá mañana —me aseguró—, así no tendrás que comer más cosas hechas por mí.

—No necesito que Carlos me haga la comida.

—A él le gusta cocinar. Herirás sus sentimientos si no le dejas hacerlo. *Compromiso*.

—Vale.

Lo miré con desconfianza, apoyada en el marco de mi puerta. Durante un instante, me sentí como si me hubiera acompañado a casa después de una cita, y el corazón me latió más fuerte al estar tan cerca de él. Tenía las manos en los bolsillos y la sombra de una sonrisa en la cara. ¿Se estaba inclinando hacia mí? Ay, por Dios, no iría a besarme, ¿verdad? No iríamos a poner a prueba tan pronto lo de las demostraciones de afecto, ¿no?

—Asegúrate de comprobar si el anillo te encaja bien —dijo él, rompiendo la ilusión—. No queremos que se te caiga en mitad de una entrevista.

Y, tras decir aquello, dio media vuelta, me lanzó un «adiós, Cenicienta» por encima del hombro, y se alejó por el pasillo.

—Buenas noches —murmuré.

Me quedé mirando a Su Miaujestad deslizarse tras él por el pasillo, hasta que se volvió para lanzarme una despectiva mirada punzante. Vale, mensaje recibido. Me mantendría alejada de aquella cosa.

Entré en mi habitación para ocultar mi decepción. No había esperado que Finn me besara, ¿verdad? No… no, por supuesto que no. Me senté en el borde de la enorme cama con dosel y abrí por fin la cajita del anillo. La joya era espectacular, por supuesto, pero también moderna, y eso me pareció extraño. Había dicho que era de la familia.

—Veritique, ¿eh?

Había oído hablar de aquella marca y, a juzgar por las palabras de Ro, debía de ser una joya bastante importante, no algo que ella hubiera podido encontrar en una de sus tiendas de segunda mano.

Me lo puse en el dedo para ir acostumbrándome a la sensación, y me dejé caer de espaldas sobre la cama. Volví a pensar en Finn mientras miraba el diamante: Finn haciéndome la cena. Finn arrodillado frente a mí. Finn quitándose la camisa en el almacén… Hasta que el Finn de mi mente empezó a quitarse algo más que la camisa, y aquellos pensamientos me arrastraron a un sueño muy, muy excitante.

14

FINN

—No hace falta que me lleves al trabajo —dijo Sierra.

—Claro que sí. —Estábamos esperando a que se despejara la calle para salir del garaje de mi edificio—. Para empezar, eres mi prometida…

—De mentira.

—No lo digas en voz muy alta —resoplé—. Y, en segundo lugar, estoy bastante seguro de que tu coche reventará en el próximo bache que pilles.

—Eso lo dices solo porque no es un ridículo cacharro monstruoso —protestó, retorciéndose en el asiento.

Ya se había quejado de que la llevara en un coche tan llamativo, así que había preferido no decirle que el Ferrari Portofino ni siquiera era el vehículo más caro que tenía. Era mejor no darle más motivos de protesta.

—Tu coche es una chatarra sobre ruedas. Es un peligro.

—Es fiable, tiene un buen motor y es un clásico. No como este trasto tuyo de alta tecnología, que seguro que te dejará tirado en cuanto

haya una buena tormenta. —Clavó el dedo en el salpicadero—. Este trasto tiene tantos botones que podría llegar a Marte.

—Deja de toquetearlo todo, Cenicienta —gruñí, apartando sus dedos de un manotazo.

Tenía conectado el Bluetooth y había programado la música como a mí me gustaba, así que no quería que me lo cambiara todo.

—¿Y para qué sirven todos estos botones?

—Que pares.

—Un momento, ¿tu coche tiene wifi?

—Sí.

—¡Oh, Dios mío! Esto es absurdo.

Tocó un botón y la radio se puso en marcha. Sus ojos se animaron y una amplia sonrisa se extendió por su cara—. ¿Country? Vale, de acuerdo.

—Déjalo de una vez.

—¿Acabaré descubriendo que tienes botas de vaquero en el armario y vas a bailar en línea los fines de semana?

—Como si tuviera tiempo para eso.

Ajusté la radio mientras notaba una oleada de calor en el cuello. No me hacía gracia que enredara en mis cosas, pero me gustaba más de la cuenta que me sonriera de aquel modo. Ella apretó otro botón y, cuando su teléfono se conectó al Bluetooth, sonó un aviso por los altavoces del coche.

—Nuevo mensaje de texto de… Ro —dijo una voz electrónica.

—Vaya —dijo Sierra, un poco asustada—. ¿Cómo apago esto?

—Te dije que no tocaras nada —gruñí, bajando la vista de la carretera a la pantalla con la que estaba trasteando.

—Bueno, perdona. No sabía que hacía falta ser licenciado en informática para utilizar tu coche.

—*Tíiiiiaaaaa* —dijo la voz electrónica, en una imitación espantosa de la voz de Ro.

—¡Espera! —Sierra empezó a tocar botones frenéticamente—. ¿Cómo se para esto?

—*Ya sabes lo que dicen sobre los sueños sexuales* —continuó la voz electrónica leyendo el mensaje.

¡Jesús! Pensé, intentando apartar las manos de Sierra. Eso era lo último que necesitaba oír estando encerrado en un coche con ella a mi lado. Toda su cara se había puesto como un tomate.

El tono de mensaje volvió a sonar.

—Nuevo mensaje de texto de… Ro —dijo la voz electrónica, otra vez.

—¡Apágalo! —chilló Sierra.

—¡Quita la mano!

Sus dedos rozaron el dorso de mi mano, y la miré con desconfianza. Aún no llevaba el anillo de compromiso. Tal vez no le quedaba bien. Si había que ajustarlo, tendríamos que hacerlo pronto, antes de que la prensa del corazón empezara a publicar primeros planos de su mano.

Conseguí desconectar el Bluetooth por fin.

—Ya está. ¿Contenta?

Sierra se relajó en su asiento, con las mejillas aún sonrojadas. La tensión creció entre nosotros con un peso asfixiante y, ahora que nos habíamos quedado en silencio, tuve la oportunidad de pensar en aquel mensaje de Ro. ¿Con quién demonios tenía ella sueños sexuales? Casi deseé haber dejado que sonara el segundo mensaje.

Me aclaré la garganta cuando llegamos al estudio. *Céntrate*. No había tiempo para pensar en las fantasías de Sierra. Estaba trabajando en una candidata a todos los premios, una película que lo era todo para mí, y nada iba a interponerse en mis planes, mucho menos los sueños sexis de Sierra.

—La primera entrevista programada por Jillian será esta mañana —dije—. Nos la quitaremos de encima antes del trabajo y así ella podrá hacerla circular antes de que acabe el día.

—Genial.

Sierra y yo bajamos del coche y nos dirigimos a la sala donde tendría lugar la entrevista.

—Hola —saludó Jillian cuando entramos.

En la sala habían dispuesto un telón con el título de la película detrás de dos sillas, y varias personas esperaban ya para grabar la sesión, con las cámaras preparadas. Sierra miró a su alrededor, nerviosa.

—Tú solo ignóralos —dijo Jillian.

Cogió el brazo de Sierra para llevarla a una de las sillas, donde la hizo sentar, y le arregló un poco el pelo. Yo me senté en la otra silla.

—Os voy a hacer algunas preguntas, cosas sencillas sobre la película. Vosotros lanzaos miradas cariñosas, y todo eso.

—Entendido —dije.

Activé mi encanto como quien pulsa un interruptor, y sonreí a Sierra. Ella me devolvió una sonrisa insegura.

—Muy bien —empezó Jillian—. Contadme cómo ha sido trabajar juntos estos últimos meses.

Miré a los ojos azul oscuro de Sierra en lugar de a la cámara.

—Muy inspirador —dije, con toda la sinceridad de que fui capaz—. Sierra ha aportado una gran visión creativa al proyecto.

La cámara enfocó a Sierra, que la miraba de reojo.

—Sí, ha estado muy bien —dijo, en un tono un tanto forzado.

—¿Bien? —insistió Jillian, esperando algo más.

—Quiero decir que ha ido genial.

Hice una mueca. Sierra no había exagerado cuando dijo que mentía muy mal.

—Tendrás que darnos algo más que «bien» y «genial» —mascullé entre dientes. Ella se sonrojó.

—Y ahora que habéis trabajado tan de cerca, ¿cuáles diríais que son las mayores fortalezas de cada uno? —preguntó Jillian.

—Oh, eso es fácil —dije, mirando a Sierra como si allí no hubiera nadie más—. Sierra es una de las personas más entregadas con las que he trabajado. Y lo que la hace destacar es su atención al detalle.

—Esto… bueno —empezó Sierra—. Finn… Finn es, eh… Se le da muy bien… organizar a todo el mundo, supongo.

—¿Supones? —dijo Jillian.

Sierra me lanzó una mirada y apartó los ojos con rapidez.

—Quiero decir que siempre es muy organizado, y se asegura de que… Bueno, de que no me retrase —explicó Sierra, que se había atascado con la respuesta y enrojecía cada vez más.

—Vaya, eso es todo un cumplido —respondí con una risa, y le di un codazo, tratando de dar la impresión de que su torpeza me parecía adorable.

—Bueno, vamos a hacer una pausa antes de la siguiente toma —indicó Jillian.

—Pero ¿qué te pasa? —susurré a Sierra mientras los camarógrafos se preparaban para la siguiente toma.

—¿Yo? —Se me quedó mirando como si tuviera dos cabezas—. ¿Qué te pasa a ti? Ese rollo encantador tan falso me está poniendo de los nervios.

—¿Tú quieres que la gente vaya a ver la película, o no? —La miré enfurecido.

Fingí reír con ganas cuando Jillian retomó la entrevista con otra pregunta. Al cabo de unos momentos, puse una mano de forma casual sobre la rodilla de Sierra, y su pierna salió disparada como si le hubiera intentado medir los reflejos con un martillo. Le lancé una sonrisa tensa, sin quitar la mano, y apreté un poco con la esperanza de que se relajara.

—¿Sabéis qué? —dijo Jillian, terminando la entrevista antes de tiempo—. Creo que ya tenemos material que podemos utilizar.

Incliné la cabeza y la miré con intención. Si poníamos aquello en internet, parecería que habíamos amenazado a Sierra a punta de pistola.

—Lo que haremos será utilizar el audio y convertirlo en un *podcast* —explicó Jillian.

—Buena idea —murmuré, poniéndome en pie—. Sierra, ¿podemos hablar?

Indiqué la puerta con la cabeza y ella me siguió hasta mi despacho. Cuando entramos, cerré la puerta y me volví hacia ella. Tenía los brazos cruzados y los labios apretados en una línea delgada.

—Tendremos que mejorar esto para la próxima vez, y tú tendrás que dejar de comportarte como si fueras un rehén. Te has atascado con todas las preguntas.

—Bueno, tal vez no me habría atascado tanto si tú te hubieras cortado un poco con ese rollo tan raro de príncipe encantador que tenías.

—Llevo más de una década perfeccionando el personaje del Encantador Finn Lockhart. Lo llevo haciendo desde que me convertí en el portavoz de Nexus Media y Hart of Gold. Es a él a quien espera ver la prensa, a quien *quiere* la gente.

—¿El Encantador Finn? —Frunció el ceño, claramente sorprendida—. ¿Por qué querrían ver eso? ¿Qué tiene de malo tu yo real?

Sus palabras me sorprendieron, pero ella siguió hablando antes de que pudiera contestar.

—Tengo que volver al trabajo —dijo, frotándose la cara con las dos manos—. ¿Podemos aclarar todo esto más tarde?

—De acuerdo —acepté.

Me quedé mirándola marcharse. Aún estaba asimilando la idea de que, tal vez, a ella le gustaba quien yo era de verdad: el capullo antipático que se pasaba el tiempo dándole la lata con el trabajo. ¿Por qué iba a gustarle a alguien ese tío? Sí, bueno, podía resultar útil cuando la situación requería ser un cabrón, pero la única razón por la que había creado el personaje del «Encantador Finn» era para poder serlo cuando lo necesitara. Mi yo real no resultaba atractivo, salvo… al parecer, a Sierra Banks.



Más tarde, nos encontramos rodando una escena con los dos protagonistas de la película. Era una escena bastante sencilla, en la que Tommy y Evelyn caminaban por las calles de Boston de noche, después de su segunda visita al bar clandestino de la mafia. Sierra estaba a un lado del decorado, esperando para hacer pequeños ajustes al vestido de Shaw entre una toma y otra. Yo había estado intentando hablar con ella durante la última media hora, pero, por desgracia, mi madre estaba acaparando toda su atención, y mi teléfono no dejaba de sonar.

—¿Qué pasa? —ladré, al contestar una llamada de Brenna.

—Los de diseño de decorados acaban de enviar los nuevos modelos del interior de la casa Chisholm —dijo—. Necesitan tu visto bueno.

—Ya les envié mis ideas —respondí, mirando hacia donde había escuchado la risa de Sierra.

Noté que se me erizaba la piel del cuello. Mi madre no había conocido a ninguna de mis novias desde que estuve en el instituto y, aun así, siempre habían sido contactos muy breves y controlados. Pero a Sierra no había quien la controlara, y parecía haber decidido convertirse en la mejor amiga de mi madre. Volví a centrarme en la llamada.

—Hay algo que desentona en la gama de colores —dije a Brenna—. ¿Puedes buscar las notas que tomaste en la primera reunión y enviárselas a los de diseño, para asegurarnos de que se ajustan a la visión?

—Sí, se las enviaré antes de comer.

—Bien. Necesitamos la aprobación del departamento artístico ya, para que puedan empezar a preparar los decorados mañana. Por cierto, he visto la previsión del tiempo para mañana, y puede que sea un problema para las tomas de exteriores que hemos planeado. Llama al director de localizaciones, a ver si podemos pasarla a la semana que viene.

—De acuerdo, te tendré al tanto de la disponibilidad —dijo Brenna, antes de colgar.

Guardé el teléfono en mi bolsillo y me acerqué al monitor del director para ver las tomas al tiempo que se rodaban.

—¡Corten! —dijo X—. Vamos a empezar de nuevo. Kaiden, pásale el brazo por el hombro, y acércala un poco más la próxima vez.

Los actores y el personal volvieron al principio de la escena, mientras yo seguía con la vista puesta en Sierra.

—Eh, eh. ¡Eh! —gritó X de repente—. ¡Cuidado con ese cable!

Volví la cabeza, justo a tiempo para ver cómo Kaiden se enganchaba con un cable que cruzaba el decorado. Eso le hizo tropezar con las escaleras de entrada de uno de los edificios del decorado, y caer tambaleándose contra uno de los miembros del equipo, que intentó apoyarse en uno de los focos.

Como a cámara lenta, vi que el foco se desequilibraba, y empezaba a caer hacia donde estaba Sierra. ¿Dónde se había metido el maldito técnico de iluminación? Quise gritar la pregunta a pleno pulmón, pero no había tiempo. Eché a correr, agarré a Sierra de la enorme chaqueta que llevaba puesta, y la aparté de un tirón.

¡*Crash*!

El foco cayó al suelo y se hizo añicos.

¡*Bam*!

Yo caí al suelo justo después.

¡*Uf*!

Sierra cayó conmigo, con mis brazos alrededor de su cuerpo, pero yo amortigüé su caída y me llevé la mayor parte del impacto. La miré parpadeando y tratando de recuperar el aliento. Sus ojos estaban muy abiertos y me miraba atónita, con la boca abierta en una *O* perfecta. A nuestro alrededor, se arremolinaban algunos copos de la nieve artificial que estaba cayendo sobre el decorado. Levanté una mano y le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Estás bien?

Ella parpadeó varias veces.

—¿Qué?

—¿Te has hecho daño?

Tal vez habría sido mejor idea intentar sujetar el foco antes de que cayera. Era un trasto caro, y conseguir otro podría retrasarnos, pero en aquel momento, lo único que había pensado era en apartarla a ella.

—No… no —dijo ella con voz temblorosa—. Estoy bien. Gracias… De verdad… No lo había visto…

Su cuerpo estaba temblando, así que la estreché un poco más contra mí, pero, antes de que pudiera darme cuenta, alguien la había levantado y el equipo se amontonaba a nuestro alrededor. Se produjo el caos, porque todos empezaron a hacer preguntas y hablar a gritos. Aunque, en cuanto se apartó, eché de menos la sensación del cuerpo y la calidez de Sierra sobre mí, intenté no pensar más en ello. Cogí la mano que me ofrecía X y me puse en pie. Él me dio una palmada en el hombro.

—Ha faltado poco. ¿Estás bien?

—Sí —murmuré, tratando de recomponerme. Me volví al equipo y descargué mi irritación sobre ellos—. Necesitaremos otro foco ¡enseguida! Que alguien quite los cristales del suelo, y sujetad esos malditos cables antes de que haya un accidente más serio. Y que sea rápido. Quiero a todo el mundo listo en quince minutos. ¡Y que venga el médico a echar un vistazo a Sierra!

—Estoy bien —protestó ella. Mi madre se había situado a su lado y le daba palmaditas en el hombro—. Creo que solo ha sido un golpe de nada.

—¡Quiero al médico aquí, ya! —exclamé, en voz tan alta que dos asistentes salieron corriendo, pegados a sus radios.

Me di la vuelta y me dirigí a mi despacho, buscando un poco de paz en un lugar donde no tuviera que preocuparme por focos que se caían, ni grandes ojos azules tan cerca de los míos, que no podía ver nada más.

15

SIERRA

—X ha dicho que los pantalones de Kaiden acabaron un poco maltrechos ayer —explicó Paisley, mientras se escuchaban unas risas en el fondo de la llamada—. Necesita que los arreglemos antes del rodaje de la tarde.

—¿Nos queda algo de esa tela? —pregunté al teléfono.

—Sí, he encontrado algunos retales en la estantería.

—Bien. ¿Por qué no coges alguno, y les echo un vistazo cuando llegue? Ya estoy en el aparcamiento.

Cogí mi bolso del asiento del acompañante y sujeté el teléfono entre el hombro y la oreja. Finn tenía que hacer algunos recados antes de venir a trabajar, así que había venido al estudio por mi cuenta y me había ahorrado otro viaje en el *capullomóvil*.

—Estupendo —dijo Paisley—. Ahora nos vemos.

Colgué y me apresuré hacia el taller de vestuario. Ahora que el rodaje estaba en pleno apogeo, habíamos pasado de la confección de ropa al mantenimiento, lo que implicaba hacer alteraciones, ajustes, supervisión de vestuario y coordinación para las escenas sin

cesar. Me pasaba la mayor parte de los días junto a los decorados de la película, preparada para resolver cualquier problema que se presentara con la ropa.

—Buenos días —saludé al entrar.

Ro, Trin y Paisley se estaban riendo de algo junto a la estación de plancha. Carter me lanzó una sonrisa de simpatía desde una de las máquinas de coser. ¿De qué diablos iba todo aquello?

—¿Qué está pasando? —dije, poniéndome en guardia al momento.

No tenía tiempo para tonterías. Miré a Ro con suspicacia cuando se acercó a mí, andando prácticamente a saltos. Ella me cogió la mano.

—Todo irá bien —dijo ella—. Ven conmigo.

Me condujo a mi despacho y cerró la puerta.

—Te pido disculpas por adelantado.

—¿Por qué? —pregunté con desconfianza, mientras dejaba el bolso sobre la mesa.

Aquello no sonaba nada bien. Me crucé de brazos y me apoyé en mi mesa.

—Tú prométeme que mantendrás la mente abierta.

Un escalofrío incómodo me recorrió la espalda.

—Como no me digas ya lo que está pasando, voy a empezar a gritar.

—No será necesario —me aseguró—. Finn se ha estado ocupando de preparar vuestra próxima cita para desayunar.

—¿Para que yo no la cague, como en la última entrevista? —murmuré.

—Bueno, sí —dijo Ro, aunque no sin amabilidad, y me ofreció una sonrisa—. Finn se ha imaginado que, si te lo propusiera, seguro que te negarías, así que me ha pedido que haga los honores.

—Ay, madre.

—Es todo un detalle —dijo Ro—. Ha resultado bastante agradable mientras lo organizaba todo. Ahora entiendo por qué te gusta.

—No me gusta —respondí de forma automática, aunque ya no era cierto del todo.

¿Cómo no iba a gustarme, aunque fuera un poco, el hombre que se había puesto en peligro para protegerme del foco que se había caído el otro día? No podía dejar de recordar la sensación de sus brazos rodeando mi cuerpo cuando caímos al suelo.

—No, solo tienes sueños sexis con él —me provocó Ro.

Sueños, cuya frecuencia e intensidad habían ido aumentando de forma alarmante desde que me había estrechado con fuerza contra su pecho, desde que sabía lo que sentía cuando me abrazaba. Me estremecí y me sentí acalorada al mismo tiempo.

—Exactamente —dije, pronunciando con esfuerzo—. Son dos cosas muy diferentes. Pero, bueno, ¿me cuentas qué pasa?

Ro me entregó los papeles que tenía en la mano.

—¿Un guion? —El título era: DESAYUNO PARA DOS.

—Esto es el planteamiento de vuestra cita para desayunar —explicó Ro.

—¿Ha pedido un guion para la cita?

Aquello me espantó. ¿Tan convencido estaba de que iba a fastidiarlo todo? Sabía que no había fingido ser su prometida de forma muy convincente, pero estaba segura de que podríamos apañarnos para estar sentados juntos en una cafetería el tiempo suficiente para que algún fotógrafo nos hiciera una foto sin que yo lo echara todo a perder.

—Lo ha preparado la prometida de su hermano —explicó Ro—. ¿Sabes que trabaja en *Morir a fuego*? Me pregunto si podría

presentarme al actor que interpreta a Cade. Solo quiero saber si esos abdominales son de verdad. Y, tal vez, lamerlos un poco. Pero bueno —canturreó—, tenéis que estar listos para ensayar en media hora.

—¿Ensayar? —reí—. Ni en broma. Tengo trajes que arreglar.

—Y también tienes un equipo muy competente que puede encargarse de eso —señaló Ro.

Me invadió una mezcla de enfado, y otra sensación que no supe identificar.

—No pienso ensayar citas con Finn.

—Bueno, todo eso de fingir un compromiso se basa en tener citas en público.

—¿Sí? Pues no tengo intención de ensayar nada.

Qué incómodo. Fingir un compromiso era una cosa, pero ¿tener que practicar las citas? Eso rayaba en el ridículo.

—Ya ha quedado muy claro lo mal que mientes —observó Ro—, así que tienes que practicar. Nadie te pide una actuación digna de un Óscar, pero, por lo que he oído sobre la primera entrevista con Jillian, creo que resultó bastante incómoda y forzada.

—¡Porque Finn me estaba poniendo nerviosa con ese rollo del príncipe encantador! —insistí.

—Entonces tenéis que practicar los dos —dijo ella—, para comportaros de un modo más natural.

Me froté las sienes. No tenía tiempo para todo aquello.

—Venga ya —dijo Ro—. ¡Puedes hacerlo! Conseguiremos que el público os adore y generar expectación sobre *Cada día*, y así machacaremos la película de guerra de Trey.

Yo ansiaba que eso ocurriera, me moría de ganas, pero no creía que fuéramos a conseguirlo.

—No te preocupes —continuó ella—. Yo estaré contigo durante el ensayo para asegurarme de que te sientas cómoda en todo momento, como haría cualquier buen director.

Siendo sincera, no sabía si la presencia de Ro haría que la experiencia fuera mejor o peor. Bastante malo me parecía ya fastidiarla delante de Finn, sin tener más público.

—De acuerdo —suspiré—. Haré el ensayo.

—¡Genial! —exclamó Ro—. Pues vamos a repasar tus frases.



La cita de prueba, como decidió llamarla Ro, tuvo lugar en un estudio diminuto, delante del cual yo debía haber pasado cien veces desde que empecé a trabajar en Hart of Gold.

—Hola —saludé al entrar.

Finn, que había llegado antes, ya estaba ladrando órdenes a dos decoradores que se habían encargado de que el estudio pareciera Le Café du Soleil, una cafetería pequeña y muy de moda un poco más abajo en la misma calle, donde habíamos previsto tener la cita de verdad. Los actores y el resto del equipo solían ir allí cuando se cansaban del café que se servía en el estudio, y sus torrijas estaban para morirse.

—Hola —respondió Finn—. ¿Estás lista?

—Bueno, se supone que debería estar arreglando pantalones para X.

—Paisley se encargará de eso —repuso él, apartando con un gesto la servilleta que acababa de colocar uno de los decoradores.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he pasado por el taller de vestuario a primera hora y les he dicho que tendrían que ocuparse de todo durante un par de horas.

¿*Había hecho eso*?

—No necesito que des órdenes a mis asistentes. —Yo estaba más que capacitada para delegar mi propio trabajo.

—No he dado órdenes a nadie. Estaba viendo si podíamos quitarnos esto de encima hoy sin poner nada patas arriba. Por mucho que necesitemos hacer estas cosas, el vestuario de la película debe estar siempre en condiciones.

Me crucé de brazos y bajé la vista a la comida que los decoradores habían puesto sobre la pequeña mesa a la que nos habíamos sentado. Una oleada de algún aroma delicioso y cálido me llegó a la nariz.

—¿Esto es de verdad? —pregunté, señalando la tostada francesa que había en mi plato.

—Has llegado tarde. Me he imaginado que no te habría dado tiempo de desayunar.

Se encogió de hombros, mientras mi estómago daba un vuelco por motivos que no tenían nada que ver con el hambre.

—Bueno, ¿estáis preparados? —preguntó Ro, que acababa de entrar junto con el camarógrafo.

Al parecer, era importante ver la grabación sobre la marcha, para poder analizarla. Intenté no desesperarme ante la idea de verme como en una película.

—Unas reglas básicas —anunció Ro—. Recordad que, para esta cita, todo deben ser sonrisas y risas, y un poco de tonteo al final. Sierra, en un momento dado, Finn va a ponerte un mechón de pelo detrás de la oreja, y tú tendrás que inclinarte hacia su mano.

Noté una opresión un poco rara en el pecho.

—¡A vuestros puestos! —ordenó Ro.

Diablos, esto iba en serio. Miré un instante hacia la salida, preguntándome si era lo bastante rápida como para salir corriendo a encerrarme en mi despacho.

—No lo conseguirías —dijo Finn, y me volví a mirarlo con rapidez.

—¿Qué?

Él inclinó la cabeza hacia la puerta.

—Soy más rápido que tú, te alcanzaría en cuanto salieras por la puerta.

Lo miré durante un instante, con la esperanza de que no se diera cuenta de cuánto me intrigaba la idea de que me persiguiera para capturarme, como un príncipe malvado que atrapaba a su princesa. La leche, ¿quién hubiera dicho que me ponía la fantasía de ser capturada?

—Vale.

—¿Vale?

—Sí —asentí—. Hagámoslo de una vez.

Aparté de mi cabeza las fantasías que se me habían ocurrido, con la intención de dedicarles más tiempo después, cuando no tuviera una cámara preparada para capturar hasta la menor de mis expresiones.

16

SIERRA

—Sí que es una directora en ciernes, ¿eh? —comentó Finn, acomodándose en su asiento.

—Sí —murmuré, sin quitar ojo a la apetitosa tostada francesa que tenía delante.

—¡Acción! —anunció Ro.

Finn me miró a los ojos, me lanzó una sonrisa, y tuve que resistir el impulso de soltar un gruñido, por lo falsa y brillante que era. No sabía cómo podía echar de menos al capullo antipático que gruñía órdenes cada día en el set, pero así era. Al menos, ese hombre era auténtico.

—¿Te gusta la comida? —preguntó Finn, cortando sus tortitas.

—Oh… —Aún no había probado ni un bocado, y comprendí que se me había pasado la entrada. Al cortar la tostada, mi cuchillo chirrió contra el plato—. Perdona —dije a Ro, situada tras la cámara—. ¿Podemos empezar otra vez?

—¡Desde el principio! —dijo ella—. ¡Acción!

Sacudí la cabeza para intentar disipar unos nervios repentinos, y me metí un trozo de tostada en la boca.

—¿Te gusta la comida? —repitió Finn.

Asentí y, al precipitarme a responder, estuve a punto de atragantarme. Finn me plantó un vaso de agua en la mano.

—¡Corten! De acuerdo, Sierra —dijo Ro—. Intenta no morir ahogada. No tienes que comerte la comida, solo muévela un poco por el plato como hacen en la tele. ¡A ver si conseguimos pasar de la primera frase del guion!

Volvimos a empezar desde el principio.

—¿Te gusta la comida? —preguntó Finn por tercera vez.

—Está muy rica —dije con rigidez, leyendo el guion—. Este sitio me encanta.

—Bien —asintió él—. Estaba pensando que podríamos hacer un viaje este fin de semana.

—Eso suena bien —respondí—. A los dos nos vendría bien un descanso.

Levanté la vista de mi plato y me encontré a Finn sonriéndome.

—Perfecto —dije—. Me encargaré de organizarlo, querida.

Uf, querida.

—De acuerdo, guapetón.

Finn puso los ojos en blanco, y Ro volvió a cortar.

—Eso no es lo que tienes que decir —dijo Finn, tras beber un poco de agua.

—Pues yo creo que ya habíamos hablado de esto, y quedamos en que no me llamarías querida.

—Es lo que pone en el guion —aclaró él.

—Si me vas a llamar querida, yo te llamaré guapetón. Es justo.

—A estas alturas, no vamos a hacer cambios al guion —resopló él.

—Bueno, cariño —dije, haciendo un gesto con el tenedor—. Como ya te he dicho, el matrimonio es una cuestión de compromiso, y yo he cumplido mi parte aguantando tu obsesión con el orden.

—No me obsesiona el orden —gruñó Finn—. Y tú eres un desastre, con un gusto muy discutible en comida.

—¡No es verdad!

—¡Volvamos al guion, gente! —exigió Ro—. ¡Empezamos desde el principio!

—¿Te gusta la comida? —gruñó Finn.

—Está genial —dije, antes de meterme un trozo de tostada fría en la boca.

—Estaba pensando que podríamos ir a algún sitio este fin de semana.

—Eso suena bien. A los dos nos vendría bien un descanso. Estoy bastante segura de que no te quitas el traje ni para dormir. ¿Tienes algo de ropa cómoda?

—¡Ceñíos al guion! —gritó Ro.

—Perfecto. Me encargaré de organizarlo, *querida*.

—De acuerdo, cariño —dije, pronunciando las palabras a duras penas.

Finn tendió una mano y me puso un mechón detrás de la oreja. Yo me apoyé en su mano, sintiéndome muy rara. No se parecía en absoluto a la sensación del día anterior, después de que se cayera el foco, cuando me apartó el pelo para ver mejor mi cara. En aquel

momento, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho, pero ahora… ¡*uf*!

—¡Corten! —dijo Ro antes de que siguiéramos—. ¡Genial! Vamos progresando, pero no olvidéis que cualquiera que os estuviera grabando en la cafetería podría oír vuestra conversación también. Tenéis que seguir el guion para no meter la pata.

Aquello no iba a salir bien, y el maldito guion era la mitad del problema.

—¿Podemos intentarlo los dos solos, sin nadie más alrededor? —pregunté.

Las cejas de Finn salieron disparadas hacia arriba.

—Es solo para estar un poco más relajados.

Tal vez, si no tenía gente mirando, no me pondría tan nerviosa.

—De acuerdo —dijo Finn—. Lo haremos a set cerrado.

Ro asintió y salió junto con el cámara. Había esperado poder relajarme en cuanto se fueran, pero en cuanto estuvimos solos, solos de verdad, me quedé en blanco. No sabía cómo distinguir lo falso de lo real.

—¿Te sientes más cómoda ahora? —preguntó Finn.

Apenas. Forcé una sonrisa.

—La cámara, y la dirección, y… Es demasiado —dije, con una risilla —. Está claro que nunca podría ser actriz.

—Yo tampoco —dijo él—. Lo descubrí por las malas.

—¿Te refieres a los dos créditos como actor que tienes en IMDb?

—¿Has estado buscando información? —preguntó con una sonrisa sarcástica.

—He investigado —admití, comiendo un poco más de tostada.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Cuando empecé mi carrera, se me ocurrió que podría ser buena idea actuar en un par de películas independientes. Cuando me vi en la pantalla, me pareció que resultaba muy poco natural, y eso me llevó a pasar detrás de la cámara. Siempre se me ha dado mejor producir, aunque las dos primeras películas que tuve a mi cargo no fueron muy buenas.

—¿De verdad produjiste un programa de naturaleza? —pregunté—. ¿Sobre los babuinos?

Él soltó una risa que sonó muy diferente de las sonoras carcajadas que emitía cuando estaba siendo el «Encantador».

—Vaya, sí que has investigado a fondo.

—Lo hice. Empecé por el principio.

—Caray —rio, tirando del cuello de la camisa—. Fue mi primer y último documental sobre naturaleza. Los monos son demasiado imprevisibles.

—¿Más que trabajar con X y tu madre?

Él resopló, y me permitió ver su auténtica sonrisa. No era aquella tan enorme y artificial, sino una más dulce, un poco torcida, que le sentaba muy bien. Era la sonrisa que imaginaba cuando cerraba los ojos.

—Sí, aunque no te lo creas —dijo—. Pero aquel documental tuvo más éxito que la primera película que produje. Al menos, con un documental, nadie espera que ganes nada, ¿sabes? Sin embargo, creí que mi primera película sería un bombazo. Había elegido el guion yo mismo, y me impliqué mucho. Eso hizo que fuera aún peor.

—¿La película del espía que se enamora? —pregunté, antes de comer otro poco de tostada—. A mí me encantó.

Finn bebió un poco de café e hizo una mueca.

—Los números no dijeron lo mismo. Si buscas la definición de un fracaso, ahí la tienes.

—Eso no es lo que dijeron los críticos —señalé—. Sus opiniones fueron bastante favorables.

—Ya, pero al público no le gustó tanto como yo había esperado. —La desilusión era evidente en su tono—. Sinceramente, creo que eso fue lo que más me dolió. Si hubiera producido una película mala, pues vale; pero hice una buena película, una que me gustaba mucho. Creí que a todo el mundo le gustaría tanto como a mí, pero no fue así.

—Todos hemos tenido algún proyecto de esos. —Proyectos que no alcanzaban el éxito que merecían, por razones que solo los dioses del cine conocían—. Aún estoy intentando comprender qué pasó con aquella película del oeste que hice yo. Se habló mucho del vestuario, y yo estaba muy orgullosa de cómo había quedado todo. Pero después… Nada. Ni siquiera conseguí ningún proyecto de vestuario después de eso.

Después de terminar aquella película, había pasado meses tratando de sobrevivir con trabajos sueltos, mientras intentaba conseguir otra película para hacer el vestuario.

—¡*El caminante de Texas*! —exclamó Finn—. Vi que habías trabajado en esa película. No puedo creer que no consiguiera ninguna nominación al Óscar, a mí me gustó mucho. Me encantan las películas del oeste.

Sacudí la cabeza con un murmullo.

—¿Qué?

—Música country en el coche, te gustan las películas del oeste… Acabo de darme cuenta de que, en el fondo, eres un vaquero. —Él puso los ojos en blanco—. ¿Por qué no has hecho ninguna película del oeste en todos estos años?

—Porque esas no tienen mucho público —respondió con una sonrisa ladeada—. Los caballos no corren tanto como los coches.

Apoyé la cabeza en una mano y sonreí.

—Creo que estás perdiendo la oportunidad de hacer una precuela de *Corre y dispara*.

—¿*Corre y dispara: caballos y caminos*? —rio él.

—Yo había pensado en algo como *Frontera a todo gas*.

—Eh, eso no está tan mal —dijo él, intrigado.

—Pues quiero crédito por el título —bromeé.

—De acuerdo. ¿Qué clase de película te interesaría para tu próximo proyecto? Ya sabes, ahora que vas a hacer tu gran película de época —preguntó.

Comió un trozo de fruta de su plato y, al fijarse en que estaba mirando una de sus fresas, la pinchó con el tenedor y la dejó en mi plato.

—Gracias. —Ese detalle hizo que me derritiera por dentro. Me comí la fresa mientras pensaba cómo responder a su pregunta—. ¿Sabes qué? Me encantaría hacer una comedia romántica ambientada en los años ochenta. Hombreras, colores fluorescentes, lycra, melenas enormes, boleras…

—¿Boleras? —Se echó a reír—. ¿Qué diablos pinta una bolera en una película romántica?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Es lo que se me viene a la cabeza cuando pienso en los años ochenta. Cuando era pequeña, me encantaba jugar a los bolos, seguramente porque no había mucho más que hacer en Garnett.

—Pocas opciones de entretenimiento en Kansas, ¿no? —Sacudió la cabeza con una carcajada—. Estoy tratando de imaginarte jugando a los bolos.

—Pues se me daba bastante bien. De hecho, es la única actividad física en la que era un poco buena.

—Yo jugaba a todos los deportes de pequeño —dijo Finn, cosa que no me sorprendió—. Y también me apunté a algunas actividades extraescolares.

Oh, eso podía ser interesante.

—Lo de los deportes me lo imagino, a la vista de tu… —Hice un gesto con la mano, avergonzada de repente—. Físico —terminé y seguí hablando para distraerlo—. ¿Qué clase de actividades extraescolares?

Él se acomodó en su asiento con una sonrisa de suficiencia, la que provocaba sensaciones extrañas en mi interior, unas sensaciones que no debería sentir; pero, por suerte, no duraron demasiado.

—Lo normal: astronomía, cine, cerámica, idiomas, debate…

—Para el carro, vaquero. Eso lo he oído. ¿Cerámica? ¿Por qué no he visto ninguna de tus piezas en tu casa?

Claro, que en ella tampoco había nada personal. Aquel lugar era un maldito museo de la austeridad.

—Fue hace mucho tiempo, y solo lo hice porque me apuntaba a todo lo que podía, para tener una excusa para no estar mucho en casa.

Quise profundizar un poco en aquello, porque cualquiera que pasara tiempo con ellos se daría cuenta de que la relación entre Finn y su madre era muy tensa, pero yo no sabía el motivo. La forma en que él se comportaba con ella… No era exactamente como si estuviera enfadado, sino, más bien, como si no se fiara de ella. Debía haber ocurrido algo entre ellos, y yo quería saber el qué; pero antes de que pudiera preguntárselo, antes de que las cosas se volvieran más auténticas entre nosotros, él señaló mi plato.

—Te has terminado el desayuno.

—Cierto. —Ni siquiera me había dado cuenta—. Es verdad que las torrijas están buenísimas.

—Supongo que eso significa que la cita ha terminado —señaló.

Recordé el guion que nos habían escrito. Ese era el momento en el que se suponía que debíamos acercarnos y besarnos. Un beso serio, no solo un roce de labios. Pero él no iría a besarme, ¿no?

Entonces, él empezó a acercarse, y mi pulso se puso a mil y me empezó a latir en los oídos. No podía besarle en ese momento; me sentía incapaz de hacerlo, si no iba a significar nada. Ya no podía seguir mintiéndome a mí misma sobre mis sentimientos…

Pero antes de que pudiera explicárselo, Ro entró en la sala aplaudiendo, y Finn se apartó de mí.

—¡Increíble! —exclamó—. ¡Ha salido muy natural! Si os ceñís un poco más al guion, cuando lo grabemos, va a parecer auténtico.

Parecer auténtico, pensé, volviendo a la realidad y recordando que todo aquello no era más que una farsa. No había nada auténtico entre Finn y yo.

17

FINN

El bloque de arcilla con el que estaba intentando descargar la tensión de aquel día se desmoronó entre mis manos. Había trabajado el material una y otra vez hasta ablandarlo y que se volviera moldeable bajo mis dedos.

La cerámica me había gustado desde la primera vez que la probé en el colegio y, a lo largo de los años, había dado varios cursos más. Aunque me gustaba usar el torno de vez en cuando, prefería modelar a mano por el placer físico de trabajar el material con mis dedos, que me permitía no pensar en nada mientras me concentraba en el barro. Modelar era lo más parecido a la meditación que había encontrado y, cuando lo hacía, no me importaba nada más. Lo único que me interesaba era el proceso de creación, no el resultado final.

Cuando terminaba una pieza, siempre la destruía. Sin excepción. Estaban demasiado mal hechas como para querer conservarlas, y yo no era ningún artista. Lo que me gustaba era el proceso de crearlas.

—Toc, toc.

La voz de Sierra rompió el silencio, y su entrada me detuvo en seco. Ella observó mi taller, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, y el corazón me dio un vuelco. Hablarle de la escultura había sido un

error, y aunque había agradecido que ella no insistiera en el tema, ahora había invadido mi espacio privado. Sabía que, hasta entonces, nunca había entrado en aquella habitación, porque yo no la había invitado a hacerlo, y siempre estaba cerrada con llave. Tenerla allí delante, mirándome, me hacía sentir muy expuesto. Hasta Su Miaujestad corrió a ocultarse bajo la estantería, alterado por la nueva presencia en la habitación.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me puse en pie de un salto, y me limpié las manos de forma mecánica en los pantalones. Los restos de arcilla, cálida y blanda en mis manos, me parecieron demasiado pringosos y delatores. Aquel era el único lugar en el que no había permitido entrar a nadie, salvo a mi bendito y muy discreto asistente, que se encargaba de sacar la basura llena de piezas rotas, porque era lo único, la única cosa personal, que nunca había tenido la intención de compartir.

—Lo siento —dijo ella al ver el montón de arcilla que había estado modelando—. No quería interrumpirte, solo estaba buscando una mesa lo bastante grande como para trabajar.

Me mostró una tela que parecía ser el corsé de un traje de cabaré, y una cajita llena de cuentas.

—Tengo que coser un montón de cuentas, y la isla de la cocina está llena de papeles.

Se acercó a una estantería llena de esculturas, algunas a medio terminar y otras, en proceso de secado. Romperlas resultaba mucho más satisfactorio cuando estaban secas del todo.

—¿Las has hecho tú?

—Sí —mascullé entre dientes.

¿Por qué no me había acordado de cerrar la maldita puerta?

—No sabía que seguías moldeando —dijo ella en tono admirado—. Mencionaste la cerámica esta mañana, pero dijiste que la hacías de

niño para no estar en casa. Son increíbles, Finn.

Ya, eso no son más que chorradas, pensé para mis adentros. No tenía que hacerme la pelota.

—Es para aliviar el estrés —gruñí.

Notaba un calor raro en la nuca y, cuanto más me miraba ella, más calor sentía, hasta que empecé a tirar del cuello de mi camiseta.

—¿Qué haces con todas las piezas? —Sierra se inclinó para examinar una vasija pequeña.

—Nada —dije—. Cuando termino, las rompo y Carlos tira los trozos.

—¿Las rompes? —preguntó, y se dio la vuelta para mirarme con sorpresa—. ¿Por qué rompes algo que te ha costado tanto trabajo?

—Solo hago esto cuando tengo muchas cosas en la cabeza —expliqué—. Me ayuda a ordenarme las ideas. No necesito que nadie vea lo que hago.

Mis piezas eran imperfectas y estaban mal acabadas, y no quería enseñárselas al mundo. Solo quería mostrar al exterior lo mejor de mí, al hombre con éxito.

—Lo que me gusta es el proceso de hacerlas.

Ella se mordió el labio, de aquel modo que me hacía preguntarme a qué sabría y querer aliviar la marca roja que había dejado en él. Eso era lo que había querido hacer esa mañana, cuando habíamos repetido nuestra cita en Le Café du Soleil auténtico.

Me di la vuelta para dejar de mirarla, y me lavé las manos. Para ser una cita fingida de verdad, la de ese día nos había salido casi perfecta. Aún teníamos que trabajar un poco la rigidez incómoda que se apoderaba de Sierra cuando tenía una cámara delante, pero habíamos conseguido seguir el guion bastante bien, salvo por un pequeño detalle.

El beso.

El recuerdo me latía entre las sienes como un tambor. El beso que nunca existió.

Cuando habíamos llegado al final de la conversación, me había inclinado con la intención de hacer una buena actuación para la cámara, pero Sierra había girado la cabeza, de modo que labios cayeron sobre su mejilla. Yo le había seguido el juego con una sonrisa, le había rodeado la cintura con un brazo y la había estrechado hacia mi costado para quedar bien delante de los fotógrafos que había contratado Jillian.

A nadie le había parecido mal cómo había resultado, y hasta Jillian nos había felicitado por hacerlo mucho mejor aquella vez, comparado con la entrevista que nos hizo ella. Pero aún me molestaba recordar la forma en que había girado la cara.

Al volverme de nuevo hacia Sierra, la encontré mirándome de arriba abajo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, es solo que… —Apartó la mirada enseguida, con las mejillas sonrojadas—. Parece que tienes más ropa, aparte de esos trajes tan tiesos.

—Perdona —dije, cruzando los brazos sobre el pecho—. Mis trajes no son tiesos. Algunos son de lana merino.

Ella sonrió y volvió a mirarme a los ojos, su mirada azul profundo enlazada con la mía.

—Bueno, así pareces más relajado. Me alegro de saber que no vas siempre encorsetado en alguna marca carísima.

Allí delante de ella, vestido con una camiseta y uno de los pocos pantalones de algodón que tenía, me sentí desnudo, pero sabía que apartar la vista significaría algo, así que esbocé una de mis sonrisas encantadoras.

—No te preocupes, querida. Este pantalón sigue siendo Gucci, no tengo intención de renunciar al lujo.

—Cómo no —dijo Sierra con expresión divertida—. Y te dije que no me llamaras así.

—Creo que también los hacen para mujer. Puede que tengamos que conseguirte unos iguales, eso es muy propio de las parejas, ¿no? ¿Lo de llevar ropa de casa a juego?

—No se te ocurra sugerírselo a Jillian, seguro que le encantaría esa idea.

Volvió a morderse el labio e inclinó la cabeza, apretando aquel corsé contra el cuerpo mientras volvía a mirarme con atención. ¿Me estaba desnudando con los ojos? Casi deseé que lo hiciera con algo más que los ojos.

¡*Por Dios*!

Había estado pensando demasiado en ella. En cogerle la mano mientras estuvimos sentados en la cafetería, en su sonrisa cuando le ofrecí probar mis tortitas, en el olor delicioso de su piel cuando mis labios aterrizaron en su mejilla: flores de melocotón y fresas.

Tenía que dejar de pensar en ella. Por eso me había refugiado en mi taller, para desprenderme de aquellos pensamientos; pero ahí estaba otra vez, invadiendo mi espacio con su presencia, infectando el aire con su dulce aroma. ¿Cómo iba a pensar en ninguna otra cosa?

Sus ojos se apartaron por fin de los míos y cayeron sobre la arcilla que tenía en el banco de trabajo a mis espaldas.

—¿En qué estabas trabajando ahora?

Me volví hacia la escultura con una opresión en el pecho. ¿Por qué no me dejaba seguir tomándole el pelo con los nombres cariñosos? Aquello era sencillo; esto otro resultaba mucho más difícil.

—Nada, en realidad. Solo estaba trabajando la arcilla para quitarle las burbujas de aire.

—No hace falta que pares —dijo ella.

Sí, sí hacía falta, en serio.

—Puedo terminarlo después.

—¿Has pensado alguna vez en regalar alguna de tus piezas?

Aquello me hizo soltar un resoplido.

—La gente muestra su arte cuando es bonito. Perfecto. Lo que yo hago no lo es. ¿Por qué querría alguien una de ellas?

—Tal vez por la misma razón que me hace preguntarme cuándo darás un descanso a todo eso del Encantador Finn Lockhart —repuso ella, que se dirigió a la estantería donde había puesto a secar algunas de las esculturas más grandes—. Porque a la gente le gustan las cosas que son un poco imperfectas.

—Eso no es verdad —dije, frunciendo el ceño.

—Sí lo es —insistió ella, deslizando con delicadeza los dedos por el borde de una vasija grande—. Las cosas imperfectas tienen personalidad, y te puedes identificar con ellas.

—Son defectuosas —dije.

—Eso las hace menos valiosas.

Volví a sentir aquel calor incómodo. Ella me miró por encima del hombro y me detuve confuso porque, una vez más, parecía haber dicho que prefería pasar tiempo conmigo, con mi yo auténtico, en lugar de con el hombre al que los demás encontraban admirable.

—Suena como el mensaje que encontrarías en una galleta de la fortuna —dije, tratando de obviar sus palabras.

Ella rio un poco.

—En realidad, era mi madre quien solía decirme eso cuando empecé en el mundo del vestuario. Cuando metía la pata y tenía que deshacer los puntos, o si revisaba una prenda terminada y no encontraba más que defectos, ella me recordaba lo mucho que había aprendido con el trabajo, y lo que había mejorado durante cada proyecto. Terminé por encontrar el significado de cada uno de mis errores.

Tragué saliva y miré hacia atrás, al montón amorfo de arcilla sobre el banco de trabajo, mientras sus palabras encontraban su sitio en un lugar hueco y polvoriento de mi interior. Un lugar que nunca utilizaba.

—Me cuesta creer que hayas hecho mal una prenda en tu vida.

—Me podrías haber dicho eso cuando tenía catorce años, cuando hice los trajes para la función del colegio —rio ella—. Peter Pan parecía más bien el Gigante Verde. ¿Qué es esto?

Me di la vuelta. Se había dirigido a un rincón de la habitación donde había una fotografía enmarcada en una estantería. La cogió sin esperar respuesta.

Me acerqué a ella con rapidez, dispuesto a arrancársela de las manos, o pedirle que tuviera cuidado, porque era la única foto que tenía de mis padres juntos, pero ella la sujetaba con precaución por las esquinas del marco, para evitar dejar huellas en el cristal. Se volvió hacia mí, con la cabeza un poco ladeada y los ojos brillantes.

—¿Esta es Cathleen?

—Eh… Sí.

—Y ese hombre… —dijo ella, con el ceño fruncido—, ¿supongo que es tu padre?

Las palabras se me atascaron en la garganta. Me resultaba bastante difícil hablar a otras personas de los problemas de mi madre, pero hablar de mi padre… Eso era imposible. Sin embargo, Sierra me

estaba mirando con los ojos muy abiertos y una expresión amable, como si en ese momento no hubiera en el mundo nada más importante para ella.

Me aclaré la garganta y miré la foto.

—Mis hermanos y yo encontramos esta foto de nuestros padres juntos en una caja llena de trastos viejos que descubrimos de pequeños. Buscamos más, pero nunca encontramos ninguna otra.

La foto los mostraba sentados en un banco de piedra, en un jardín decorado con esculturas, y mi madre tenía la cabeza apoyada en el hombro de mi padre.

—Él la dejó cuando éramos muy pequeños, y mi madre no se lo tomó muy bien.

Sierra frunció el ceño.

—Ella… Bueno, aquello la sumió en una depresión muy profunda —continué—, y se ha pasado la mayor parte de su vida tratando de superarla, así que siempre he asumido que ocultó todo lo que quedaba de mi padre, o lo destruyó.

—Lo siento —dijo ella, y apretó un poco los labios.

—Fue hace mucho tiempo —me encogí de hombros—. Ya ni me acuerdo de él. Si no fuera por esta foto, creo que ni siquiera recordaría su aspecto.

—Parecen felices juntos —comentó con suavidad.

Yo también lo había notado y, tal vez, esa era la razón por la que había conservado la foto durante todos esos años. Eso, y el hecho de que yo me parecía a mi padre más que mis hermanos. Liam y Connor habían heredado algunos de los rasgos más suaves de mi madre, pero yo tenía el pelo oscuro, ojos castaño claro, mandíbula marcada y nariz prominente de mi padre.

Siempre me había preguntado si mi madre lo veía a él cuando me miraba, y me había prometido ser un hombre mejor que aquel desgraciado. Quería mostrar al mundo la mejor versión de mí mismo, alcanzar la perfección y el éxito. Quería ser todo lo que mi padre no fue.

Sierra examinó la foto con más atención.

—Esas esculturas me recuerdan a las tuyas, aunque más grandes. —Me devolvió la foto.

—Mi madre nunca contestó a mis preguntas sobre esta foto pero, en aquel momento concreto, parecían muy felices juntos. Creo que, cuando empecé a esculpir, quise capturar algo de aquel momento, esa alegría. Pero es evidente que no duró mucho.

Era una relación imperfecta, como lo eran mis esculturas.

—Siento que tuvieras que pasar por todo eso —dijo Sierra.

—Ya es historia —dije, y volví a poner la foto en su sitio.

—Eso no significa que no nos afecte, aunque no sea nuestra propia historia —dijo ella.

Resistí el impulso de extender la mano para volver a colocarle uno de sus mechones rebeldes detrás de la oreja.

—Da la sensación de que hablas por experiencia propia. ¿Tus padres están…?

—Oh, mi padre se marchó mucho antes de que yo naciera —explicó —. Crecí solo con mi madre, y con cualquier tío que decidiera en cada momento que era el hombre de su vida. Mi madre… Bueno, es una romántica empedernida. La he visto tener un montón de relaciones horribles a lo largo de los años y, aunque me gustaría decir que he aprendido algo de sus experiencias y las he aprovechado para mejorar las mías, lo cierto es…

—Trey —dije, al recordar a aquel capullo que le había roto el corazón, y luego se había reído de ella en las redes. Aquello me molestaba más de lo que debía.

—Sí —suspiró ella.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —¿Estaría procesando aún el final de aquella relación? ¿Sentiría algo por aquel tío todavía?

—Ya hace unos meses —dijo—. No es que fuera una historia de amor, ni nada por el estilo. A decir verdad, ni siquiera le echo de menos; pero, cuando sales con alguien durante seis meses, empiezas a pensar que la cosa va en serio.

Rio un poco, sin ganas, y siguió hablando.

—Después de ver a mi madre pasar por todo eso una y otra vez, creo que se me debería dar mejor identificar las señales de alarma, pero ahora está comprometida con su novio, así que supongo que, a veces, funciona. Algunas personas consiguen su propio final feliz de Hollywood, con un gran beso mientras suenan los violines, y todo eso.

—Pero nosotros, no —dije, sin poder contener las palabras.

—¿Cómo? —preguntó ella, confusa.

Maldición, no había querido decir eso. Sí, ella se había salido del guion cuando había frustrado el beso previsto poniendo la mejilla, pero si a Jillian no le parecía mal, no teníamos ningún problema. Y si Sierra no quería besarme, la decisión era suya.

—Bueno… El de hoy no ha sido precisamente un gran beso. Me refería a eso.

Ella abrió mucho los ojos.

—Es solo que… No quería que ese fuera el primero —dijo, de una forma un tanto atropellada—. Tenía la impresión de que solo deberíamos hacerlo cuando estuviéramos solos.

¿Estaba diciendo que quería besarme, o que se sentía obligada a hacerlo?

—No te preocupes por eso —dije para tranquilizarla.

—No, yo… Bueno, es lo que acordamos.

Ya no pude contener una ligera sonrisa.

—¿Estás diciendo que *quieres* besarme?

Ella frunció el ceño.

—Solo digo que, si *tenemos* que besarnos, al menos la primera vez debería ser cuando estemos los dos solos, para que podamos ver cómo se nos da sin público.

—Por ejemplo, ¿ahora? —pregunté.

—Tal vez —respondió con un hilo de voz, y sin mirarme.

—¿Tal vez?

Tendí la mano para levantarle la barbilla, y ella me miró a los ojos.

—Sí —dijo, en una exhalación.

No perdí ni un segundo más. Le sujeté la cara con la otra mano y puse mis labios sobre los suyos. Oí su respingo, al tiempo que mi propio pulso latía entre mis sienes. Fue un beso ligero, casto, pero sus labios eran cálidos y dóciles bajo los míos, y mi cuerpo reaccionó con una oleada de deseo. Me costó la vida apartarme de ella.

—¿Ves? —dije tras aclararme la garganta—. Breve y dulce, nada del otro mundo.

—Nada del otro mundo —confirmó ella, sin abrir aún los ojos.

Seguía notando su cálido aliento sobre mi mejilla y no logré contenerme. Volví a acariciar sus labios con los míos, en una tentación para los dos. Sabía que debía parar, pero ella respondió

con sorprendente interés y apretó sus labios aún más contra los míos.

Incliné la cabeza e intensifiqué el beso, saboreándola como a un buen vino. Cada inspiración, cada sonido que hacía. Enredé los dedos en su pelo para sujetarle la nuca y, esa vez, fue ella quien se apartó de mí, parpadeando, como un poco aturdida. Poco a poco, el hechizo se desvaneció y ella dio un paso atrás.

—Eso ha estado bien —dijo con esfuerzo—. Creo que lo tenemos bajo control.

—Ya —respondí, intentando apartar la bruma de deseo y pensar de forma racional—. Bueno, pues aquí hay una mesa estupenda, por si quieres trabajar en ella.

Lo dije con la cabeza dándome vueltas. Jamás había invitado a nadie a utilizar el taller, pero me di cuenta de que ahora quería hacerlo. Quería compartir mi espacio con ella, y esa idea me sorprendió aún más que mi respuesta a sus besos.

—Gracias —dijo Sierra—. Yo… Sí, tal vez lo haga.

Pero, en lugar de quedarse a trabajar, recogió el corsé de donde lo había dejado y salió de la habitación a toda prisa.

18

SIERRA

—¿Quieres tu café de mala muerte? —preguntó Finn, enseñándome el paquete.

Estábamos en la cocina, procediendo con nuestra rutina de las mañanas. Nos había costado un par de semanas dejar de entorpecernos el uno al otro, pero mientras no le desordenara la organización de la nevera, habíamos llegado a un punto en el que nos apañábamos bastante bien compartiendo el mismo espacio por la mañana.

—No es de mala muerte —protesté, indignada.

—Estoy bastante seguro de que lo compras en una gasolinera —rio él.

—Pues sí, porque me sale más barato. —¿A quién no le gustan las ofertas?

El frunció los labios y levantó una ceja.

—¿Y te has preguntado alguna vez por qué?

—Venga ya, no ha caducado —protesté, con los ojos en blanco—. El café no caduca.

—Pero se pone rancio —insistió él—, y cuando pasa eso, al hacerlo huele a pan quemado.

—Pues a mí me gusta así —murmuré.

Tendí la mano para coger el café y él soltó otra carcajada. Nuestros dedos se rozaron durante un instante, y la sensación me hizo sentir acalorada, así que me di la vuelta para ocuparme de hacer el café.

Desde aquel día en su taller de escultura, hacía un par de semanas, desde aquel beso tan intenso, todo mi cuerpo reaccionaba a su contacto. En cambio, él… Bueno, a él parecía no afectarle lo más mínimo, así que no podía dejar de preguntarme si el beso solo me habría parecido relevante a mí. A lo mejor todos los tíos importantes de Hollywood iban por ahí besando gente al azar, sin pensárselo dos veces. O, tal vez, solo era una estrategia diseñada para hacerme sentir mejor con las muestras de afecto en público. A decir verdad, no tenía ni idea de lo que habría significado para él, porque no había dicho ni media palabra sobre el tema.

—¿Me pasas la proteína?

Controlé mi expresión para que fuera neutral y agradable, y me volví para entregarle el bote de polvo de proteína con sabor a vainilla.

—¿Quieres un poco? —preguntó, señalando la batidora.

—¿De ese batido horrible que te haces por las mañanas? —dije para fastidiar, arrugando la nariz—. No, gracias. Huele a hierba desde aquí.

—La verdura es buena para la salud. —Puso en marcha la batidora hasta que la bebida quedó bien triturada.

—Yo no lo tengo tan claro.

—Perdona por intentar compensar todo el RevX que te bebes.

Vertió su batido en un vaso, y se agachó para acariciar a Su Miaujestad entre las orejas. Aquella mañana, lo había encontrado

dando al gato un baño con esponja. En lo que se refería a mascotas y aficiones, desde luego que Finn sabía elegir bien.

Sacudí la cabeza y cogí un paquete de magdalenas de la encimera.

—Vas a necesitar algo más que un batido de hierba para conseguirlo.

Él cruzó los brazos, se apoyó en la encimera y me miró por encima del borde del vaso.

—Eso es lo que me preocupa.

Sacudí la cabeza con una pequeña sonrisa y saqué una de las magdalenas del paquete. Eran mis favoritas, y habían empezado a aparecer hacía una semana. Por lo general, solía tener un paquete de esas magdalenas en la cocina del trabajo y, aunque Finn me había dicho que añadiera lo que quisiera a la lista de la compra, aún no había llegado a hacerlo. Era imposible que Carlos hubiera sabido lo de mis magdalenas, salvo que Finn le hubiera dicho que las comprara. Estaba intentando no pensar demasiado en lo que significaría aquello.

Mi teléfono, que estaba sobre la isla, empezó a vibrar, y Finn se inclinó para mirar la pantalla.

—Oh, oh, es tu madre. Voy a decirle que te estás tomando una bebida energética para desayunar.

Yo bebí un poco de café.

—Cosa que no es cierta, pero buen intento.

—No intentes fingir que no vas a abrir una en cuanto pongas un pie en el taller.

—Calla. —En eso me había pillado.

Contesté el teléfono, mientras él me sonreía con una sonrisa auténtica de Finn Lockhart, no la de plástico. Las sensaciones se me acumularon en la garganta y acabaron en mi abdomen.

—Hola, mamá.

—¡Hola, cielo! ¿Te pillo en el trabajo? —preguntó.

Por favor, que no llame por su vestido, otra vez.

—No, pero estaba a punto de salir.

—En mi muy sofisticado y moderno coche a prueba de Sierra —añadió Finn.

—Silencio —vocalicé sin voz.

Lo aparté de un empujón y me trasladé al otro extremo de la isla, para que mi madre no lo oyera hablar. Finn se agarró el brazo, fingiendo que le había hecho daño. Su pantomima me hizo sonreír, y tapé el altavoz del teléfono. Aún no le había contado a mi madre lo de mi… situación porque, fingida o no, sabía que le daría algo.

¿Que estás viviendo en el ático de un millonario guapísimo? ¿Y te besó en su taller superprivado? ¿Y tú le devolviste el beso, y ahora no puedes pensar en otra cosa, pero todo es mentira? Mi madre me freiría a preguntas.

—¿Decías algo? —preguntó mi madre.

—Nada, nada —dije, dando la espalda a Finn—. Solo hablaba con Ro.

—¿Qué tal le va?

—Muy bien. Liada con el trabajo, como siempre.

—¡Muy bien! —repitió Finn, en un tono chillón muy agudo.

Le lancé una mirada asesina.

—¡Que lo dejes! —ordené sin voz.

—¿Y si no? —replicó él del mismo modo.

Vaya, sí que estaba de buen humor esa mañana. Intenté sentirme molesta, pero no podía evitar estar encantada al verle actuar como era él de verdad, cuando nadie lo miraba.

—Oye, mamá, tengo que marcharme. ¿Te llamo más tarde?

—Claro, cariño. Que tengas un buen día.

Colgué el teléfono, lo dejé en la isla y tamborileé en la encimera con las uñas.

—¿En serio?

—¿Qué? —preguntó en tono inocente, mientras enviaba un mensaje desde su móvil.

—Preferiría no tener que explicar toda esta historia a mi madre —dije, haciendo un gesto para señalarnos a los dos.

—¿No quieres hablar a tu madre de tu prometido? —Subió y bajó las cejas con rapidez—. Entonces, ¿es que soy tu oscuro secreto?

—Oye, ¿ahora vas a estar así de insoportable todas las mañanas?

—Tan solo de lunes a domingo, Cenicienta.

Se acercó a mí y extendió un brazo para coger los papeles que había dejado en la isla detrás de mí, de forma que me atrapó contra ella durante un instante, mientras me miraba a los ojos. La sangre me hirvió en las venas.

Maldita sea, no debería oler tan bien, ni ponerse esa colonia que me daba ganas de enterrar la nariz en su cuello y pasarme una hora o dos inhalando su aroma.

—Es que no tengo la sensación de que vaya a ser un buen día hasta que te he hecho resoplar de irritación una o dos veces —dijo en voz baja, muy cerca de mi oído.

Tragué con dificultad, y mis ojos bajaron a sus labios. Entonces, él cogió los documentos, se apartó y yo pude respirar otra vez, así que

me metí media magdalena en la boca de golpe, para poder hacer algo que no fuera mirarlo. Y, aun así, no pude apartar la vista de él mientras masticaba. No podía evitarlo, lo miraba *todo el tiempo*. Y Su Miaujestad no me quitaba ojo de encima a mí. En ese momento, estaba subido a la encimera delante de mí y parpadeaba despacio, juzgándome. Yo le devolví una mirada exasperada y volví a pensar en Finn.

Una parte de mí no habría tenido problema en envejecer sola, trabajando hasta que la artrosis me impidiera coser y perdiera la vista, pero estaba empezando a pensar que, tal vez, una vida llena de mañanas como aquella, tardes en las que comentáramos el día, y besos ardientes, no estaría tan mal.

Aunque no con Finn, claro.

Lo nuestro solo era un acuerdo de trabajo para conseguir que *Cada día* fuera un éxito enorme, que yo pudiera darle en las narices a Trey y Ro llegara a dirigir su primera película. Pero, algún día, con el hombre adecuado… A lo mejor tener algo así no estaría tan mal.

Me tragué una oleada de emociones, mientras él terminaba de escribir un montón de mensajes en su teléfono. *Pobre Brenna*, pensé con cariño. Aunque no, nada de cariño. Ni entonces, ni por mi parte. Porque todo aquello se acabaría pronto y volvería a mi vida real, donde no habría más besos en el guion, ni más citas dirigidas por Ro.

—¿Te falta mucho? —preguntó Finn, sin levantar la vista del teléfono.

—Solo poner el café en un vaso para llevar.

Me dirigí a la cafetera, para encontrar que él se había encargado de hacerlo mientras yo hablaba por teléfono. El corazón me dio un vuelco. En muchas ocasiones, desempeñaba el papel de novio perfecto, incluso cuando no había nadie más que yo para apreciarlo.

Y el caso es que me gustaba, porque verlo pasar de ser ese hombre a ser el señor Importante, con su sonrisa falsa y sus carcajadas demasiado fuertes, me revolvía el estómago. El mundo no tenía ni idea de que, en realidad, el señor Importante era un hombre considerado, que se aseguraba de que tuviera mis magdalenas favoritas para desayunar y me esperaba en el taller de vestuario a última hora para poder llevarme a casa.

Finn parecía convencido de que nadie querría nunca a un hombre así, mientras que a mí me gustaba muchísimo más. Aquel gruñón frívolo que tenía en casa…

No, no en casa. Era *su* casa.

Cuando me volví, Finn sujetaba mi bolso y sus documentos con una mano mientras enviaba mensajes con la otra. *No es real*, volví a repetirme. No podía permitirme olvidarlo: solo estábamos interpretando un papel para el resto del mundo, y no debía ser tan tonta como para creerlo yo misma.



—El Veritique —me recordó Finn cuando fui a bajarme de su coche en la puerta del edificio de producción.

Cierto, pensé. Metí la mano en el bolso para sacar el anillo y me lo puse. Me lo había estado quitando en cuanto estábamos solos, para ayudarme a separar una cosa de otra. El anillo era solo para las cámaras, para el público. Sin embargo, cada vez me resultaba más difícil volver a ponérmelo, porque su peso en el dedo me recordaba que no era de verdad.

Finn salió del coche, y yo hice lo mismo, con el bolso colgado del hombro y la mano del anillo cerrada en un puño.

—Es un pedrusco enorme —bromeé—. Siempre me da miedo que se enganche con algo en el taller.

Él apretó la mandíbula.

—Me dijeron que las esmeraldas debían ser de un cierto tamaño para poder apreciar la auténtica profundidad de… —dejó la frase en el aire—. Intenta no coserlo a un vestido.

—Haré lo que pueda. —Forcé una sonrisa, a pesar de lo confusa que me habían dejado sus palabras—. ¿Nos vemos luego?

Él asintió y desapareció por la puerta, llevando consigo parte de aquella tensión. Yo volví a mirar el anillo. ¿No se suponía que era una joya de su familia? Eso había dicho aquella primera noche. Pero, si lo era, ¿por qué había hablado como si lo hubiera elegido él?

Aparté aquella idea de mi mente cuando mi teléfono vibró al recibir un mensaje de Paisley. Era evidente que Finn me estaba ocultando algo sobre el anillo, pero eso tendría que esperar.

Para cuando llegué al taller, ya solo pensaba en el trabajo. Paisley y Trin estaban planchando con vapor la delicada tela del vestido que Shaw vestiría en la escena de la fiesta que se rodaría esa semana, mientras Carter arreglaba los dobladillos de un par de pantalones para los extras, porque habían sustituido a dos de ellos en el último minuto.

—¿Qué te parece? —preguntó Paisley cuando me vio.

—Que hemos hecho un trabajo fantástico —dije, acercándome al maniquí para examinar el vestido en detalle.

Era realmente precioso. Estaba hecho con una sola pieza de tela antigua que Paisley había conseguido encontrar solo Dios sabía dónde. A todos nos daba un poco de miedo tocarlo mucho, por temor a dañarlo, pero era demasiado perfecto para no utilizarlo. Shaw iba a estar increíble vestida con él.

—Aquí hay aún unas arrugas —dije, antes de mirar la hora en mi teléfono—. Tengo que ir a una reunión con Cathleen y X, pero Shaw debería llegar en unos diez minutos. ¿Podéis ayudarla a vestirse?

Paisley asintió.

—Enseñadle cómo funciona el cierre, para que pueda practicar un poco la escena en la que se cambia después de la fiesta —pedí.

—¿Estarás en el set para hacer los ajustes? —preguntó Paisley.

—Sí, iré directamente después de la reunión. —La tela era muy frágil, y no pensaba perder aquel vestido de vista mientras estuviéramos rodando—. Carter, X necesita dos extras más para la escena de la fiesta. ¿Puedes hacer dos trajes adicionales?

—¿Alguna preferencia de color? —preguntó, mientras se levantaba de la máquina de coser e iba a rebuscar en los percheros.

—Utilicemos azul marino y gris. Luego os veo, escribidme si me necesitáis.

Tras decir eso, dejé mi bolso en la oficina, cogí mi café y me dirigí a la sala de reuniones. Para cuando llegué, Cathleen y X ya estaban inmersos en la discusión y revisaban algunas fotos del rodaje, con las cabezas juntas.

—Creo que esas melenas son importantes —estaba diciendo Cathleen—. El pelo corto formaba parte del movimiento de liberación…

—Y el rechazo de los antiguos estándares victorianos. Sí, sí, siempre dices lo mismo.

X se frotó la barbilla, pero no parecía enfadado, sino divertido, como si estuviera tomando el pelo a Cathleen, o compartieran una broma privada. Había notado que la relación entre los dos había mejorado mucho desde aquella primera reunión tan desastrosa. Sí, aún discutían mucho, pero de una forma mucho más juguetona que irritada.

Cathleen se puso las manos en las caderas y lo miró con una exasperación que no consiguió anular el brillo de sus ojos.

—Lo digo siempre, porque estoy esperando que se te meta en la cabeza.

X la miró con una sonrisa de suficiencia.

—Tal vez podríamos ponerles más sombreros.

—O —empezó Cathleen con énfasis—, podemos pedir a peluquería que lo intenten de nuevo con las pelucas.

—Buenos días —dije al acercarme.

Los dos se sobresaltaron de un modo que me hizo reír. Cuando se enzarzaban en una discusión, era como si el resto del mundo desapareciera, y siempre parecían sorprenderse cuando se daban cuenta de que no estaban solos.

—¿Problemas con las pelucas? —pregunté.

X soltó un murmullo de duda, y yo me acerqué para mirar las fotos por encima de su hombro.

—No son… horribles.

—Algo «no horrible» no nos va a hacer ganar ningún premio —observó X.

Mientras valorábamos la forma de arreglarlo, con nuevas pelucas, cortes de pelo, sombreros, no pude evitar fijarme en Cathleen y compararla en mi mente con la fotografía de Finn.

Al verla así, vibrante, interesada y discutiendo de buen humor con X, me resultaba difícil imaginar a la mujer que se había derrumbado al marcharse su marido. Cathleen me caía muy bien, y se me encogía el corazón al pensar en lo mucho que habría sufrido.

Cuando la reunión terminó, ella me cogió del brazo y me acercó un poco hacia sí.

—Voy a dar una cena familiar en casa de Liam, el hermano mayor de Finn, el mes que viene. Me gustaría que vinieras.

Deslizó su mano hasta la mía y rozó con un dedo el anillo. Noté mariposas en el estómago, y me sentí un tanto azorada.

—Sabes que el compromiso no es en serio, ¿verdad? Solo lo hemos hecho por publicidad.

La miré a los ojos. Finn me había dicho que su madre sabía lo de nuestro acuerdo, pero, dada la invitación, tenía que asegurarme.

—Cathleen, yo no voy a formar parte de vuestra familia —añadí.

Ella rio un poco e ignoró mi preocupación.

—Sí, Finn me lo ha contado todo, pero me gusta trabajar contigo y me encantaría que vinieras. Tú piénsalo, ¿de acuerdo?

—Bueno, depende de cómo vayamos de tiempo —dije, sin querer comprometerme, sobre todo antes de hablar con Finn.

—Claro, por supuesto —dijo ella, acompañándome hacia el set—. Te enviaré los detalles.

Cuando la vi alejarse con X, seguramente para informarle sobre más anacronismos, no pude evitar preguntarme si Finn sabría lo que tramaba.

19

SIERRA

—No sé por qué hay que dar tantos detalles —dije a Finn cuando salíamos del estudio para dirigirnos a donde había aparcado el coche—. Ya hemos explicado cómo nos conocimos en varias entrevistas.

—No, hemos dicho que nos conocimos en el set durante la preproducción —aclaró él—. Pero no hemos contado lo de nuestra primera cita falsa.

—¿Y por qué íbamos a hacerlo? —pregunté, confundida.

—Porque, según Jillian, esos detalles son los que llamarán la atención en esta nueva entrevista —explicó—. Tenemos que dar algo de información personal en cada una de ellas, para que la gente siga interesada. Jillian quiere que nos inventemos una historia con la que los dos estemos de acuerdo.

—De acuerdo —dije, y apreté los labios—. ¿Y si contamos que te invité a un café?

—¿Por qué ibas a invitarme a un café? —preguntó él.

—Porque, seguramente, tendrías pinta de estar muy estresado.

—No —rebatió él—. Debería ser yo el que te invitara a ti a un café.

—¿Porque eres el hombre? —pregunté fastidiada.

—No empieces —me advirtió.

—Que no empiece, ¿qué? —pregunté, incapaz de resistir la tentación de provocarle—. ¿A acusarte de haber sido un capullo sexista cuando nos conocimos? Tal vez deberíamos contar lo que pasó de verdad, así no tendremos que inventarnos nada.

—Claro. Contamos que nos conocimos en Puntadas, y tú fuiste la peor dependienta de la historia.

—¿Yo? —exclamé—. ¡Pues tú eras el cliente del infierno!

—¡Me cobraste un impuesto por capullo! —protestó, aunque sujetó la puerta para dejarme salir delante de él.

—Y fue muy merecido —repliqué—. Te comportaste como un capullo y me obligaste a trabajar pasada la hora de cierre.

—Oh, venga ya —protestó Finn—. Fui lo más interesante que te pasó esa tarde. Seguro que, antes de que yo llegara, estabas hablando sola con aquel maldito maniquí.

—Pues resulta que Merle tiene una conversación muy interesante.

—Claro —resopló—, si te van los tíos callados y rígidos.

—Pues a lo mejor sí —dije, mirándolo con una ceja levantada—. Alguien que sepa escuchar y tenga abdominales de fibra de vidrio. ¿Qué más podría querer una chica?

—Yo diría que tiende a perder la cabeza con facilidad —repuso él con una sonrisa un tanto arrogante.

—Solo hay que saber cómo ajustársela —dije, mirando cómo le temblaba la mandíbula—. Hay que ser delicada, usar las dos manos, y apretar lo justo para que quede derecha. No es difícil, pero hay que saber hacerlo bien.

De repente, Finn extendió el brazo y me impidió salir por la puerta. Sus ojos castaños se clavaron en los míos, tan penetrantes como siempre. ¿De qué estábamos hablando?

Un escalofrío me recorrió la espalda, porque me miraba como si estuviera pensando en acercarme a él y besarme, y hacerlo en serio. No uno de esos besos para la galería, sino el beso desesperado y ansioso por el que me moría desde hacía semanas.

—Tal vez podríamos decir que fue un fallo de vestuario —dije con un hilo de voz—. Nuestro primer encuentro.

—¿Qué clase de fallo? —preguntó él, acariciándome la mejilla con su aliento.

—¿Te rompiste los pantalones y yo tuve que cosértelos?

Él resopló y puso los ojos en blanco.

—Ni en broma vamos a contar eso.

—¡Sierra!

Me di la vuelta y vi a Paisley correr por el pasillo hacia nosotros. No tuvo que decir nada porque, al ver la expresión horrorizada de su cara cuando se detuvo a nuestro lado jadeando, supe que había ocurrido un desastre. Eché a correr hacia el taller de vestuario, con los pasos de Finn resonando detrás de mí, mientras toda clase de situaciones espantosas se me pasaban por la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en cuanto entré en el taller.

Mis ojos fueron directos a Shaw, que estaba encogida llorando al pie de la lavadora industrial, con la cabeza en las manos. Cuando levantó la cara, vi que se le había corrido la máscara de pestañas, pero no pude hacerle mucho caso, porque me fijé en que Trin y Carter estaban sacando jirones de tela de la lavadora. El corazón me latió tan fuerte contra las costillas que casi me pareció que me dolía.

—Oh no —murmuré—. No, no, *no*.

—¡Lo siento mucho! —sollozó Shaw.

Reconocí en aquellos jirones mojados el color y el tejido del vestido de fiesta de Shaw, que aún necesitábamos, porque X no había terminado de rodar la escena de la fiesta. El vestido que estaban sacando de la lavadora totalmente destrozado.

Me pareció que el mundo desaparecía bajo mis pies, y me llevé la mano a la boca para ahogar un grito mientras daba un paso hacia atrás. Al hacerlo, choqué con un pecho resistente. Era Finn, que me puso una mano en el hombro para equilibrarme. Su contacto me ayudó a sentir un poco menos desesperada, a pesar del horror que me había helado la sangre en las venas.

—Mierda —dijo Finn en una voz que era poco más que un susurro.

Estaba temblando por la impresión. ¿Cómo iba a poder arreglar aquel desastre?

—¿Qué ha pasado? —repetí, con voz rota.

Mis palabras solo encontraron silencio, mientras todos los demás se miraban entre sí. Al poco, Paisley empezó a hablar.

—Después del rodaje, Shaw se fijó en que el vestido tenía una mancha en la manga y, por querer ayudar, lo metió directamente en la lavadora. Para cuando nos dimos cuenta… Era demasiado tarde.

Di un paso hacia Trin y recogí uno de los jirones que tenía en la mano, para estirarlo entre las mías. Sentía el impulso ridículo de disculparme con él, con aquel pobre vestido del que se suponía que debía encargarme.

—Lo siento mucho —volvió a sollozar Shaw, y bajé la vista para mirarla. Caray, esa mujer era preciosa hasta cuando lloraba.

—¿Se puede arreglar? —preguntó Finn detrás de mí.

Habría querido decir que sí, que no pasaba nada. Que lo resolveríamos de algún modo. Pero no nos quedaba ni un solo retal

de aquella tela. Estábamos jodidos a base de bien.

—¿Sierra? —dijo Finn, en un tono cortante que atravesó la niebla de pánico en mi mente—. ¿Se puede arreglar?

Negué con la cabeza y me volví hacia él.

—Nos llevaría días volverlo a hacer, ¡y el resto de las escenas se ruedan mañana! —X ya había rodado la mitad de la escena, así que el vestido tendría que ser idéntico, o habría que volver a rodarlo todo desde el principio, lo que costaría tiempo y dinero—. Y haría falta la misma tela para hacer otro vestido, ¡pero no nos queda ni un centímetro!

Habíamos utilizado toda la tela que teníamos, y no habíamos encontrado más. Me llevé una mano al estómago, que se me estaba revolviendo, pero Finn volvió a ponerme una de las suyas en el hombro para distraerme.

—Respira —indicó.

Conseguí inspirar hondo, temblando.

—¿Podemos comprar más?

—Solo conseguimos unos metros de tela —expliqué—. Y aunque encontráramos más, no llegaría a tiempo.

¡Mierda, mierda y más mierda! Muy a mi pesar, tuve que pronunciar las palabras que ningún productor querría escuchar jamás.

—Vamos a tener que retrasar el rodaje.

—No vamos a retrasar nada —dijo Finn, que había sacado su teléfono—. ¿Puedes darme los detalles de la tela?

Carter corrió a buscar la información.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté agobiada.

—Encontrar esa tela.

Pensé que era una misión imposible.

—Finn…

—Déjamelo a mí —insistió—. Tú ve a preparar lo que puedas para mañana.

¿Sería capaz de encontrar más tela y hacer que llegara a tiempo? Una parte de mí creía que no lo lograría, pero mis pies se encaminaron a la mesa de corte y, sin pensar, saqué un trozo de algodón, ligero y resistente, sobre el que mi mente ya estaba trazando el patrón de un forro sobre el que reconstruir el vestido. No sería propio de la época, pero tampoco se vería. Para que mi plan funcionara, tendría que confiar en que Finn conseguiría encontrar más tela.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Paisley, al tiempo que Trin decía—: ¿Qué hago?

Dejé de extender el algodón y contuve mi pánico el tiempo suficiente para darles instrucciones. Aunque el instinto me impulsaba a hacerlo todo yo misma, la finalidad de tener un equipo era delegar tareas y, si quería tener alguna posibilidad de resolver aquel problema, eso era justo lo que debía hacer.

—Muy bien. —Miré a Shaw, nuestra protagonista, hecha un mar de lágrimas en el suelo—. Carter, necesito que te ocupes de ella.

—Hecho.

Carter entregó a Finn los detalles de la tela, y él desapareció en mi despacho.

—Trin, tú busca las referencias originales del vestido y ve cortando el patrón. Paisley, ¿puedes empezar a preparar los adornos? —Las dos asintieron—. No tendremos tiempo de hacer varias capas, así que he pensado en hacer un forro de algodón para dar al vestido la misma forma, usando menos tela, de modo que…

—Tardemos menos en hacerlo —terminó Paisley.

—Exacto.

—Buena idea.

—No sé si es buena, pero es la única que tengo ahora mismo.

El vestido no sería fiel al estilo de los años veinte, y estábamos haciendo trampas, sin ninguna duda, pero era la única forma de tenerlo listo antes del día siguiente… Y eso, solo si Finn conseguía encontrar un proveedor de la tela, por arte de magia.

Saqué mis tijeras favoritas y empecé a cortar el algodón, mientras Carter levantaba a Shaw del suelo y la sentaba en una silla con una taza de café, para tranquilizarla. Ella no dejaba de disculparse, con los ojos enrojecidos e hinchados. Gracias a Dios que no tenía que rodar más ese día, porque ni el mejor maquillador del mundo podría haber arreglado aquellos ojos.

Brenna apareció poco después de que Carter hubiera tranquilizado a Shaw, y se la llevó a un merecido descanso. Yo miré hacia mi despacho, donde Finn tenía la vista clavada en la pantalla de un portátil, y el teléfono apretado contra la oreja. Intenté no escuchar sus peticiones a todas las personas que le debían un favor que, a juzgar por el número de llamadas, debían de ser un montón. Se me hacía un nudo en el estómago cada vez que colgaba y miraba enfurecido la información en el ordenador.

Tú céntrate, me dije. *Céntrate, y deja a Finn hacer lo que mejor se le da*.

—Toma —dijo Carter, dejando una caja de RevX en la mesa de cortar junto a mí—. Lo acaban de traer los de catering.

—Gracias —respondí, mientras abría una lata.

Repartí el resto, consciente de que iba a ser una noche muy larga. Esa vez, ni siquiera Finn podría reprenderme por mi adicción a las bebidas energéticas.

~

Horas después, habíamos armado el forro, lo habíamos cosido y lo habíamos colocado en el maniquí. También teníamos listo el patrón de la capa exterior y los adornos. Lo único que nos faltaba para terminar el vestido, era la tela.

—Tengo noticias —dijo Finn desde mi despacho.

—¿Nos vas a dar más tiempo? —pregunté, mirando hacia la puerta.

—No.

Salió de mi despacho con el pelo alborotado. Se había quitado la chaqueta del traje y arremangado la camisa, cuyos dos primeros botones estaban desabrochados. No lo había visto tan despreocupado por su aspecto desde aquella noche en el taller de su casa. Se pasó una mano por el pelo oscuro para apartarlo de su cara, y la forma en que se destacaron los músculos de su antebrazo hizo que se me secara la boca. Cuando no iba tan arreglado, Finn Lockhart era muy, pero que muy sexi. Tuve que pensar en otra cosa.

—He encontrado a alguien que nos enviará esta noche un rollo de la misma tela, hasta de la misma partida de tinte.

Me quedé boquiabierta.

—¡Venga ya! —dijo Paisley—. ¿En serio?

—Sí, en serio —confirmó Finn—. Llegará durante la noche, aunque no están seguros de la hora exacta. Creen que hacia las tres o las cuatro de la madrugada.

Había conseguido algo imposible, pero no iba a ser suficiente.

—Aunque viniéramos aquí en cuanto llegase la tela, no creo que vayamos a tener tiempo de terminarlo antes de que empiecen a rodar mañana.

—Eso pensaba yo —dijo Finn, que se había acercado a mí—. Por eso no vamos a volver a casa esta noche. He reservado habitaciones en un hotel aquí al lado, a cinco minutos andando. Podemos dormir allí y volver en cuanto entreguen la tela, para perder el menor tiempo posible.

En aquel momento, se me vino encima todo el estrés, el agotamiento y la tensión nerviosa, alimentada por las bebidas energéticas, y estuve a punto de echarme a llorar. Había pensado en quedarme a dormir en mi despacho, y Finn se había asegurado de que eso no fuera necesario.

—Creo que los demás podéis iros a casa y tratar de dormir un poco, para volver descansados y listos para trabajar a fondo mañana.

Asentí, porque el plan tenía sentido. Trin, Paisley y Carter no necesitaron que se lo dijera dos veces: recogieron sus cosas con rapidez y se encaminaron a la salida como un grupo de zombis exhaustos. Finn esperó a que recogiera mi bolso del despacho y me acompañó al hotel.

Mientras nos registrábamos, tuve que contener un suspiro, así como las ganas de apoyarme en él. Al mirar el vestíbulo a mi alrededor para distraerme, vi a un hombre que me resultó familiar trabajando en un portátil. En el suelo, a su lado, había una bolsa con una cámara. Un fotógrafo. Caray, qué mal momento.

Apreté la mano e, inconscientemente, mi pulgar acarició el anillo de compromiso. Si yo reconocía a aquel hombre, era muy probable que hubiera otros como él por allí, y eso significaba que todo lo que hiciéramos podría estar en las noticias por la mañana. Relajé mi expresión e intenté olvidar el estrés, porque me imaginaba el aspecto que tendría si me fotografiaban en ese momento. No era esa la imagen que quería mostrar al mundo.

Cogí la mano de Finn y me acerqué a él para darle un beso en la mejilla y tener una excusa para susurrarle al oído.

—Solo una habitación, ¿verdad?

Él se volvió hacia mí y me miró confuso.

—No, te he cogido…

Yo incliné la cabeza con discreción hacia el fotógrafo y él se interrumpió al momento y se volvió hacia el empleado del hotel.

—Solo necesitamos una habitación.

—¿Cómo dice? Ha reservado dos.

—Mi asistente debe de haberse equivocado —dijo Finn con frialdad, ajustándose el cuello de la camisa—. Mi prometida y yo solo necesitamos una habitación.

El recepcionista asintió y nos entregó las tarjetas de la habitación poco después.

—La *suite* está preparada.

Finn asintió en señal de agradecimiento y me pasó el brazo por los hombros, sin soltarme mientras atravesábamos el vestíbulo en dirección al ascensor. No se apartó de mí hasta que estuvimos dentro.

—No se me había ocurrido…

—No pasa nada —respondí—. Yo tampoco esperaba que hubiera fotógrafos aquí, y menos a esta hora.

Pero ahora debíamos compartir una habitación, aunque intenté convencerme de que no sería un problema. De hecho, ya compartíamos piso, así que estar en la misma habitación durante unas horas no debería ser un problema. Ya era pasada la medianoche y, para cuando nos instaláramos y pusiéramos los teléfonos a cargar, sería hora de volver al estudio. Además, estaba demasiado cansada para preocuparme por compartir habitación con Finn. Tampoco es que fuera a pasar nada.

Cuando vibró mi teléfono, miré a ver si era Ro, a quien había estado mandando mensajes para tenerla al corriente de todo, pero el nombre que apareció en mi pantalla fue otro: *Trey*.

Oh, ¡venga ya! ¿En serio? Borré el mensaje sin leerlo. Aquel tío no se había molestado siquiera en escribirme para romper conmigo, ¿y ahora quería hablar? ¿Por qué no se limitaba a etiquetarme en Instagram, como hacía antes? No estaba de humor para ocuparme de él, y mucho menos aquella noche.

Hasta con Finn tenía mejor comunicación que con él, y eso que nuestra relación no era de verdad.

20

FINN

¿Desde cuándo hacían las camas de matrimonio tan pequeñas? Me quedé mirando la que había en el centro de la amplia habitación, preguntándome si nos habrían tomado el pelo.

—¿Izquierdo o derecho? —preguntó Sierra.

—¿Qué?

—¿Qué lado…?

—Derecho —respondí.

—Bien. —Se dirigió al otro lado, cargada con su bolso de trabajo—. Así, si entra un ladrón, llegará antes donde estás tú.

Tal vez lo decía para relajar el ambiente, pero habría hecho falta una explosión para distraerme del hecho de que tendríamos que compartir la *cama.* Sí, habíamos vivido juntos durante más de un mes, pero en mi casa teníamos dormitorios separados, nuestros propios baños y un montón de habitaciones más en las que podíamos estar separados. La cocina era el único lugar que compartíamos de verdad, y con la de horas que pasábamos en el

estudio, tampoco la usábamos demasiado. La situación en la que nos encontrábamos era totalmente distinta.

Di un tirón al cuello de mi camisa, que parecía estar estrangulándome. No creía ser capaz de aguantar toda la noche sin perder la dignidad. Sería imposible dormir junto a ella sin ponerme en evidencia de la forma más absurda.

—Voy a pedir un edredón adicional —dije, cuando por fin me calmé un poco.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Dormiré en el suelo.

Ella soltó una risa agotada y se frotó la cara con las dos manos.

—Te agradezco el detalle, pero si estás tan desesperado por mantener las distancias, hay un sofá en la otra sala.

—No estoy desesperado por mantener las distancias —dije, tratando de averiguar si todo aquello le importaba tan poco como parecía.

¿Detectaba algo de rubor en sus mejillas, o el color procedía de cómo se había frotado la cara? Se mordió el labio inferior, y eso me hizo recordar la sensación de tenerlos bajo los míos aquella noche en mi taller, tan suaves y cálidos… Ansiaba besarla de nuevo, pero ¿qué querría ella? ¿Recordaría aquel momento como lo hacía yo?

Sierra parpadeó, con expresión inescrutable.

—No hace falta que duermas en el sofá por mí. La cama es muy grande, y no tiene sentido estar incómodos, habiendo tanto sitio. Además, estamos tan agotados que nos dormiremos en cuanto nos acostemos.

Resultaba difícil rebatir sus argumentos.

—Te agradezco que no te tomes a mal lo de que tengamos que compartir habitación.

Ella levantó un hombro.

—Forma parte de todo eso del compromiso.

—Claro.

Me sentía muy raro. Hacíamos todo aquello por *Cada día* y nuestra imagen. Para la prensa, y para conseguir la publicidad y atención necesarias para que el plan de Jillian diera resultado. No había nada más. Yo no podía permitirme que lo del compromiso fingido acabara en algo más. No podía volverse real, porque las cosas reales solo daban problemas.

—Pero lo que importa de verdad es quién de los dos se habría quedado la *suite* si no la compartiéramos —dijo Sierra en tono burlón—. Y piénsate bien la respuesta, que hay parejas que han roto por mucho menos.

—Tú, por supuesto —sonreí.

Ella asintió de buen grado.

—Vas a ser un marido estupendo.

Ahora me sentía aún más raro, y aparté la vista de ella. Mis ojos cayeron sobre la carta del servicio de habitaciones, que estaba sobre la cómoda, así que la cogí y se la entregué.

—Elige algo, aún no has cenado.

—Tú tampoco.

—Pero yo ya sé lo que quiero. —Cuando me alojaba allí, siempre pedía el salmón con arroz.

—¿No es un poco tarde para cenar?

—Para nosotros, no.

Ella levantó una ceja, mientras se quitaba el pasador del pelo, de modo que sus mechones castaños cayeron en ondas alrededor de su

cara y me hicieron desear hundir mis manos en su melena.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

—Que ha sido un día muy duro, mañana va a ser igual de difícil, y necesitarás energía para aguantar. Así que dime qué te apetece, y pediré que lo traigan.

Igual que había pedido que nos trajeran la tela. Sierra tenía algo que me hacía desear dedicarme a convertir sus sueños en realidad. Tal vez sí que era Cenicienta, y yo su maldita hada madrina.

Ella bostezó mientras miraba la carta.

—Estoy demasiado cansada para elegir… ¡Oh, un momento! Macarrones con queso.

La forma en que se había animado me hizo sonreír.

—Marchando.

Cogí el teléfono y llamé al servicio de habitaciones para pedir la comida. Menos de veinte minutos después, llamaron a la puerta.

—Qué rápido.

Sierra se apresuró a abrir, claramente con más hambre de la que había dado a entender. La seguí hasta la entrada de la habitación, donde habían dejado un carrito con la comida, y también los artículos de aseo que había pedido a Brenna que nos enviara.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Sierra cuando dejé un par de bolsas sobre la cama.

—He pedido a Brenna que nos mandara algunas cosas esenciales de casa cuando ha ido a dar la cena a Su Miaujestad.

—Oh, ¡gracias a Dios! —Sierra abrió la bolsa y sacó los pantalones de algodón que usaba para dormir—. Adoro a esa mujer. Se merece un aumento.

—Le pago muy bien —aseguré, mientras sacaba mis cosas de la bolsa.

—Págale más —exigió Sierra, apretando sus pantalones contra el pecho—. Por estos, y por cuidar del antipático de tu gato.

—No es antipático.

—Es igual que su dueño.

Aunque puse cara de fastidio, comprendí su reacción al recibir algunas de las comodidades de casa, pues yo tampoco tenía ninguna gana de dormir con el traje puesto.

Miré mi reloj. La tela podría llegar en cualquier momento, y no sabía si tenía sentido acostarnos, porque tendríamos que levantarnos poco después. Claro, que una hora de sueño siempre sería mejor que nada.

Mientras me quitaba la chaqueta y la colocaba sobre el respaldo de una silla, Sierra examinó el carrito de la comida.

—Vaya…

—¿Qué pasa? —Me volví a mirarla y la encontré sujetando dos humeantes platos de macarrones.

—Creo que se les ha olvidado tu salmón.

Me tragué un gemido de frustración. Si hubiera tenido fuerzas, habría llamado al servicio de habitaciones y les habría soltado un sermón sobre el nivel de incompetencia necesario para coger mal un pedido tan sencillo; pero lo cierto era que no tenía energía para eso.

—¿Sobrevivirás sin tu dosis de ácidos omega 3? —preguntó ella.

—Lo dudo —repliqué—. Sobre todo, si Shaw sigue metiendo ropa en la lavadora sin preguntar.

—Lo ha pasado muy mal —dijo Sierra.

—Lo sé. Por un momento, he pensado que iba a darle un ataque de nervios, y eso sería lo último que necesitamos.

Ver a Shaw llorando en el suelo junto a la lavadora, me había recordado a mi propia madre, cuando era más joven, destrozada e inconsolable, y estuve seguro de que, solo por esa razón, no perdí los estribos en aquel momento. Aunque la imagen me había recordado a mi pasado, yo siempre había sido capaz de ponerme a buscar una solución inmediatamente.

—Estoy seguro de que se le habrá pasado para cuando llegue al set por la mañana —dijo Sierra—. Creo que solo ha sido el susto.

—Nos ha pasado a todos. —Cogí el tenedor y probé un poco de la pasta.

—¿Y bien? —preguntó Sierra, que ya se había comido tres bocados.

—No… está mal.

—Eso te pasa por intentar comer sano a estas horas de la noche —sonrió Sierra—. A veces, el universo sabe que lo único que necesitas es un poco de comida reconfortante.

—Comida reconfortante habría sido un sándwich de queso y sopa de tomate —dije.

Sierra me miró con la cabeza inclinada, a la espera de una aclaración.

—Cuando era pequeño, mi hermano Connor se encargaba de cocinar, y lo primero que aprendió a hacer fueron los sándwiches de queso, así que comimos muchos.

Me aclaré la garganta y seguí hablando antes de que pudiera seguir haciendo preguntas.

—En fin, debería haber pedido salmón para los dos, para compensar todo el RevX que bebes.

—Creo que esta noche me he pasado —dijo ella con expresión divertida—. Tengo la sensación de que me zumban los oídos.

—Voy a tener que curarte esa adicción —dije muy en serio.

—Tendrás que arrebatarme el RevX de mis fríos dedos muertos. —Sonrió desafiante.

—Preferiría no tener que hacerlo —dije, con un resoplido—. No me gustaría tener que explicar a la prensa que te han matado las bebidas energéticas.

—Sí, supongo que eso estropearía la historia del compromiso —comentó ella, que ya se había terminado la pasta.

—Puede que, a cambio, recibiera algo de compasión —dije—, y, de paso, un poco de ventaja para *Cada día*. Te prometo que dejaría caer una lágrima muy peliculera junto a tu tumba.

Sierra retorció los labios.

—Supongo que seguiré bebiendo, entonces.

La miré a los ojos, y ella me devolvió la mirada con una sonrisa hasta que se echó a reír, con una bonita risa cantarina, antes de volver la cabeza. Realmente no tenía ni idea de lo que me hacía sentir a veces. Ella se puso en pie y llevó su plato al carrito.

—Deberíamos intentar dormir un poco, ¿no?

—Sí. Dejaré el sonido encendido en mi teléfono, para que oigamos el aviso cuando llegue la tela.

Ella asintió, recogió su pijama y se dirigió al baño para cambiarse. Yo terminé mi cena y, al dirigirme a dejar mi plato en el carrito, vi que Sierra había dejado la puerta del baño entornada. La rendija era suficiente para permitirme ver su imagen reflejada en el espejo… Una franja de piel… Un hombro… Sus ondas castañas…

Me di la vuelta, luchando contra el impulso de seguir mirándola. Desde que la había besado, había tenido sueños desesperados con

ella, que se habían intensificado después de oír que ella tenía sus propios sueños eróticos. No necesitaba más razones para no poder apartarla de mis pensamientos.

Cuando salió, vestida con una enorme camiseta de la universidad de Missouri en Kansas, me dirigí a ocupar su lugar, pero, antes de encerrarme en el baño, me detuve un momento. ¿Habría dejado ella la puerta abierta a propósito? Por si era así, yo hice lo mismo, en una invitación silenciosa para que me mirase mientras me quitaba la ropa y me ponía el pijama que me había enviado Brenna.

Tal vez lo estaba imaginando todo. Tal vez Sierra me estaba haciendo perder la cabeza, pero estuve seguro de que tenía las mejillas sonrojadas cuando salí del baño.

—¿Tienes el volumen del móvil activado? —preguntó, al tiempo que se metía en la cama por su lado.

Yo hice lo propio en el otro lado de la cama, dejando un desierto entre nosotros. Cómo ansiaba acercarme a ella, comprobar si se acurrucaría en mis brazos.

—Sí —respondí—. ¿Apago la luz?

Lo hice cuando ella asintió, y quedamos sumidos en la oscuridad. Suspiré, pero, en lugar de relajarme como esperaba, empecé a sentirme cada vez más tenso. Era muy consciente de cada movimiento de las sábanas, su respiración, el aroma de su crema hidratante y cómo se movía para acomodarse en el colchón. Todas aquellas sensaciones iban a acabar conmigo.

Entonces, ella se echó a reír, rompiendo la oscuridad con aquel sonido encantador.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estaba pensando que lo estamos haciendo todo al revés. Compartimos la cama por primera vez un mes después de irnos a vivir juntos. Se supone que no es así como se hacen las cosas.

—¿Y cómo se supone que hay que hacerlas?

Las sábanas se movieron un poco cuando ella se encogió de hombros.

—Ni idea. Tampoco es que tenga mucha experiencia con estas cosas. No había vivido con un hombre hasta ahora.

—Yo me fui a vivir con alguien una vez —admití—, y no es tan fantástico como lo pintan.

—¿Qué pasó? —preguntó ella en voz baja, al cabo de un instante.

Un desastre, eso era lo que había pasado.

La cama se movió un poco y noté un tirón en las sábanas. Sabía que se había vuelto a mirarme.

—Se llamaba Layla —empecé.

Era más sencillo pensar en ella y recordarlo todo, estando a oscuras.

—Éramos novios desde la universidad. Ya sabes, todo muy cliché. Cuando yo tenía veinticuatro años, ella recibió una oferta fantástica para hacer prácticas con un artista en Nueva York durante ocho meses. Yo le dije que siguiera sus sueños y que la esperaría hasta que volviera, pero nunca se me ocurrió que sería ella quien no me esperaría a mí.

—Oh no… —dijo Sierra.

—Oh sí —confirmé—. Cuando me presenté en su exposición para sorprenderla, me la encontré con su nuevo novio, así que volví solo a casa para desmontar nuestra vida.

—Finn, yo… Lo siento mucho —dijo ella, y la noté moverse, hasta que su mano encontró la mía bajo las sábanas.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien me había cogido así la mano? Nunca había tenido el menor problema para encontrar mujeres que llevarme a la cama si me apetecía echar un polvo, pero

el simple afecto era algo que me faltaba desde hacía muchísimo tiempo. Era solo un pequeño gesto, pero tan dulce que me empezaron a picar los ojos.

—Te merecías algo mejor que eso —dijo ella.

—Debí haberlo imaginado —repuse—. Debí ver las señales. Cada vez llamaba con menos frecuencia, y cuando conseguía localizarla yo, apenas tenía nada que contarme.

—Entonces debería haber roto contigo, en lugar de mentirte y engañarte.

Eso era cierto. El fin de la relación me habría dolido de todos modos, pero sus mentiras aumentaron mi dolor y me hicieron sentir como un idiota por exponerme a ese sufrimiento.

—Ya es agua pasada —dije—. Supongo que solo quería decir que vivir con alguien está muy bien, hasta que tienes que meter todos sus trastos en cajas y mandarlas a la otra punta del país.

—Lo entiendo —dijo ella, pensativa—. Supongo que he tenido suerte de no tener que pasar por eso con Trey. Él se marchó antes de haber dejado en mi casa nada más que un cepillo de dientes y su gel para el pelo.

No pude evitar pensar en todo lo que Sierra tenía ya en mi casa, y me imaginé metiéndolo todo en cajas cuando acabara aquella historia. ¿Sería eso lo que ella quería?

Ella bostezó en la oscuridad y me apretó la mano una vez más antes de soltarla.

—Buenas noches, Finn.

—Buenas noches —respondí.

Pero, cuando cerré los ojos e intenté dormir, no pude dejar de pensar en lo cerca que estaba, lo fácil que sería tender una mano y tocar… Sentir su piel suave, la calidez de su cuerpo y aquellas curvas

tentadoras. Imaginé nuestros cuerpos unidos y los sonidos desesperados que haría cuando la llevara al éxtasis.

Sin embargo, no solo quería sexo con ella. Quería… Quería cogerle la mano, hacerla reír, ser la persona a la que confiaba sus secretos, sus temores, su futuro. Y eso me daba un miedo de la leche.

No quería repetir una relación seria, como la que había tenido con Layla. Ya tenía bastante experiencia para saber cómo acabaría. Solo necesitaba mirar a mi propia madre después de que mi padre la dejara, o el espantoso divorcio de Connor, para saber que una relación seria y auténtica con Sierra solo me traería problemas.

Había aprendido a no arriesgar mi corazón de ese modo.

21

SIERRA

No tenía ni idea de cómo demonios se suponía que iba a dormir con Finn a mi lado. Aunque pudiera ignorar toda la cafeína que me había bebido, notaba que me ardía la piel. Y lo único que apagaría las llamas estaba al alcance de mi mano.

Tan solo necesitaba era extender el brazo y tocar su piel. El corazón me iba a mil, la sangre me ardía en las venas y el pulso me latía en los oídos. Durante un instante, había tenido la sensación de que ocurriría algo, que Finn se acercaría en la oscuridad y me rodearía con sus brazos, como había imaginado tantas noches antes de esa.

Pero *no*.

O era un perfecto caballero, o el deseo que yo sentía, mi atracción, era del todo unilateral. Y, aun así, recordaba aquella noche en su taller con total claridad. Recordé la intensidad de su beso, la forma en que me abrazó, y cómo me había sujetado la cara. Recordé cómo había deslizado la lengua en mi boca e intensificado el beso, hasta convertirlo en… algo más. No me había besado como si fuera su prometida falsa. Tampoco de la forma en que uno practicaba para fingir una cita. Puede que yo no fuera la mejor actriz del mundo, pero sabía reconocer eso.

Estaba a punto de gritar. No, antes quería acercarme, ponerme encima de él y exigir que confesara si su corazón también estaba a punto de salirse de su pecho, como el mío. Y después me pondría a gritar. Porque, incluso si él sentía lo mismo, no podíamos hacer nada. Había demasiado en juego. Si las cosas salían mal, todo se echaría a perder: la película, mi trabajo, ¡y hasta el debut de Ro como directora!

No podía arriesgarme.

Además, seguramente estaba siendo una tonta al pensar que aquel beso había significado algo más, o que Finn querría algo más conmigo. Ese hombre solo quería una cosa: que *Cada día es domingo* ganara premios a la mejor película. Pensar que Finn Lockhart, la perfección en persona, se expondría a complicar las cosas entre nosotros y arriesgaría una candidatura al Óscar, era una ridiculez.

Necesitaba dejar de analizar cada contacto, cada mirada; pero, sobre todo, tenía que acabar con el latido que notaba entre las piernas. Finn y yo nunca haríamos nada, así que más me valía dejar de ansiarlo.

¡Brrrrr! ¡Brrrrr! ¡Brrrrr!

Me enderecé de un salto, como si me hubieran dado una descarga, cuando el teléfono de Finn me sacó de mi ensoñación. ¡Y gracias a Dios por eso! Necesitaba una distracción de la pesadilla de estar en la cama con él. La descarga de adrenalina resultó un alivio, y me hizo concentrarme en lo que importaba de verdad: que ya había llegado la tela.

—¿Es la entrega? —pregunté con voz ronca.

La luz se encendió y lo miré con los ojos entornados. Dios, qué espectáculo era Finn medio dormido, con el pelo alborotado, el pantalón muy bajo en sus caderas y la camiseta levantada lo justo

para mostrar parte de los músculos que había entrevisto aquel día en el almacén de vestuario.

—¿Hola? —dijo Finn al contestar la llamada. Asintió con un murmullo —. Los de seguridad tienen instrucciones para dejarle pasar. Lleve el paquete al taller de vestuario directamente. Nosotros llegaremos enseguida.

Colgó y me miró. La sombra de barba que oscurecía sus mejillas hizo que me pareciera más guapo de lo habitual.

—Ya ha llegado la tela. Hay que ponerse en marcha.

Salimos de la cama, nos vestimos sin apenas hablar y conseguimos dejar la habitación y llegar al taller diez minutos después de que Finn colgara el teléfono, batiendo algún tipo de récord. Cuando entré y vi un rollo entero de la tela sobre la mesa de corte, me sentí entusiasmada. Me puse a trabajar al momento, desenrollando el tejido y situando encima el patrón que Trin y Paisley habían preparado.

—Toma —dijo Finn, entregándome una fruta y una barra de cereales que había cogido en la cocina.

Bajo la fuerte luz del taller, parecía tan agotado como me sentía yo, con unas sombras oscuras bajo los ojos que sugerían que él tampoco había dormido nada. No sabía cómo íbamos a conseguir aguantar aquel día. Yo ya estaba soñando con el momento en el que podría meterme en su cama de invitados aquella noche.

—Sé que, en cuanto te pongas con esto, no vas a comer ni beber nada durante horas —explicó Finn.

—Gracias —dije, conmovida por el gesto.

Fui a coger una lata de RevX de la mesa de corte, para tomarla con la barrita de cereales, pero Finn la agarró antes de que pudiera hacerlo.

—Te haré un café. Si sigues bebiendo esta mierda, te va a reventar el corazón —gruñó, antes de dirigirse a la cafetera.

No pude evitar la carcajada que se me escapó. Era ridículo, pero ahí estaba: muerta de deseo por aquel antipático y milagroso conseguidor de telas agotadas, sin poder evitarlo.

No, era aún peor que el deseo. Me *gustaba*, y eso era mucho más peligroso.



No teníamos tiempo para repetir el vestido, ni probarlo, ni nada. Shaw tenía que estar en el set a las diez en punto, ya vestida, y a las diez menos cinco Paisley, Trin, Carter y yo aún estábamos dando las últimas puntadas necesarias para que el vestido se sujetara.

—¡Ya está! —anunció Paisley, apartándose del maniquí—. ¡Terminado!

Trin apretó las manos y se las llevó a los labios, con los ojos clavados en el vestido.

—¡Gracias a Dios! Estaba a punto de coserme los párpados para mantenerlos abiertos.

Hubiera querido admirar el resultado, disfrutar el momento, dar la enhorabuena a los demás por un trabajo increíblemente rápido, pero no teníamos tiempo para nada.

—Carter, coge la funda para ropa. —Él echó a correr al momento—. Paisley, Trin, ayudadme a quitarlo del maniquí.

Entre todas, descolgamos el vestido y lo metimos en la funda, para llevarlo al set a toda velocidad. Shaw ya estaba peinada y maquillada, X se había pasado por el taller tres veces para meternos prisa, y solo nos había dejado en paz cuando le juré por mis futuros hijos que el vestido estaría a tiempo.

—¡Toma, corre! —exclamó Paisley cuando me puso la funda en las manos.

—¡Esta noche os pago yo las copas! —grité por encima del hombro, antes de echar a correr hacia la salida.

En la puerta me esperaba un conductor al que Finn había ordenado que me recogiera. Me subí al cochecito de golf, que pareció más bien un coche de carreras cuando salió a toda velocidad hacia el set, donde se detuvo derrapando.

Me bajé de un salto y eché a correr al interior del set.

—¡Aquí está! —grité en cuanto vi a X—. Lo hemos terminado.

Shaw, que caminaba nerviosa de un lado a otro, junto a un Kaiden ya vestido y preparado, empezó a sonreír en cuanto me vio. Me apresuré a acercarme a ella, mientras los ayudantes montaban un vestuario portátil para que se cambiara.

—¡Lo has conseguido! —dijo con admiración—. Gracias a Dios. Lo siento muchísimo, Sierra.

—No pasa nada. Crisis evitada —dije, mientras ella se quitaba el albornoz y me miraba con ojos húmedos.

—Nada de lágrimas, en esta escena no toca llorar.

Ella rio un poco, mientras yo la ayudaba a vestirse. Le subí la cremallera y la envié hacia los decorados. Me quedé a ver la escena, apretando las palmas de las manos delante de mí.

Por favor, por favor, por favor, que haya quedado bien.

Hasta entonces, no había tenido ni un segundo para dudar, lo que había resultado muy útil, pero ahora que el vestido estaba delante de las cámaras y todo el mundo lo vería, los nervios se apoderaron de mí. Miré a Shaw de arriba abajo, ya convertida en Evelyn, analizando el trabajo que habíamos hecho. El forro de algodón hacía que la tela se moviera de un modo distinto durante el baile, pero me

pareció que quedaba mucho mejor que antes, porque añadía una cierta dimensión adicional.

Shaw estaba preciosa, y el vestido era perfecto. Bueno, al menos, lo bastante perfecto para que un espectador casual no tuviera la menor idea de que lo habíamos cambiado.

Suspiré aliviada. Lo habíamos conseguido.

Cuando X cortó la escena, me sentí como una auténtica superheroína. Miré a un lado y vi a Finn, esperando tras el decorado con una expresión imposible de interpretar. No tuve tiempo de intentar analizarla porque, al momento, mi teléfono emitió una vibración.

Ven a mi despacho, me escribió.

El estómago se me cayó a los pies pero, al levantar la vista, vi que había desaparecido. *Oh, no*. ¿Había visto algo raro en el vestido? ¿Se había quejado X? Pero no, eso no podía ser, porque el vestido había quedado fantástico, la escena se había grabado sin problemas y no habíamos retrasado el rodaje ni siquiera un minuto.

Envié un mensaje a Paisley para pedirle que viniera al set y se ocupara de asistir con el vestuario. En cuanto hube delegado mis funciones, me dirigí al despacho de Finn con la cabeza bien alta. No me importaba si no estaba satisfecho con el resultado. Habíamos resuelto el problema y, si él tenía una opinión distinta, estaba más que dispuesta a discutirlo. No pensaba permitirle que lo considerase nada menos que una victoria, y me sentía capaz de enfrentarme a lo que fuera.

Llamé y, cuando me dijo que pasara, entré y cerré la puerta.

—Sierra, ¡has hecho un maldito milagro! —exclamó, cogiéndome totalmente desprevenida—. No consigo entender cómo lo has conseguido en tan solo unas horas.

Me reí, sin entenderlo yo tampoco.

—Con un montón de ayuda y de cafeína —contesté—. Pero tú tienes parte del mérito. Sin ti, no habría habido tela.

Él ignoró ese comentario.

—X me ha enviado un mensaje.

—¿Le ha parecido bien?

—Más que bien.

Me mostró el teléfono para que leyera el mensaje.

Esta es justo la razón por la que te dije que la contrataras.

Me sentí eufórica, y no pude contenerme más. En lo que a mí se refería, Finn y yo habíamos salvado la película.

Le agarré las solapas de la chaqueta y tiré de él hacia mí, para besarlo como tanto había ansiado la noche anterior, vertiendo en el beso todo mi deseo, alimentado por la adrenalina. Si me rechazaba después, que así fuera, pero necesitaba celebrar mi éxito.

Sin embargo, él no dudó en devolverme el beso. Al instante, soltó el teléfono, hundió sus dedos en mi pelo y me quitó el pasador. Me aparté un poco, jadeante, y cuando lo miré, su expresión intensa hizo que se me olvidara respirar.

—¿Estás segura? —preguntó con voz ronca, y su aliento acarició mis labios—. Si hacemos esto, no habrá vuelta atrás.

—Sí —respondí. Al diablo con las consecuencias; lo deseaba ya, en ese mismo momento—. *Sí*.

Él se lanzó sobre mí y me besó con ansia, haciéndome retroceder hasta que mis pantorrillas chocaron con uno de los sillones. Las manos de Finn se deslizaron bajo mi camisa, buscando mi piel, y yo se lo permití, hambrienta de su contacto, desesperada. Gemí bajo sus labios, haciéndole saber cuánto lo deseaba, y él bajó las manos e introdujo una entre mis piernas. Sentí una descarga eléctrica en todo el cuerpo.

—Siéntate.

Su tono firme me hizo levantar una ceja. ¿Era una orden?

—Ahora —insistió, y ya no tuve dudas sobre sus intenciones.

Me senté en el sillón, sintiendo que las piernas ya no me sujetaban. Finn se dejó caer de rodillas delante de mí y le ayudé a quitarme los pantalones. Me besó los muslos, rozando mi piel desnuda con los dientes y frotando su barba incipiente contra mí, hasta llegar al lugar donde más lo deseaba tener.

—Oh, joder —suspiré entre dientes cuando empezó a lamerme allí mismo, en su despacho.

Durante un instante, me pregunté si la puerta estaría cerrada con llave, pero lo olvidé enseguida cuando un espasmo me hizo apretarme contra su cara y hundir los dedos en la tapicería de los brazos del sillón. Su lengua presionó mi clítoris, llevándome al límite y deteniéndose en el último momento, una y otra vez.

Necesitaba más. Gemí su nombre y hundí una mano en su pelo. Él me acarició el clítoris con un dedo, describiendo círculos antes de deslizarlo más abajo. Me miró a los ojos y yo asentí sin decir palabra, ansiando todo lo que me quisiera dar. Finn introdujo un dedo dentro de mí, y después otro más, y empezó a moverlos mientras succionaba mi clítoris con la boca de forma rítmica. Con un gemido, me corrí hasta perder la noción de todo.

Cuando terminó el orgasmo, por alguna razón, recordé todos los escenarios fantásticos que me había sugerido Ro, y pensé que palidecían en comparación con la realidad. Al abrir los ojos, encontré a Finn con la cabeza apoyada en mi muslo, sonriendo con satisfacción.

—¿Ya has vuelto a la realidad?

Sonreí, tiré de él para que se levantara, y él se inclinó para besarme. Cuando lo hizo, le agarré la polla a través de los pantalones. Su

erección, muy dura, presionaba contra la tela, y gimió cuando apreté un poco. Se apartó de mí el tiempo justo para sacar algo de un cajón, y volvió a acercarse con un condón.

—¿Tienes condones en tu despacho? —pregunté.

—En la cartera —explicó él.

Eso me hizo sentir un poco mejor. Finn me levantó y volvió a besarme. Después, ocupó mi lugar en el sillón y me sentó en su regazo. Al notar su erección presionada contra mí, el tamaño casi me hizo dar un respingo. Él se la sacó del pantalón, se puso el condón, y pensé que no debería haberme sorprendido. En Finn, todo era perfecto. Cuando se puso el condón, me froté contra él, sintiendo una nueva oleada de deseo que me hacía latir por él.

—¿Qué quieres? —preguntó, al tiempo que metía una mano bajo mi blusa para apretarme un pecho, y bajaba la otra para volver a jugar con mi clítoris.

—A ti… —gemí con los ojos cerrados—. Y más de eso.

—A mí, ¿cómo? —preguntó, y cuando encontró mi pezón, lo apretó entre los dedos de un modo que me hizo dar un respingo.

—Dentro de mí, Finn. Quiero que me folles.

—Como desees —respondió con una sonrisa de superioridad.

Estuve a punto de poner los ojos en blanco, pero él se situó en mi entrada y me hundí sobre él, lo que erradicó cualquier pensamiento racional. Gemí cuando lo tuve dentro, disfrutando de la forma en que me llenaba.

—Joder —siseó él, mirándome con intensidad mientras me ajustaba a su tamaño.

Su mirada me provocó un escalofrío. Él me sujetó la cintura y apretó, para poder levantarme y bajarme sobre su polla.

—¿Tienes idea de cuántas veces he pensado en esto? —preguntó con voz grave y ronca—. ¿Cuántas veces he imaginado estar dentro de ti así?

Sus palabras me hicieron gemir mientras me follaba y me llenaba de aquella forma tan deliciosa.

—Eres perfecta —susurró, antes de morderme el lóbulo de la oreja y deslizar sus labios hasta mi cuello, que succionó un poco.

—No me dejes marcas —protesté, a punto de perder la cabeza por el placer.

—Tengo que recordar a todo el mundo con quién estás comprometida —murmuró con los labios en mi cuello.

Oh, joder. A la porra con el plan, dejaría que me hiciera lo que quisiera, siempre que siguiera dándome tanto placer.

—Eso es —murmuró cuando mis movimientos empezaron a perder el ritmo y se volvieron erráticos—. Toma lo que necesites, Sierra.

El placer empezó a despertarse en mi interior, muy adentro, donde ni siquiera Finn podía llegar y, en seguida, estalló por todo mi cuerpo y empecé a temblar. Mis músculos se contrajeron a su alrededor, tan fuerte que Finn gimió, dio un par de empujones más y se quedó quieto, agarrado a mis muslos mientas se corría. Yo me dejé caer sobre él con los brazos alrededor de su cuello.

¡*La leche*! pensé cuando recuperé el sentido. Ro no iba a creérselo.

22

SIERRA

—¿Has visto esta foto vuestra? —preguntó Ro a través del altavoz de mi teléfono.

—¿Cuál de ellas? —pregunté.

Estaba cosiendo con cuidado dos trozos de encaje en la isla de la cocina de Finn. Al menos una vez a la semana, aparecíamos en las revistas del corazón, o se hablaba de nosotros en algún blog sobre lo que ocurría en Hollywood. Eso se debía al plan publicitario de Jillian, pero, sobre todo, al hecho de que últimamente habíamos tenido más tiempo de participar en dicho plan.

Lo más difícil de hacer el vestuario para una película era la cantidad de trabajo necesario. Los días eran largos y estaban llenos de arreglos, alteraciones y catástrofes constantes, como el incidente de Shaw con la lavadora, al que ahora nos referíamos en broma como «Armajirón».

Eso no nos había dejado mucho tiempo para fingir una relación para el público, pero el rodaje debía terminar el mes siguiente y ya quedaban pocas escenas por rodar con los actores principales, así que por fin llegó el día en el que la carga de trabajo empezó a reducirse. Por lo general, cuando eso ocurría, era hora de empezar a

pensar en encontrar el siguiente proyecto, pero, aunque la mayor parte del trabajo de vestuario estaba terminada, mi implicación en *Cada día* no había terminado aún, gracias a la historia del compromiso.

Según el plan de Jillian, aún quedaban muchas entrevistas por hacer en el recorrido hasta los Óscar para mantener el interés en nosotros mismos y la película.

—¡La que publicaron anoche en *Rumorz*! —dijo Ro, emocionada.

—Ah, sí, la buena de Milli.

Era la persona que peor le caía a Finn en todo el mundo pero, por ahora, ella lo estaba tratando bien, así que, ¿quiénes éramos nosotros para quejarnos?

—¡Y *US Weekly* la ha publicado esta mañana!

—¡Venga ya! ¿En serio? —Esa ya era una revista más seria.

Sujeté bien el siguiente punto y examiné el encaje. Una de las ventajas de tener menos trabajo en la película era que podía dedicarme a ponerme al día con lo que tenía pendiente, como un encargo de varias prendas de Puntos Provocativos para el Salón Escarlata, un club de cabaré en el centro de Los Ángeles para el que trabajaba también.

Y, además, estaba el vestido de novia cambiante de mi madre. Acababa de ser informada de que ya no quería mangas tulipán, sino mangas largas de algodón a juego con el corpiño.

—¡Estoy viendo vuestras caras en el supermercado en este momento! —exclamó Ro—. Caray, los dos estáis guapísimos.

—¿Salimos en la portada?

—¡Sí! Voy a comprar una revista. Mejor dos, porque una la voy a enmarcar para colgarla en la pared.

—Ay, no, por favor —supliqué.

No sabía si me hacía gracia o me espantaba la idea de ver mi cara colgada en la pared de nuestro piso todas las mañanas a la hora de desayunar. Me volví a mirar a Su Miaujestad, que se había encaramado al taburete junto al mío, vestido con uno de aquellos malditos jerséis. Por alguna razón, su proximidad me parecía un avance.

—¿Qué opinas tú de eso? —pregunté al gato, que echó las orejas hacia atrás antes de soltar un maullido estridente.

Espantoso, decidí. *Espantoso, sin ninguna duda*.

Era bastante raro. Finn y yo ya no estábamos fingiendo nada, al menos, en lo que se refería a dormir juntos, y lo pasábamos muy bien haciéndolo; pero los aspectos más públicos de todo aquello, lo de tener que actuar ante la gente, me parecía aún más incómodo después de ver otra cara de Finn. La persona que él mostraba al mundo, y la persona con la que yo estaba, eran completamente distintas, y me resultaba muy chocante tener una relación de verdad con él cuando estábamos solos y una relación falsa cuando se nos veía en público.

No sabía cómo ser la prometida del señor Importante, y con frecuencia me sorprendía a mí misma analizando hasta mi último gesto. ¿Estaría sonriendo bastante? ¿Lo miraba como una prometida enamorada? ¿La foto que nos hicieran se volvería viral? ¿Iría la gente a ver nuestra película porque se habían creído nuestra historia de amor?

—Deberíamos enviar una copia a tu madre —dijo Ro, interrumpiendo mis preocupaciones.

—Por Dios —dije, cayendo en la cuenta—. Aún no se lo he contado.

—Pues creo que deberías pensar en hacerlo antes de que ella y Larry vean la revista en el supermercado del barrio.

Añadí aquello a mi lista mental de tareas para hacerlo más tarde. Con un poco de suerte, mi madre no vería la foto, y no tendría que

explicarle aquella complicada relación falsa que se había convertido en algo medio real.

Escuché una llave en la cerradura de la puerta principal.

—Tengo que dejarte —dije a Ro.

—Llámame luego. ¡Y dile a Finn que quiero que me firme mi ejemplar de *US Weekly*!

—No pienso hacerlo.

Puse los ojos en blanco, justo cuando Finn entraba en la cocina y se detenía al otro lado de la isla, con una sonrisa arrogante que sugería que había oído el último comentario de Ro.

—Estaré encantado de hacerlo —dijo, y se inclinó sobre la isla para cortar la llamada.

—No le des ánimos —dije—. Va a ampliar la foto de la portada, enmarcarla y dejarla en tu despacho en el estudio. ¿Es eso lo que quieres?

Él dio la vuelta a la isla con paso decidido.

—Me gusta dar a mis fans todo lo que piden.

—¿Tus fans?

—Ajá —respondió, muy cerca de mí y mirándome de un modo que me aceleró el corazón—. Tenemos unos fans muy leales y dedicados. ¿Sabes que, ahora, nos llaman Fierra?

—¿Tenemos nombre de pareja? Ay, mi madre. Por favor, no le digas eso a Ro.

Finn soltó una risa, grave y ronca.

—Pero *yo* soy tu fan número uno.

Sus ojos bajaron a mis labios y me provocaron un escalofrío que me recorrió el cuerpo. Podía ponerme a mil sin tocarme siquiera, solo

con aquella mirada…

—Deja de mirarme así.

—¿Cómo?

—Como si me estuvieras desnudando con la mirada.

Él me puso un dedo bajo la barbilla y me levantó la cabeza, como si fuera a besarme.

—Tengo intención de desnudarte con algo más que la mirada.

El corazón me latió aún más rápido, acelerándose con un subidón de adrenalina. Mi piel ya estaba anhelando su contacto.

—Pero eso será después —añadió, y sentí una oleada de decepción —. Ahora tenemos que irnos.

—¿A dónde? —pregunté, sorprendida.

Sabía que teníamos otra comida programada por Jillian para atraer a los fotógrafos, pero aún faltaban algunas horas para comer.

Él me dedicó una sonrisa ladeada.

—Es una sorpresa.



Veinte minutos después, llegamos al museo de Hollywood, situado en el edificio Max Factor en Hollywood Boulevard. La estructura tenía amplias ventanas y una gran marquesina de estilo retro que recordaba la edad dorada de Hollywood. Era precioso.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté cuando Finn abrió mi puerta y me ofreció la mano para salir del coche.

—He pensado que te gustaría una de las nuevas exposiciones — explicó, llevándome por la escalera hasta la puerta de entrada,

donde un guardia de seguridad nos esperaba para darnos acceso al museo.

En el vestíbulo, admiré los recuerdos de la época clásica de Hollywood y los pósteres de película enmarcados. Había pasado bastante tiempo en aquel lugar a lo largo de los años, para visitar las diferentes exposiciones de vestuario, y me pareció que el museo estaba bastante tranquilo para ser sábado. ¿Dónde estaba todo el mundo?

—La única exposición nueva es *La evolución de la moda en los musicales de Hollywood* —dije—. He estado contando los días hasta la inauguración, y no empieza hasta dentro de tres días.

—Empieza para el público en tres días —explicó él, con una de esas raras sonrisas auténticas que prodigaba tan poco.

Lo miré con desconfianza.

—¿Qué has hecho?

En ese momento escuchamos unos pasos rápidos que se acercaban. Al volverme, vi a una mujer vestida con un llamativo traje de pantalón azul.

—Hola, Finn.

—Hola, Bonnie —dijo, estrechándole la mano—. Gracias por hacer esto posible.

—Por supuesto. Me alegro de verte. La exposición está en el segundo piso, y mi despacho está ahí, detrás de seguridad —añadió, señalándolo—. Tomaos todo el tiempo que queráis y, si tenéis alguna pregunta, avisadme. Me alegrará hablar con vosotros.

—Gracias —dijo Finn, que se despidió de ella con otra sonrisa mientras se alejaba. Después, me cogió de la mano.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunté, sintiéndome cada vez más emocionada a medida que subíamos la escalera.

Finn me apretó contra él.

—En este sector, lo importante es a quién conoces —sonrió él, antes de darme un beso rápido en el cuello, justo debajo de la oreja.

—¿Y a quién conoces tú?

—A la mitad del consejo de administración, varios de los cuales me deben favores —explicó—. No me ha costado nada cobrarme uno para esto. He pensado que te gustaría.

Me sonrojé mientras avanzábamos por un pasillo, emocionada por que hubiera hecho ese esfuerzo por mí. No era solo que hubiera pedido un favor, sino el hecho de que, al enterarse de esa exposición, hubiera pensado en mí y en lo mucho que disfrutaría con ella. Era la forma en que me escuchaba, me comprendía y me valoraba.

—No hacía falta que gastaras tu favor en esto.

Contuve una oleada de emoción cuando él entrelazó sus dedos con los míos y me condujo a una serie de maniquíes situados bajo un letrero en el que ponía *Cantando bajo la lluvia*.

—Me habría gustado igual si hubieras comprado entradas para verla cuando abra al público. No necesitaba un tratamiento especial —continué.

—Te lo mereces por lo mucho que has trabajado en la película —repuso él—, y en el plan de publicidad de Jillian.

Me besó junto a una muestra del vestuario de *Sonrisas y lágrimas*, y sentí que se me nublaba la vista.

—Y también por lo mucho que has trabajado en mi cama —añadió en voz baja.

—No sé a qué te refieres —dije con modestia fingida.

Él bajó una mano para apretarme el culo por encima de los vaqueros, y yo me retorcí un poco contra su cuerpo.

—Sabes *exactamente* a qué me refiero —dijo.

Tragué saliva.

—¿Te estoy distrayendo de esta exposición tan interesante? —preguntó, en voz baja y profunda.

—No —respondí, con el corazón latiendo en mi garganta.

—Sigues mintiendo fatal —rio él con suavidad—. Pero, hablando en serio, quería que hicieras algo que te guste antes de la cita que tenemos programada después. Al menos, así tendremos algo de lo que hablar durante la comida, y he pensado que, si teníamos un tema de conversación que te interese, sería menos probable que…

—¿Me quede paralizada delante de las cámaras? —terminé por él.

Él me apartó un mechón de pelo de la cara.

—Eso mismo. Lo que quiero es que todo el mundo vea lo encantadora que eres.

Me mordí el labio. Encantadora, prometida del señor Importante… No creía que consiguiera nunca ofrecer la imagen correcta, por muchas citas falsas que organizáramos.

—Sobre todo, cuando haces eso —añadió, acariciándome el labio inferior con el pulgar.

Dejé de mordérmelo y él rozó sus labios con los míos de forma provocadora, antes de tirar de mi mano para continuar viendo la muestra.

Recorrimos las diferentes zonas de la exposición, cada una más fascinante que la anterior. A hurtadillas, hice algunas fotos a Finn leyendo la información sobre la ropa de *West Side Story* y, cuando me pilló, me tomó en sus brazos y me acarició el cuerpo mientras me susurraba palabras sugerentes al oído.

—Para —gemí, avergonzada por estar en un lugar público, aunque estuviéramos solos.

Aun así, no hice ningún intento serio de apartarme, y él me apretó un poco más hacia sí desde atrás, para dejarme sentir su erección.

—Es que quería que supieras lo bien que lo estoy pasando —dijo, apartando mi pelo para besarme el cuello.

Cuando incliné la cabeza para darle mejor acceso, él emitió un murmullo de aprobación.

—Me estás distrayendo —protesté, con los ojos cerrados.

—¿Quieres que pare?

—No —respondí con un respingo, cuando me lamió el lugar donde me latía el pulso—. Ese es el problema.

—Por suerte para ti, vengo preparado para ayudarte con tu pequeño problema.

Abrí los ojos y me volví para ver cómo hacía un gesto con la cabeza hacia el baño.

—No podemos —susurré—. No debemos… Aquí no.

Él me acarició el muslo con la mano.

—Pide y se te concederá, Cenicienta.

¿Estaba sugiriendo en serio que…? ¿Y yo estaba considerando decir que sí? Decidí ser fuerte e insistir en no hacer nada hasta que llegáramos a casa… Pero él me mordió el cuello en aquel lugar que me hacía temblar las rodillas y toda mi resistencia se esfumó al momento.

Cogí su mano de donde la tenía apoyada en mi muslo y tiré de él en dirección al baño. Nos encerramos en el cubículo para familias y, al momento, sus labios se apoderaron de los míos, su lengua se abrió paso en mi boca y me acarició entre las piernas por encima de los vaqueros.

Con un gemido, desabroché mi pantalón para sentir su contacto sobre la piel. Finn no perdió el tiempo e introdujo su mano en mis bragas hasta llegar al calor, húmedo y ansioso, que se había acumulado con sus provocaciones.

—Joder —suspiré—. *Sí*, Finn.

—Dime lo que quieres —me ordenó, rodeándome la espalda con un brazo mientras yo me frotaba contra sus dedos y empezaba a deshacerme bajo sus caricias.

—Tus dedos —dije con un jadeo—. Dentro.

Él curvó los dedos dentro de mí, de modo que la base de su palma presionó mi clítoris, y el placer me hizo cerrar los ojos de nuevo. La presión era perfecta. Me sacudí contra él, buscando el éxtasis con torpeza, pero demasiado desesperada como para preocuparme por mi aspecto.

—*Sí, sí, sí* —dije, en una súplica que también era una alabanza.

Finn no se detuvo, y siguió empujando y aplicando presión hasta que estallé como si me hubiera atravesado un rayo, y las rodillas me fallaron definitivamente. Con un gemido, me dejé caer sobre él durante unos momentos, mientras mis músculos latían contra sus dedos. El orgasmo fue tan delicioso que casi perdí hasta la vista.

Cuando recuperé el sentido, Finn me abrazaba con fuerza. Me aparté de él y me enderecé.

—Y… ¿y tú? —dije en un gemido, mientras él me ayudaba a limpiarme.

—Oh, ya haré todo lo que quiera contigo más tarde —gruñó en una promesa, con una sonrisa seductora en la cara—. En mi cama, donde pueda tumbarte para devorar cada centímetro de tu cuerpo. Durante toda. La. Noche.

Me gustó cómo sonaba aquello, tanto que empecé a considerar si sería posible pedir a Jillian que cambiara la comida a otro día.

¡*La comida*!

Me volví hacia el espejo y me arreglé el pelo, pensando en si debería mojarme la cara con agua fría para tratar de apagar el rubor furioso que cubría mis mejillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn, rodeándome con un brazo desde detrás de mí.

No debería haberme sorprendido que hubiera notado mi falta de confianza en mí misma en ese momento, porque se daba cuenta de todo.

—Nada. —Me volví a mirarlo—. Una tontería.

Él me sujetó la cara con las manos y acarició mi mejilla con el pulgar.

—Dime, ¿qué te pasa?

—Es que me da un poco de vergüenza ir a comer en público justo después de correrme, eso es todo.

Él sacudió la cabeza sin soltar mi cara.

—Estás preciosa, y pareces muy calmada. Y si la gente quiere pensar que te acabo de llevar al paraíso, que lo piensen.

—¿Un subidón para tu ego? —resoplé.

—El Presidente Tío Bueno tiene que mantener su reputación —bromeó, antes de abrir la puerta del baño.

Me pasó un brazo por el hombro para deshacer el camino por la exposición en dirección a la salida, como hacía siempre que teníamos una cita, pero esa vez no había ningún fotógrafo a la vuelta de la esquina, así que, tal vez, ya no era algo que solo hacía durante las citas. Tal vez era nuestra nueva normalidad. No una actuación, sino solo… *Nosotros*.

Sierra y Finn. Algo real.

Me gustaba aquella idea.

23

FINN

—Dicen que las cosas buenas pasan de tres en tres —dijo Sierra mientras nos dirigíamos a casa de mi hermano, en Studio City—. El rodaje terminó oficialmente ayer. Hoy es la cena familiar. Me pregunto cuál será la tercera.

—Espero que seas tú. En mi cama, esta noche —respondí.

Preferí no mencionar que yo no consideraría una cena familiar organizada por mi madre como una cosa buena, pero a Sierra le hacía ilusión, y eso era lo que importaba. Estaba dispuesto a aceptarlo, si era necesario para tener a Sierra, desnuda y gimiendo mi nombre, después del desastre que iba a ser aquella velada.

—Pero si *siempre* estoy en tu cama —dijo ella con una sonrisa.

Eso era cierto, sobre todo en los últimos tiempos. En cuanto habíamos empezado a dormir juntos, habíamos prescindido de la habitación de invitados y la habíamos convertido en una especie de despacho.

—Quería dejártelo claro —expliqué—, para que sepas a dónde tienes que ir cuando lleguemos a casa.

Durante un instante, puso una expresión que no supe interpretar, pero enseguida se relajó y me pregunté si lo habría imaginado. Tiré de uno de los puños de mi camisa.

—No te pongas nervioso —me reprendió Sierra, cogiendo una de mis manos—. Estás perfecto.

—Parezco salido del año mil novecientos veintidós.

—Esa es la idea.

Sierra sonrió y se ajustó la diadema con plumas que llevaba en el pelo. Mis ojos se deslizaron por su cuerpo y los flecos de su vestido *flapper* de lentejuelas. Ella cruzó las piernas de un modo que hizo subir su falda por sus muslos, y me sonrió desafiante.

—Mira la carretera, señor Importante.

Aparté la vista de sus piernas a desgana.

—Tengo muchas ganas de quitarte ese vestido después.

—Promesas, promesas.

—Ya lo creo.

En cualquier otro momento, yo habría celebrado el final de un rodaje saliendo de fiesta, pero como era de esperar con mi madre, había planeado la cena familiar mensual justo la noche después de que acabáramos de rodar. Además, había decidido que debíamos ir vestidos como en los años veinte.

No me había apetecido nada ni la cena, ni ponerme el traje de tela rasposa que me correspondía, pero Sierra me había llevado a la habitación de invitados y me había «ayudado» a vestirme de un modo en el que sería mejor que no pensara justo antes de encontrarme con mi madre y mi sobrina de ocho años.

—¿Estás bien? —preguntó Sierra.

No estaba seguro de la expresión que mostraría mi cara, pero era probable que estuviera entre absorta y feliz, teniendo en cuenta que estaba recordando el momento en el que se había puesto de rodillas y se había metido toda mi…

—Sí —dije, después de carraspear un poco—. Solo tengo ganas de que esto se acabe.

Nos detuvimos en la garita de seguridad a la entrada de la urbanización privada en la que vivía mi hermano.

—Puede que vaya mejor de lo que crees —dijo Sierra.

Sabía que mi madre le caía bien, y que se habían hecho amigas trabajando en la película.

—Puede ser —dije con vaguedad.

Mi madre había decidido preparar la cena ella misma, a partir de un libro de recetas de los años veinte, y eso me dio toda la información que necesitaba sobre las posibilidades de que la cena fuera comestible. Saqué el teléfono mientras el de seguridad comprobaba mi matrícula, y envié un mensaje a Carlos, mi asistente y cocinero personal. Le había pedido que se acercara justo después de que se sirviera la cena.

—¿Por qué no le das un voto de confianza a tu madre? —preguntó Sierra, que deslizaba las manos por la falda del vestido para alisar los flecos—. Es evidente que está tratando de hacer algo divertido, y puede que salga mejor de lo que esperas.

—Si el plan fuera comer pizza y jugar a las adivinanzas, habría sido divertido —repliqué—. Preferiría que Grace no corriera el riesgo de acabar con una intoxicación alimentaria.

Sierra me lanzó una mirada severa.

—Tu madre tampoco cocinará tan mal.

—Te puedo asegurar que hay una razón por la que Connor es un gran cocinero, y no es porque le apeteciera buscarse una nueva afición a los diez años.

—A mí me parece un detalle por su parte que haya querido prepararnos la cena, y lo de tener un tema para esta noche es divertido. Ya sabes que solo quiere celebrar tu éxito.

La puerta se abrió delante de nosotros y yo guardé el teléfono y la miré con una sonrisa. Sierra era demasiado confiada, una de esas personas que creen que todo saldrá bien al final, y que las buenas intenciones son suficientes para un buen resultado. Mi infancia me había demostrado algo diferente.

—Vaya —dijo Sierra, inclinándose hacia delante para ver mejor cuando entramos en el camino hacia la mansión de Liam.

—¿Puedes creer que, con el tamaño de esta casa, Liam no encuentre dónde acostarse con Mia sin que esté mi madre en medio?

Los labios de Sierra se curvaron un poco. Salí del coche y di la vuelta para abrirle la puerta. Le cogí la mano y, cuando la ayudé a salir, noté el metal frío del anillo de compromiso presionando contra mi mano. Ya no era necesario recordarle que se lo pusiera, lo llevaba todo el tiempo. La idea me provocó una punzada en el pecho, pero la ignoré, sin saber por qué me molestaba tanto. Era yo quien se lo había dado, para empezar.

—¿Lista? —pregunté.

Ella asintió y nos dirigimos a la puerta.

—Estás supersexi. ¿Lo sabías?

—Solo me lo has dicho unas cuantas veces —respondió—, pero no me importa volver a oírlo.

—Estás muy, *muy* sexi.

Fui a llamar a la puerta, pero se abrió de golpe antes de que pudiera hacerlo.

—¡Tienes que llamar! —dijo Grace, que era quien había abierto la puerta, y la volvió a cerrar en nuestras narices.

Me quedé sorprendido durante un momento, y Sierra se echó a reír.

—¿Deduzco que esa es tu sobrina?

Sonreí divertido, sacudí la cabeza y llamé a la puerta. Esta se abrió por segunda vez y, en esa ocasión, pude apreciar que Grace iba vestida como un mayordomo diminuto, con guantes blancos y todo.

—¡Hola, tío Finn! ¿Me dais vuestros abrigos?

—Hola, Grace —dije, inclinándome para darle un beso en la mejilla.

Me quité la chaqueta agradecido y se la entregué. Sierra no llevaba nada sobre el vestido, pero ofreció a Grace su bolso.

—Es encantadora —susurró Sierra mientras mi sobrina dejaba caer nuestras cosas en un montón en el sofá.

—Es la niña de ocho años más fantástica del mundo.

Conduje a Sierra a través del salón y se la presenté a Liam, su prometida, Mia, y Connor.

—¡Plumas! —exclamó Mia, refiriéndose a la diadema de Sierra—. Sabía que se me había olvidado algo para ponerme con este vestido de segunda mano.

Al momento, Sierra y ella se pusieron a hablar de sus tiendas favoritas de segunda mano y me sentí satisfecho al verlas congeniar tan rápido. Aunque no debería haberme preocupado por ninguna opinión, por alguna razón, me importaban las de mi familia. Quería que Sierra les cayera bien, aunque no tenía motivos de preocupación: Sierra le caía bien a todo el mundo, siempre.

—¡Los aperitivos están listos! —anunció mi madre al entrar con una bandeja, que dejó sobre la mesa de café—. Me quedé sin tiempo y he tenido que pedirlos, pero son adecuados para la época.

—¿Y la bebida también debe ser apropiada para la época? —se preocupó Connor.

—Por supuesto. ¡Martinis para todos! —rio mi madre.

—¡Yupi! —exclamó Grace.

—¡Menos tú! —advirtió Connor.

—Jooooo —protestó la niña, y todos nos echamos a reír cuando hizo un puchero y, tras golpear el suelo con los pies, fue a sentarse en el sofá junto a Sierra—. ¿Cuándo es la boda? —le oí preguntar, mientras cogía la mano de Sierra para admirar el anillo.

—Ay, bueno…

—¿Puedo llevar yo los «nillos»?

—Anillos —le corrigió Connor.

Hice una mueca. Aunque la pregunta resultaba adorable, el que la hubiera hecho significaba que Connor no le había explicado a su hija que la relación con Sierra no era de verdad. Me puse en alerta, preguntándome cómo respondería la peor mentirosa del mundo. Sin embargo, Sierra sonrió de oreja a oreja, como si la pregunta no le hubiera afectado lo más mínimo.

—En cuanto decidamos la fecha, habrá un montón de cosas que preparar.

Bien dicho, pensé. Porque, sin fecha, no habría boda, así que, técnicamente, eso no era una mentira.

—Entonces, ¿puedo llevar las flores también? —preguntó Grace ilusionada.

Capté la atención de Connor y le hice un gesto para que me siguiera a la cocina.

—Lo siento mucho —dijo Connor una vez que no nos oía nadie—. No sabía cómo explicarle todo eso de que lo hacéis por publicidad. El concepto del divorcio ya fue bastante complicado para ella.

—¿Y qué haremos en la próxima comida familiar, cuando no esté Sierra? —pregunté.

—Decídelo tú —dijo Connor, encogiéndose de hombros—. Supongo que, al menos, es posible que te des cuenta de que has encontrado a una chica increíble y decidas quedártela. Porque, siendo sinceros, si te aguanta, vale su peso en oro.

—¡Oye! —Le di un codazo. Fuerte.

Connor resopló y dio un trago a su martini.

—Claro que, si no espabilas, solo será otra exnovia de la que Grace se olvidará enseguida.

Su franqueza me resultó dolorosa, pero ¿estaba equivocado? No había tenido relaciones serias desde Layla, y la mayoría de las mujeres con las que salía jamás habían conocido a mi familia. La situación con Layla era diferente, por supuesto, pero ¿acabaría igual que con ella?

A decir verdad, no estaba seguro. No había querido pensar en que el plan de relaciones públicas de Jillian tenía fecha de caducidad. En cierto modo, me parecía más seguro saber que teníamos esa salida, pero, por otro lado, el hecho de tener una salida me parecía horrible, y no la quería.

No quería pensar en vivir sin tener a Sierra en mi cocina por la mañana, haciendo su café barato y comiéndose sus magdalenas, o peleándose conmigo por el edredón en mitad de la noche, o guardando latas de RevX en mis armarios a hurtadillas.

La quería junto a mí, con todas sus peculiaridades, y eso me aterraba. Querer algo así significaba arriesgarse a derrumbarme si lo perdía, y yo no podía permitirme el lujo de venirme abajo.

Para cuando nos sentamos a cenar en el comedor que Liam apenas utilizaba, ya llevaba dos martinis en el cuerpo, y había logrado apartar de mi mente la preocupación por Sierra para sustituirla por otra: la comida de mi madre. Cuando mi teléfono emitió una vibración, lo miré discretamente. Carlos había llegado y estaba fuera, con una cena completa, por si la de mi madre salía mal.

—Muy bien —dijo mi madre cuando apareció con el primer plato—. ¡Allá vamos! Paté de foie gras.

—Ay, Dios mío —murmuré.

Mi madre empezó a servir a todo el mundo, y Sierra me dio una patada por debajo de la mesa. La miré, pensando que no podía reprenderme en serio. Mi madre, que no era capaz ni de asar un pollo, ¿se había atrevido con el foie gras casero?

—¿Qué es el *fuagrás*? —preguntó Grace, que estaba pinchando su porción con el tenedor.

—Foie gras —respondió mi madre, antes de darle un beso en la cabeza al pasar detrás de ella—. Es hígado de pato, y es exquisito.

—¡Pato! —exclamó Grace horrorizada—. ¿Como el Pato Donald?

Me miró por encima de la mesa, con la misma expresión que habría puesto si le hubieran dicho que acababan de borrar del ordenador su juego favorito, el simulador de una granja.

—Tú pruébalo —la animó Connor con diplomacia.

Yo me metí un trozo en la boca para no decir algo que fuera a lamentar después, y me arrepentí al momento. La textura era grasienta y gomosa, y era evidente que lo había cocido demasiado.

—¿Está bueno? —preguntó mi madre, mirando a Connor, quien sonrió y asintió.

Capullo mentiroso. Liam y Mia siguieron su ejemplo y se forzaron a acabar sus porciones, pero, a juzgar por lo mucho que masticaron cada bocado, estaba seguro de que a ellos también les había parecido horrible.

—¡Puaf! —dijo Grace, que se inclinó sobre su plato para escupir un bocado a medio masticar—. Sabe a zapato.

—Grace —recriminó Connor, antes de mirar a mi madre incómodo—. Es la primera vez que lo prueba.

Mi madre miró al otro lado de la mesa.

—¿Tú qué opinas, Sierra?

Ella se sonrojó y abrió y cerró la boca varias veces, buscando las palabras adecuadas. ¡La leche! Esa mujer no sería capaz de mentir ni siquiera en esa ocasión tan comprometida. Comprendí con claridad que su respuesta iba a ser un desastre, así que hice lo único que se me ocurrió: la cogí de la mano y la levanté de su asiento.

—Estaba bueno, mamá. ¿Por qué no te quedas sentada? Prepararemos otra ronda de bebidas para todos.

Arrastré a Sierra a la cocina y, una vez allí, la solté para inclinarme sobre el fregadero y aclararme la boca con agua para quitar el sabor.

—Era horrible.

—Estaba… regular —admitió Sierra.

Me limpié la boca con una servilleta y me dirigí a la puerta trasera, donde esperaba Carlos.

—Gracias a Dios que has venido.

Le hice pasar y él dejó en la encimera una bolsa que traía. Señalé con un gesto el desastre en el que se había convertido la cocina.

—Bueno, aquí hay un montón de cosas, y todas están bastante mal. Te recomiendo que utilices lo que puedas, y tires todo lo que sepa a zapato.

—Esa es mi regla principal cuando cocino —dijo Carlos, que se inclinó para oler algo que estaba hirviendo en una cazuela, justo cuando mi madre entraba en la cocina.

—¿Y este quién es? —preguntó, sorprendida.

—¡Sorpresa! —dije con entusiasmo fingido—. Hemos pensado que te vendría bien descansar un poco y estar más tiempo con nosotros, en lugar de pasarte la noche cocinando. Así podrás relajarte, y Carlos estará encantado de seguir el tema de la cena.

Mi madre frunció el ceño.

—Oh —dijo en voz baja—. Bueno… —Hizo una larga pausa incómoda, mientras sus ojos iban de Carlos, a mí y a Sierra—. Sí, supongo que es una buena idea.

Su voz sonó más aguda, pero sonrió a Carlos con amabilidad.

—Las fuentes de servir están aquí, y este es el libro de cocina que he estado utilizando.

Gracias a Dios.

Sierra me agarró de la muñeca y me condujo al pasillo.

—¿Qué? —dije cuando me soltó y me fulminó con la mirada.

—Parecía bastante dolida.

—No pasará nada —dije, con un gesto despreocupado.

—Creo que se estaba esforzando, Finn.

—Sí, en envenenarnos —resoplé.

Sierra inclinó la cabeza y me sonrió con los labios apretados.

—No, creo que estaba intentando conectar contigo. Ha participado en tu película, y ha planeado esta noche en honor al trabajo que habéis hecho juntos. Y tú vas y, básicamente, le has dicho que no aprecias sus esfuerzos.

Sacudí la cabeza, porque ella no lo entendía. Yo lo había hecho por la familia, y no solo por ahorrarnos a todos una cena incomestible.

—Estoy tratando de evitarnos a todos, incluida mi madre, la depresión inevitable que se le vendrá encima cuando se dé cuenta de que la cena no ha salido como ella esperaba. Créeme, ha sido así toda mi vida.

—Puede que fuera así en el pasado, pero ¿no crees que deberías darle una oportunidad, al menos? Ella ya no es esa persona.

Cogí a Sierra por los brazos y apreté un poco.

—Ella siempre será así —dije con sencillez—. Mira, me alegro mucho de que ahora esté mejor, y que la terapia y los medicamentos la estén ayudando, pero eso no significa que confíe en que mantendrá la cabeza en su sitio si las cosas van mal. Si puedo evitar llegar a ese punto, tengo intención de hacerlo. Aguantar el primer plato ha sido bastante, me va a costar días quitarme de la boca el sabor de ese hígado pasado.

—La verdad es que me ha recordado la comida de gato —dijo Sierra con una mueca—. Aunque no puedo decir que yo lo hubiera hecho mejor la primera vez que intentara un plato tan complicado.

—¿Lo ves? Así es mejor. Le he quitado la responsabilidad a mi madre y, con ella, nos hemos ahorrado el estrés de esta noche. ¿Te parece mal?

—Nunca he dicho que estuviera mal —respondió Sierra, pero supe que había algo más que no estaba diciendo, y suspiré.

—Así, todo el mundo estará contento y nadie se pone en evidencia ni se decepciona.

Sierra me miró como si no lo pillara, pero yo estaba muy acostumbrado a aquella clase de situaciones.

Cuando se trataba de mi madre, anticiparse a lo peor siempre valía la pena.

24

SIERRA

—¿Es una broma? —pregunté cuando salimos de la carretera principal para entrar en un aparcamiento abarrotado.

Cuando Finn había dicho que el lugar donde celebraríamos el fin del rodaje de *Cada día es domingo* sería una sorpresa, había imaginado algo como la azotea de un hotel de lujo. No *aquello*.

Finn se echó a reír al ver la expresión atónita en mi cara.

—¿Por qué iba a ser una broma? ¿Crees que te habría traído hasta aquí solo para hacer una gracia?

—Para —dije, sin apenas contener mi entusiasmo. Debía de estar tomándome el pelo—. ¿En serio que la fiesta va a ser aquí? ¿No te estás quedando conmigo?

Finn apagó el motor y esbozó una media sonrisa.

—Sí, la fiesta es aquí. Y no, no me estoy quedando contigo.

Miré por la ventana el letrero de Gutter Ball, una bolera enorme. Parecía un lugar salido de los años ochenta, decorado con signos de neón verdes, rosas y amarillos señalando la entrada, pósteres en plan retro y paredes pintadas en un patrón geométrico.

—¿Lista? —preguntó Finn.

Al salir del coche, reconocí a algunos miembros del equipo de la película que salían de la bolera. El olor a comida frita llenaba el aire, y se mezclaba con la música que llegaba desde el interior. Aquel lugar me recordaba la fiesta de mi décimo cumpleaños, y estaba segura de que sería la fiesta de fin de rodaje más divertida que podía imaginar. ¿Por qué diablos habrían elegido aquel lugar los de Hart of Gold?

—Muy bien —dije, mirando a Finn con desconfianza cuando rodeó el coche y se acercó a mí, para pasar un brazo por mis hombros—. ¿Qué está pasando aquí?

—Algo muy divertido, por lo visto —respondió, justo cuando se escuchaban unas carcajadas desde el otro lado del aparcamiento—. ¿Crees que deberíamos unirnos a ellos?

Lo miré a los ojos a la luz del crepúsculo.

—No habrás organizado la fiesta de fin de rodaje en una bolera por mí, ¿verdad?

Él ignoró mi pregunta con un encogimiento de hombros, y me acercó a él para llevarme a la puerta de entrada.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—¡Finn! —protesté.

—¿Habías dicho que te gustaba jugar a los bolos? —dijo él, fingiendo sorpresa—. Se me había olvidado por completo.

—¡*Finn*! —dije con más severidad.

Él se detuvo, me cogió la cara con las manos y me dio un beso en los labios.

—Mira, esta película es distinta de las que suele hacer Hart of Gold, así que he pensado que la fiesta de fin de rodaje también debería ser distinta.

Me dedicó una pequeña sonrisa rápida, su sonrisa de verdad, y mi corazón se aceleró al pensar que había organizado todo aquello para que yo lo pasara bien. Era un gesto tan dulce que me mareaba un poco.

Cuando me acompañó al interior, me sentí como una princesa. Hasta iba vestida como una, y eso me hizo caer en la cuenta de que mi atuendo no era en absoluto adecuado para jugar a los bolos. Un minivestido de lentejuelas estaba bastante lejos de ser práctico.

Le di un golpe en el brazo mientras nos poníamos a la cola para pedir unos zapatos.

—No es la reacción que habría esperado. —Se echó a reír al ver mi cara indignada.

—¿Por qué has dejado que me vistiera así? —protesté por encima de la estruendosa música pop.

Iba arreglada como para tomar unos cócteles, no para defender mi puntuación máxima a los bolos.

—Porque estás preciosa —me susurró Finn al oído, mientras sus manos aterrizaban en mi cintura. Apretó un poco, y me provocó una oleada de calor que terminó en mi abdomen—. Y porque te hacía ilusión arreglarte.

—Sí, bueno, si hubiera sabido que íbamos a jugar a los bolos…

—¿Qué? No me digas que tienes un par de calcetines de la suerte para los bolos —sonrió él.

—La verdad es que sí los tengo.

Él lanzó la cabeza hacia atrás para soltar una gran carcajada; no una de aquellas risas artificiales que fingía para agradar, sino una de verdad. Salió de su interior con tan poco esfuerzo que no pude evitar sonreírle yo también.

—Así que, no tengo mis calcetines de la suerte, y encima me arriesgo a enseñar la ropa interior a todo el mundo —dije, tirando de mi vestido hacia abajo.

Ya estaba haciendo gimnasia mental para tratar de decidir cómo jugar a los bolos vestida así, porque, si no me salía del vestido por arriba, lo haría por abajo.

—Vaya, eso no lo podemos permitir —dijo Finn, al tiempo que se quitaba la chaqueta con un gesto de los hombros, y la ponía sobre los míos—. Yo soy el único con derecho a verla.

Me acomodé dentro de su chaqueta, cuyo forro debía ser de seda. Me estaba enorme, por supuesto, pero él me abrochó los botones muy, muy despacio, acariciándome de forma provocativa.

—¿Crees que esto te impedirá ejercitar tus habilidades?

—Tú mira y aprende, señor Importante —dije, desafiante—. Te voy a dar una lección.

Él puso los ojos en blanco y recogió nuestros zapatos. Caminé delante de él en dirección a las pistas, llenas de gente, que recorrimos hasta encontrar la que ocupaban Ro, Brenna y las asistentes de diseño de vestuario.

—Hola —saludé al grupo.

Carter había venido con su novia, y lo primero que hice fue preguntarle a ella dónde compraba esas camisetas con mensajes graciosos que regalaba a Carter. Trin estaba considerando la posibilidad de que las bolas le rompieran una uña y, para mi sorpresa, Paisley y Brenna estaban sentadas muy juntas en un rincón, al parecer tonteando.

Capté la atención de Finn y le lancé una mirada de aprobación.

—Qué mona estás —dijo Ro cuando me senté a su lado, para ayudarla a introducir nuestros nombres en el ordenador para que aparecieran en la pantalla superior.

—Finn me ha dicho que íbamos a jugar a los bolos después de que me pusiera mi vestido más corto y ajustado. Ya podías haberme avisado tú.

—Quería sorprenderte.

—Lo sé, pero es que… —hice un gesto hacia mi cuerpo.

—Estás…

—Preciosa —interrumpió Finn, inclinándose sobre el respaldo de mi asiento.

Eché la cabeza hacia atrás para mirar sus ojos castaños, que centelleaban bajo las luces brillantes. Era él quien estaba guapísimo, y supuse que no podía quejarme mucho de lo que llevaba puesto, porque la mayoría de la gente que había en la bolera iba bastante arreglada.

—Lo que estoy es dispuesta a darte una paliza —afirmé.

Él me dedicó una sonrisa endiablada.

—Lo que tú digas, Cenicienta. Es hora de que veamos si juegas tan bien como dices.



Me pasé las dos horas siguientes tratando de desempolvar mis habilidades con los bolos o, más bien, dejando a todo el mundo por los suelos. Mi única competidora decente era Ro, pero en cuanto me subí las mangas de la chaqueta de Finn y me puse a jugar en serio, los demás perdieron cualquier posibilidad.

Las enormes cantidades de alcohol consumido seguramente contribuyeron a la cantidad de bolas que acabaron en las canaletas, pero era innegable que había algo mágico en comer pizza grasienta de la bolera con una copa de champán, mientras escuchábamos a los Backstreet Boys.

Me harté de comida basura y cotilleos, mientras Finn se aseguraba de hablar con todo el mundo para agradecerles el trabajo hecho en la película, antes de dejarse arrastrar a una competición de baile con los camarógrafos. Todo eso de socializar y relacionarse se le daba muy bien, pero, de vez en cuando, captaba algún destello del hombre que era en realidad, y me parecía que mis mundos colisionaban.

Me sentí como una auténtica Cenicienta, pendiente de que el reloj diera las doce campanadas de medianoche. Sabía que aún nos quedaba una tormenta mediática por aguantar mientras promocionábamos la película durante el ciclo de posproducción, y sabía que ya me habían programado varias entrevistas para hablar del vestuario durante la carrera hacia los Óscar. Lo que no sabía era lo que el fin de la película supondría para nuestra relación, para esa historia, a veces real y a veces no, que había entre nosotros y de la que no hablábamos nunca, dado que ya llevaba un anillo en el dedo.

¿Qué más tendría que decir?

Pero, en breve, dicho anillo dejaría de ser necesario y, a pesar de lo mucho que lo había intentado, no habíamos hablado de lo que ocurriría después. Bueno, tal vez no había hecho demasiados esfuerzos por iniciar aquella conversación, pero ¿quién podría culparme? Por una vez en mi vida, solo quería divertirme antes de que sonaran las doce campanadas.

Deseché todas aquellas ideas o, al menos, lo intenté, para observar a Finn lanzar una bola, que acabó en la canaleta en el último segundo.

—Parece que te vendría bien un poco de entrenamiento personal —le dije, desde detrás de él.

Finn me miró por encima del hombro.

—Cuéntame algo más sobre la parte «personal» —dijo, sobre el sonido de la música.

—En realidad, es más bien algo que tengo que enseñarte —dije.

—Me gusta cómo suena eso —respondió, subiendo y bajando las cejas.

—Bien. Vamos a empezar por agarrar bien unas bolas muy grandes.

Finn soltó un resoplido que acabó convertido en una de aquellas carcajadas auténticas suyas, y sacudió la cabeza ante mi penoso intento de hacer una broma subida de tono.

—Eso ha sido lamentable.

—He estado bebiendo. No me exijas demasiado esta noche.

—Lo sé, por eso voy a ser tolerante. —Me cogió por las solapas de su chaqueta y tiró hacia sí—. ¿Quieres salir a tomar el aire?

—Lo que quieres es una lección personalizada —dije con sarcasmo.

—No, quiero que alguien más tenga una oportunidad de ganar —dijo, con un guiño.

—¡Quieres distraerme! —exclamé.

—Exacto —respondió él.

Me cogió del brazo y me condujo hacia una puerta lateral, por la que salimos a la oscuridad de una fresca noche de octubre, no demasiado fría.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No me iría mal un poco de calor corporal —sugerí.

Él me rodeó con sus brazos, y bajó las manos para agarrarme el culo.

—Hola.

—Hola —respondí, mirándole.

Sus ojos oscuros brillaban bajo la luz que salía por la puerta de cristal.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó.

—Sí. La mar de bien.

—¿La mar? No sabía que eso era posible.

—Lo es.

Cuando sus manos me apretaron las caderas, me acerqué aún más a él.

—Bien —murmuró.

Sabía que quería besarme, y yo no deseaba otra cosa. Pero antes de perderme en las sensaciones embriagadoras que me provocaba Finn, reuní todo mi valor y le solté la pregunta que me había estado rondando por la cabeza durante toda la noche.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él—. Ahora nos enrollamos, volvemos a entrar, les das una paliza de campeonato a los de sonido, y luego te llevo a casa para que me des una de esas lecciones personalizadas de las que hablabas antes.

Contuve la carcajada que estuvo a punto de escapárseme.

—No me refería a eso.

—Ah, ¿no? —preguntó él, inclinándose hacia mí y abrazándome más fuerte.

Me mordí un labio, y él inclinó la cabeza a un lado y detuvo el mordisco con su boca, pero yo me aparté de él.

—Vamos a hablar en serio un momento.

—Yo te he besado en serio.

Le puse una mano en el pecho para detenerlo.

—Después de lo de hoy… de esta noche. Lo que sea. ¿Qué pasará con nosotros? ¿Con esta… relación? ¿Vamos a seguir con el compromiso hasta que acabe la posproducción? ¿O hasta el estreno? ¿Y después?

Finn se puso serio y frunció el ceño, al tiempo que tiraba del cuello de su camisa.

—Bueno… El plan de Jillian dura hasta el estreno, por lo menos. Tal vez hasta que acabe la temporada de premios. No deberíamos hacer nada que afecte a nuestras opciones al Óscar.

¿*Como fingir una ruptura*? Tragué con dificultad. Esa era, y *no era*, la respuesta que había esperado.

Como si intuyera mi inquietud, él me besó cerca de la boca, luego en la mejilla y luego en la frente, antes de bajar la cabeza para besarme en los labios. Me sumergí en el poder que Finn Lockhart tenía sobre mí y decidí apartar las dudas de mi mente y disfrutar de aquel momento. ¿Por qué preocuparme por el fin de una relación que había sido planeada hasta el último detalle desde el principio?

Aquello no sería como lo de Trey. Finn no desaparecería de mi vida de repente. Si las cosas iban a acabar, lo vería venir, seguro. De hecho, era muy probable que me entregaran un guion detallando cómo terminaríamos, con instrucciones para acudir a los ensayos.

Y, conociendo a Finn, seguro que también me daría sus comentarios sobre cómo podría hacerlo mejor.

25

FINN

—Hoy es un gran día para ti —dije, enlazando mis dedos con los de Sierra—. Por fin has avanzado al siguiente nivel de las citas: de las cenas fingidas, a las excursiones fingidas.

—¿Es así como vamos a llamar al muelle de Santa Monica? —bromeó Sierra, mientras caminábamos por el paseo marítimo para bajar la comida—. ¿Una excursión?

—Eso dice el plan de Jillian. ¿Tienes ganas de discutirlo con ella?

Sierra sonrió con dulzura, y con un rubor en las mejillas, y yo le apreté la mano y la atraje hacia mí hasta que chocó con mi costado.

—Creo que, para que sea una excursión, es necesario hacer algo más de ejercicio. Como una caminata.

—Puede que Jillian haya previsto algo así también. Podríamos recorrer el Cañón Runyon, o algún lugar como ese.

—No creo que allí sea fácil encontrarnos con algún fotógrafo *por casualidad* —observó Sierra.

Lo cierto era que no me importaba demasiado no encontrar a ningún fotógrafo. Sabía que hoy nos estarían rondando, aunque no les

habíamos pagado, pero había conseguido apartarlo de mi mente y olvidar, durante largos periodos de tiempo, que todo aquello había sido organizado para las revistas, y para conseguir más prensa para *Cada día*.

No me apetecía lo más mínimo dar un espectáculo, ni de lejos. Sierra había estado muy relajada conmigo todo el día, y no había tenido que esforzarme tanto como de costumbre para evitar preguntarme dónde estarían las cámaras. Nuestra conversación fluía con tanta naturalidad como si hubiéramos decidido salir por decisión propia.

—¡Oh! —exclamó emocionada cuando llegamos a la noria.

—¿Vas a pedirme que suba a la noria contigo? —pregunté, besándole una mejilla.

—¿No crees que sería la foto publicitaria perfecta? —replicó con coquetería—. No hay nada más romántico que una noria.

—Esto… No sé si es lo más romántico del mundo —observé—, pero estoy de acuerdo en que una foto en la noria quedaría de película.

—¿Querías hacer un juego de palabras? —Me miró extrañada.

—¿Lo he conseguido?

—Te lo acepto —admitió.

Tiré de ella hacia la noria, pero ella tiró en dirección contraria.

—Era broma, no hace falta que subamos.

—No estoy tan seguro. Creo que quieres que te bese en lo más alto de la noria, y eso es justo lo que voy a hacer.

—Finn —dijo ella, mordiéndose el labio durante un instante—. En serio, no hace falta que subamos. Hay mucha cola, y no quería decir…

—Sí hace falta —insistí—. Te apetece mucho, lo sé por cómo te has ilusionado al verla.

—No tenemos tiempo. Se supone que esta cita termina en quince minutos, para que podamos…

—Vamos a subir —repetí—, aunque tenga que comprar la noria para poder subir antes de que se acabe la cita.

Ella me dedicó una sonrisa ladeada, mientras sacudía la cabeza.

—No tenemos que hacer locuras.

—Solo quiero que seas feliz —dije, sin dejar de notar el color que había encendido sus mejillas—. Que debamos montar un numerito para las cámaras no nos impide pasárnoslo bien, de paso.

—Es un detalle por tu parte.

Se acercó a mí y me rodeó el cuello con los brazos, con los ojos clavados en los míos. Le besé la sien.

—A veces tengo mis momentos. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Quién me creería?

—Exacto —reí.

Era increíble lo mucho que habíamos progresado desde aquella primera cita falsa, en la que ella casi no soportaba que le pusiera una mano en la rodilla.

—Háblame de eso de pasárnoslo bien —preguntó, con una ceja levantada.

Le rodeé la cintura con los brazos y tiré de la tela de su camisa con una mano.

—Bueno, para eso tendremos que estar en posición horizontal.

—Ajá. ¿Y luego?

—Nos desnudamos un poco —le susurré al oído.

—Ya veo. ¿Y qué viene después?

—Después, pondré mi mano en… —Mi teléfono empezó a sonar—. ¡No te muevas!

Ella sonrió, mientras yo sacaba el teléfono del bolsillo y miraba fastidiado el nombre que apareció en la pantalla, uno de los editores asistentes.

—¿Sí? —dije al contestar.

Al día siguiente tenía una reunión de edición para revisar parte del rodaje, así que no había esperado que contactaran conmigo antes de entonces.

—Finn, me alegro de localizarte. Tenemos un problema, deberías volver al estudio.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? —pregunté con suspicacia.

—Será mejor contártelo en persona.

Noté el pánico en su voz, y sus evasivas me empezaron a irritar. Los editores estaban trabajando en el tiroteo de las últimas escenas de la película, y estaba comenzando a preocuparme. Sospechaba lo que estaba pasando, pero quería que me lo dijera a las claras.

—Dime de una vez qué cojones pasa —gruñí.

—¿De qué se trata? ¿Algo va mal? —preguntó Sierra.

Aunque no hubiera escuchado a Anthony, la irritación de mi tono era evidente. Aparté el teléfono de mi boca para hablar con ella.

—No quiere decírmelo, pero están editando las escenas del tiroteo y debe de haber algún problema serio, o no habría llamado.

—¿El tiroteo? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos—. ¿Cuándo muere Tommy?

Su preocupación resultó evidente. Aquella escena había requerido mucho trabajo de vestuario y, gracias a toda la sangre artificial, todas las prendas habían tenido que ser desechadas.

Joder.

—Venga, dilo de una vez, Anthony. ¿Podemos usar algo del metraje?

—X acaba de llegar —respondió Anthony—. Ha dicho que debes venir a verlo por ti mismo.

—Tú solo dime si vamos a tener que volver a rodar algo —espeté.

Joder. Esa era mi peor pesadilla como productor. El silencio de Anthony fue de lo más elocuente.

—Llegaré enseguida —confirmé antes de colgar, y me volví a Sierra —. Tenemos que volver al estudio ahora mismo.

—¿Están seguros de que no se puede utilizar nada? —preguntó ella, mientras avanzábamos a paso ligero por el paseo, en dirección al aparcamiento.

—No ha querido decírmelo, pero deberíamos prepararnos para algo así, en cualquier caso. Necesito que vayas pensando en cómo preparar el vestuario si tenemos que repetir las escenas.

—Usamos muchísima sangre artificial, Finn —dijo ella con un gemido —. Fue imposible limpiarla, a pesar de que lavamos varias prendas un montón de veces.

—Tú piensa qué podrías necesitar, y cuánto tiempo tardarías en tener la ropa lista.

Ella sacó su teléfono para llamar a Paisley. Mientras tanto, yo marqué el número de Brenna.

—¿Te has enterado? —pregunté.

—Iba a ver a X justo ahora —respondió ella—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Necesito ver el metraje antes de confirmar nada, pero doy por hecho que tendremos que repetir las escenas. Necesitaré a todo el mundo en el estudio cuanto antes —dije—. Es el tiroteo del tercer acto, así que necesitamos a todos los protagonistas y algunos secundarios. ¿Puedes empezar a llamar a los agentes, a ver quién está disponible?

—Ahora mismo —confirmó ella—. Haré las llamadas y te diré algo en menos de una hora.

—Mejor reúnete conmigo en postproducción. Sierra y yo vamos para allá.

Cuando colgué, Sierra estaba hablando con Paisley sobre cómo quitar las manchas de sangre artificial y qué prendas podrían recuperarse. Al escucharla decir algo sobre un plazo de una semana, no pude evitar una mueca. No podíamos esperar una semana por el nuevo vestuario. Me pasé una mano por la cara. No había visto el rodaje de las últimas escenas el mismo día, porque había tenido que llevar a Sierra a una de nuestras citas fingidas.

¡Maldita sea!

Estaba enfadadísimo. Eso me pasaba por perder de vista el objetivo, y permitirme confundir lo real, y lo que no era más que una cuestión de relaciones públicas. ¿De qué me servía que se hablara más de *Cada día* que de aquella condenada película de guerra, si íbamos a tener que retrasar el estreno por tener que repetir algunas escenas?

Si no resolvíamos pronto todo aquello, la película no se estrenaría antes de fin de año, y podríamos despedirnos de la próxima temporada de premios. Eso significaría que todas las chorradas que habíamos hecho por las relaciones públicas no habrían servido para nada.

Para cuando llegamos a mi coche, me dolía la mandíbula de apretar tan fuerte los dientes. Sierra me miró por encima del techo del Ferrari.

—Puede que no sea tan malo como crees. —Su expresión tensa desmentía sus palabras—. Tal vez se pueda recuperar algo.

—Eso espero, joder.



—¿Ese no es el coche de tu madre? —preguntó Sierra cuando entramos en el aparcamiento del estudio, quince minutos después.

—¿Qué narices estará haciendo aquí? —Ya estaba de los nervios, y lo último que me hacía falta era tener que ocuparme de mi madre, además de la larga lista de cosas que ya tenía que hacer.

—¿Crees que la habrá llamado X?

—No sé por qué iba a hacerlo. No necesitamos a la asesora histórica para repetir un par de escenas. Ya están definidas.

De hecho, ya era hora de que mi madre volviera a San Francisco. No sabía por qué seguía aún en Los Ángeles, salvo que fuera para fastidiar a Liam y Mia, aunque eso era un problema para otro momento.

Salí del coche, cerré la puerta con más fuerza de la necesaria y me dirigí a la sección de posproducción, con Sierra corriendo tras de mí. Cuando entré como una exhalación, encontré a X y mi madre sumidos en una conversación con Anthony y otros editores.

—¡Señor Lockhart! —exclamó una de las asistentes, que se puso en pie de un salto.

Me acercó una silla, pero la aparté con un gesto.

—¿Dónde está Pedro? —pregunté sin más, porque quería al mejor de todos para resolver aquel problema.

—Está de camino —contestó Anthony—, pero no creo que pueda hacer nada.

—Enséñame la escena —ordené.

La asistente presionó un botón, y la escena empezó a reproducirse en una enorme pantalla delante de nosotros. Las imágenes estaban bien, el problema era el sonido. Por encima del diálogo, se podía oír perfectamente a X y mi madre tonteando, ¡como si no hubiera nadie más en el rodaje!

—Solo quiero pillarte a solas —decía X.

Oh, ¡por Dios!

—Por suerte, eso puedo organizarlo —respondió mi madre, en un tono que no había oído en mi vida—. Esta noche no habrá nadie en casa de Liam.

¿Pero qué hostias estaba pasando allí? ¿Estaban planeando liarse? ¿En serio?

—La última vez fue divertido —dijo X.

¿Es que ya se habían liado? ¿Pero qué cojones…?

Me volví a mirar a mi madre y a X, pero Sierra me agarró el brazo como si quisiera evitar que arremetiera contra ellos. Mi madre se había sonrojado tanto que parecía haber pasado el día al sol, y X se había tapado la cara con las manos. Parecían un par de adolescentes a los que hubiera pillado liándose en el sofá del salón. Sentí que me iba a explotar la cabeza. ¿Qué cojones hacía X tonteando con mi madre? ¿Por qué hostias se había dedicado a algo distinto de dirigir mi maldita película, es decir, hacer su trabajo?

—Finn… —empezó a decir Sierra, pero yo solté el brazo de un tirón.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —estallé, por fin.

—Creo que es evidente —dijo X—. El diálogo de la escena no se ha grabado.

—Sí, ya lo he oído, es la hostia de evidente —respondí enfurecido—. ¡No puedo creer que hayas sido tan poco profesional!

X apretó la mandíbula, pero no dijo nada más.

—¿Esa es la única toma que tenemos? —pregunté a los editores, que se sobresaltaron al oír que me dirigía a ellos.

—Es la mejor de todas —explicó Anthony, al tiempo que se giraba para acceder a las otras opciones—. Podríamos intentar montar parte de las otras escenas, pero, lo hagamos como lo hagamos, va a haber muchos cortes, y no sé si es eso lo que quieres para el tiroteo final.

—¿Me estáis diciendo que la única opción es volver a rodarlo todo? —pregunté, mirando a X y luego a Anthony.

—Sí —dijeron los dos.

—Si queremos que la escena ofrezca el mayor impacto posible, eso es lo que propondría yo —continuó X—. Podríamos intentar grabar solo el audio, pero puede que no se sincronice bien y, en todo caso, no ofrecería la misma tensión emocional que la actuación.

Sabía muy bien lo que podía ocurrir con una grabación de audio separada. Podría funcionar en una película de acción, pero no en esa escena. La audiencia lo notaría. *Yo* lo notaría.

Solté un bufido entre dientes. Se suponía que aquella era la película con la que ganaríamos premios, y yo quería la autenticidad de unas actuaciones íntegras, no el sonido de un estudio de grabación. Ya podía irme despidiendo del Óscar.

—Esto es absurdo. —Dirigí a mi madre una mirada fulminante—. Sabía que tu participación acabaría en desastre.

—Finn —empezó ella—. Yo no quería…

—Déjalo —dije, interrumpiéndola.

Las cosas siempre eran así con mi madre. Habían sido así desde que era pequeño, y mis hermanos y yo nos habíamos tenido que apañar solos para ocuparnos de las cosas que mi madre no había sido capaz

de gestionar, es decir, absolutamente de *todo.* No había podido confiar en ella entonces, y estaba claro que tampoco podía hacerlo ahora.

—Aquí hay dos personas responsables —ofreció X, pero yo levanté una mano para detenerle. Tampoco quería escucharlo a él.

—Yo no quería tenerte aquí, y esta es justo la razón —dije a mi madre—. Porque, una vez más, estás complicándome la vida.

—¡Finn!

La voz de Sierra interrumpió la espiral de ira en la que me había sumido, pero no fue suficiente para detenerme. Siempre me mordía la lengua con mi madre, porque me preocupaba hacerla recaer, pero aquello era demasiado. Se trataba de mi película, *mi* estudio… Me estaba jugando mi nueva estrategia, y mi madre lo había echado todo a perder por pensar solo en sí misma y tontear con mi maldito director en el trabajo.

—Lo siento —dijo mi madre, con los ojos brillantes y sin dejar de parpadear.

Pero yo no quería sus disculpas. Lo único que quería era no tener que compensar sus defectos, por una vez. Sacudí la cabeza, tan frustrado, derrotado e irritado que ni siquiera supe qué decir. Sin embargo, ella me facilitó las cosas, pues salió de la sala llorando, y yo me quedé mirándola marchar, sumido en una oleada de remordimientos.

Sierra me golpeó con el hombro al salir corriendo tras ella y, cuando X fue a hacer lo propio, lo detuve poniéndome delante de él.

—Tenemos que planear las tomas nuevas —gruñí—, y eso es ahora nuestra prioridad.

26

SIERRA

U*f*… Habíamos terminado.

Me recliné en mi asiento, estiré la espalda y solté un gemido, tratando de aliviar el dolor provocado por las horas que había estado reclinada sobre la máquina de coser, para terminar el vestuario para las nuevas tomas.

—No quiero volver a ver un botón en toda mi vida —protestó Paisley con la vista puesta en las manos. Sus moños habituales habían sido sustituidos por un recogido alborotado en lo alto de la cabeza—. Creo que me he ganado una artrosis, y no quiero ni pensar en la vista que habré perdido.

Reí por lo bajo, aunque estaba de acuerdo con ella. Me había encantado trabajar en aquella película y crear aquellos preciosos vestidos de los años veinte, pero no podía evitar alegrarme de haber terminado de una vez, de verdad y por completo. Los plazos absurdos a causa de las emergencias de última hora podían acabar con cualquiera.

Finn nos había ordenado a todo el equipo de vestuario volver al rodaje, y nos había dado exactamente cuarenta y ocho horas para reparar o sustituir toda la ropa de la última escena que había

quedado manchada de sangre. Desde entonces, yo apenas había vuelto a casa. ¡No había tiempo para eso!

Había terminado de los nervios después de tomarme tres bebidas energéticas, y llevaba tantas tiritas en los dedos a causa de los pinchazos que parecían un colador. Pero estábamos listos. Lo habíamos conseguido.

Y eso era lo único que importaba.

—¿Podéis recoger todos los accesorios para los actores de reparto y llevarlos al set? —pedí.

Todos los actores habían pasado por nuestro taller aquella mañana para vestirse, pero aún nos faltaba comparar los pañuelos, sombreros y demás complementos con la secuencia original, para asegurarnos de que coincidieran todos.

—Por supuesto —dijo Paisley, que empezó a recoger todo lo necesario y ponerlo en una caja—. ¿Necesitas que me ocupe de algo más?

—No, yo llevaré el resto de la ropa de Kaiden en cuanto termine de plancharla.

Habría sido más sencillo si hubiera tenido a todo el equipo en el set para ayudar a los actores a terminar de vestirse, pero Carter y Trin habían acabado agotados, y los había enviado a casa, antes de que se cosieran los dedos a un par de pantalones.

—¿Por qué no te vas tú también cuando termines? —sugerí a Paisley.

—¿Estás segura? —preguntó—. ¿No necesitas a alguien que te eche una mano?

Negué con la cabeza. Paisley estaba muerta, y yo… Bueno, yo también estaba hecha polvo, pero no era necesario que sufriéramos las dos. Yo era el capitán de aquel barco, y me hundiría con él, o lo que hiciera falta.

—No me importa quedarme el resto del día. Tú ya has trabajado bastante.

—Si alguien ha trabajado bastante, esa eres tú —señaló ella.

—Eso va con el puesto —respondí con un bostezo—. Pero, con suerte, esto será lo último. Lo digo en serio, lleva todo eso al set y márchate. Te escribiré más tarde para contarte cómo vamos.

Paisley recogió la caja y se marchó a toda prisa, mientras yo colgaba de un perchero la camisa de Kaiden, ya sin manchas de sangre. Mientras esperaba a que se calentara la plancha de vapor, reemplacé mi lata de RevX por la taza de café que me había hecho hacía una hora, y la puse a calentar al microondas. Cuando estuvo lista, bebí un trago, y me dediqué a planchar la camisa hasta que no quedó ni una arruga.

Brrrrrr. Brrrrrr. Brrrrrr.

No pude contener un gemido al coger el teléfono y ver «MAMÁ» en la pantalla, pero, al momento, me sentí culpable. ¿Sería capaz de lidiar con mi madre en ese momento? Lo cierto era que no, pero luego me sentiría fatal si ignoraba su llamada porque, en realidad, sí que tenía un minuto para hablar. Aunque me resultara difícil recordarlo en ese momento, quería a mi madre, y no me gustaba hacerla sentir ignorada o desatendida.

Cogí el teléfono y lo llevé a mi despacho, donde cerré la puerta con pestillo y me dejé caer en mi silla.

—Hola, mamá —contesté.

Resistí el impulso de recostarme en la silla. Lo último que necesitaba era quedarme dormida, porque esa silla resultaba peligrosamente cómoda.

—Hola, cariño —dijo ella, en un tono agudo e inseguro que me puso en alerta al instante, como si me hubieran inyectado el café en vena.

Oh, oh. Conocía aquel tono, y pocas veces anunciaba buenas noticias.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No, nada —respondió ella, tratando de quitarle importancia.

—*Mamá* —le advertí.

—No lo sé —admitió con un suspiro profundo—. Es solo… Larry.

—¿Qué le pasa? ¿Está bien?

—Sí, supongo. Es solo que… Anoche, cuando salimos a cenar, no retiró mi silla para que me sentara, como hace siempre. Y ya sé que suena ridículo —añadió a toda prisa, con un deje de pánico—, pero *conozco* a Larry, y él siempre me retira la silla.

¿Y eso era un problema? Por un instante, me planteé dar un cabezazo a la pared.

—Tal vez estaba cansado.

—¡Si fue *él* quien quiso salir a cenar! —exclamó mi madre.

—Ya, pero sabes que esa parte de la relación no va a durar para siempre. ¿Todas esas cosas que las parejas hacen al principio para impresionarse mutuamente? Es natural que todo eso vaya desapareciendo poco a poco, a medida que os sentís más cómodos el uno con el otro, y ya no hay necesidad de impresionar. No significa que pase nada malo.

—Pero es que Larry es así —insistió mi madre—. Siempre he pensado que me retiraría la silla hasta que ninguno de los dos sea capaz de verla.

—Entonces, ¿tal vez estaba distraído con algo?

—Ajá —confirmó mi madre—. Eso es lo que me preocupa, que tenga algo en la cabeza y no me lo cuente.

—Bueno, ¿y cómo fue la conversación durante la cena? —pregunté.

Estaba dispuesta a apoyarla todo lo posible, pero también me preguntaba si alguna de aquellas cosas representaba una señal de alerta que debería preocuparme. ¿Sería posible que Larry se estuviera replanteando el tema de la boda? Después de todo, había sido mi madre quien le había propuesto casarse. ¿Significaba eso que mi madre estaba más entregada a aquella relación que él?

—Verás —resopló mi madre—, Larry no es el hombre más hablador del mundo, pero tuve la sensación de que había… algo.

Mientras mi madre hablaba, recordé que yo también había tenido la sensación de que últimamente pasaba algo con Finn, y se me cayó el alma a los pies. Cuando vimos la versión inservible de la escena final de la película, yo había salido corriendo detrás de una Cathleen muy alterada, para intentar calmarla y explicarle que Finn solo estaba estresado por la película, y por eso lo había pagado con ella. La había mirado a los ojos llenos de lágrimas, y le había explicado que Finn no había dicho nada de aquello en serio, pero ella se había limitado a sacudir la cabeza con tristeza. Estaba claro que no me creía.

Yo intenté que Finn la llamara aquella misma noche para aclararlo todo, pero él seguía tan enfadado que pensé que forzar una conversación solo empeoraría las cosas aún más. Había decidido esperar a que él se calmara, pero… nunca lo hizo. Desde entonces, había procedido con mucha precaución cuando estaba con él.

—Cada vez que le pregunto qué pasa, contesta que nada —estaba diciendo mi madre en tono dubitativo y confuso.

Suspiré.

—Bueno, tal vez…

La puerta de mi despacho, cerrada con llave, se abrió entonces de golpe. Finn se quedó en el umbral, con una mano en el pomo y la otra sujetando el marco de la puerta, con las aletas de la nariz

dilatadas como si acabara de correr un kilómetro. ¿Desde cuándo tenía la llave de mi despacho? ¿Y quién le había dado permiso para abrir sin llamar?

—¿Por qué no estás en el set? —me espetó sin más.

—Tengo que dejarte, mamá. Seguro que no pasa nada. Luego te llamo.

Corté la llamada, me puse en pie y miré a Finn con una ceja levantada, en respuesta a su tono.

—Estaba a punto de ir, pero tenía que contestar esa llamada.

—No hay tiempo para hablar por teléfono. Necesito un supervisor de vestuario antes de…

—Paisley está allí —le aseguré—. La he enviado por delante para que ayudara a los actores de reparto, y la camisa de Kaiden también está lista. Vamos bien de tiempo.

Finn gruñó algo sobre que llegar con menos de diez minutos de adelanto era llegar tarde, pero no me pareció necesario discutir, así que me limité a recoger la camisa y seguirle hasta donde esperaba el cochecito de golf. De camino hacia el set, puse una mano sobre la rodilla de Finn y apreté un poco, tratando de transmitirle un poco de calma, pero no estuve segura de que lo notara. Había estado al teléfono durante todo el camino, pidiendo a Brenna explicaciones porque el encargado de las armas llegaba tarde.

—¿Cómo demonios se supone que vamos a rodar un tiroteo, si el tío que se ocupa de las armas no ha llegado aún al set?

Para cuando llegamos al lugar del rodaje, había dejado de intentar calmarle para pensar en mis propias tareas. Relevé a Paisley en la supervisión del vestuario y la envié a casa, antes de dirigirme a entregar a Kaiden la camisa y ayudarle con los tirantes.

—¡Hola! —me saludó él, con una sonrisa encantadora—. Nadie diría que me he desangrado en esta misma camisa. Los de vestuario

sabéis cómo hacer magia.

Le devolví la sonrisa, encantada de que al menos alguien apreciara lo mucho que había trabajado. Sabía que Finn esperaba que todo estuviera perfecto, y así sería, porque todo el mundo estaba muy entregado. Ojalá él se calmara lo suficiente como para apreciarlo. Al fin y al cabo, lo peor ya había pasado. No hacía falta prepararse para otro desastre aún peor.

Sin embargo, cuando los actores estuvieron en sus puestos, los camarógrafos se prepararon y X comenzó a dirigir, resultó evidente que Finn no tenía la menor intención de retirarse y dejar que todo el mundo hiciera su trabajo en paz.

—¡Vamos a intentar ser un poco menos rígidos! —gritó Finn a los extras—. ¡No se os distingue de esa pared!

—¿Es que vas a meterte en todas las tomas? —le reprendió X.

—Alguien tiene que asegurarse de que hagan bien el trabajo por el que les pagamos —replicó Finn.

—Lárgate de mi set, Lockhart.

—¿*Tu* set? —gruñó Finn.

X le lanzó una mirada furiosa, antes de volver a ponerse los auriculares sobre las orejas para gritar:

—¡ACCIÓN!

Finn se situó detrás de X con cara de pocos amigos, y empezó a caminar de un lado a otro, sin dejar de ladrar sus propias indicaciones después de cada toma. El ambiente se fue poniendo cada vez más tenso e incómodo, a medida que discutían entre sí. Yo habría deseado estar en cualquier otro sitio, y no comprendía cómo aguantaban aquello los actores sin perder el hilo de la actuación.

—¡CORTEN! —aulló X.

Finn acababa de gritar otra de sus correcciones a Kaiden e interrumpido una andanada de disparos de fogueo, lo que hizo que los actores se confundieran y acabaran chocando unos con otros, o tropezando con el atrezo.

—¡Mierda! —exclamó Kaiden, que se estaba sujetando con una mano la manga de la camisa, pues se le había desgarrado una de las costuras que yo había arreglado antes.

—¡Sierra! —gritó Finn.

Me froté los ojos. Como siguiera dando órdenes de ese modo, iba a matarlo.

—Ya lo he visto —gruñí entre dientes, al tiempo que sacaba mi costurero de emergencia para dirigirme a reparar el daño a toda velocidad—. Dame cinco minutos.

—¡Tienes dos, antes de que empecemos desde el principio!

—¡Sal de mi toma! —ordenó X—. ¿Acaso eres tú el director?

—Vaya, sí que ha venido en plan encantador hoy, ¿eh? —comentó Kaiden cuando me acerqué a él para arreglarle la camisa.

Sonreí, tratando de rebajar un poco la tensión.

—Creo que ya estamos todos hartos de este proyecto —respondí con toda la diplomacia que pude.

Cosí el desgarro más rápido de lo que había cosido nada en mi vida, antes de que Finn mandara a algún asistente a sacarme de la toma.

—Bueno, ya estás —dije a Kaiden al terminar—. ¡Todo resuelto!

X situó a todo el mundo al principio de la toma y el rodaje comenzó de nuevo. Me quedé observando, con la sensación de que estaba siendo testigo de algo que se desplomaba, y sin saber qué hacer para evitarlo. La relación de trabajo entre X y Finn parecía arruinada para siempre; Shaw daba la impresión de estar pensando en tomarse unas vacaciones muy largas en cuanto terminase el rodaje,

y lo único que yo podía hacer era intentar que todo quedara bonito. Perfecto, que era lo que Finn esperaba. Pero, en aquel momento, ni siquiera sabía si la perfección sería suficiente.

Una vez más, vi a Kaiden caer muerto en los brazos de Shaw, acribillado a balazos de mentira, mientras se me caía el alma a los pies.

27

FINN

—Otra cosa más para cuando vuelvas —añadí al mensaje que estaba dejando en el contestador de Brenna—. Necesito que te pongas en contacto con la gente del teatro Dolby y te asegures de que tienen los permisos. No quiero más sorpresas antes del estreno del mes que viene.

Colgué y miré mi reflejo en el espejo del baño, mientras me ajustaba la corbata y me pasaba una mano por el pelo. Después de un mes de posproducción, cuatro días repitiendo tomas y muchas horas de edición, por fin estábamos listos para mostrar el montaje preliminar de la película a un grupo cuidadosamente seleccionado de inversores, distribuidores y periodistas.

El evento se había organizado antes de que supiéramos que sería necesario volver a grabar algunas escenas, de modo que habíamos estado trabajando sin descanso para tener listo a tiempo el primer montaje. Aquella noche, por fin, todo nuestro esfuerzo daría sus frutos. Todo el estrés, las confrontaciones, las horas pasadas mirando por encima del hombro de X y pendiente del trabajo diario de los editores… Todo había sido para llegar a ese momento, y estaba ansioso por conocer las opiniones iniciales sobre la película.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y me dirigí al dormitorio, cuando algo llamó mi atención en el pasillo. Al volverme, vi a Sierra vestida con un vestido largo y brillante, del mismo azul oscuro que sus ojos.

Su Miaujestad caminaba a su lado, mirándola como si fuera a sacarse una golosina de un bolsillo oculto. Aún no la había pillado haciéndolo, pero estaba seguro de que ofrecía comida al gato para ganarse su afecto, y vaya si estaba dando resultado. Claro, que lo de la golosina iba por los dos, porque ella me pareció tan deliciosa que la habría devorado allí mismo.

—¿Y bien? —preguntó, haciendo una pirueta delante de mí.

—Estás increíble —dije, sin poder quitarle los ojos de encima.

No sabía si sería capaz de hacerlo, a la vista de toda la piel nacarada que dejaba al aire, y la forma en que la tela se ajustaba a sus caderas. Y, joder, aquella abertura de la falda cuando caminaba…

Tiré del cuello de mi camisa porque, de repente, me pareció que hacía mucho calor en casa.

—Gracias —dijo ella, aceptando el beso que le di.

Me pareció que lo hacía sin mucho interés, y fruncí el ceño, a punto de preguntarle si pasaba algo, pero ella deslizó una mano por mi pecho y lo olvidé al momento.

—Tú tampoco estás nada mal. Me gusta el esmoquin.

—¿Este trapo viejo? —bromeé con la cabeza ladeada, en un intento de hacerla sonreír—. He intentado que me hiciera hueco una diseñadora muy solicitada, pero no tenía tiempo para mí. —La atraje hacia mí y deslicé las manos por su espalda—. Estaba demasiado ocupada con una película.

Ella murmuró algo con la mejilla apoyada en mi cuello. Desde el día en que había salido corriendo detrás de mi madre, después de ver la escena arruinada, había estado un tanto distante, y algo más callada. Sabía que quería que hablara con mi madre para arreglar las

cosas, pero yo estaba harto de resolver sus problemas. Después de tantos años, había aceptado una simple verdad: No había forma de arreglar a Cathleen Lockhart; lo único que podía hacer uno era adaptarse.

No tenía la menor intención de disculparme por lo de aquel día. No era *yo* quien se había dedicado a tontear con el director durante el rodaje, ni quien había echado a perder la que era, esencialmente, la escena más importante de toda la película.

Fui a darle otro beso, pero Sierra volvió la cabeza en el último momento y aterricé en su mejilla. Aquello me recordó nuestra primera cita fingida, hacía ya muchos meses, y sentí una presión incómoda en el pecho. Me aparté para mirarla a los ojos.

—No me estropees el maquillaje —advirtió, con el esbozo de una sonrisa.

—Estropearé cualquier parte de ti que quiera —gruñí, apretándole las caderas de un modo que la hizo reír un poco.

—No hasta más tarde. ¿Estás listo? He visto la limusina en la calle.

—Solo falta una cosa —dije—. Tengo dos cajas llenas de bolsas de regalo para repartir, y en una de ellas aún hay que meter las tarjetas para dejar comentarios sobre la película. Alguien ha tenido la idea genial de atar todas las tarjetas a las bolsas con unas cintas muy antipáticas.

—Creía que era Brenna quien se encargaba de todo eso —se extrañó Sierra.

—Sí, bueno, Brenna ha elegido el mejor momento para tener una gastroenteritis —suspiré.

Sierra había tenido razón. Brenna era imprescindible de verdad, y tal vez era cierto que debía subirle el sueldo.

—Si no hay tarjetas para dejar comentarios, no servirá de nada presentar el montaje preliminar —añadí.

Aquella era mi oportunidad de valorar las reacciones iniciales del público a la película, para hacer ajustes en el argumento y el ritmo de la historia si era necesario, y generar más interés entre el público. Había seleccionado uno por uno a varios periodistas con los que tenía buena relación desde hacía muchos años, y con los que podía contar para que dieran una opinión justa sobre el montaje inicial.

Sierra me cogió la mano e interrumpió mi ensimismamiento.

—¿Por qué no bajas tú la caja que ya está lista? Yo pondré las tarjetas en las otras bolsas y nos podemos encontrar en la limusina.

—No, Sierra, en serio —dije, recogiendo las tarjetas de la cómoda—. Tengo que asegurarme de que estén per…

Ella me arrebató las tarjetas.

—Una tarjeta para comentarios en cada bolsa de regalo —recitó, batiendo sus largas pestañas—. Tampoco es tan complicado, y las cintas antipáticas son mi especialidad. Yo me encargo. Nos vemos abajo en cinco minutos.

Se puso de puntillas y me dio un beso rápido en los labios.

—Tú solo intenta relajarte, por favor —pidió.

—Me relajaré cuando me jubile —repliqué, recogiendo la caja con las bolsas ya listas.

—Ya, claro —resopló Sierra—. Los dos sabemos que no te jubilarás nunca.

Le dediqué una sonrisa burlona y me dirigí a la puerta. Mientras bajaba, revisé mis correos electrónicos, repasando mentalmente lo que venía a continuación. Llegar al cine, entregar las bolsas de regalo al personal para que las colocaran en los asientos, poner en marcha todo mi encanto, saludar a los invitados… Y esperar que la película fuera todo lo que esperaba de ella.

Al llegar a la limusina, entregué la caja al chófer y miré el teléfono, que acababa de vibrar con una nueva notificación. Se trataba de un correo electrónico de Jillian con la palabra «URGENTE» como asunto. Y ahora, ¿qué? Por el amor de Dios…

Abrí el mensaje al momento y eché un vistazo rápido al texto, antes de reproducir el vídeo que incluía adjunto.

—¡Un nuevo día y un nuevo escándalo! Bienvenidos una vez más a *Rumorz*, queridos míos —dijo una voz que me resultó familiar—. No esperamos nada menos de Hollywood, ¿verdad?

Miré irritado a Milli, la conocida reina de los cotilleos.

—Pues bueno, hoy tengo un rumor muy interesante que compartir con vosotros, sobre nuestro Presidente Tío Bueno favorito. —El estómago se me encogió al oírlo—. O, ¿debería decir sobre su nuevo amor, Sierra Banks? Sé que todos queríamos creer que los tortolitos habían encontrado el amor verdadero, pero *Rumorz* ha conseguido una entrevista exclusiva con Trey Rollins, y ¡menuda historia nos ha contado!

¿*Trey Rollins*? pensé. ¿El exnovio gilipollas de Sierra?

Vi el vídeo hasta el final, cada vez más confuso. Trey afirmaba que Sierra y él tenían una relación y ella me estaba engañando. La carcajada que habría dejado escapar al oírlo se me atascó en la garganta, ahogada por una montaña de incredulidad.

Sierra y yo vivíamos y trabajábamos juntos. A menos que ella se dedicara a tener sexo con él por teléfono en intervalos esporádicos de cinco minutos cuando fingía ir al baño, era materialmente imposible que me hubiera engañado sin que me diera cuenta. ¿De qué diablos estaba hablando aquel…?

La puerta de la limusina se abrió de golpe.

—¡No es verdad! —exclamó Sierra, sin aliento y con las mejillas encendidas. Era evidente que había llegado corriendo—. He visto el

correo de Jillian, y ¡no es verdad! Trey está mintiendo. Maldito cabrón.

Se dejó caer en el asiento del coche junto a mí.

—Bueno, es cierto que nunca dijimos que lo habíamos dejado, pero eso fue porque él cortó toda comunicación conmigo hace meses. Pero si tenemos en cuenta que ya es noviembre y no hemos hablado desde hace siglos, creo que queda implícito que la relación se ha acabado.

Parecía enfadada, y yo lo comprendía. Aquel tío la había dejado, y ahora estaba jugando con ella en beneficio propio. A ver si se buscaba algo que hacer con su vida y dejaba a Sierra en paz de una maldita vez.

—Te juro que solo recibí un mensaje suyo después de que se acabara —continuó—. Y fue la noche que Shaw destrozó el vestido. Ni siquiera lo leí —continuó, a mil por hora.

—Ya.

—¿Ya?

—Te creo.

—¿En serio? —Me miró parpadeando—. Vaya.

Su expresión perpleja me hizo reír.

—Sierra, creo que, si estuvieras liada con Trey, me habría dado cuenta. Créeme, no soy tan tonto como para dejar que nadie me engañe otra vez, después de lo de Layla.

—Claro —dijo Sierra, recostándose sobre el respaldo del asiento.

Leí el resto del mensaje de Jillian.

—Por lo visto, Jillian cree que podemos utilizar todo esto a nuestro favor.

Era evidente que Trey estaba tratando de desprestigiar a *Cada día* para conseguir que su película recibiera más atención, pero mi equipo de relaciones públicas era el mejor de Los Ángeles. Jillian no me salía barata, y con razón.

—Según ella, podemos darle la vuelta a esta historia a nuestro favor de un montón de maneras distintas. Nos ayudará a generar interés, y ni siquiera nos costará un céntimo.

—¿De verdad? —preguntó Sierra, que se había apoyado sobre mi hombro para leer el mensaje—. ¿Lo de enviar a Trey una cesta de fruta va en serio?

—Creo que eso lo ha dicho en broma.

A decir verdad, la idea me ponía enfermo. Trey había dejado a Sierra tirada, y ahora intentaba utilizarla. Sí, era cierto que ella y yo habíamos estado jugando con la prensa, pero no había sido a costa de nadie. Llegados a ese punto, habría preferido convertir a Trey en la oveja negra de Hollywood antes que enviarle una cesta de fruta, pero si Jillian decía que aquel escándalo nos iba a venir bien, lo aprovecharíamos, si eso era conveniente para la película y el estudio.

—Creo que no lo entiendo —dijo Sierra, apartándose de mí—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Ni siquiera tenemos que mentir —respondí, con una mano en su rodilla—. Jillian dice que lo presentemos como un ex celoso que trata de interponerse entre nosotros. Hablaremos de cómo te dejó tirada y lo mal que lo pasaste, y todo el mundo se pondrá de tu lado sin dudar. Y la atención sobre *Cada día* se disparará.

Sierra no parecía convencida, así que le cogí la mano.

—Todo irá bien. No has hecho nada malo, y no quiero que te culpes a ti misma.

—Lo que no me gusta es la idea de airear mis trapos sucios con Trey por una cuestión de publicidad.

—Todo irá bien —dije—. No tenemos que entrar en detalles. Basta con dejar claro a la prensa que nuestra relación es sólida y que esa entrevista te ha sorprendido a ti tanto como a todo el mundo.

Su expresión cambió sutilmente. Levantó un poco las cejas, apretó la mandíbula y miró por la ventana, porque acabábamos de llegar al lugar donde se celebraría el evento. Había reservado una sala de cine en la sede del Sindicato de Directores de América, y para cuando salí de la limusina y me abroché la chaqueta, había conseguido guardar todas mis emociones en una cajita que almacené en la parte posterior de mi cerebro: la entrevista de Trey, la reacción de Sierra… Todo aquello seguiría allí al día siguiente, pero esa noche, solo importaba la película.

Rodeé la limusina, abrí la puerta de Sierra, le ofrecí mi brazo y la acompañé al interior. La velada comenzó con unos aperitivos y bebidas, mientras charlábamos con los invitados a medida que llegaban. Yo me entregué a mi papel de anfitrión, y me dediqué a saludar a mis conocidos, sonreír a todos, y dar coba a la prensa, mientras trataba de convencer a los asistentes de que mi relación con Sierra era auténtica.

—¿Puedes pedir a alguien del personal que ponga las bolsas de regalo en los asientos? —pedí a Sierra con discreción.

Ella asintió y desapareció con rapidez.

—¿Qué hay, Lockhart? —preguntó Tony Stafford, que se había acercado con un whiskey en la mano, para estrechar la mía con la otra.

Tony trabajaba para *LA Weekly*, y nos conocíamos desde la época en que salíamos de fiesta en la universidad.

—Eres un hombre muy ocupado —comentó—. Hace meses que mi secretaria intenta organizarme una comida contigo.

Me eché a reír y le di una palmada en el hombro.

—Es que no paro ni un momento. Producir una película y hacer feliz a tu prometida a la vez no es tarea fácil.

—Pues cuando te casas, aún es más difícil —bromeó Tony, ladeando la cabeza, antes de dar un trago a su bebida—. No he podido evitar fijarme en que tu futura esposa y tú sois noticia otra vez. He oído cosas muy interesantes en *Rumorz*.

Sabía que estaba tratando de sonsacarme información sobre la entrevista de Trey. Los periodistas solo vivían para las últimas noticias. Suspiré y sacudí la cabeza.

—Cuando uno es feliz, siempre termina por aparecer algún exnovio celoso.

—¿Puedo citar eso? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Solo si lo incluyes en una crítica muy favorable de la película.

—Tendrás que enviar a ese pobre hombre un premio de consolación —rio él—. Parece que dejó escapar a una chica de las buenas.

—Sierra es increíble. —La busqué entre la multitud, sin encontrarla —. Me ha hecho replanteármelo todo, ha conseguido que vea el mundo de otra manera. Es como la historia que contamos en *Cada día*.

Desvié la conversación de nuevo hacia la película y, siguiendo las instrucciones que Jillian me había enviado en su correo electrónico, dejé caer una serie de pistas sobre la próxima nota de prensa que emitiríamos desde Hart of Gold Productions. A la gente le encantaba seguir un rastro, y yo sabía que, cuando Tony hablara con los demás invitados, mencionaría la información que le estaba dando. Para cuando volvieran a casa esa noche, todos estarían entusiasmados con *Cada día*, y eso, unido a la publicidad que nos habría dado la entrevista de Trey, pondría las opiniones sobre la película como noticia destacada en todas las redes sociales.

—El caso es que tienes razón —dije, estrechando la mano de Tony una vez más cuando se abrieron las puertas de la sala de proyecciones—. Creo que debería enviarle una cesta de fruta.

Los asistentes se dirigieron a sus asientos con rapidez y, cuando intenté localizar a Sierra una vez más, comprendí que la había perdido entre la multitud.

28

SIERRA

—Señorita, ya han abierto las puertas.

Apreté el teléfono con más fuerza, mientras veía a Trey sonreír con petulancia en la pantalla al responder a otra pregunta de Milli. Aunque hubiera querido que sus palabras me sorprendieran, lo cierto era que seguía soltando las mismas mierdas competitivas y rastreras que debería haber esperado de él. ¿Qué mosca le había picado? ¿Se había cansado de ver mi cara en la prensa rosa, o de que la gente hablara de *Cada día*?

—¿Señorita?

Sentí un golpecito en el hombro. ¿*Qué*?

Al darme la vuelta, me encontré delante de una chica joven, vestida con un uniforme blanco y negro y que me dirigía una sonrisa de disculpa.

—Perdone —se disculpó—. No quería que se perdiera la película.

Levanté la vista y me fijé en que la sala estaba casi vacía. Me había ocultado en un rincón junto al bar para ver la entrevista de Trey una y otra vez. ¡El tío había mirado a Milli directamente a los ojos y le

había dicho que aún me quería! La última vez que habíamos hablado en persona, le dije que quería que nos viéramos más de unas cuantas veces a la semana, y él me había dicho que iba demasiado rápido. Y ahora, de repente, ¿decía que me quería?

Ufff… ¡Menudo imbécil!

Estaba tan absorta en mis pensamientos, que no me había dado cuenta de que todo el mundo se había dirigido a la sala de proyecciones.

—Gracias —dije a la camarera, que asintió y se dedicó a recoger las copas vacías.

Desde la sala de proyecciones, me llegó el sonido de la música que iniciaba la película. Finn había contratado una orquesta, porque el montaje preliminar aún no tenía banda sonora, y el sonido me dio escalofríos. Me estaba perdiendo la película, aquel proyecto en el que tanto había trabajado, por culpa del imbécil de Trey.

Guardé el teléfono y me apresuré a cruzar el vestíbulo, con la intención de entrar por la parte trasera de la sala sin ser vista, pero, cuando llegué a la puerta, encontré a Finn caminando ansioso delante de ella. En cuanto me vio, se detuvo y abrió los brazos con gesto dramático.

—¿Dónde demonios te habías metido? —exigió, con una intensidad que me sorprendió.

—Yo…

—¿Dónde están las tarjetas para comentarios? —exclamó, interrumpiéndome sin darme ni un segundo para contestar, con los labios apretados en una delgada línea.

—¿Cómo?

—¡La mitad de las bolsas de regalo no tienen tarjetas para comentarios! —Levantó una de las bolsas azules y la sacudió delante de mi cara—. He revisado todas las que había en mi fila y no había

ni una tarjeta —espetó—. Dijiste que te encargarías de ellas, ¿te acuerdas? «Yo me encargo y nos vemos en la limusina». ¿Te suena eso de algo?

El horror se apoderó de mí, un horror absoluto y completo. La sensación me paralizó, y me hizo sentir frío y náuseas al mismo tiempo. Sabía *perfectamente* dónde estaban las tarjetas. Atónita, cogí con una mano el bolso de noche que llevaba bajo el otro brazo.

—Oh, Dios mío.

Sus rasgos parecieron volverse de piedra, una piedra dura, amarga y rígida.

—¿Dónde. Están. Las. Tarjetas? —dijo con dureza.

Abrí mi bolso y las tarjetas cayeron a mis manos como un abanico.

—Las puse aquí para guardarlas —intenté explicar—, con la intención de atarlas en la limusina, por el camino.

—¿Y de qué cojones me sirven, metidas en tu bolso? —escupió él—. Eran la única razón de ser de las bolsas de regalo, joder. Asegurarnos de que la gente se iría a casa con una tarjeta y los enlaces a la encuesta de opinión.

Se me encogió el estómago.

—Lo sé. —Vaya si lo sabía—. No quería que…

—Y si lo sabías, ¿por qué están las tarjetas aquí? —replicó él, arrebatándomelas de un tirón.

—Cuando recibí la notificación de Jillian, me entró el pánico y se me olvidó todo lo demás —dije a toda prisa, antes de que me interrumpiera de nuevo—. Quería explicarte que era todo mentira, antes de que se te ocurriera alguna idea rara y pensaras que todo era verdad.

Tendí la mano hacia él, pero él se apartó antes de que pudiera tocarlo.

—¡Maldita sea, Sierra! Dijiste que podrías encargarte. Creía que podía contar con que tú no me causaras más problemas, maldita sea.

Se dio la vuelta e hizo un gesto al primer empleado que vio.

—¡Tú! —gritó.

Un hombre joven, vestido con uniforme, se acercó con una bandeja vacía. Finn se la arrancó de las manos y le entregó las tarjetas en su lugar.

—Te vas a quedar junto a la puerta y le vas a dar una tarjeta a cada persona que salga por ella cuando acabe la película. ¿Entendido?

El joven asintió y corrió a su puesto.

—Finn, lo siento mucho —dije, tendiendo la mano de nuevo hacia él.

Él sacudió la cabeza y apartó la mano de mi alcance.

—Es la última vez que confío en que alguien haga algo que debería haber hecho yo mismo —murmuró con amargura.

Sus palabras me dolieron, porque no eran ciertas y él lo sabía. ¿Cuántas veces lo había sacado yo de un lío? Con los plazos, las escenas repetidas, con todo lo de fingir *un maldito compromiso con él* y cambiar toda mi vida para representar el papel que me había impuesto. Había demostrado de sobra que podía confiar en mí, y no era justo que lo olvidase todo porque hubiera cometido un solo error.

—Mira, sé que la he fastidiado, pero creo que lo estás llevando un poco al límite. Se puede resolver con facilidad, y no ha pasado nada. ¿Por qué no entramos a disfrutar del resto de la película?

—¿Resolver con facilidad? —replicó—. Pero ¿es que no lo entiendes, Sierra? Siempre soy yo quien lo tiene que arreglar todo. Ya tengo bastante con arreglar los desastres que provoca mi madre, no necesito tener que arreglar los tuyos también. ¿Cómo es posible que

se te hayan olvidado las tarjetas? ¿Qué podría ser más importante que eso?

Sus palabras me sentaron como una bofetada en la cara.

—Discúlpame por haber sufrido un simple error humano —dije, con los brazos cruzados y parpadeando para contener una oleada de emoción— y por pensar que podría resultarte desagradable ver una entrevista en la que se decía que te estoy engañando. Cuando he oído lo que ha dicho Trey, lo único que he pensado ha sido en llegar a ti y asegurarme de que comprendieras que no era cierto. Perdóname por no ser una especie de maldito robot capaz de ignorar lo que eso podría significar para nuestra relación, ¡porque era más importante poner unas tarjetitas en unas bolsas de regalo!

Él me miró con desdén y yo levanté las dos manos.

—Dios, Finn, ¡perdóname por ser una persona con defectos!

—¡Joder, Sierra! —protestó—. ¡Estoy hasta las narices de la gente, sus defectos y de que sean siempre la excusa para fastidiarlo todo! ¿Por qué es tan difícil cumplir una promesa? ¿Por qué cuesta tanto seguir un guion, o hacer las cosas bien?

—¡No puedes tener un guion para todo en la vida! —grité, perdiendo los estribos a causa de la irritación.

Podía enfadarse conmigo todo lo que quisiera, pero yo también estaba harta de cómo intentaba controlarlo todo, hasta cada expresión de su cara y cada sonrisa, para manipular la opinión pública. Estaba harta de tener que descifrar en cada momento lo que era real y lo que era falso.

—No puedes planear todas tus emociones y todas tus reacciones por adelantado.

—Es evidente que sí, para no acabar en situaciones como esta.

—No todo va a salir siempre como has planeado —repliqué—. Las cosas no van a ser siempre perfectas, la realidad no es así. Por Dios,

¿tanto tiempo has pasado haciendo películas, que se te ha olvidado cómo es el mundo real?

Él apretó los dientes y un músculo le latió en la mejilla.

—Soy muy consciente de cómo es el mundo real.

—No creo que lo sepas —insistí—, porque no hago más que verte correr de un lado a otro, en una especie de versión falsa de tu vida, tan superficial y vacía como la sonrisa que pones para la prensa.

Él arrugó la bolsa de regalo con una mano, pero su voz sonó tremendamente calmada cuando habló.

—Si eso es lo que piensas, entonces creo que ya es hora de que acabe esta relación falsa.

—Puede que tengas razón. —Al decirlo, noté una dolorosa presión en el pecho.

—No tiene ningún sentido seguir prolongando esta farsa —añadió él, retorciendo aún más el cuchillo en mis entrañas—. Puedo conseguir el impulso necesario para *Cada día* con la historia de nuestra ruptura.

—¡No podemos romper si nunca hemos estado juntos! —estallé y, presa de la ira, me arranqué el anillo del dedo—. ¡Y toma esto!

Finn tendió la mano para que le diera el anillo.

—Muy bien —afirmó—. En cualquier caso, era el de Layla.

Aquellas palabras me dolieron más que nada de lo que había dicho hasta entonces, y me sentí asqueada. *Sabía* que había algo raro con aquel anillo. Algo que él no me había dicho.

Después de tanto tiempo llevando el anillo en la mano, saber que había sido el de su ex me pareció la peor traición de todas. Di media vuelta y salí del edificio a toda prisa, decidida a volver al ático, a *su* ático, para recoger todo lo que pudiera cargar y largarme de allí de una vez.

No quería volver a ver a Finn Lockhart en mi vida.

29

FINN

Estuve dando vueltas en la cama de un lado a otro, con los ojos cerrados, pero sin poder conciliar el sueño. Era imposible, pues cada inspiración me traía el aroma de Sierra, que empapaba las sábanas, aquel olor embriagador, a fresas y flores de melocotón. Era la hostia de difícil evitarlo, y ni siquiera era real.

No podía serlo, porque había pedido a mi asistente que cambiara las sábanas dos veces desde nuestra discusión la noche del visionado de la película, la semana anterior. Después, al volver a casa, encontré que se había llevado sus cosas y Su Miaujestad se paseaba de mal humor sobre su cama, en el cuarto de invitados. Desde entonces, el gato había estado durmiendo allí, y me miraba con desprecio cada vez que intentaba sacarlo de la habitación. Hasta me había mordido cuando había intentado darle su baño semanal, y se las había apañado para hacer trizas uno de aquellos jerséis que Grace había dicho que le pusiera. Y eso que le encantaban.

Por Dios, hasta mi gato me odiaba por dejarla marchar.

Me puse boca arriba y me froté los ojos con la base de las manos, con la esperanza de que aquello detuviera el incesante desfile de imágenes en mi mente. Todas ellas eran de Sierra, una y otra vez.

En cuanto dejaba de mantenerme ocupado con el trabajo, no podía pensar en nada más que en ella.

—Joder —gruñí en la oscuridad.

¿Sería aquello lo que le pasaba a mi madre cuando entraba en una de sus depresiones? ¿Se quedaba sentada, entristecida por todo lo que había salido mal? Tal vez ella, como yo, se pasaba las noches en vela, repasando todas las señales de alarma que no había visto, con la esperanza de sucumbir al sueño en algún momento.

Me puse del otro lado con un quejido para alcanzar mi teléfono, que estaba en la mesilla. Si no iba a dormir, aprovecharía para trabajar un poco. Borrar correos electrónicos sin importancia era una tarea que no exigía mucho esfuerzo y podía hacer sin haber descansado; al menos, así tendría la sensación de hacer algo productivo. Además, me recordaría lo que era importante de verdad, que *no* era mi relación con Sierra.

Ella y yo… nunca habíamos sido nada más que una campaña publicitaria, y siempre tuvo fecha de caducidad. ¿Qué importaba que el fin hubiera llegado un poco antes de lo esperado? No valía la pena perder el sueño por eso. Claro, que era justo lo que me estaba pasando.

Abrí mi correo y empecé a leer los mensajes. Respondí a algunas preguntas de Brenna y a peticiones para reuniones, e incluso organicé un par de comidas de trabajo con inversores interesados en la próxima producción de Hart of Gold. Sin embargo, al llegar a un correo que Jillian había enviado unas cinco horas antes, me detuve, sin saber qué información horrible me encontraría en su mensaje. Después de todo, así había comenzado toda esa tontería de fingir una relación.

Por fin, la curiosidad pudo más que yo y abrí el correo, para encontrar en él varios enlaces a diferentes artículos. Todos ellos contenían críticas del montaje preliminar de la película que habían ido saliendo a lo largo de la noche y, como la mayor parte de las que

ya había leído, todas ellas incluían alguna referencia a mi ruptura con Sierra, pues la prensa la había utilizado para llamar la atención del público sobre sus artículos.

En aquel momento, no me había dado cuenta, pero algunos de los asistentes al visionado de la película habían oído fragmentos de nuestra discusión, y se estaba especulando mucho sobre nosotros. Ahora que Sierra y yo habíamos roto oficialmente, los artículos sobre *Cada día* estaban recibiendo más visitas que nunca y, como consecuencia de la entrevista de Trey con Milli, la impresión de que Sierra me había engañado se había visto muy reforzada.

Tanto las revistas como internet me estaban mostrando mucha simpatía, y Jillian había declarado que eso era lo mejor que nos podía haber pasado en el periodo previo al estreno de la película y a su distribución en cines a mediados de diciembre.

Si lo pensaba con frialdad, sabía que ella tenía razón. Quería todo ese interés en la película, la publicidad, y que todo el mundo hablara de *Cada día es domingo*. Pero ¿estaba mal desear que mi vida privada siguiera siendo eso, *privada*? ¿Por una vez?

Cuando la luz perlada del amanecer iluminó mi ventana, comprendí que me había entretenido con los mensajes durante varias horas. Abandoné la idea de volverme a dormir y fui a ducharme al baño, aún lleno de las cosas de Sierra. Había botes de champú, cremas hidratantes y esponjas para maquillaje por todas partes. Tomé nota mental de pedir a mi asistente que las retirase cuanto antes. Me tomé mi tiempo para vestirme, haciendo lo posible para ignorar los calcetines de Sierra que se habían mezclado con los míos en el cajón.

Mi teléfono sonó, como una especie de distracción divina, y me lancé a recogerlo de la cama. Me sorprendió ver el nombre de Liam en la pantalla, porque se suponía que iba a ver a mis hermanos esa tarde, y pensé que llamaría para avisar de que no vendría.

—Hola —dije al contestar la llamada—. ¿Va todo bien?

—No quería despertarte —respondió en un tono que sonó asustado.

—No lo has hecho. ¿Qué pasa? —¿Sería Connor? ¿Le habría pasado algo a Grace?

—No habrás hablado con mamá hace poco, ¿no? ¿Como en las últimas veinticuatro horas? —preguntó.

—¿Qué?

No entendía su pregunta. ¿Por qué narices iba a hablar con mi madre? Hacía varias semanas que no lo hacía, y él lo sabía de sobra. Había explicado a mis hermanos que mamá había arruinado una de las escenas más importantes de la película, y me había costado mucho hacerlo.

—No, no he hablado con ella —expliqué, y seguía sin intención de hacerlo—. ¿Cuál es el problema?

—Ha estado bastante triste las últimas dos semanas o así —dijo él—. Desalentada, falta de energía, pero no ha llegado a encerrarse en su habitación del todo, así que he pensado que lo estaba llevando lo mejor posible.

¿Por qué me estaba contando aquello?

—Pero esta mañana no ha bajado a desayunar —continuó—. Suele ser la primera en levantarse, así que Mia ha ido a ver si le pasaba algo…

—¡Y se había ido! —oí decir a Mia un poco más lejos. Era evidente que Liam había conectado el altavoz del teléfono—. He revisado la casa entera. ¡Dos veces!

—Bueno, tenéis un montón de habitaciones —dije—. ¿Estáis seguros de haber mirado en todas partes? ¿No estará relajándose en la piscina con su…?

—*Finn* —interrumpió Liam en tono de advertencia—. Te juro que no está aquí.

Conocía a mi hermano y sus tonos de voz. A otra persona podría haberle parecido que estaba tranquilo, pero yo había detectado un leve temblor en su voz. Era lo más preocupado que lo había oído en mucho tiempo. Me froté los ojos, sin ganas de jugar a los detectives.

—¿Habéis intentado llamarla? Puede que haya salido a desayunar.

—Pues claro que lo hemos hecho —espetó—. No ha contestado, y no ha dejado ninguna nota ni nada. Pero todas sus cosas han desaparecido, y no está su coche.

¿Así que se había marchado? ¿Por eso me llamaba? Mi madre era una mujer adulta, y si quería ir a algún sitio, ¿cómo se suponía que íbamos a impedírselo?

—Ya he llamado a Connor —continuó Liam—, pero él tampoco está al tanto de que haya vuelto a San Francisco.

—Vale, bueno, estoy seguro de que estará bien —murmuré—. Le enviaré un mensaje, pero si no os ha contestado a ti y a Connor, dudo que me conteste a mí. En cualquier caso, os avisaré si me responde.

Liam titubeó al otro lado del teléfono.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, es solo que… ¿Un mensaje? ¿Eso es todo? —Sonaba sorprendido—. Había creído que tendrías un plan, o algo.

—Bueno, tú eres el señor Arreglalotodo —observé.

—Sí, pero tú eres el tío que suele tener recursos para cualquier situación. Tú sabes cómo vamos a reaccionar, incluso antes que nosotros mismos.

Estaba demasiado agotado para tener recursos.

—Avísame si aparece mamá —dije, interrumpiéndolo—. Hablaremos más tarde.

Colgué el teléfono y lo puse en silencio, sin ganas de organizar una misión de rescate. Y, en cualquier caso, ¿de qué demonios habría que rescatar a mi madre? Era una mujer adulta y podía tomar sus propias decisiones.

Me dirigí a la oficina pero, aunque había empezado el día más temprano, me costó centrarme en nada. A media mañana, Connor me envió un mensaje para avisar de que aún no sabía nada y que había intentado llamarme varias veces. Como no me apetecía que me sermoneara, lo ignoré y no me molesté en escuchar los mensajes que me había dejado.

Pero poco después, recibí una llamada de un número desconocido y, sin poder contener mi curiosidad, respondí.



Dos horas y media después, aparqué junto al Centro Médico Kern, en Bakersfield, y me dirigí a toda prisa a la entrada de urgencias.

—Soy Finn Lockhart —dije a la enfermera de la recepción—. Estoy buscando a mi madre, Cathleen Lockhart.

Ella hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta.

—Pase por allí. Una enfermera le recogerá y le acompañará.

Cuando atravesé la puerta, vi a una enfermera de mediana edad que llevaba un sujetapapeles y un vaso pequeño para recoger muestras.

—¿Es el hijo de Cathleen Lockhart?

Asentí como respuesta.

—Bien. Sígame.

Me acompañó a una habitación sencilla donde, recostada en la cama con una mano vendada y aspecto un tanto indignado, estaba mi madre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, mirándola de arriba abajo.

La enfermera contestó primero.

—Ha tenido un accidente de tráfico.

—¿Un accidente? —Sonó casi como un chillido.

—No son más que unos cuantos golpes —dijo mi madre, con voz apagada por el cansancio—. El coche no ha salido muy bien parado, pero el *airbag* me ha ayudado. El doctor ha dicho que me darían el alta en cuanto alguien viniera a recogerme.

—Iré a preparar la documentación —dijo la enfermera, antes de marcharse y dejarnos solos.

Caí en ese momento en que era la primera vez que estaba solo con mi madre desde que estallé contra ella aquel día durante la posproducción. Para ocultar mi incomodidad, me dejé caer en la silla junto a la cama e hice la pregunta a la que había estado dando vueltas desde que había recibido la llamada.

—¿Por qué me has llamado a mí?

Y no solo eso, sino que me había dado instrucciones claras de que no se lo dijera a mis hermanos. Yo había respondido que acabarían enterándose de un modo u otro, pero ella contestó que aún no estaba lista para enfrentarse a ellos, así que yo había cedido… Por ahora.

Mi madre se pasó la mano vendada por la melena, muy necesitada de un cepillo, y pensé en lo nerviosa que le pondría que se le engancharan los dedos en los nudos. Recordé a Connor, hacía décadas, de pie detrás de ella, en su tocador, cepillándole el pelo porque estaba demasiado deprimida para hacerlo ella misma.

—Los dos sabemos que, normalmente, no habrías recurrido a mí primero —dije, porque no tenía sentido fingir otra cosa.

Ella me miró con una sonrisa tensa.

—Sabía que, si llamaba a alguno de tus hermanos, vendrían a recogerme sin dudarlo, pero entonces querrían tener una *conversación*, y no me sentía con fuerzas. No quiero convertir esto en un problema enorme. Ha ocurrido, pero estoy bien. Lo único que quiero es irme a casa y olvidarlo todo, y sabía que tú lo harías posible. Siempre se te ha dado bien hacer desaparecer los problemas, y esa es la razón por la que te he llamado.

Inspiré con fuerza.

—Te llevaré a casa —dije por fin—, pero no hasta que me cuentes qué ha pasado.

—Creía que serías el único al que no le importarían los detalles —dijo mi madre con una risa débil.

—Sí, bueno, tampoco puedo dejarte en casa con un golpe en la cabeza, sin tener nada que contar a Connor y Liam.

Mi madre se frotó las manos en el regazo, en un gesto que recordaba de cuando era pequeño. Supuse que le proporcionaría cierta calma.

—X ha roto conmigo —explicó mi madre—, después de lo que pasó con aquella escena arruinada.

Aquello me desalentó muchísimo. Había visto el efecto que tuvo en mi madre que le rompieran el corazón, y nunca quise que pasara por ello otra vez.

—Bueno —dijo mi madre, en un tono tan cansado que daba la impresión de que ni siquiera tenía fuerzas para deprimirse—. Me compadecí un poco de mí misma, pero enseguida comprendí que lo que necesitaba era salir de la ciudad, así que recogí mis cosas y me marché.

—¿Y cómo ha ocurrido el accidente? —pregunté.

—Se me ha cruzado un ciervo en la carretera —explicó—. He dado un volantazo para esquivarlo, y de repente, me he encontrado en la

cuneta. Y aquí estoy —terminó, encogiendo un hombro.

Me invadió una sensación de alivio al comprender que el accidente no había sido culpa suya, y que no estaba demasiado inestable como para conducir. Ella me miró, con los hombros caídos en un gesto derrotado.

—Nunca dejarás de preocuparte por si me vengo abajo de nuevo, ¿no?

—¿Y me culpas por eso? —Me pasé la mano por la nuca—. Has estado deprimida durante casi toda mi vida.

—Soy consciente de eso —dijo mi madre—, y no sabes cómo querría que las cosas fueran diferentes, pero no puedo cambiar el pasado. Lo único que puedo hacer es decidir la clase de vida que quiero llevar ahora. Después de comprometerme a seguir la terapia y el tratamiento médico adecuado, empecé a verme a mí misma de otro modo. Comprendí que no necesitaba ser una persona definida por el dolor que me había llevado hasta ese punto. Podía escribir una nueva historia, encontrar tiempo para mi familia, volver a estudiar, e incluso enamorarme de nuevo.

Amor. ¿Era eso lo que había encontrado en X? Tragué un nudo que tenía en la garganta. Si se trataba de amor, entonces lo estaba llevando mucho mejor de cómo lo había hecho cuando nos dejó mi padre.

—Esperaba que trabajar como asesora histórica me diera la oportunidad de reescribir también mi historia contigo —dijo, en una confesión que me sorprendió—. Pensé que quizá podríamos construir una nueva relación.

—Yo, bueno… —¿Qué diablos podía responder a eso?—. No sé si seré capaz, mamá.

Me había llevado tantas decepciones con ella durante mi vida, que no sabía si sería capaz de empezar de nuevo.

—Sé bien que no ha sido fácil vivir conmigo —dijo mi madre con suavidad—, pero al menos espero, por tu bien, que puedas encontrar el modo de seguir viviendo sin estar todo el rato preparándote para lo peor.

Sus palabras me recordaron las de Sierra y me llevaron de nuevo a la noche del visionado de la película.

¡*No puedes tener un guion para todo en la vida*!

Mi madre tendió una mano hacia la mía y yo dejé que me la cogiera.

—No creo que nadie pueda ser feliz viviendo así —continuó—. Estás tan preocupado, preparándote para lo peor, que no eres capaz de relajarte ni disfrutar de la vida.

Me miró con intención, de una forma en que solo lo había hecho unas cuantas veces a lo largo de mi vida. Cathleen Lockhart estaba ejerciendo de madre, y no sabía cómo me hacía sentir aquello.

—¿Y de qué otro modo voy a vivir? —pregunté, oponiéndome a su argumento.

Si una parte de mí no hubiera estado preparada para la ruptura con Sierra, si no la hubiera previsto, mi vida se habría venido abajo. Era importante estar preparado para las cosas malas, porque siempre ocurrían. Siempre. Así era como funcionaba la vida, sobre todo en lo referente al amor.

—Tú has intentado encontrar el amor de nuevo, y fíjate dónde has acabado —continué—. X te ha dejado, y estás sola en el hospital, con un golpe en la cabeza.

—¿Y qué? —dijo ella, levantando un lado de la boca—. ¿En serio crees que tu forma de hacer las cosas es mejor? Me he enterado de lo ocurrido entre Sierra y tú. Eres tú quien ha decidido no dar otra oportunidad al amor, y has acabado en el mismo sitio que yo. Te han dejado, estás solo y has acabado en el hospital con tu madre, que

tiene un golpe en la cabeza. Al menos, yo me lo he pasado bien antes de llegar aquí.

Reí sin ninguna gana. De verdad que no quería pensar en cómo se lo había pasado con X.

—Creo que, después de todo lo que he vivido —siguió diciendo mi madre—, prefiero dar una oportunidad al amor y que salga mal, a darme cuenta de que he pasado tanto tiempo preocupándome por si ocurre lo peor, que ni siquiera lo he intentado.

30

SIERRA

—Creo que esa era mi última pregunta —dijo el entrevistador, después de pasar a la última página en su sujetapapeles y mirarla con rapidez.

Ay, gracias a Dios. Si tenía que grabar una entrevista más, acabaría gritando.

—Sí, eso es todo —confirmó—. Muchas gracias por tu tiempo.

—Gracias a ti —respondí, tendiendo la mano para estrechar la suya, mientras perdía lo que quedaba de mi sonrisa.

—¡Estupendo, Sierra! —dijo Jillian desde el otro lado de la sala, donde se encontraba con tres de sus asistentes para dirigir a los actores y el resto del equipo a sus respectivas entrevistas.

No me había mirado, porque tenía la vista clavada en el teléfono, pero no me importó. Me levanté de un salto de la silla de lona plegable, una de esas que suelen usar los directores de las películas, y salí de la zona de entrevistas. La sala estaba llena de pósteres promocionales de *Cada día*, y la pared estaba cubierta con un enorme telón en el que se repetía el logo de Hart of Gold Productions. Todo aquello me resultaba abrumador, sobre todo

teniendo en cuenta mis circunstancias en ese momento. Estaba haciendo todo lo posible para mantener el tipo.

—¡No te alejes mucho! —gritó Jillian detrás de mí.

—Creía que había terminado —comenté con una mueca.

—Brenna tiene tu agenda —dijo Jillian por encima de su hombro, antes de murmurar algo sobre Kaiden y apresurarse a ir a buscarlo.

Aproveché la oportunidad para salir de la sala y tomarme un respiro antes de la siguiente entrevista. Cuando terminara todo aquello, no quería volver a oír las palabras «campaña de prensa para los Óscar» en lo que me quedaba de vida. Llevábamos casi una semana de promoción, y yo había aceptado participar en ella porque lo necesitaba para conseguir mis propias nominaciones a los premios. Sin embargo, el proceso me había parecido mucho más atractivo antes de que las cosas se fueran a pique entre Finn y yo; antes de que Hart of Gold Productions se convirtiera en un pozo de arenas movedizas donde me hundía lentamente. Y lo cierto era que me estaba costando mucho reunir el entusiasmo necesario para continuar con todo aquel proceso.

Por suerte, aquel era mi último día, la última vez que tendría que poner el pie en su estudio, y Ro me había acompañado para darme apoyo emocional. Saqué el teléfono del bolsillo y le envié un mensaje.

¿Dónde estás?

En la zona de catering, respondió. *Todo el mundo quiere saber qué ha pasado contigo y Finn. ¿Has terminado ya?*

Estoy haciendo un descanso, respondí, dejando escapar un gruñido. *Creo que me falta una entrevista.*

Vente para acá.

Mejor no.

Las señoras del catering están de tu parte, no te preocupes.

Miré con una mueca la pantalla del teléfono. No quería que hubiera *partes* en todo aquello. El rumor de nuestra ruptura había corrido por el estudio como la pólvora, y la gente había tenido una de dos reacciones: o no eran capaces de mirarme a los ojos cuando me cruzaba con ellos por el pasillo y me dedicaban sonrisas incómodas y forzadas, o me señalaban a sus amigos sin dejar de mirarme.

Habían pasado dos semanas desde la ruptura, y ya estaba harta de sentirme como una especie de atracción de feria. Solo esperaba que todo aquello acabara de una vez.

Levanté la cabeza al escuchar unos tacones acercándose por el pasillo y, por el ritmo, supe que era Brenna. Iba a echarla de menos. Las cosas no habían sido iguales desde que…

Bueno, supuse que sería difícil seguir con nuestra costumbre de cotillear sobre lo que pasaba en el trabajo, ahora que yo misma era el objeto de los cotilleos. En respuesta, Brenna se había puesto en modo profesional y se había dedicado a acompañarme de entrevista a entrevista con los diferentes medios a los que había invitado Jillian.

—De acuerdo —dijo cuando me alcanzó, consultando su tableta—. Jillian se está ocupando ahora de las entrevistas de Kaiden, así que tienes unos veinte minutos antes de que vuelva a estar lista para ti.

—Voy a pasarme por el catering para coger un café —anuncié, con la intención de alejarme de aquella situación tan incómoda.

Brenna asintió y envió un mensaje desde su tableta.

—Me parece bien. Iré a recogerte en unos minutos.

Me marché sin decir nada más. Una parte de mí se preguntaba si Finn habría asignado a Brenna a supervisarme, con la esperanza de que entrara y saliera del edificio lo más rápido posible. Me había estado esquivando, pero eso no me preocupaba. Tampoco es que yo

quisiera verlo a él, porque eso solo habría hecho que las dos últimas semanas fueran aún más difíciles.

Mi teléfono empezó a vibrar cuando iba por el pasillo.

—Hola, mamá —contesté la llamada y entré en una sala vacía—. Estoy en el trabajo, así que solo tengo un minuto, pero puedo llamarte más tar…

Escuché un sollozo tremendo a través del altavoz del teléfono y el alma se me cayó a los pies.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniéndome en alerta al instante.

—Acabo de llegar a casa del trabajo —dijo mi madre con un sollozo —, y no encuentro a Larry por ningún sitio. Sus llaves no están, no contesta el teléfono y creo que ha hecho una maleta, y yo… —El resto de la frase quedó ahogado por el llanto.

—¿Estás segura de que no ha salido con sus amigos, o algo así?

—No —dijo mi madre con voz temblorosa—. He encontrado una nota en la mesa de la cocina.

Sentí una descarga de adrenalina recorrer mi cuerpo, pues mis peores temores sobre aquella relación parecían haberse hecho realidad. Había sospechado que Larry no estaba interesado en nada a largo plazo; me había dado esa impresión desde el principio. En lo que se refería a las relaciones de mi madre, no habría sido la primera vez.

—Dice que necesita aclararse las ideas —explicó mi madre—. Y yo no… No… —Su voz era más espesa, le costaba hablar—. No sé qué hacer.

—Oh, mamá —dije con suavidad, y con el pecho encogido. Las dos sabíamos qué significaba eso de «aclararse las ideas», y yo no me sentía capaz de cargar con dos rupturas a la vez, no en ese momento—. Ya verás como todo va bien. Ya hemos pasado por esto antes.

—Pero Larry era diferente —dijo ella—. *Éramos* diferentes. Esto… Esto no debía pasar.

Uf. Sabía bien cómo se sentía mi madre, pero parecía que el reloj había dado la medianoche para las dos.

Ella hipó y ahogó otro sollozo para seguir hablando.

—Es que pensaba que esta sería mi oportunidad, ¿sabes? Creí que él era mi auténtico amor. ¿Me estaba engañando a mí misma? Puede que mi destino sea estar siempre sola.

—No digas eso.

Mi madre siempre había sido la clase de persona que creía que el amor estaba a la vuelta de la esquina, pero ya era hora de que dejara de creer en ello.

—Quizá el amor no sea para mí. —Dio un largo suspiro—. Tal vez no encuentre nunca mi final feliz.

Sus palabras se me clavaron en el corazón como flechas, y no pude evitar sentirme abrumada por la tristeza. Pensé en Finn, y en lo raro que me parecía el mundo ahora que no formaba parte de él y, solo con eso, el dique con el que había contenido mis sentimientos se vino abajo y me eché a llorar desconsolada.

—¿Sierra? —dijo mi madre, que al oír mis sollozos adoptó inmediatamente una actitud maternal—. Cariño, ¿qué te pasa?

No supe ni por dónde empezar. ¿El compromiso falso o la relación real? ¿La entrevista de Trey con Milli o la discusión con Finn que había acabado con todo? Eran demasiadas cosas, así que opté por empezar por el principio, con el encuentro en Puntadas. Para cuando terminé de contarlo todo, me había perdido la siguiente entrevista y había recibido una docena de mensajes de Brenna y Jillian, cada uno más frenético que el anterior.

—Vaya —dijo mi madre, que parecía bastante sorprendida por mi confesión—. Está claro que te han pasado muchas cosas. Ojalá me

lo hubieras contado antes, habría podido apoyarte.

Sus palabras reconfortantes acabaron con el poco autocontrol que me quedaba y me eché a llorar de nuevo. Era la primera vez que me había permitido llorar desde aquella primera noche.

—Ni siquiera sé por qué estoy tan triste —admití—. Nunca tuvimos intención de que fuera real. Debería poder superarlo, como con cualquiera de los otros tíos con los que salí antes. No sé por qué esta vez me está costando tanto.

—Tal vez porque sí sentías algo por él —sugirió mi madre.

Quizá eso era cierto, al menos para mí. En algún momento de todo aquel desastre, había empezado a querer a Finn.

—¿Sabes? —dijo mi madre con suavidad—. Creo que se puede querer a mucha gente, Sierra. La gente va y viene de nuestras vidas, y son importantes mientras están en ella, pero, cuando se van, nos permiten seguir adelante. Y también creo que, tal vez, solo nos enamoramos una vez, y es muy difícil recuperarse de ese amor. Al menos eso es lo que yo siento por Larry. No digo que Finn sea ese hombre para ti…

Pero ¿y si lo era? pensé entristecida. ¿Y si él era el único hombre del que me enamoraba, y lo había perdido? Me aclaré la garganta.

—Creo que te voy a dejar, mamá. ¿Estarás bien?

—Sí —respondió mi madre en un tono que me sorprendió por su tranquilidad—. Estoy bien. Te quiero, no lo olvides. Y tampoco olvides que las dos estaremos bien. Las mujeres Banks somos muy duras. Te llamaré más tarde, cariño.

Colgué el teléfono y, sin sentirme dura en absoluto, escribí un mensaje de disculpa a Brenna y Jillian, antes de dirigirme al taller de vestuario para echar un último vistazo al lugar que me había traído tanta felicidad en los últimos meses. Echaría de menos el taller, al equipo y crear algo entre todos.

Entré en mi despacho y me senté a la mesa para recoger el resto de mis cosas, y metí en el bolso mis bocetos y mis tijeras de cortar favoritas. Miré a Merle, que seguía en el rincón con una lata de RevX pegada en la mano, aunque una noche que me quedé tarde me había comido las almendras que había tenido pegadas en la otra. Hubiera querido poder llevármelo en el bolso también.

—Toc, toc —dijo alguien en la puerta.

Al volverme, vi a Paisley, Trin, Brenna, Shaw y Ro al otro lado del umbral.

—Te acabo de enviar un mensaje —dije, mirando a Brenna con el ceño fruncido.

—Sí, lo sé —dijo ella—, y te entiendo. Llega un momento en el que uno no aguanta más entrevistas y, siendo sinceros, esto no puede ser fácil para ti.

La miré parpadeando despacio. ¿Por qué se comportaba justo al contrario de como lo había hecho toda la semana?

—Lo digo en serio —continuó, entrando en el despacho—, estaba hasta las narices de ser profesional. Desde hace días, lo único que quiero es decirte que todo esto me parece horrible, y lo siento mucho.

Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Me tomé un momento para disfrutar del abrazo, mientras Paisley entraba en la habitación para dejarse caer en el sillón de la esquina, y Trin, Shaw y Ro se acomodaban en el sofá. Cuando Brenna me soltó, inspiré hondo. Apenas había conseguido controlar mis lágrimas y ahora tenía que evitar una segunda oleada.

—Oye, no hace falta que intentes ser fuerte por nosotros —dijo Trin —. Sabemos lo mucho que has trabajado para la película de Finn, y la forma en que te trató la noche del montaje preliminar fue horrible.

Conseguí esbozar una sonrisa temblorosa. Ya había oído todo aquello de boca de Ro, que en ese momento inclinaba la cabeza como diciendo: *¿Ves? Yo no soy la única que piensa así*.

—Gracias —dije en voz baja—. Os agradezco mucho el apoyo, pero ¿qué hacéis todos aquí?

—Es tu último día oficial en *Cada día* —dijo Ro—, así que Brenna nos ha invitado a venir para despedirnos. Bueno, yo sigo viviendo contigo, pero ya sabes a qué me refiero.

—Hemos pensado que alguien debería celebrarlo contigo —dijo Brenna—, y reconocer todo el trabajo que has hecho.

—¡Y yo he traído esto! —añadió Shaw, que acababa de sacar una enorme botella de champán del bolso.

—¿Cómo narices has metido eso ahí? —preguntó Trin, con los ojos clavados en su bolso.

—Si me organizo bien, puedo usar este trasto como maleta —explicó Shaw con una sonrisa de superioridad—. Bueno, el caso es que me regalaron esta botella el primer día del rodaje y la he estado guardando para una ocasión especial. Creo que esta lo es.

—Os lo agradezco mucho a todos, aunque no puedo decir que tenga muchas ganas de celebrar nada.

Solo quería irme a casa, terminarme el envase de helado tamaño familiar que había estado comiéndome en las últimas dos semanas y ver programas de telerrealidad con Ro.

—Pero aquí has hecho un trabajo fantástico —apuntilló Brenna—, y eso merece al menos una copa.

Paisley cogió la botella de manos de Shaw, quitó el corcho, que hizo un ruido sordo, y sirvió champán en unos pequeños vasos de plástico que Shaw había sacado también de su bolso.

—Oye, en serio, ¿ese es el bolso de Mary Poppins, o qué? —preguntó Trin, provocando las risas del grupo.

Paisley se puso en pie, levantó su vaso y se aclaró la garganta.

—Bueno, solo quiero decir que he trabajado para muchos diseñadores de vestuario en este sector, y Sierra es mi favorita, sin ninguna duda. Y no lo digo porque seamos amigas, o porque espere que me contrate para su próximo proyecto. —Levantó las cejas y me miró—. Lo digo en serio. He aprendido mucho de ti en todos los proyectos que hemos hecho juntas: no solo cómo preparar un vestuario, sino cómo ser la clase de persona con la que todo el mundo quiere trabajar, y eso ha sido muy importante para mí. Así que, por ti.

Levantó el vaso hacia mí y siguió hablando.

—Por ayudarnos, inspirarnos y recordarnos que, lo que realmente importa en la vida, es tener un buen par de tijeras de cortar.

Me eché a reír y me puse en pie para tocar mi vaso con el suyo.

—No estoy segura de haberos enseñado nada esta vez, pero os lo agradezco mucho.

—Bueno, yo he aprendido que Kaiden besa fatal —soltó Shaw de repente, y abrió mucho los ojos como si no hubiera tenido intención de decirlo en voz alta.

—¡Oh, sí, cuéntanoslo todo! —exigió Trin, mientras yo me echaba a reír detrás de mi vaso.

—No sé, había mucho choque de dientes —respondió ella, arrugando la nariz—. Besa como me imagino que deben besar los caballos.

Trin se echó a reír a carcajadas.

—Pero —continuó Shaw— lo mejor es que he aprendido a no meter vestidos en la lavadora. Mejor les dejo eso a los profesionales.

Paisley levantó su vaso en un saludo.

—Armajirón. Superado, pero no olvidado.

—Supongo que he aprendido a no volar demasiado cerca del sol —dije, pensativa—. Lo de querer reconocimiento y premios está muy bien en este negocio, pero a veces es mejor no llamar demasiado la atención, y limitarse a hacer el trabajo que te gusta, sin añadir más estrés y presión.

Desde luego, esa sería la última relación que aceptaba fingir en mi vida.

—Me alegro de que por fin hayas comprendido que puedes volar sola —dijo Ro—. Que creas en ti misma lo bastante como para luchar por nuestra película, y que te respetes lo bastante como para enfrentarte a Finn, y no aceptar menos de lo que te mereces. Porque te mereces amor y respeto, Sierra.

—Creo que todos nos merecemos eso, como mínimo —respondí con dificultad.

—¡Brindo por eso! —dijo Paisley, y todas bebimos hasta terminarnos la botella.

31

FINN

—¿Dónde está la carne? —preguntó Connor, mientras buscaba en las bolsas de compra que había sobre la isla de la cocina de Liam.

Mi teléfono recibió un mensaje de Brenna.

Aún no has comprado el regalo de Navidad de Grace. Me pediste que te lo recordara, así que este es el recordatorio.

No sabía qué bicho había picado a Brenna últimamente, pero estaba más… ¿insolente? Desde luego, parecía respetarme menos.

Hablaré con Connor después y te enviaré una lista, respondí.

Si me la mandas después de comer, lo compraré esta tarde. Si voy a tener que pedirlo por internet para que se lo envíen a casa, ya vamos con el tiempo justo.

—¿Te estás comiendo mi comida?

Me froté los ojos. ¿Qué día era? Entre el preestreno de *Cada día es domingo* y todo el trabajo necesario antes del estreno en cines ese fin de semana, había perdido la noción del tiempo por completo. Sabía que Navidad estaba a la vuelta de la esquina, pero en lo único

que podía pensar era en si *Cada día* arrasaría en los cines y, lo que era más importante, si barrería a *La última decisión*, la maldita película de guerra.

Aquella idea me martilleaba el cerebro sin cesar y, en ocasiones, era lo único en lo que podía pensar. Tal vez, eso era lo mejor, porque en cuanto dejaba de pensar en las cifras, mis pensamientos se volvían a Sierra, y no quería recordarla.

—¡Tío!

—¿Eh? —pregunté cuando Connor agitó la mano delante de mi cara —. ¿Qué?

—Llevas como cinco minutos con la mirada perdida en el teléfono —dijo Liam.

—¡Y te estás comiendo mis tacos! —añadió Connor que, tras lanzarme una mirada severa, retiró la caja de mi alcance y la atrajo hacia sí.

—Mierda, lo siento. —Al menos, ahora que éramos adultos no nos peleábamos por la comida—. ¿Qué quiere Grace para Navidad?

—Un tío con la cabeza en su sitio —murmuró Connor, antes de empezar a comer.

—Eso no ayuda —dije—. Envíame una lista, o le compraré la granja de ovejas.

Connor resopló.

—En serio, tío. ¿Dónde tienes la cabeza? —preguntó Liam, sirviéndose nachos y salsa en el plato.

Había sido su turno de elegir restaurante para nuestra comida semanal, pero los fotógrafos no me habían dejado en paz desde que rompí con Sierra, así que, para evitar ser acosados por hombres de mediana edad provistos de cámaras, habíamos optado por pedir

comida para llevar en Sharkies, su restaurante de tacos favorito, y llevarla a su mansión en Studio City.

Mia estaba en VeriTV Studios, trabajando en la próxima temporada de su serie de éxito, *Morir a fuego* y, con mamá de vuelta en San Francisco con Grace, teníamos la casa para nosotros solos.

—Te advertí que no leyeras las críticas —dijo, sacudiendo la cabeza —. Seguro que habrá algunas lamentables mezcladas entre todas las buenas. No dejes que se te metan en la cabeza.

—No lo hago.

Desde el estreno, la mayoría de las críticas habían sido positivas. Sí, siempre había gente que decía no «pillar» la historia, pero los críticos que importaban, los que tenían la posibilidad de influir en la opinión pública, habían dicho cosas estupendas.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Supongo que es lo del estreno. Entonces sabremos cuál es la opinión real del público sobre la película, y eso será lo que nos puede distinguir de los demás. Y, por supuesto, quiero que se hable de nuestra película lo bastante como para poder optar a algún premio.

—Pero ¿cómo llevas *tú* todo eso? —preguntó Connor, inclinando la cabeza en mi dirección.

Tiré del cuello de mi camisa y desabroché el primer botón.

—Mientras la prensa sea favorable, no tendré ningún problema.

Connor mordió medio taco de un bocado.

—Mentiroso —murmuró con la boca llena.

—¿Has dicho algo? —repliqué.

Liam extendió el brazo y me dio un codazo.

—Estamos preocupados por ti, tío.

—¿Por qué? Estoy genial.

—Genial —repitió Connor, haciendo el gesto de las comillas.

—Estás trabajando más horas de lo habitual —señaló Liam—. A ver, todos trabajamos mucho, eso no es nuevo, pero he oído que algunas noches, ni siquiera has ido a casa a dormir.

Porque, algunas veces, volver a casa a dormir en aquella enorme cama vacía resultaba muy deprimente.

—¿Te importa explicarme eso que has oído?

—Sin comentarios —dijo Liam.

—Y hoy has intentado escaquearte de la comida —comentó Connor —, lo que es mala señal. Ya sabes que no cancelamos la comida semanal bajo pena de lesiones graves.

Me humedecí los labios. Me habían pillado, y no podía quitar importancia a su preocupación. Era cierto que había intentado esquivar a mis hermanos aquel día, pero la razón principal era que no estaba de humor para un interrogatorio, por buenas que fueran sus intenciones.

—No hay de qué preocuparse —les aseguré.

—Y antes de que empecéis a meteros conmigo por quedarme a trabajar hasta tarde, que sepáis que la semana pasada salí de fiesta casi todas las noches. Creedme, no estoy trabajando demasiado.

Lo cierto era que había tenido varias reuniones con distribuidores e inversores, para preparar los próximos proyectos de Hart of Gold, pero no era necesario que lo supieran.

Connor emitió un murmullo, sin dejarse convencer.

—Que «saliste de fiesta». Eso es lo que haces cuando intentas ocultar que te estás viniendo abajo.

—No me estoy viniendo abajo.

—Se te olvida que hemos tenido décadas para pillarte los faroles —observó Liam—. Sabemos que, cuando lo estás pasando mal, te enfrentas al mundo detrás de una fachada. Porque, mientras tengas esa sonrisa brillante, ¿qué podría ir mal?

Gruñí, molesto por lo bien que me conocían. Odiaba la forma en que me analizaban, y que fueran capaces de ver bajo la fachada. Eso era lo mismo que había hecho Sierra, y tampoco me gustaba pensar en lo bien que había llegado a conocerme. Me dolía en un lugar del pecho, tan profundo que no podía alcanzarlo.

Liam me ofreció el envase de los nachos.

—¿Y cómo llevas lo de la rup…?

—He estado hablando con mamá desde que ha vuelto a San Francisco —me apresuré a decir, interrumpiendo su pregunta.

Liam me miró con suspicacia. Por lo general, no me permitiría salirme con la mía cambiando de tema, pero esperaba que no fuera capaz de resistirse a que fuera yo quien hubiera sacado el tema de nuestra madre.

—Me dijo que la última vez que hablasteis, no parecías muy dispuesto a arreglar las cosas entre vosotros.

—Sí, bueno… —Desde entonces, habían ocurrido muchas cosas—. No es que tengamos charlas diarias ni nada de eso. Creo que aún falta mucho para llegar a ese punto, pero, al menos, hemos estado hablando y… ha ido bien.

No estaba seguro de cómo evolucionaría nuestra relación en el futuro, pero había hecho el esfuerzo de no apartarla de mí otra vez.

—Me alegro de que te estés planteando perdonarla —dijo Connor, aliviado.

—Lo de la escena que echó a perder me enfadó mucho, pero creo que ya lo hemos superado —dije, con el ceño fruncido—. En cierto modo, la distancia ayuda, porque tenerla en el set fue… difícil, incluso antes de enterarme de lo suyo con X.

Mis dos hermanos parecieron incómodos al escuchar la referencia a X, sobre todo Connor. Yo había tenido más tiempo que ellos para hacerme a la idea de que mi madre volvía a salir con alguien, pero para Liam y Connor, la información aún era relativamente reciente, y todavía estaban tratando de asimilar que nuestra madre estaba dispuesta a volver a intentarlo con alguien.

—No me refería solo a perdonarla por lo de la escena —dijo Connor —, pero gracias por recordarnos que mamá se había liado con el director de tu película sin que lo supiéramos.

—Y en mi propia casa —añadió Liam con una mueca.

—Parece que mamá se lo pasó mejor en ella que Mia y tú —respondí con una sonrisa irónica.

—Para, por Dios —pidió Liam frotándose los ojos—. No necesito pensar en eso.

—En cualquier caso —dijo Connor para cambiar de tema—, sabemos que tus problemas con mamá empezaron mucho antes de lo que pasó en la película. Puede que no sea yo quien deba decir nada… —suspiró—, pero todos sabemos que nunca has perdonado a mamá por lo mal que lo pasó cuando éramos pequeños. Creo que esa es la razón por la que tu relación con ella siempre ha sido tan difícil.

—No la culpo por su depresión —dije—, es solo que he dejado de esperar lograr un resultado diferente.

—Exacto —dijo Connor—. Y eso también es muy difícil para ella.

—¿Difícil para *ella*?

Intenté no sonar ofendido, sin conseguirlo. Connor había tenido la misma infancia horrible que yo.

—Recuerda la cena familiar que organizó aquí, en casa de Liam —continuó—. Tenías a tu cocinero listo desde el primer momento, ni siquiera le diste una oportunidad. Venías preparado para que nos decepcionara a todos.

—¡Y lo hizo! ¿No recordáis aquel paté tan malo? —exclamé.

—Lo que decimos es que *siempre* estás esperando que se venga abajo —intervino Liam—, y es posible que sea eso lo que te impide tener una buena relación con ella.

—Ya, bueno, a veces mis planes han servido para salvarnos el culo —repliqué.

—No digo que no sea cierto —corroboró Liam—, pero creo que tu negativa a ver solo sus fallos te ha llevado a tratarla siempre como una bomba a punto de estallar.

Yo asentí, sin ver el problema.

—Eso significa que siempre estoy preparado para cualquier desastre.

—Y también significa que nunca te has molestado en ver otros aspectos de ella —dijo Connor—. Es una mujer inteligente, divertida, interesante… Creo que hasta podrías encontrar algo en común con ella si llegaras a conocer la clase de persona que es, la persona que ha conseguido encontrar gracias a la terapia y el tratamiento, en lugar de estar esperando siempre a que te muestre su peor lado.

—Yo sé que es duro —intervino Liam—, pero las cosas han mejorado mucho entre mamá y yo últimamente. En tu caso, podría pasar lo mismo, y creo que significaría mucho para ella. También te iría bien dejar de estar siempre preparándote para lo peor.

—No hay nada malo en querer estar preparado —dije, a la defensiva —, o en tener un plan listo, por si las cosas van mal o se complican.

—De acuerdo, pero dime una cosa —pidió Connor—. ¿Hay al menos una sola cosa en tu vida que no sea difícil o complicada?

Consideré su pregunta. *Cada día* era una cosa buena, pero no podía negar que había tenido bastantes complicaciones. Sierra había sido una cosa fantástica, pero nuestra relación se había venido abajo y me había dejado sumido en un desastre. Cuanto más lo pensaba, más me veía obligado a admitir que ninguna relación importante, ni ningún logro relevante, estaban exentos de complicaciones.

—Exacto —dijo Connor, que había tomado mi silencio por una confirmación—. Fíjate en mí. Mi divorcio fue un desastre, y supongo que se podría decir que, si nunca hubiera conocido a Ali y no la hubiera cortejado, mi vida sería mucho menos complicada. Pero en ese caso, nunca habría tenido a Grace y, ¿no crees que ella me compensa todos los problemas y disgustos?

—Y piensa en todos los problemas que tuve yo con *Morir a fuego* —añadió Liam—. Al final, todas esas dificultades fueron lo que nos unió a Mia y a mí. No digo que sea fácil, pero a veces, vale la pena afrontarlo.

—Pero, otras veces, la decisión correcta es evitar los problemas —argumenté—. Lo que me pasó con Layla fue uno de esos problemas. ¿Estáis diciendo que debería haber intentado superarlo y seguir con ella incluso después de que me engañara?

—No, ¡claro que no! —dijo Connor, después de recoger con un nacho un poco de carne que se le había caído del taco—. Cuando solo uno de los dos se preocupa por que la relación funcione, dejarlo es la decisión correcta, pero si alguien te quiere y se está esforzando por llegar a un compromiso contigo, serías un imbécil si lo echas todo a perder solo porque sea difícil.

—Nadie a quien merezca la pena amar va a encajar en tu idea de la perfección —dijo Liam—. Me preocupa que te pases el resto de tu vida tratando de hacer encajar a la gente en moldes que no existen. Un día, te despertarás y te darás cuenta de que a nadie le importa cómo ves tú la vida. Y si acabas solo, ¿para qué te has molestado en pasarte media vida representando un papel?

Vale, de acuerdo, tal vez tenían razón. Mi madre nunca sería la madre que quise tener cuando era pequeño, pero eso no significaba que debiera negarme a tener una relación con ella, una relación basada en quién era ella, en lugar de quien yo quería, o temía, que fuera. Y… Un momento.

—Seguimos hablando de mamá, ¿no?

—Vaya, hombre —dijo Connor, haciendo una mueca sarcástica—. No dará la casualidad de que haya otra mujer increíble y muy compleja en tu vida, con la que también hayas fastidiado una relación, ¿verdad?

Su sarcasmo me hizo poner los ojos en blanco.

—Vale, lo pillo.

—Por fin —dijo Connor, pasándome el brazo por delante para coger otro taco—. Porque la misma lección sobre aprovechar la oportunidad para ser feliz se aplica a Sierra.

Liam asintió.

—Es hora de aceptar los desastres, Finn. —Me dio una palmada en el hombro—. Es hora de dejar de ser el «Encantador» y luchar por todas esas cosas perfectamente imperfectas que hacen que merezca la pena vivir la vida.

32

SIERRA

—El caso es que estoy pensando en romper mis propias reglas —dijo Ro, al otro lado del teléfono.

—¿Una segunda cita? —pregunté con un respingo.

Dejé a un lado la prenda que estaba cosiendo para el último corto producido por Ro, y bebí otro trago de café. Se suponía que iba a empezar los tres días de rodaje ese fin de semana, ahora que todo el mundo había vuelto al trabajo después de las fiestas.

—No —continué—. Eso no es propio de Ro «Solo una cita» Gilmore. Debe de ser algún tipo de milagro post-navideño.

—¡A que sí! —admitió ella—. No me reconozco a mí misma.

—Yo tampoco. —Eran casi las once de la mañana, y aún no había vuelto a casa, después de salir toda la noche—. Supongo que el sexo sería increíble.

—Esa es la cuestión —explicó Ro—. Ni siquiera nos hemos acostado juntos. Bueno, sí lo hicimos, en el sentido literal. Dormimos en la misma cama, con toda la ropa puesta. Fuimos a su casa y,

básicamente, nos quedamos fritos. Me desperté con sus brazos alrededor de mí y me pareció… agradable, ¿sabes?

Sí que lo sabía o, al menos, lo había sabido. La idea me atenazó el corazón, pero me tragué mis sentimientos.

—Y cuando murmuró en mi oído que deberíamos hacerlo otra vez… La idea me pareció muy atractiva.

Fingí soltar un sollozo.

—Mi pequeña Ro-Ro se ha hecho mayor. —Tal vez había descubierto que, en su vida, había sitio tanto para perseguir su sueño de ser directora, como para encontrar el amor—. Tendremos que recordar este momento.

—No te emociones mucho —resopló ella—. No es más que otra cita y, hablando de eso, Colin dice que tiene unos cuantos amigos solteros, así que la invitación a una cita doble sigue en pie.

Hice una mueca. Ro había intentado convencerme la noche anterior de que me apuntara a una cita doble con ellos, para que no me quedara compadeciéndome de mí misma, pero lo cierto era que no me apetecía. Había tomado la decisión de dejar de conformarme, sobre todo en lo referente a mis relaciones. No pensaba tener ni una sola relación insulsa más con capullos como Trey, solo porque pasaban por ahí y me dedicaban un poco de atención. Y en lo referente a hombres como Finn…

Bueno, al menos tenía algo a mi favor: no había más hombres como Finn. Él era único en su clase, y eso me venía muy bien, porque ya había pasado un mes desde que rompimos, y mi corazón roto no daba señales de recuperarse.

Pero, en lugar de revivir mis dramas con Ro, reuní fuerzas para reír un poco.

—Ni en broma —dije—. No quiero estropear tus progresos apuntándome a tu cita.

Ro soltó un murmullo.

—Aún creo que salir con alguien puede ser demasiado complicado para mis proyectos de dirección pero, por ahora, voy a hacer otro intento.

—Y hablando de tus proyectos, la ropa está quedando fenomenal —dije, pasando la mano por el terciopelo del top que acababa de terminar.

—Qué ganas tengo de verla.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Acaban de llamar —informé a Ro—. ¿Has pedido algo?

—No —respondió—, pero no pasa nada. Ve a abrir, te veré en unos diez minutos.

—De acuerdo.

Colgué y corrí a la puerta, que abrí de un tirón, esperando ver a algún repartidor despistado; pero, en lugar de eso…

—¡Mamá!

—¡Y Larry! —exclamó ella, antes de lanzarse hacia mí para darme un abrazo.

Siempre había sido muy menuda, pero sus abrazos eran demoledores.

—Hola, cariño.

—Hola —murmuré contra su hombro.

¿Cuándo había…? ¿Me había dicho que vendría y se me había olvidado por completo? ¿Habíamos quedado para vernos en enero? ¿Y qué hacía Larry allí? ¿Desde cuándo estaba de vuelta?

Mi madre se apartó de mí, me miró y me rodeó una mejilla con la mano.

—¿Cómo estás?

—Estoy… —Sacudí la cabeza y reí un poco—. ¿Qué haces aquí?

Mi madre cogió una de las manos de Larry, y pareció a punto de estallar de felicidad.

—¡Larry ha vuelto!

Yo lo miré, fijándome en sus cálidos ojos castaños, su sonrisa llena de naturalidad y su pelo canoso bien peinado. Irradiaba amabilidad, y me pareció que cualquiera se habría alegrado de que su madre se casara con un hombre como ese. Pero, aun así, no podía apartar de mi mente el recuerdo de mi madre llorando en el teléfono, hacía tan solo unas semanas, porque él se había marchado. No sabía qué estaba pasando, pero iba a necesitar un montón de explicaciones antes de dar mi visto bueno a ese giro de los acontecimientos.

—Ya lo veo —dije, un tanto incómoda.

Me aparté para dejarlos entrar en el piso, porque no quería tener aquella conversación en el descansillo. Los conduje al salón y me volví a mirarlos, con los brazos cruzados.

—Entonces… ¿Habéis solucionado las cosas?

—Sí… Sí. Hemos hablado de todo.

—En sentido literal —bromeó Larry—. Creo que tu madre no ha dejado de hablar en varios días.

Mi madre soltó una risa aguda y lo miró con cariño, antes de volverse hacia mí.

—El problema no era nuestra relación. Lo que le estaba poniendo nervioso era el tamaño de la boda que estaba planeando. —Se apoyó en él y le dio unos golpecitos en el pecho—. Pero hemos acordado tener solo una boda civil, ¿verdad?

Larry le sonrió, de un modo que me hizo recordar las veces que Finn me había sonreído de un modo similar, con un cierto brillo en los

ojos.

—Ya lo creo, mi vida.

—La única cosa en la que no he podido ceder es en que tú vengas a la boda —dijo mi madre, extendiendo el brazo hacia mí—. Así que hemos cogido el vuelo más barato que hemos encontrado y, ahora que estamos aquí, esperamos que nos hagas el honor de acompañarnos al ayuntamiento.

—¿Ahora? —pregunté, boquiabierta.

Apenas me había dado tiempo de asimilar que Larry estuviera de vuelta y que siguieran con la idea de casarse, pero ¿tenían que hacerlo en ese momento?

—Bueno, será pronto —dijo Larry, mirando su reloj—. Aún tenemos que pedir la licencia de matrimonio, antes de la ceremonia.

Todo aquello estaba yendo demasiado rápido. Agité las manos.

—Esperad un momento. Podemos… ¿hacer una pausa?

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre, preocupada.

Reí sin el menor humor.

—Mamá, lo último que he sabido de ti es que estabas convencida de que todo había terminado entre vosotros —expliqué, señalándolos a los dos con un gesto y volviéndome a mirar a Larry con suspicacia—. ¿Cómo puedo saber que esto es lo que quieres realmente? ¿Que no vas a largarte corriendo otra vez y volver a hacer daño a mi madre?

En ese momento se abrió la puerta de la calle y entró Ro.

—Buenas… Oh, vaya, ¡hay una fiesta! —dijo, al tiempo que se quitaba los zapatos—. Un momento, ¿Maggie? —Corrió a lanzarse a los brazos de mi madre—. ¿Qué haces aquí?

—Mi madre y Larry van a casarse en el ayuntamiento —dije, y Ro se apartó de mi madre y me miró con ojos muy abiertos.

—*Haaaaaala*… —exclamó, alargando la palabra—. Eso es… Eso… Vaya. —Se mordió un labio, mirando de mi madre a mí una y otra vez—. ¿Cómo es eso?

—Sí, gracias, es lo mismo que he preguntado yo —dije, devolviendo la pregunta a Larry, acompañada de mi mirada más amenazadora.

Él inspiró hondo y rodeó los hombros de mi madre con un brazo.

—Mira, sé que soy un tanto introvertido, y que lo mío no son los grandes gestos románticos. También sé que hice mucho daño a Maggie cuando me marché de ese modo, y lo lamentaré el resto de mi vida. Pero… yo quiero a tu madre. —Tras decir eso, le dio un beso en la sien, y siguió hablando—. Y estoy seguro de que ya no me voy a ir a ninguna parte. Me estaba costando mucho aceptar la idea de una gran boda, porque eso de ser el centro de atención… no va conmigo, así que me tomé un tiempo para determinar si sería capaz de aguantarlo durante un día para hacer feliz a tu madre, porque eso es lo único que me importa.

Larry lanzó una mirada cariñosa a mi madre antes de continuar.

—Y no debí haberme preocupado, porque en cuanto expliqué a tu madre el problema, ella cambió sus planes por mí inmediatamente. Quiero que sepas que solo me preocupaba todo eso de la boda. Nunca me he planteado no estar con tu madre, y quiero pasar el resto de mi vida haciéndola muy, muy feliz.

—Oh, Larry —dijo mi madre con ojos brillantes, dándole un golpecito —. Fíjate en lo romántico que ha sido todo eso que has dicho.

Yo solté un murmullo, no muy convencida.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres? ¿Lo que queréis los dos?

Mi madre asintió.

—Sé que algunas personas —dijo, mirándome—, piensan que puedo ser un tanto imprudente en lo que se refiere al amor, y que me lanzo

a la primera, sin pensar bien las cosas. Pero me alegro mucho de haber sido así, porque he terminado encontrando a Larry, que es con quien debería estar.

Noté que mi boca se curvaba en algo parecido a una sonrisa. Nunca antes había visto a mi madre tan feliz, de verdad. Y sí, puede que me hubieran preocupado las señales de alarma, pero si ella era feliz, y era Larry a quien quería, y si él estaba tan dispuesto como ella a comprometerse, ¿quién era yo para interponerme? Lo cierto era que Larry *había* vuelto, y suponía que eso era lo único que importaba.

—De acuerdo —dije—. Si lo que queréis es una boda civil, tenéis mi bendición.

—¿Y vendrás? —preguntó mi madre.

—¡Por supuesto! Además, no he dedicado todas esas horas a tu vestido de novia para no verte llevarlo.

Con un chillido, mi madre me agarró los brazos y me sacudió un poco.

—Ay, ¡no puedo creer que esto esté pasando! —exclamó, llena de alegría.

En ese momento, se me ocurrió que, tal vez, mi madre no había sido tan imprudente al intentar dar tantas oportunidades al amor. Era posible que hubiera sido muy valiente al entregar su corazón de ese modo y arriesgarse a encontrar a su gran amor a cambio. Y ahora, por fin lo había logrado.

No por primera vez, deseé ser un poco más como ella.

—Muy bien —dijo Ro con una palmada—. Vamos a poner esta boda en marcha.

—¿Tú también vienes? —pregunté.

—Pues claro. Si no, ¿quién va a ser el padrino de Larry?

33

FINN

—¿Dónde estás? —preguntó Jillian a través del teléfono, mientras yo corría por el pasillo—. Te estamos esperando para la entrevista. X terminó la suya hace unos minutos.

—Estoy yendo para allá, acabo de salir de una reunión con inversores.

Las nominaciones a los Óscar se harían públicas al final de la semana, y Jillian quería que tuviéramos una respuesta preparada. Mejor dicho, *dos respuestas*.

Una para agradecer a la Academia las nominaciones para *Cada día*, y otra dando las gracias a los actores y el personal y confirmando que seguíamos creyendo en el proyecto, a pesar de que no hubiéramos recibido ni una sola nominación. Aunque, a juzgar por la acogida que había tenido la película, no creía que esa segunda respuesta fuera necesaria. No me había sentido tan orgulloso de mi trabajo en años, pero comprendía que Jillian quisiera estar preparada.

—No creo que te necesitemos más de media hora —dijo Jillian.

—¿Puedes reducirlo a veinte minutos?

—¿Puedes tú hacerlo bien en la primera toma? —me retó ella.

Colgué la llamada con una sonrisa burlona, pero reduje el paso al escuchar una voz familiar. Parecía ser… Pero no, no era posible. Me acerqué despacio a la puerta de la sala de reuniones y entorné los ojos para mirar por la rendija, pues la puerta estaba entreabierta.

—Nunca he dejado de pensar en ti —estaba diciendo X, con un brazo tendido en dirección a alguien—. Creí que separarnos sería la mejor decisión para nosotros, dadas las circunstancias, pero estaba equivocado. Creo que nos merecemos darnos otra oportunidad. Podemos ir tan despacio como quieras.

—Lo de ir despacio me parece perfecto. Me gustaría retomar todo esto, y ver a dónde nos lleva.

Al oír aquello, entré en la habitación a toda prisa.

—¿Mamá?

La palabra sonó más brusca de lo que había pretendido, pero me había sorprendido mucho, y también me había fastidiado, encontrarla con las manos en las de X y escuchándolos hablar de sus sentimientos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Mi madre soltó a X y se volvió a mirarme, con una sonrisa dulce.

—Hola, cariño —dijo—. Quería darte una sorpresa después. Liam ha pensado que sería bueno que toda la familia se reuniera en la ciudad para las nominaciones a los Óscar esta semana.

—Pero ¿qué haces *aquí*? ¿En el estudio, con X…? ¿Te está molestando?

Miré a X con suspicacia, sintiéndome muy protector de repente. Levanté un dedo y lo señalé.

—No necesita que le hagas perder el tiempo escuchando cómo te justificas por dejarla.

—No, no, no —se apresuró a decir mi madre, interponiéndose entre X y yo—. Cariño, había quedado con X para comer, y quería hablar contigo antes de eso, para decirte que…

—¿Decirme qué? —gruñí, porque no me gustaba a dónde parecía ir a parar.

Mi madre se humedeció los labios, pero X dio un paso adelante y le cogió una mano.

—Tu madre y yo estamos… Nosotros… Bueno…

—Vamos a volver a estar juntos —interrumpió mi madre, en un tono que me sorprendió por su convicción.

—Que vais a… ¿Qué? —exigí, sintiéndome como si acabara de entrar en una realidad alternativa.

X parecía un tanto sorprendido también.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres, Cathleen?

Mi madre asintió y le acarició la mejilla, riendo un poco.

—Supuse que aclararíamos los detalles durante la comida, pero lo cierto es… Sí, esto es lo que quiero. Como has dicho antes, nos merecemos ver a dónde nos lleva esto.

Me froté los ojos. ¿En qué universo tenía sentido aquello?

—Pero, mamá… ¿Por qué?

—X me ha pedido perdón —respondió, dejando caer la mano de su mejilla y rodeándole un antebrazo con ella—. Hemos hablado… Llevamos hablando unas cuantas semanas.

—¿Unas cuantas semanas?

—Desde justo antes de Navidad —dijo mi madre—, cuando nos vimos en el…

—Estreno —terminé por ella, cayendo en la cuenta de todo.

—No sabíamos en qué punto estábamos, pero decidimos ver si podíamos volver a encontrar algo en común, y creo que lo hemos conseguido. —Mi madre miró a X a los ojos con dulzura—. X se ha comprometido a hacerlo mejor esta vez. Los dos lo hemos hecho.

—Lo haremos —corroboró X—. Nada de ocultarnos, y nada de secretos.

—Es una mala idea… —Sacudí la cabeza.

Mi madre soltó a X y levantó la mano para callarme.

—Entiendo tus preocupaciones, Finn y, por favor, no pienses que me las estoy tomando a la ligera. Te quiero, cielo, pero esta es mi decisión. —Su voz sonaba calmada y firme, y ella se irguió junto a X —. Y puede que te resulte difícil comprender esto, pero, a mi edad, no quiero perder más tiempo. No quiero seguir lamentando todas las oportunidades que dejé pasar.

—Yo…

¿Qué más podía decir? Mi madre era adulta, una mujer independiente, y yo no podía decidir con quién salía, tanto si X me parecía bien como si no. Como mucho, podía obligarla a elegir entre él y yo, pero tampoco tenía ninguna garantía de salir ganador en un ultimátum. Así que, si quería seguir formando parte de la vida de mi madre, si quería conservar el principio de relación que habíamos empezado a construir, tendría que aceptar su decisión. Porque ese era mi trabajo, ¿verdad? Quererla a pesar de todos los problemas.

Inspiré hondo y exhalé despacio, mientras miraba irritado a X.

—Prometo no interferir en esto —dije—. De hecho, lo que preferiría es no pensar en ello.

Mi madre rio un poco.

—Pero —continué en tono firme, dirigiéndome a X—, si vuelves a hacerle daño, te prometo que…

—Lo entiendo —interrumpió él—, pero no hace falta que te preocupes.

—*Nunca* voy a dejar de preocuparme. —Porque eso era lo que hacía mi familia—. Aunque sería agradable no querer partirte la cara cada vez que nos veamos en el rodaje de la próxima película.

—Entonces, ¿eso sigue en pie? —preguntó X.

—Tengo un montón de guiones sobre mi escritorio esperando a que los leas.

Tendí la mano para estrechar la suya. No era perfecto, pero era un comienzo. X sonrió un poco y me soltó la mano.

—Entonces, supongo que te veré el lunes.

—Supongo que sí. —Me volví hacia mi madre—. Nos vemos luego en casa de Liam. Tengo ganas de ver su cara y la de Connor cuando se lo cuentes.

—Lo comprenderán —dijo mi madre, con los ojos en blanco, pero sonriendo.

Y lo harían, porque no todo tenía que ser perfecto.

—Debería ir a mi entrevista antes de que Jillian envíe a sus asistentes a buscarme.

—Y nosotros tenemos una reserva para comer —añadió X.

Cogió la mano de mi madre, y los dos salieron de la sala y se marcharon juntos por el pasillo. Al verlos alejarse, me invadió una sensación de nostalgia por Sierra tan intensa que me oprimió el pecho.

Me masajeé el espacio entre las costillas, tratando de hacerla desaparecer, pero no lo conseguí. Demasiadas cosas me recordaban hasta qué punto mi vida era mucho más vacía y falta de color desde que Sierra había salido de ella. Cómo deseaba que estuviera allí en ese momento, en el taller al otro extremo del pasillo, donde podría ir

a verla para robarle un beso entre una reunión y otra, o contarle lo de mi madre y X. Deseaba poder invitarla a una cena romántica para celebrar el éxito de taquilla de *Cada día*, y pedirle su opinión sobre el siguiente proyecto de Hart of Gold, o enseñarle un *meme* muy gracioso que me había enviado Grace por la mañana desde el teléfono de Connor.

Deseaba compartir todas aquellas pequeñas cosas con ella pero, en aquel momento, más que nada, lo que ansiaba era cogerle la mano. Y, si esperaba tener la menor oportunidad de conseguirlo, necesitaba arreglar las cosas entre nosotros. Mis hermanos tenían razón. *Mi madre* tenía razón.

Si amaba a Sierra, y así era, debía aceptar el caos y la falta de seguridad que siempre resultaban de querer a alguien.

Debía intentarlo de nuevo.

34

SIERRA

—Deberíamos apuntarnos a un campeonato —dijo Ro, mientras me arrastraba al interior de una bolera para lo que ella llamaba mi «sesión semanal de diversión»—. Deberíamos volver a nuestros orígenes.

—No sé si estamos al nivel de un campeonato. Y tampoco tendríamos tiempo.

—Entonces formaremos nuestro propio equipo, como cuando teníamos diez años.

—*Venga ya*. —Me eché a reír al tiempo que hacía una mueca, y me llevé las manos a la cabeza al recordar aquellos tiempos—. ¿Quieres resucitar a las Castigadoras de la Canaleta?

Ro me dedicó una sonrisa de suficiencia y se dirigió al mostrador de los zapatos.

—¡Pues claro que sí! Oh, vaya, el chico de los zapatos es mono. —Tiró de mí para acercarme a verlo—. Vamos a ver qué se cuenta.

—Paso del todo.

—Dijiste que mantendrías la mente abierta, ¿recuerdas?

—Sí, pero ese chico no tendrá más de veinticinco años. Demasiado joven para mí.

—Ya, pero igual tiene un hermano mayor guapo.

Desde mi ruptura, Ro me había estado sacando de casa a la fuerza al menos una vez a la semana, con la esperanza de que me encontrara con algún desconocido en algún sitio y me enamorase sin remedio, para así quitarme de la cabeza a Finn definitivamente.

Era un plan espantoso. Un plan que tenía cero probabilidades de dar resultado.

Finn Lockhart no iba a salir de mi vida, tanto si me gustaba la idea como si no. Habían pasado dos meses desde que rompimos, y aún seguía habiendo mil cosas que me lo recordaban, lo que me revolvía el estómago. Estaba allí cuando ponía el café en mi termo para llevar por las mañanas; también estaba allí, protestando por mi adicción, cada vez que abría una lata de RevX. Y cada vez que leía una crítica entusiasta de *Cada día* en internet, me imaginaba que, si miraba por encima del hombro, lo encontraría detrás de mí, con su media sonrisa torcida. La que había aprendido a reconocer como auténtica.

La que echaba de menos.

La que me encantaba.

Finn era una costumbre que me estaba costando mucho perder.

Las cosas habían sido mucho más sencillas con Trey, y con todos los hombres que lo precedieron. No había vivido con ninguno de ellos y, en muchos sentidos, resultó más fácil olvidarlo todo y seguir adelante. Pero, con Finn… Notaba su ausencia en todas partes. Hasta echaba de menos a Su Miaujestad, aquel gruñoncillo arrugado con sus absurdos jersecitos de rayas.

—Toma —dijo Ro, entregándome un par de zapatos con el logo de Bowlarama de camino a nuestra pista—. Las opiniones en internet lo

ponían regular, pero a mí me parece que este sitio es bastante agradable.

Daba la impresión de que lo habían redecorado hacía poco, con la intención de ocultar la mugre propia de una bolera vieja con un bar nuevo bastante chic, y unas cuantas mesas de billar y máquinas de videojuegos.

—Me alegro un montón de que no me hayas hecho volver a Gutter Ball.

—No te habría hecho algo así —dijo Ro, dándome un golpecito en el hombro.

Nos sentamos en la mesa y metimos nuestros nombres en el ordenador para empezar a jugar. Yo sonreí un poco, contenta de que, después de tantos años, Ro me conociera lo bastante bien como para saber que no habría estado a gusto en el sitio donde celebramos la fiesta de fin de rodaje, en una época en que había sido feliz.

—Necesito beber algo —dijo Ro, justo después de que su bola fallara por un pelo y no tirase el único bolo que le faltaba para un pleno.

—No creo que eso vaya a mejorar tu puntería —bromeé.

—Me da lo mismo.

Ro me llevó al bar, donde pedimos cerveza barata, boniatos y pepinillos fritos, mientras Ro no quitaba ojo al chico mono del mostrador de zapatos que nos había atendido antes.

—Déjalo ya, o acabará viniendo aquí —advertí.

—Esa es la idea —sonrió ella—. Y cuando lo haga, le vas a preguntar si tiene un hermano.

Suspiré. Sabía que estaba haciendo todo lo posible por animarme, pero, a decir verdad, no me estaba divirtiendo mucho. Tal vez era

demasiado pronto para jugar a los bolos de nuevo. Demasiado pronto para hacer cosas que me recordaran a Finn.

Pero, claro, ¿qué cosas no me recordaban a Finn?

—Sé que te resulta difícil —añadió Ro.

La miré, parpadeando, y volví a centrarme en la conversación.

—Pero si tienes intención de volver a intentarlo, tendrás que hacer un esfuerzo.

No hizo ninguna referencia a si me lo estaba pasando bien o no. Bebí un trago de cerveza y asentí.

—Lo sé. Gracias por aguantarme.

—Somos tú y yo contra el mundo, ya lo sabes. Si lo tuyo con Finn hubiera durado, cualquier día me habrías encontrado instalada en tu casa de invitados.

Me eché a reír.

—Podrías haber compartido habitación con Su Miaujestad.

—Eso no habría sido un problema. Seguro que ese gato tiene a su disposición más metros cuadrados de los que yo tendré jamás.

—También tiene un vestuario considerable.

—¡No fastidies!

Eso me hizo reír de nuevo.

—Sí. En plan rollo náutico *chic* de principios de milenio.

Suspiré, ansiosa por que llegara el día en que pudiéramos bromear sobre Finn y su gato antipático sin que me doliera.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Ro, en un claro intento por distraerme.

Había conseguido un trabajo en una miniserie, gracias a una recomendación de X.

—No está mal, supongo. —Me encogí de hombros—. Pero ya me conoces. Lo mío no son los misterios y los asesinatos.

El vestuario de aquella serie no requería mucha imaginación. Lo más difícil del trabajo era encontrar ropa que pareciera de los años noventa.

—¿Ya has pensado qué harás después? —se interesó Ro.

—Aún no. —Cogí un boniato frito—. Tengo otro pedido de Puntos Provocativos, así que eso me mantendrá ocupada un tiempo, pero creo que debería empezar a buscar otro proyecto más a largo plazo. ¿Y qué hay de ti?

—Recuérdame que no vuelva a aceptar un trabajo en otra película de miedo —dijo ella con un escalofrío—. Uf, voy a tener que ganar la lotería para poder seguir financiando mis proyectos independientes.

—¿No te gustan los fantasmas? —bromeé.

—No, con lo que no puedo son algunas cosas absurdas que habían incluido en el guion —respondió—, y eso que soy una persona bastante liberal.

Su teléfono sonó sobre la mesa y las dos lo miramos.

—¿Brenna? —pregunté sorprendida.

¿Por qué llamaría Brenna a Ro?

—Qué raro —comentó Ro antes de contestar la llamada—. Hola, amiga. ¿Qué hay? ¿Cómo te va la vida?

Ro escuchó con el ceño fruncido, y me miró con cara de sorpresa. Al poco, me agarró la muñeca con un gesto brusco y apretó con fuerza.

—¡No me lo creo! Como me estés tomando el pelo…

—¿Qué? —susurré, sin saber si ilusionarme o preocuparme.

—Llama en nombre de Finn —siseó Ro, tapando el altavoz con la mano—. Me ofrecen una película para que la dirija. ¡Es el próximo proyecto de Hart of Gold! —La cara de Ro se había iluminado como un árbol de Navidad.

Mi estómago se contrajo de un modo muy raro. Me parecía que había pasado un siglo desde que Finn y yo habíamos llegado a aquel acuerdo sobre encontrar una película dirigida al gran público que Ro pudiera dirigir, a cambio de que yo aceptara fingir nuestro compromiso. Después de cómo terminaron las cosas entre nosotros, no había creído que él fuera a cumplir el trato, y ahora no estaba segura de si estaba intentando convertir el sueño de Ro en realidad porque quería, o si solo quería cumplir la última obligación pendiente para sacarme de su vida de una vez.

Mi teléfono vibró en aquel momento y, cuando lo saqué para mirarlo, encontré un mensaje de Finn que hizo que se me parara el corazón. Hacía dos meses que no veía su nombre en la pantalla de mi móvil, y me tembló la mano al abrir el mensaje.

Hola, decía. *Estoy seguro de que Brenna ya le ha dado la buena noticia a Ro. La habría llamado yo mismo, pero me ha bloqueado.*

Sorprendida, volví a leer el mensaje. No sabía que Ro le hubiera bloqueado, y yo misma aún no lo había hecho. Sin duda, era la mejor amiga del mundo. Finn estaba escribiendo algo más, y mis ojos se clavaron en los tres puntos parpadeantes.

Sé que esto no era parte del acuerdo, oficialmente, pero me gustaría que tú también participaras en el nuevo proyecto. Sé que te gustaría mucho encargarte del vestuario de una película de Ro.

Me quedé sin respiración. ¿Me estaba ofreciendo otro trabajo, de verdad? Y no en cualquier película, sino ¿la película de Ro? Ese era nuestro sueño. Trabajar juntas siempre estaba bien, pero que el trabajo nos permitiera *crear* algo juntas, y yo pudiera ayudar a Ro a

dar vida a su visión, era algo que habíamos querido hacer desde que llegamos a Los Ángeles.

No supe cómo reaccionar ante su oferta. ¿Trabajar con Ro? Pues claro que sí; pero ¿trabajar otra vez para Hart of Gold y arriesgarme a encontrarme con Finn en cualquier momento? Era demasiado difícil, no sería capaz de aguantarlo.

Además, aún me dolía demasiado, por mucho que fingiera estar bien. La idea de estar junto a Finn de nuevo me resultaba difícil de imaginar, y no sabía si podría dejar mis sentimientos a un lado durante el tiempo que durase la producción. Sentí enfado y dolor a partes iguales. No podía creer que me hiciera esto. Lo de ofrecer el trabajo a Ro estaba muy bien, claro, y suponía cumplir su parte del trato, pero no debía meterme a mí en medio. Tenía que permitirme superar nuestra ruptura sin complicarme más la vida.

Fruncí el ceño mientras tecleaba mi respuesta.

Gracias por la oferta, pero no creo que sea buena idea, escribí.

El trabajo es tuyo, respondió. *Esta vez, ni siquiera tendrás que hacer una entrevista.*

Finn…

Merle sigue aún en el taller de vestuario, tratando de que no se le caiga la cabeza.

Me eché a reír a pesar de mí misma, y ese era el problema: la forma en que podía llegar a mí sin esfuerzo. Yo misma era mi propia señal de alarma, y no me convenía meterme en el lío de apuntarme a un proyecto que me obligaría a estar cerca de él.

Te ofrezco un palé entero de RevX.

Creía que pensabas que ese brebaje me mataría, escribí, sin poder contenerme.

Y lo hará… probablemente. Pero no antes de que acabemos la próxima película.

Sacudí la cabeza. No podía hacerme aquello a mí misma. Quería a Finn, pero no veía la forma de que nuestra relación funcionara. Sus esfuerzos por aislarse de todo lo que fuera imperfecto, complicado y real lo hacían imposible.

Como había dicho Ro, me merecía algo mejor. Merecía mucho más.

¿Te he dicho ya que estará ambientada en los años ochenta? escribió Finn. *Y si Ro está de acuerdo, estoy seguro de que en el guion se puede encajar una escena en una bolera.*

A una parte de mí le conmovió que recordara lo que le había contado hacía tantos meses, cuando fuimos a nuestra cita de prácticas, pero también reconocí al negociador agresivo que intentaba mejorar su oferta para que yo hiciera otra vez lo que él quería. Pero esa dinámica ya no me interesaba.

Creo que voy a pasar, pero estoy segura de que encontrarás a alguien estupendo para ese puesto.

Y, tras escribir eso, lo bloqueé de una vez por todas.

35

FINN

Asistir solo a los Óscar no era exactamente lo que había imaginado para aquella noche. Cuando me enteré de que *Cada día* había sido nominada a once premios, incluyendo el de mejor vestuario, lo primero que imaginé fue cómo miraría los maravillosos ojos de Sierra mientras escuchaba cómo otorgaban a nuestra película un premio tras otro, delante de millones de personas. Había imaginado cómo besaría su cara feliz, y la estrecharía contra mí mientras inhalaba su aroma a fresas y flores de melocotón, mientras una enorme ovación sonaba a nuestro alrededor.

Ese había sido mi sueño para esa noche pero, por supuesto, para hacerlo realidad habría sido necesario que Sierra asistiera a los Óscar como mi acompañante; y para eso, ella habría tenido que perdonarme, para lo que habría hecho falta que yo me disculpara, cosa que habría requerido que ella me hablara, para empezar.

Bloquear mi número había sido una señal bastante evidente de que no parecía dispuesta a hablar conmigo. Y luego estaban todos los regalos que me había devuelto: flores, helado, una caja de RevX…

Pero esa noche, aquella noche, estaba decidido a cambiar las cosas. Necesitaba hacerlo.

—Sigue andando —murmuró Jillian por una comisura de la boca, mientras me empujaba para que avanzara por delante de los fotógrafos y periodistas situados a lo largo de la alfombra roja—. Si te paras, se nos echarán encima los tiburones.

Le dediqué una sonrisa condescendiente por encima del hombro.

—Vaya, vaya, vaya… Pero si es mi Presidente Tío Bueno favorito —dijo una voz horriblemente familiar.

Jillian arqueó una ceja en un ángulo pronunciado y me lanzó una mirada que decía: *Deberías haberme hecho caso*.

Planté una sonrisa en mi cara y me volví para enfrentarme a Milli y su cámara, consciente de que, en realidad, estaba enfrentándome a una horda de sus chismosos seguidores. Carraspeé un poco y controlé mi expresión.

—Milli —saludé con cortesía.

Ella me puso un micrófono de plástico debajo de la nariz.

—Es una gran noche para ti, Finn Lockhart. Once nominaciones.

—Es una gran noche para todo el equipo —repuse—, y tenemos muchas ganas de celebrar con todos los ganadores.

—Seguro que sí —dijo ella, mientras me miraba de arriba abajo—, pero vamos a la pregunta que se hace todo el mundo. ¿Hay alguien especial en tu vida con quien lo vayas a celebrar?

Jillian me dio un codazo desde atrás, y yo guiñé un ojo a la cámara, antes de soltar la respuesta preparada que habíamos acordado en el coche, durante el viaje hasta allí.

—Un caballero no cuenta esas cosas.

Y, tras decir eso, me alejé antes de que Milli siguiera interrogándome, o darme la oportunidad de que le explicara con detalle dónde podía meterse sus preguntas.

—Esta es justo la razón por la que te propuse una cita por publicidad —murmuró Jillian.

—No quería más citas por publicidad —le recordé, sin perder la sonrisa, mientras los fotógrafos gritaban los nombres de las estrellas.

Solo había una persona a la que habría querido tener junto a mí, en aquel lugar o en cualquier otro; eso no iba a cambiar, y me daba igual a quién pudiera encontrar Jillian para su plan.

Mis ojos recorrieron la multitud delante de mí, buscando a Sierra. Habían pasado semanas desde que le había ofrecido un trabajo en la nueva película de Ro, y desde que ella me había bloqueado. Solo quería una oportunidad para hablar con ella, admitir lo mucho que lo lamentaba y cuánto me había equivocado. Ansiaba explicarle lo importante que era para mí.

—Una acompañante podría haberte ayudado a evitar algunas de estas preguntas —observó Jillian.

—Y me obligaría a responder a un montón de artículos hablando de una nueva novia mañana por la mañana.

Dios, eso era lo último que necesitaba. Además del problema que supondría la intrusión en mi vida personal, no quería que Sierra creyera que estaba saliendo con otra.

—Entonces, tal vez deberías haber aceptado la oferta de Grace.

Aquello me hizo sonreír con sinceridad. Grace, que era un encanto, se había ofrecido para acudir a los Óscar conmigo, pero yo no había querido obligarla a posar ante los medios, así que le había explicado lo importante que era para mí que acudiera con su padre. Así pues, Connor había venido con Grace, Liam con Mia, y mi madre con X. Eso me dejaba a mí…

—¿Has visto a…?

—¿Sierra? —aventuró Jillian—. No, aún no.

—¿Sabes si va a venir?

Jillian me miró con cierto agotamiento.

—Está nominada. ¿Por qué no iba a venir?

Asentí mientras tiraba del cuello de mi camisa. Por supuesto.

Era imposible que Sierra se perdiera aquella noche, sin importar lo que sintiera por mí. La gente esperaba durante toda su carrera una invitación a asistir a los Óscar. Ella no se lo perdería, ¿verdad?

—Puede que ya haya entrado —murmuré, más bien para mis adentros.

—O puede que llegue elegantemente tarde, para ahorrarse todo este espectáculo —sugirió Jillian—, lo que, sin duda, sería la mejor opción. Lo último que necesitamos son fotos incómodas mostrando vuestra reunión en la alfombra roja. Esa no es la historia que queremos ver mañana en titulares.

Fruncí el ceño. ¿Querría Sierra que la vieran conmigo? Saqué mi teléfono para mirar todos los mensajes que le había enviado y habían quedado sin entregar, pues hacía semanas que me había bloqueado.

¿Podemos hablar?

La he cagado. A lo grande.

Sierra, por favor. Lo siento muchísimo. Permíteme arreglarlo.

Después, le había enviado una foto de una tostada francesa. *He ido al Café du Soleil y he estado pensando en ti.*

Te echo de menos y lo siento. Por favor, contéstame.

A continuación, había una foto del muelle de Santa Monica.

Aún te debo un viaje en la noria.

Grace dice hola. Le había enviado una foto mía con Grace en San Francisco. *Va a ayudar a preparar el vestuario para la obra de teatro del colegio, y nos encantaría que nos dieras tu opinión, si tienes tiempo.*

Te echo de menos.

Lo siento.

Lo siento muchísimo. Me encantaría decírtelo cada día, durante el resto de nuestras vidas.

Me gustaría saber qué te ha parecido Cada día, *si la has visto ya en el cine.*

Quiero que sepas que espero que ganes el Óscar al mejor diseño de vestuario. Te lo mereces más que nadie.

Te quiero, Sierra.

Te mereces lo mejor de todo, y si eso no me incluye a mí, lo aceptaré, aunque no lo entienda.

Más fotos. Más mensajes. Más disculpas. Y todos bloqueados. Representaban el relato de cómo mi vida se venía abajo sin ella. Tragué con dificultad, aparté los ojos de la pantalla y me metí el teléfono en el bolsillo.

—¿Puedes dejar de poner cara de enfado? —murmuró Jillian.

Levanté la cabeza y, de forma automática, adopté la máscara que utilizaba ante el público: confiado, un tanto divertido y sin que me afectara lo más mínimo ningún problema. Pero, al poco, se me cayó el alma a los pies en cuanto vi una cabeza de pelo castaño que me resultaba familiar.

¿Sierra?

Llevaba un vestido largo negro, que brillaba y se ajustaba a sus curvas, dejando al aire la piel cremosa de su espalda, desde la base de su cuello hasta su cintura. Tenía el pelo recogido en un bonito

moño trenzado, y su maquillaje era oscuro y ahumado. Estaba preciosa, espectacular, increíble, y no había nada que deseara más en el mundo que estrecharla entre mis brazos y decirle lo mucho que lo sentía.

Pero, antes incluso de que pudiera decidir con qué disculpa empezar, un grupo de empleados de seguridad vestidos de negro se interpuso entre nosotros para acompañar a alguien muy importante al interior del edificio y, para cuando se apartaron, Sierra había desaparecido.



La distribución de los asientos no debería haberme molestado tanto, pero, en lugar de prestar atención a las bromas fáciles del presentador, me dediqué a maldecir las siete butacas y dos filas que me separaban de Sierra. Estaba lo bastante cerca para verla y oír el sonido de su risa, pero demasiado lejos como para llamar su atención o decirle algo sin que se notara.

Tamborileé el brazo de mi asiento con los dedos, inquieto por la necesidad de acercarme a ella. Pero aquel no era el momento de llamar su atención. Esa noche era tan importante para ella como para mí y, a pesar de lo mal que lo estaba pasando al estar tan cerca de ella sin poder decirle todo lo que quería, ella merecía disfrutar de su nominación sin que yo le arruinara el momento.

Hasta entonces, los resultados de *Cada día* habían sido variados. Habíamos perdido en las categorías de mejor actriz de reparto y diseño de producción, pero habíamos ganado el Óscar al mejor guion adaptado y mejor maquillaje y peluquería.

Yo aplaudí como correspondía, tanto cuando ganamos como cuando perdimos, y dediqué sonrisas de apreciación a los ganadores que me dieron las gracias, pero lo cierto era que apenas me había permitido disfrutar de nuestros éxitos. Lo único que pensaba era en lo que estaría pensando Sierra. ¿Qué le habría dicho a Ro, sentada junto a

ella? Esa última broma, ¿le habría parecido graciosa de verdad, o se había reído solo porque era lo esperado?

Estaba empezando a pasarlo muy mal y, si alguien se fijaba en mí, asumiría que estaba obsesionado con ella o, lo que era peor, que estaba tratando de grabar en mi mente hasta el más minúsculo de sus movimientos. Estaba perdiendo la cabeza y, si no conseguía hablar con ella, lo pasaría aún peor. Necesitaba pedirle perdón, y explicarle lo importante que era para mí. Hasta le explicaría cuánto se había enfadado Su Miaujestad conmigo por haber sido tan imbécil como para dejarla salir de mi vida. No creía que hablarle del gato sirviera de mucho, pero, llegados a ese punto, estaba dispuesto a intentar lo que fuera, si ella estaba dispuesta a escucharme.

La orquesta llegó al final del siguiente número, y yo intenté volver a prestar atención a la ceremonia. Esa noche era el motivo por el que había trabajado tanto. Era el momento cumbre de mi carrera.

Y no podía pensar en nada que no fuera ella.

36

FINN

Un nuevo presentador ocupó el centro del escenario en medio de un sonoro aplauso, y yo reconocí aquel pelo rubio platino tan repeinado. Había aparecido en casi tantas revistas como yo. Era Theo Martin, un actor británico que había recibido bastante atención por actuar siguiendo el método, y había sido seleccionado recientemente para actuar en *Las horas muertas*, una película de época en la que encarnaría a un detective vampiro muy melancólico.

Incliné la cabeza para mirarlo con atención, y tuve que admitir que tenía el porte adecuado para lucir con gracia las calzas de la época de la Regencia.

—Los Óscar celebran actuaciones extraordinarias, pero también la habilidad para dar vida a los personajes —dijo Theo con voz aterciopelada, mientras su mirada intensa recorría el público presente.

Me animé y miré a donde estaba Sierra. Joder, ese era el momento. Me fijé en cómo agarraba la mano de Ro con fuerza, deseando que fuera la mía, y me pregunté si su corazón estaría latiendo tan fuerte como para salírsele del pecho.

—El diseño de vestuario es, a menudo, el contribuyente más discreto al éxito de una película —continuó Theo—, pero es innegable el efecto que tiene una buena elección de tejidos, colores, patrones, y hasta la última puntada. Desde el primer diseño hasta las últimas pruebas, ninguna película puede triunfar sin la magia del vestuario.

Mis manos empezaron a temblar, y me pareció que hasta la sangre vibraba en mis venas.

—Así pues, sin más dilación —dijo Theo—, estos son los nominados al mejor diseño de vestuario.

La cara de Sierra apareció en la enorme pantalla situada en el escenario, a medida que se iban anunciando los nominados. Sonreía con calidez, con las mejillas enrojecidas, y mi pecho latió de anhelo por ella. Apreté los brazos de mi silla con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos.

—Y el Óscar es para… —dijo Theo, antes de abrir el sobre.

La pausa duró siglos.

¡Lee ya el maldito nombre!

—¡Sierra Banks! —anunció, y un enorme aplauso casi impidió oír el resto de la frase—, por *Cada día es domingo*.

La cabeza me dio vueltas y mis pensamientos se dispersaron en mil direcciones distintas. Me puse en pie de un salto y aplaudí tan fuerte que me dolieron las manos. Preso de la emoción, vi a Sierra abrazar a Ro y a otras personas cercanas a ella, antes de dirigirse al pasillo y subir al escenario, donde aceptó el premio de manos de Theo, quien la besó en la mejilla. ¡*Cabrón*!

Cuando él se apartó, Sierra se dirigió al micrófono con una sonrisa llena de lágrimas.

—Antes de nada, quiero dar las gracias a mis maravillosos asistentes, llenos de talento: Carter, Trin y Paisley. Sin vosotros, ¡todo el mundo habría actuado desnudo!

Un murmullo de risa recorrió el público. Sierra sacudió la cabeza y miró la estatuilla, antes de seguir dando las gracias a los actores, el equipo, y a Hart of Gold Productions, antes de recibir el aviso de que tenía que terminar su discurso.

—Y, por último —terminó—, este premio es para todas las niñas que necesiten que alguien les recuerde que deben creer en sí mismas. Se puede conseguir lo que una quiera, solo hace falta ser valiente. Sobre todo, en lo que se refiere a aquello que amamos. Y, en honor a eso, quiero dedicar este premio a mi madre, que se ha pasado la vida demostrándome lo importante que es el amor, y que hay que amar con todas las fuerzas.

Sierra se apartó del micrófono y salió del escenario, probablemente en dirección al lugar donde entrevistaban a los premiados. Esperé impaciente su vuelta mientras continuaba la entrega de premios, pero ella no volvió, y no pude evitar preguntarme qué habría pasado. ¿Se habría sentado en otro lugar? ¿Era posible que las entrevistas durasen tanto tiempo?

Una mano se posó sobre mi hombro, y comprendí, con un sobresalto, que ya casi había llegado el final de la ceremonia. Gianna Pectorini, actriz legendaria, favorita de Hollywood y filántropa, atravesó el escenario vestida con un elegante traje azul. Llevaba la melena corta gris peinada en suaves ondas y las finas arrugas alrededor de sus labios se fruncían al sonreír, pero la mirada que dirigió al público al acercarse al micrófono con un sobre en la mano fue seria.

Solo quedaba un premio por presentar, y era el más grande de todos. Gianna estaba a punto de anunciar la mejor película del año.

—Cada una de las películas nominadas esta noche cuenta una historia que nos ha conmovido, nos ha puesto a prueba, y nos ha recordado por qué nos enamoramos del cine —empezó Gianna, leyendo la información del apuntador digital.

—Estas diez películas maravillosas reflejan las mejores historias, desde las más íntimas y personales hasta las más imaginativas. Han iluminado nuestras pantallas y capturado corazones por todo el mundo. Esta noche celebramos ese logro monumental. Estos son los nominados a la mejor película.

La mano de X me apretó el hombro más fuerte, mientras las luces se apagaron y la pantalla empezó a mostrar un montaje de escenas. La respiración se me atascó en la garganta cuando aparecieron las de *Cada día.* Aquel momento era la culminación de un año entero de sangre, sudor y lágrimas, y ese era el momento en el que podría mostrar al sector que Hart of Gold era capaz de mucho más que películas de acción descerebradas. La sangre me latía con fuerza en los oídos. Ese podría ser el momento en el que demostraría a todo el mundo lo que era capaz de hacer.

X se inclinó hacia mí desde la fila situada detrás.

—Pase lo que pase —dijo—, que sepas que hemos hecho un pedazo de película.

Asentí. Me pareció que el tiempo se había detenido en un momento extraño, surrealista, en el que el mundo había quedado reducido a un murmullo.

El montaje terminó y todos los ojos se clavaron en Gianna.

—Y el Óscar es para…

Contuve la respiración, con el corazón latiéndome en los oídos, un *bum bum* distante en algún lugar de mi interior.

Gianna se atascó con el sobre y rio cuando se le enganchó en una uña. Los latidos de mi corazón se aceleraron. *Bum. Bum. Bum. Bum*. El sonido resonó cada vez más fuerte… La sangre corría a toda velocidad por mis venas… ¡*Bum. Bum. Bum*!

—¡*Cada día es domingo*!

Me puse en pie de un salto, me volví y abracé a X y a mi madre en un momento de felicidad absoluta. El aplauso me envolvió, ensordecedor e irreal. Me pareció estar despertando de un sueño, como algo que había ensayado mil veces pero nunca había experimentado en realidad. Y ahora quería disfrutar de cada segundo: las felicitaciones que me llegaban de todos lados, las caras borrosas del público, la alegría de la victoria. Pero, debajo de toda esa adrenalina, se abrió un solo pensamiento: encontrar a Sierra.

Pero, antes de poder hacerlo, me vi arrastrado por la oleada de actores y miembros del equipo que se dirigían al escenario. Entre el caos, busqué a Sierra, y mis ojos recorrieron la multitud mientras todos se abrazaban, vitoreaban y se limpiaban las lágrimas de los ojos.

Alguien me puso el Óscar en la mano. Exhalé despacio e intenté centrarme. No creía que Sierra se hubiera perdido ese momento. Hasta Ro estaba ahí arriba con nosotros. Me detuve junto a Jillian de camino al micrófono.

—¿Has visto a Sierra? —susurré.

Jillian sacudió la cabeza. Mi madre me cogió del brazo y se inclinó hacia mí para susurrarme al oído.

—Antes, cuando he ido al baño, la he visto salir del edificio.

Un peso insoportable me atenazó el corazón. Me había matado para conseguir aquel éxito y le había dedicado mi vida a esa película durante meses. Y todo había salido justo como había esperado. Debería haberme sentido triunfante; tendría que haberme sentido completo; pero lo único de lo que era consciente entre los aplausos atronadores, era de la ausencia de Sierra.

No estaba entre bastidores. No estaba en su asiento. Simplemente… se había ido. Se suponía que aquel premio significaba algo. Se suponía que el prestigio, el reconocimiento de mis colegas y el

impulso a mi reputación deberían hacerme sentir… ¿Bien? ¿Mejor? ¿Completo?

X me indicó con un gesto que me dirigiera al micrófono, y me quedé allí de pie, sin apenas notar el peso del premio en mis manos, mirando todo lo que siempre había anhelado. O… todo lo que *creía* que había anhelado. Porque, en ese momento, el Óscar era más un punto de referencia que un premio.

Allí de pie, sin Sierra, el éxito me pareció tan vacío como la sonrisa que había forzado con tanta frecuencia. La sonrisa que a Sierra no le gustaba. Abrí la boca para empezar a hablar pero, en lugar de la lista de agradecimientos, lo único que pude hacer fue preguntarme si Sierra estaría sentada delante de alguna televisión. No importaba lo enfadada que estuviera, y con razón, conmigo: estaba seguro de que estaría viendo aquel momento. Nuestra película le importaba, ella querría saber si habría ganado el gran premio.

Y, si lo estaba viendo, tal vez esa era la forma en que podría llegar hasta ella. Quizá esa era mi oportunidad de decirle todo lo que ansiaba contarle. Miré hacia el público, olvidando el discurso que había preparado, y decidí tirar mis planes por la ventana.

El Encantador Finn Lockhart, el hombre que estaba siempre preparado para todo… Ya no quería seguir siendo aquella persona. Quería ser un hombre que se jugaba el corazón y era capaz de demostrar que nada le importaba más que la mujer a la que amaba. Tal vez, aquel hombre merecería una segunda oportunidad.

Me aclaré la garganta y comencé a hablar.

—Este es el momento que haría que todo mereciera la pena, ¿sabéis? Quienes estáis aquí esta noche… No sabéis lo mucho que deseaba ganar este premio, tener la oportunidad de estar delante de todos vosotros y recibir la confirmación definitiva de que mi trabajo es bueno, valioso y respetado.

Miré la estatuilla que tenía en la mano.

—Se supone que este premio debería hacerme feliz —dije en un murmullo—, pero no es así. Sí, agradezco el Óscar, por supuesto. Creo en esta película, y estoy encantado de ver la recepción que ha tenido. Pero solo hay una cosa que podría hacerme feliz de verdad, y es tener otra oportunidad con el amor de mi vida.

Los asistentes emitieron un respingo. Ese no era el discurso que habían esperado pero, ahora que había empezado, no tenía intención de parar. No podía hacerlo. Ya que Sierra se negaba a contestar mis llamadas, tal vez así me escucharía. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo para conseguirlo.

—Desde el momento en que nos conocimos, Sierra Banks me ha desafiado, exasperado y descolocado. Yo creía ser intocable, pero ella siempre supo cómo derribar mis defensas. Me volvió loco desde el momento en que la conocí pero, al mismo tiempo, me hizo sentir vivo como nunca. Como si por fin hubiera empezado a vivir, en lugar de limitarme a dar un espectáculo. Y no deja de ser irónico, teniendo en cuenta que, de hecho, estaba haciendo una representación para todos vosotros.

Se escuchó un murmullo entre el público.

—Sí —confesé—. El compromiso sobre el que habréis leído en las columnas de cotilleos era falso. Se basaba en una foto tomada fuera de contexto una noche, por alguien que no tenía permiso para estar en mi estudio. Seguimos la corriente porque queríamos publicidad para la película.

Los murmullos aumentaron de volumen. Considerablemente.

—Pero lo que nunca esperamos —mi voz se quebró un poco al hablar, a pesar de mis esfuerzos por mantenerla estable— fue enamorarnos de verdad. Y, desde luego, nunca pensé que sería yo quien lo estropearía todo. Que acabaría mandando al traste lo mejor que me había ocurrido en la vida, por estar demasiado ciego para comprender lo que importa de verdad. Claro, que eso no es cierto del todo. Creo que una parte de mí estaba asustada, porque Sierra

vio cómo era yo de verdad y le gustó lo que encontró. Al menos, al principio.

Apreté el Óscar en mi mano como si fuera a estrangularlo.

—Me he pasado la vida perfeccionando una máscara, y me he convertido en un experto en aparentar que no me importa nada. Pero ya no quiero seguir haciéndolo. No quiero ocultar mis sentimientos. Ya no temo mostrar mi verdadero yo al mundo y confesar quién soy. Soy un caos, un desastre, estoy tan locamente enamorado que resulta ridículo. Y si eso me convierte en objeto de burla, adelante. Me trae sin cuidado.

Miré directamente a la lente de la cámara más cercana.

—Te quiero, Sierra. No hay nada que me importe más que tú. Ni este premio, ni mi carrera, ni mi propia dignidad. Te quiero mucho más que a todo eso.

La música destinada a echarme del escenario empezó a sonar, y levanté el Óscar en alto.

—¡Por el amor! —El público rompió a aplaudir—. Y por ser lo bastante valiente para aceptarlo. Si estás ahí, Sierra, si estás viendo esto, y si hay alguna parte de ti dispuesta a darme otra oportunidad, te espero en casa. Ven, por favor. Tengo que enseñarte algo.

Me aparté del micrófono y puse el Óscar en manos de mi madre. Me pareció que decía algo sobre lo orgullosa que estaba de mí, pero no la escuché. Salí corriendo del edificio, rezando en mi interior para que Sierra volviera a casa.

37

SIERRA

—Ay, mi madre —murmuré al ver a Finn salir corriendo del escenario.

Al mismo tiempo, el presentador se dirigió al micrófono, y solo se atascó un poco con sus palabras al empezar el discurso de cierre de la ceremonia, y dio las buenas noches a todos como si no hubiera pasado nada. Como si el mundo entero no acabara de ponerse patas arriba.

Cogí el mando del sofá, que tembló en mi mano, mientras la sangre se me agolpaba en los oídos.

—Bueno, Mel —dijo el locutor del programa cuando empezaron a salir los créditos de la ceremonia—. No se puede negar que ha sido una noche muy interesante para los Óscar.

—Sí. ¡Cuánto drama!

—Si siguen ahí en sus casas, no cambien de canal. Vamos a mostrarles los momentos más interesantes aquí en…

Apagué la televisión, con mis pensamientos yendo a mil por hora, cogí las llaves de la encimera de la cocina y fui a por mi bolso.

¿Dónde diablos estaba mi bolso? Me di la vuelta y busqué en todos los sitios donde solía dejarlo, hasta que lo encontré debajo de la mesa de café.

Mi teléfono sonó en ese momento. *Ro*.

—¿Sí?

—¿Dónde estás? —exigió.

Sujeté el bolso debajo del brazo.

—Estoy en el salón de casa.

Ro emitió un ruido que sonó como un pato estrangulado.

—Sierra, ¡por Dios! Si no estás ya a medio camino de casa de Finn…

—¿Ha pasado de verdad? —pregunté sin poder evitarlo—. Por favor, dime que no he alucinado que Finn se me ha declarado por la tele, en directo.

—Sí, ha ocurrido de verdad. ¡Y por eso tienes que ir a su casa ya! —Ro estaba prácticamente gritando—. Y mañana quiero que me cuentes hasta el último detalle escabroso.

Claro que iba a ir. Corriendo. Colgué el teléfono, salí por la puerta tan rápido que casi olvidé cerrarla con llave tras de mí, y eché a correr escaleras abajo hacia mi coche. Hasta que estuve sentada detrás del volante, no me tomé un instante para recapacitar sobre lo que estaba haciendo.

Me froté la frente con una mano, y noté la gran cantidad de maquillaje que aún llevaba en la cara, además del montón de productos para el pelo que sujetaban el bonito pero complicado peinado que me habían hecho. Me había quitado el vestido en cuanto entré en casa, para ponerme ropa más cómoda, pero había querido ver el final de la ceremonia, así que no había perdido tiempo en lavarme la cara ni el pelo.

Durante un instante, pensé que parecería una loca saliendo a toda velocidad del edificio, pero ¿qué importaba eso? Finn acababa de apoderarse de la noche más importante del cine para poner su corazón a mis pies, delante de todo el mundo. Se había quitado la máscara. El que había hablado en aquel escenario no había sido el señor Importante. Solo Finn. El hombre al que, a pesar de todo, yo amaba de verdad.

No sabía si estaba tomando la decisión adecuada al darle otra oportunidad, pero sabía que, si no iba a verle esa noche, lo lamentaría el resto de mi vida.

Decidida, giré la llave y puse el motor en marcha. A continuación, tuve que enfrentarme a los atascos característicos de la noche de los Óscar para atravesar la ciudad en dirección a Silver Lake. Para cuando llegué al edificio de Finn, me pareció que habían pasado varios años. Corrí a la entrada, preguntándome si podría convencer al portero de que me dejara entrar pero, antes de que pudiera poner mi mejor cara de pena, apareció Brenna y me abrió la puerta del edificio.

—Hola —dije, tratando de recuperar el aliento.

—¿No serás Sierra Banks, la ganadora de un Óscar? —me saludó ella con una cálida sonrisa, antes de darme un abrazo—. Enhorabuena.

—Gracias. Ha sido una noche muy intensa —dije, mientras ella soltaba una risa seca—. Supongo que aún estoy asimilándolo todo.

Ella se apartó de mí y me entregó una llave electrónica y el móvil de Finn.

—Me alegro mucho de que hayas venido.

Cogí el teléfono, confusa.

—¿Por qué?

—Te ha estado escribiendo mensajes. Muchos.

—Pero si le he bloqueado.

—Lo sé —dijo ella, con los ojos en blanco—. Este es el código para desbloquear. —Lo recitó de un tirón—. No tienes que hacerlo, pero si quieres, léelos.

—Ah, vale.

Todo estaba yendo demasiado rápido.

—Cuando subas, tú solo… sigue las velas, ¿de acuerdo?

—¿Velas? —repetí, para confirmar que lo había entendido bien.

Sus labios se curvaron, divertidos.

—Uno de mis mejores proyectos, aunque Su Miaujestad se ha asustado un poco.

Me apretó la mano una vez, me prometió que ya lo celebraríamos en otro momento, y me dio un empujoncito hacia el ascensor. No sabía qué pensar mientras subía hasta el ático, y apreté con fuerza la llave electrónica y el teléfono en la mano cuando salí al descansillo.

Brenna había dicho algo sobre unos mensajes. Miré la pantalla negra del móvil de Finn, lo toqué para activarla e introduje el código. Me pareció muy raro leer sus mensajes, como si estuviera invadiendo su intimidad, pero él me los había enviado a mí.

Tras decidirme, toqué la pantalla y me apoyé contra la puerta del ascensor. Había cientos de mensajes, con información sobre su vida y su familia, fotos, viñetas, enlaces… Todo lo que pensaba que podría gustarme.

Me había enviado una disculpa cada día, admitiendo que se había equivocado, que me echaba de menos y me necesitaba. Contuve un sollozo al leer lo mucho que me quería. Me había empezado a mandar mensajes mucho antes de los Óscar, aun siendo consciente de que lo había bloqueado. Era imposible que yo hubiera visto nada de lo que había escrito, pero él había seguido haciéndolo y

contándome todo lo que quería hacerme saber. Durante días. *Semanas*.

Abrí despacio la puerta del piso. Me temblaban las manos, el corazón se me había acelerado y los nervios me atenazaban el estómago. Me sentía más tensa que cuando había esperado que anunciaran el ganador al mejor diseño de vestuario.

No estaba preparada para la emoción que me invadió al atravesar la puerta de entrada. Tuve la sensación de haber vuelto a casa, y la oleada de recuerdos que se habían despertado al leer los mensajes amenazó con cortarme la respiración.

—¿Hola? —llamé—. ¿Finn? Brenna ha dicho que podía subir.

Las luces estaban apagadas pero, siguiendo las indicaciones de Brenna, seguí un camino de velas encendidas, cuyas luces parpadeantes me guiaron a través del salón y a lo largo del pasillo. Las seguí hasta la puerta del taller de cerámica de Finn. Dudé antes de entrar y, durante un momento, la sorpresa ahogó cualquier otra sensación. El taller también estaba iluminado con velas y, a su luz, pude ver que estaba lleno de piezas de cerámica, todas ellas milagrosamente intactas. Estaban apiñadas en las estanterías y sobre las mesas. Algunas eran tan pequeñas que habrían cabido en la palma de mi mano, mientras que otras eran tan grandes como mi propia altura. Me acerqué a mirarlas, y fruncí el ceño al comprender lo que tenía ante mí. Cada uno de los fragmentos rotos había sido pegado con mucho cuidado.

Al observarlas de cerca, me di cuenta de que no solo había pegado las piezas para recomponerlas, sino que había seguido la técnica del *kintsugi*, en la que se mezcla resina con polvo de oro para que las grietas y brechas no queden disimuladas, sino resaltadas y decoradas.

La luz cálida de las velas iluminaba las piezas y destacaba el brillo metálico que me rodeaba. Era… Decir bonito era quedarse muy corto.

Al oír el sonido de unos pasos, supe que era él. El pulso me latió enloquecido en la base de la garganta mientras trataba de inspirar hondo.

—Has venido —dijo con suavidad.

—Dijiste que tenías algo que enseñarme —contesté despacio, y me di la vuelta para mirarlo.

Estaba igual que cuando lo había visto subido a aquel escenario, confesando al mundo entero que me amaba.

Se había quitado la chaqueta del esmoquin, desabrochado el botón superior de la camisa y doblado las mangas. Parecía… relajado. Parecía *mi* Finn, y noté mariposas en el estómago al pensarlo.

—Esto te ha debido llevar muchísimo tiempo.

— Últimamente he tenido mucho tiempo libre —respondió, con una sonrisa que hizo aletear de nuevo a las mariposas de mi estómago.

Le mostré su teléfono.

—Me has estado enviando mensajes.

—Así es.

—*Muchos* mensajes. —Me mordí el labio—. No los leí. Te había bloqueado.

—Lo sé.

—Pero ¿por qué? —pregunté, mirando el teléfono que aún tenía en la mano, antes de dejarlo en una mesa.

Él respondió sin dejar de mirarme a los ojos.

—Porque tenía cosas que decirte.

Aquello era inesperado, y me sentí muy abrumada. Cambié el peso de un pie al otro, mientras el corazón me martilleaba en el pecho.

—¿Qué habrías hecho si no hubiera visto los mensajes?

—Habría comprado espacio en el Times para publicarlos todos. Y si eso no funcionaba, está esa valla publicitaria cerca de Puntadas.

—Finn…

Aquello era demasiado y, aunque antes me había parecido que el mundo estaba girando sin control, ahora era como si se hubieran activado los frenos, pero yo no había recuperado el equilibrio.

—Quiero que sepas que he sido un imbécil y que, mientras estaba sumido en la autocompasión y sintiendo que había perdido el control, aprendí *kintsugi*.

Se acercó a una de las vasijas y acarició con los dedos las líneas doradas que la recubrían. No pude evitar una sonrisa al observar el cuidado que ponía.

—¿Has aceptado las imperfecciones? —pregunté, bastante impresionada.

Él me miró, y su mirada, antes fría, se había vuelto ardiente.

—He comprendido que hay belleza en ellas —admitió—. Ya no me interesa que las piezas sean perfectas. Puede que tengan algunos defectos, pero las mejores cosas de la vida suelen tenerlos, y también las mejores personas.

—¿Crees eso de verdad? —pregunté, con voz rota.

Él tendió una mano y yo la cogí, dejando que me acariciara los nudillos con el dedo.

—Me he pasado la vida temiendo lo que pasaría si permitía a alguien ver mis propias imperfecciones. Llevaba una máscara y me esforzaba por dar la impresión de que toda mi vida era perfecta. Me centraba tanto en cosas que no eran reales, que me perdí a mí mismo por el camino, y también perdí a la persona que más me importa en el

mundo. Eso lo he comprendido ahora, y no quiero seguir viviendo de ese modo, si así voy a perderte.

Un sollozo se escapó de mi garganta.

—Finn —dije con un hilo de voz.

—Sé que no soy perfecto, Sierra. Hay cosas que debo mejorar, costumbres que debo perder. Pero he comprendido que mis hermanos y yo, mi madre… Todos nosotros hemos madurado, y ya no me corresponde a mí sujetar las riendas de todo. Por supuesto que habrá complicaciones en el futuro, pero así es la vida, y ya no quiero planear ni escribir un guion para vivirla. Quiero que mi vida sea desordenada e imperfecta, pero real.

—¿Como el discurso que has dado?

—Lo único imperfecto de ese discurso ha sido que no estabas allí para escucharlo —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté, admirando la forma en que la luz de las velas iluminaba su cara, y resistiendo el impulso de deslizar la mano por su fuerte mandíbula—. ¿Se acabó el señor Importante?

Él asintió y me sujetó la cara con las manos.

—Se acabó el señor Importante. Bueno, tal vez necesite un poco de ayuda con eso. Cuesta mucho librarse de las viejas costumbres, pero estoy dispuesto a aceptar el desorden y la imperfección. Quiero ser el hombre que mereces, porque tú eres todo mi mundo. Lo que he dicho en ese escenario iba en serio, Sierra, y también mis mensajes. Te quiero. Siento mucho haberte decepcionado, y te prometo que lo haré mejor de ahora en adelante.

Un lado de su boca se curvó en una sonrisa, e inclinó la cabeza hacia las esculturas.

—Espero que seas capaz de aceptarme, con todas mis grietas.

—¿Quieres que te dé otra oportunidad? —pregunté, con el corazón en un puño y los ojos llenos de lágrimas.

—Con todos mis defectos —respondió asintiendo—. Y, si lo haces, te prometo que dedicaré cada día a demostrarte lo importante que eres para mí.

Me lancé a sus brazos y uní mis labios a los suyos, en un beso desesperado.

—Yo también te quiero —murmuré contra su boca.

Él me apretó con fuerza y se apartó, lo justo para dedicarme una sonrisa traviesa.

—¿Más que al RevX? —preguntó.

Yo gemí, me eché a reír, y le di un golpe juguetón en el pecho.

—No volveré a decepcionarte —prometió, y volvió a besarme de nuevo.

—Bien —susurré.

Volvimos a besarnos con pasión. Él deslizó los labios por mi mejilla y descendió hacia mi cuello, hasta encontrar el punto donde me latía el pulso. Gemí, mientras los dos retrocedíamos hasta golpear una mesa, haciendo que se tambalearan aquellas perfectas piezas imperfectas.

—Tal vez deberíamos hacer esto en algún sitio… —empecé.

—¿Menos peligroso?

Me mordí el labio y, cuando asentí, Finn se dio la vuelta y apagó las velas.



Atravesamos la casa a la luz parpadeante de las velas como si nunca nos hubiéramos separado, y cuando Finn me tendió sobre su cama, suspiré aliviada. Una sola vela brillaba en la mesilla. Nos habíamos quitado la ropa, y mientras caminábamos hasta el dormitorio principal, habíamos ido apagando las velas que formaban el camino preparado por Brenna.

—Dios, cómo te he echado de menos —dijo él.

Me besó la sien, la oreja, enterró la nariz en mi pelo y deslizó la mano por mi cadera desnuda.

Al otro lado de la puerta, se escuchó un fuerte maullido, y no pude evitar que se me escapara una carcajada.

—Creo que Su Miaujestad tiene mucho que decir sobre el hecho de que esté de nuevo en tu cama —observé, acariciando el pelo corto de la nuca de Finn.

Su cuerpo, tan deliciosamente fuerte, me tenía sujeta contra el colchón. Me acomodé debajo de él para acercar más mis caderas, desesperada por conseguir fricción.

—Está intentando cortarme el rollo —dijo Finn, y yo chillé cuando me pellizcó el trasero.

—Más bien está intentando proteger su lugar preferido para dormir de la intrusa de la que creía haberse librado de una vez por todas.

—No. Te ha echado de menos —susurró Finn, rodeándome con sus brazos.

Su polla, ya enfundada en un condón, se deslizó por la humedad que se había acumulado entre mis muslos. Yo gemí, desesperada por recibir más, por tenerlo dentro de mí.

—Me mordía cada vez que intentaba bañarlo. Hasta destrozó su jersey favorito, que era un regalo de Grace.

Al pensar en aquellos jerséis ridículos, solté un resoplido de risa.

—Se pasó semanas enteras en la habitación de invitados, dando vueltas sobre tu cama —continuó Finn, negándome a propósito lo que tanto ansiaba—. Creo que estaba esperando a que volvieras a casa.

—Ya he vuelto a casa —respondí, acariciándole una mejilla con la mano.

—Eso es cierto —asintió él—. Y no pienso volver a dejarte marchar nunca más, Cenicienta. Esta vez, no te escaparás en la carroza de calabaza.

—Tampoco es que vaya demasiado rápido —bromeé.

—Seguro que las ruedas están deshinchadas.

—Además, en tu vestidor hay más sitio para mis zapatos de cristal que en el armario de mi piso —dije.

—Bueno, me alegro de que hayamos resuelto el tema de los armarios —rio Finn.

—Exacto. —Estaba temblando de deseo, de felicidad—. Esculturas con *kintsugi*, gatos molestos y vestidores enormes. ¿Qué más podría querer una chica?

—Lo que sea —respondió él—. Solo tienes que pedirlo, y te serviré el mundo entero en una bandeja. Lo digo en serio, Sierra.

Mi corazón latía a toda velocidad.

—Te estás tomando lo del hada madrina un poco demasiado en serio, ¿no?

—Solo durante el resto de nuestras vidas —dijo—. Pide, y será tuyo.

—Fóllame —dije en un susurro junto a su oído.

Él introdujo una mano entre nosotros para acariciarme el clítoris. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que me había tocado, y mi cuerpo respondió, impaciente y ansioso, a sus caricias.

La sensación fue tan deliciosa que los meses que habíamos estado separados desaparecieron de mi mente, como si solo hubieran sido un mal sueño, y la tristeza pasada se desvaneció entre oleadas de placer.

—¿Así? —preguntó él.

Los ojos se me cerraron, y me perdí en las sensaciones que me provocaba.

—Sí —suspiré.

—¿O así? —Cambió el ángulo e introdujo dos dedos en mi interior, sin dejar de aplicar presión sobre mi clítoris. Sacudí las caderas—. Mírame, Sierra. Quiero ver cómo pierdes la cabeza cuando haga que te corras.

Luché por mantener los ojos abiertos, e hice un esfuerzo para centrarme en él a medida que una deliciosa sensación se iba acumulando entre mis caderas.

—Finn —gemí.

—Eso es, di mi nombre —gruñó en mi oído, al tiempo que curvaba los dedos en mi interior.

Notaba su polla erecta junto a mi muslo. Lo necesitaba dentro de mí, ya.

—*Por favor* —supliqué.

—Por favor, ¿qué? —dijo—. ¿Que te folle, por favor? ¿Que te haga tocar el cielo, por favor?

Empezó a moverse más rápido, y a meter y sacar los dedos de mí, a medida que la tensión se acumulaba en mi cuerpo, cada vez más intensa, amenazando con hacerme estallar.

—¡Finn! —grité, y apreté la mano contra su pecho, notando la definición de sus músculos.

—Así me gusta —dijo él, acariciando mi clítoris en círculos.

El placer estalló en oleadas desde dentro de mí y se extendió por mi cuerpo mientras gemía su nombre.

—Sí, di mi nombre. *Grítalo* —gruñó en mi oído mientras yo me dejaba llevar por el orgasmo.

Finn retiró los dedos y me miró desde arriba, esperando mi asentimiento, que ofrecí jadeante, antes de reemplazar sus dedos con su polla. Cuando se hundió en mi interior, las sensaciones se intensificaron, y me dilató de un modo delicioso, mientras otro espasmo increíble recorría mi cuerpo. Gemí otra vez cuando Finn empezó a moverse, hundiéndose tanto que una segunda oleada de deseo se apoderó de mí, fuerte e intensa.

No estaba segura de si me había provocado otro orgasmo, o si era el mismo de antes, prolongado de la forma más increíble, pero la cabeza me daba vueltas por el placer que latía detrás de mis párpados. Quería extraer hasta el último ápice de esa sensación, pero los movimientos de Finn se volvieron más erráticos y lo estreché contra mí mientras él se dejaba llevar, temblando por su propio orgasmo.

—Te quiero —gimió en mi oído—. Te quiero, te quiero…

Miré el reloj situado en la mesilla. Era pasada la medianoche. Finn estaba en mis brazos y yo ya no era Cenicienta, alejándose en su carroza de calabaza y tratando de correr más rápido que el reloj. Ya no había cámaras, ni entrevistadores, ni respuestas preparadas. Se acabaron las citas publicitarias.

Ya solo éramos Finn y Sierra.

Reales.

Con todos nuestros defectos.

Y dispuestos a empezar de nuevo.

38

SIERRA

—Muy bien —dijo Ro, que entró en el taller de vestuario de Hart of Gold Productions frotándose las manos—. ¡Estoy lista para dejarme impresionar!

Le cogí las manos cuando llegó a mi lado. Era el primer día de preproducción de *Cierta clase de química* y, tras aceptar el puesto de diseñadora de vestuario, que Finn había estado reservando con la esperanza de que cambiara de opinión, había trabajado mucho para preparar las muestras de vestuario para ese día.

—Esto es un poco surrealista, ¿no? Esta es *tu* película, toda una comedia romántica enorme para el verano.

—Aún estoy pellizcándome —dijo Ro, con la cabeza inclinada y mirándome de un modo un poco raro—. Y es *nuestra* película.

—Bueno, es *tuya*, sobre todo —sonreí.

Habíamos esperado ese momento durante la mitad de nuestras vidas, y por fin nos habían ofrecido la comedia romántica de los años ochenta de nuestros sueños. Trabajar con X había sido increíble, pero trabajar con Ro… Nada podía compararse a crear una historia desde cero con tu mejor amiga.

—Bueno, Ro Gilmore, directora sin igual, muchas gracias por dedicar parte de tu tiempo a reunirte hoy conmigo.

Ro soltó un resoplido.

—Llevo días tratando de conseguir que me des información sobre el vestuario. Tienes suerte de que no me haya colado en el piso de Finn para rebuscar en tus notas.

—No te atreverías.

—Oh, ya lo creo que sí, créeme. Brenna tuvo que convencerme de que no lo hiciera.

Sonreí y la conduje a través del taller hasta mi despacho.

—Y, bueno… —dijo Ro, que se apresuraba a mi lado—. ¿Qué has preparado? ¿Trajes de chaqueta con hombreras? ¿O cazadoras de cuero al estilo punk? Sea lo que sea, quiero melenas enormes y *todos* los accesorios.

—No te preocupes, ya he puesto a Paisley a preparar coleteros de tela.

Por suerte, había conseguido reunir al mismo equipo que había trabajado en *Cada día*, así que aquello era casi una reunión familiar.

—¿Va a venir Finn? —preguntó Ro.

—Ha dicho que vendría esta mañana. Seguramente estará atrapado en alguna reunión. —Di la vuelta a uno de los tableros de exposición, mientras Ro se dejaba caer en un sofá—. Bueno, esto es lo que he pensado hasta ahora.

Señalé con gesto dramático el tablero y dejé que Ro apreciara todos los colores neón que había incluido en los bocetos.

—Oh. Dios. Mío. —Abrió mucho los ojos—. ¡Me encanta!

—¿Sí?

Ro se puso en pie de un salto para acercarse a ver los bocetos y las muestras de tela.

—¿Esta es nuestra protagonista?

—Creo que deberíamos utilizar colores brillantes, divertidos y de un solo tono —dije, para explicarle mis ideas—. Y en lo que se refiere al protagonista masculino…

Fui a dar la vuelta al segundo tablero justo cuando…

—Toc, toc.

Brenna asomó la cabeza en el despacho. Detrás de ella había dos personas muy atractivas, con piel brillante, pelo sedoso y sonrisas de película.

—Ro, ya conoces a Jenn y Michael. Sierra, quiero presentarte a nuestros dos protagonistas.

—Hola —sonreí en respuesta a la presentación de Brenna.

Era la primera vez que los veía en persona pero, en cuanto me uní al proyecto, había buscado información sobre los dos para poder ir pensando en el diseño de sus prendas.

—¿Por qué no empezamos con vuestras medidas iniciales?

Jenn y Michael me siguieron a las plataformas para pruebas situadas delante de los espejos, mientras Paisley y Carter se ponían a trabajar. Fui del uno a la otra, probando muestras de tela contra su piel mientras Ro hablaba emocionada sobre una escena de baile en una discoteca, donde llevarían calentadores y guantes sin dedos. Trin miraba su teléfono con una sonrisa en la cara.

—Tierra llamando a Trin —dije con una sonrisa cuando ella empezó a dar saltitos.

—Tienes que ver esto —exclamó ella, entregándome su teléfono.

Miré confusa el vídeo que me mostraba. ¿Ese era Trey? Reinicié el vídeo y subí el volumen, para escuchar a un Trey muy borracho protestar por cómo habían fracasado sus intentos de sabotearme. Me sorprendió que hablara de cosas sobre las que yo no había tenido ni idea.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ro.

Todos se acercaron para ver en el vídeo cómo Trey destrozaba su carrera, hablando de cómo me había engañado y de las mentiras que había contado a Milli, con la aprobación de esta.

—¡Menudo gilipollas!

Trin recuperó su teléfono.

—Pues aún hay más. Ya lo han visto como millones de veces, y su agente ha emitido un comunicado para anunciar que ha dejado de trabajar con él. Este tío ahora es oficialmente tóxico y nadie quiere que lo relacionen con él.

—Vaya, es como recibir doble ración de tarta en un buen día —dijo Ro, lo que me provocó un ataque de risa.

Durante las sesiones con la prensa después de ganar el Óscar, había conseguido evitar contestar preguntas sobre Trey, aunque sus mentiras aún me hacían hervir la sangre. Por suerte, la declaración de amor de Finn durante la ceremonia en directo había acabado con los rumores, pero yo era lo bastante vengativa como para que me emocionara el hecho de que hubieran pillado a Trey mintiendo.

Cuando todos volvieron a sus trabajos, corrí a mi despacho para coger mi cuaderno de apuntes, pero unos brazos muy fuertes me rodearon la cintura desde atrás.

—Eh, hola…

Unos labios me acariciaron el cuello, mientras notaba una respiración cálida sobre mi piel. Incliné la cabeza hacia un lado, sintiendo una

oleada de deseo recorrer mi cuerpo. Me mordí el labio y me di la vuelta entre los brazos de Finn.

—Deberías portarte bien en el trabajo —le advertí.

—Dije que sería bueno —murmuró en voz grave y baja—, pero nunca prometí ser un santo.

—Ajá. Entonces, ¿por casualidad no serás tú quien ha filtrado a la prensa ese vídeo de Trey borracho?

Él sacudió la cabeza y su pelo me acarició el cuello.

—No exactamente, pero puede que ayudara un poco.

Me sonrió con sorna, y justo entonces se acercaron un par de repartidores que habían atravesado el taller, cargados con palés de latas de bebida.

—¿Qué es todo esto? —pregunté, soltándome de su abrazo para acercarme a la mesa de cortar sobre la que estaban apilando unas cajas.

—Una entrega especial —dijo Finn, apoyado en el marco de la puerta de mi despacho con los brazos cruzados, y una sonrisa de suficiencia que me dijo que había estado tramando algo.

Olvidé a Trey y lo miré con suspicacia.

—¿A qué clase de entrega te refieres? —Me fijé en el logo impreso en las cajas—. ¿Qué narices es Tastea?

—He invertido en una empresa de té —explicó él—. Energía natural, sin ninguno de esos horribles productos químicos que te acabarán matando.

—¿Me vas a quitar el RevX?

—Oh, ya lo he hecho, Cenicienta. —Me tomó de la mano y volvió a rodearme con sus brazos—. Te dije que iba a desengancharte de esa

basura, y lo dije en serio. Te necesito junto a mí durante mucho tiempo, Sierra Banks. Tengo mis *razones*.

—¿Razones? —Lo miré con el corazón latiéndome a toda prisa, mientras él me miraba con cariño.

—Sí. Son razones totalmente egoístas —susurró, y me dio un beso en los labios.

—¿Estás segura de que no deberían ser ellos los protagonistas? —bromeó Michael, dirigiéndose a Ro y señalándonos a Finn y a mí con un gesto.

—Uf —protestó Ro con un escalofrío fingido—. Si lo fueran, tendría que pasar meses viéndolos a través de la cámara. Creo que paso, bastante tengo con aguantarlos en público.

Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza ante sus protestas. Aún recordaba que había querido ampliar la foto de la portada de *US Weekly* en la que salíamos Finn y yo, para colgarla en la pared.

—Con eso te ganarías un plus de peligrosidad —comentó Michael, mirando a Ro con algo que podía considerarse un destello en los ojos.

—¡Ya lo creo! —declaró Ro.

Hmm… pensé, porque no se me había escapado la forma en que ella le sonreía. Me volví a mirar a Finn, mientras los repartidores seguían descargando cajas de Tastea. En ese momento, caí la cuenta de algo.

—Oye, eso que has dicho sobre invertir en la empresa…

—¿He dicho invertir? —preguntó Finn—. Quería decir comprar. —Me besó en la mejilla—. No estoy bromeando.

Fruncí los labios e intenté no sonreír ante aquel gesto absurdo.

—Tomo nota de tu dedicación, pero no necesito que te dediques a comprar empresas por mí.

—Necesito diversificar mis inversiones —dijo él, dándome un golpecito en la nariz con el dedo—. Pero bueno, ¿cómo va el taller? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Es casi perfecto —dije.

—¿Casi?

—¿Qué ha pasado con Merle?

—Oh, se me había olvidado lo mejor —dijo él con una sonrisa perversa.

Salió al pasillo y, al poco, volvió con un carrito sobre el que estaba Merle. El maniquí iba ahora vestido con una camisa hawaiana, parecida a las que solía llevar Paisley. La lata de RevX que había tenido pegada en la mano había sido sustituida por un letrero de cartón con el mensaje: NO DAR BEBIDAS ENERGÉTICAS A LA DISEÑADORA DE VESTUARIO. QUIEN ROMPA ESTA REGLA TENDRÁ QUE OCUPARSE DE LAVAR LA ROPA.

Lo miré, nada impresionada.

—¿En serio?

—Tengo que deshacer muchos años de daños provocados por el RevX —dijo él—. Y me tomo mi trabajo muy en serio. Eres muy importante para mí.

—Como no tengas cuidado, Ro acabará pidiendo que le pagues el plus de peligrosidad —advertí.

Finn me sujetó la mejilla con una mano y me acarició con el pulgar.

—Siento tener que decírtelo, pero Ro no nos está haciendo ningún caso.

Se escuchó una carcajada y, al mirar hacia donde estaba Ro, la vi con las mejillas encendidas, riendo de algo que había dicho Michael.

Hmmm… pensé.

—¿Otro romance durante el rodaje? —pregunté a Finn.

Él se inclinó hacia mí y emitió un leve gruñido junto a mi sien.

—Dios, espero que no. Acabamos de terminar de montar el nuevo sistema de sonido, y no quiero ni imaginar las tonterías que pueden captar esos trastos. No podría enfrentarme a otro desastre como el que liaron mi madre y X.

—A lo mejor tienes que ser tú quien cobre el plus de peligrosidad —observé, y los dos nos echamos a reír—. Pero un poco de desastre puede no ser demasiado malo.

Me miró con cariño y me rodeó la cintura con los brazos.

—Podría ser lo mejor de todo.

39

FINN

—¿Crees que dejarán de mirarme mal alguna vez? —preguntó X, que se había acercado a mí en el salón—. Tengo la sensación de llevar una diana pegada en la espalda.

Suspiré y le di una palmada en el hombro, en señal de comprensión.

—Lo siento, pero no creo que eso vaya a cambiar pronto.

Él soltó un murmullo, bebió un poco de su copa, y me resultó evidente que se sentía incómodo de verdad.

—Dales un poco de tiempo —propuse—. Liam y Connor lo acabarán entendiendo. —O eso esperaba yo—. Solo necesitan unas cuantas reuniones familiares más.

—Claro —dijo X—. Y, tal vez, mi riñón izquierdo también, en prueba de buena fe.

—Eso podría ayudar.

Había volado a San Francisco esa tarde con Sierra, Liam y Mia, para una de nuestras cenas mensuales con la familia, que esa vez tenía lugar en casa de mi madre. A esas alturas, X era uno más del grupo, pero Sierra y yo parecíamos ser los únicos que ya no dudaban de

sus intenciones. Liam hacía lo que podía y, por suerte, tenía en común con X su conocimiento del negocio del cine, así que, al menos podían hablar de trabajo. Sin embargo, a Connor le estaba costando mucho aceptar que nuestra madre tuviera un hombre en su vida, sobre todo uno que ya le había hecho daño una vez.

Aun así, X no me había dado ninguna razón para dudar de él desde que había vuelto a salir con mi madre, y a esas alturas, me parecía que hacían una pareja encantadora.

—¿Tengo que llevar esto toda la noche? —se quejó Liam desde donde estaba sentado en el sofá, después de levantarse el parche que llevaba en el ojo.

—¡Sí! —exclamó Grace, mientras le ponía un tricornio en la cabeza.

Había sido ella quien había escogido el tema para la cena, y había elegido los piratas porque había participado en la elaboración de los disfraces para la representación de *Peter Pan* en su colegio, con ayuda de Sierra, que había aportado su *consultoría experta*. En lo que a mí se refería, Liam lo había tenido fácil, con su sombrero pirata y el parche en el ojo. En cambio, yo tenía que llevar un loro de peluche en el hombro, y las sujeciones se me clavaban en la piel.

—Oye —llamé la atención de X con un codazo—. He organizado una pequeña búsqueda del tesoro para Grace con ayuda de mamá. —Saqué un pequeño rollo de papel de mi bolsillo, atado con una cinta de cuero—. ¿Por qué no se lo das tú?

—Oh, no, no podría hacerlo —dijo X, negando con la cabeza.

—Sí puedes —insistí—. Le va a encantar, y a Connor le encantan las cosas que la hacen feliz. Tal vez así puedas caerles mejor sin tener que entregarles un riñón.

Él me dedicó una sonrisa de agradecimiento y cogió el rollo de papel.

—Gracias. Lo digo en serio.

—Adelante —asentí—. Antes de que le saque un ojo a Liam.

X dejó su bebida, cogió el gancho falso que tenía para una mano y agitó los brazos dramáticamente.

—*Arrrg*, ¡Capitana Grace! —anunció, mostrando el rollo de papel—. ¡Mira lo que hemos encontrado en la orilla!

Grace dio un respingo al verlo. X le entregó el papel, y ella lo desenrolló.

—¡Un tesoro pirata! ¡Mira, papá!

—¡Hala! —dijo Connor desde donde estaba sentado hablando con mi madre.

Lanzó a X una mirada algo menos suspicaz de lo habitual y sonrió un poco ante la emoción de Grace.

—¡Vamos, X! —exclamó Grace, que agarró el gancho para tirar de él hacia la puerta trasera—. Creo que el tesoro estará fuera.

—Ha sido todo un detalle por tu parte —dijo Sierra, que se había acercado a mí.

Le pasé un brazo por los hombros y la acerqué más para besarle la cabeza.

—Sabía que a Grace le encantaría.

—¿A quién no le gustan los tesoros? —dijo Sierra, mirándome—. Pero me refería a lo que has hecho por X.

Me encogí de hombros.

—Mamá merece ser feliz, y ahora tiene algo bueno con X. Cuanto antes lo entiendan Liam y Connor… mejor para todos. Pero, hablando de tesoros…

Saqué de mi bolsillo un segundo rollo de papel, más pequeño. Mi madre me miró desde el otro lado del salón y sonrió cuando se lo di

a Sierra.

—¿También me has hecho un mapa del tesoro a mí? —preguntó Sierra, riendo mientras lo abría—. ¿Nos vas a dar mapas del tesoro a todos?

—Solo a mis personas favoritas —susurré.

Sierra situó el mapa correctamente, y miró alrededor del salón para orientarse.

—Hmm —dijo, y se dio la vuelta para salir de la habitación siguiendo las instrucciones del mapa—. Es un dibujo muy bueno —dijo, impresionada—. Tal vez deberías empezar a dibujar, además de la cerámica.

—He aprendido de la mejor —dije.

—Oh, vamos. Mis bocetos no son más que garabatos, y no muy buenos.

—Y eso que te han pedido que dones algunos de los que hiciste para *Cada día* para esa nueva exposición en el Hollywood Museum.

Ella me miró con los labios fruncidos.

—Se suponía que sería una sorpresa.

—Tengo amigos en el consejo de dirección, ¿recuerdas?

—Ajá —murmuró ella, volviendo a mirar el mapa.

Siguió andando hasta la entrada, donde yo había dejado mi chaqueta colgada en el perchero.

—La X señala este lugar.

Sierra enrolló el mapa y metió la mano en el bolsillo de mi chaqueta, de donde sacó un pequeño cofre del tesoro. Al verlo, se echó a reír.

—Muy adecuado al tema.

—Ábrelo —pedí.

Cuando lo hizo, abrió mucho los ojos y se quedó boquiabierta.

—Oh, ¡*Finn*!

Cogí la caja de sus manos con cuidado y, después de sacar el anillo, me dejé caer sobre una rodilla. Sierra se cubrió la boca con las dos manos cuando levanté el anillo hacia ella. Era un ágata dendrítica, cortada en hexágono y rodeada de diamantes.

—He visto docenas de anillos, pero no dejaba de pensar en este —expliqué—. Las vetas de la piedra parecen hilos, y creo que es perfecto para ti.

—¿Este no es de Veritique?

—No. Hacen joyas preciosas, y me encantaría enseñarte algunas de ellas, pero no son las adecuadas para esto. No para ti.

—Es precioso —dijo, con la voz rota por la emoción.

—No tanto como la vida que quiero crear contigo —respondí—. Sé que ya hemos pasado por esto antes, pero lo digo en serio, Sierra. Quiero pasar el resto de esta vida complicada y maravillosa contigo.

Un gemido se escapó de entre sus manos, y vi caer unas cuantas lágrimas.

—¿Me harás el honor de ser mi esposa? —pregunté.

Ella parpadeó con las pestañas cubiertas de lágrimas.

—Claro que sí —susurró.

Le tomé una mano temblorosa y deslicé el anillo en su dedo. Encajaba a la perfección.

Ella se echó a reír, incrédula, y yo me puse en pie y la tomé en mis brazos para darle un beso desesperado. Cuando nos separamos,

escuché un coro de aplausos y, al volverme, vi a toda mi familia apiñada en el pasillo, esperando impacientes para felicitarnos.

—¡Viva! —chilló Grace cuando Connor la soltó por fin. Echó a correr y se lanzó a mis brazos—. ¡Podré llevar el anillo y ser la niña de las flores!

—Claro que sí —dije, mirando de Grace a Sierra, sabiendo que estaba mirando a mi futuro.

No tenía duda de que sería perfecto.

FIN DE EL TIRANO DE MIS PESADILLAS

LOS HERMANOS LOCKHART LIBRO 2

El jefe al que odio, Enero 6, 2026

El tirano de mis pesadillas, Febrero 17, 2026

El gruñón más insoportable, Marzo 31, 2026

P. D.: ¿Quieres enamorarte perdidamente? Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***El gruñón más insoportable*** y ***El más prepotente.***

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:



CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente haz clic aquí o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice "ESCRIBIR MI OPINIÓN".

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

ACERCA DE LESLIE

¿Aún no conoces a Leslie North? Los lectores recomiendan empezar con «El más prepotente». Imagínate una niñera como Mary Poppins, pero aún más encantadora y de Minnesota, que trabaja para un multimillonario irlandés muy antipático. Su historia lo tiene todo: humor, venganza, pasión, desilusión y esperanza, además de unos diálogos muy entretenidos. En las palabras de una lectora: «¡Los momentos románticos y las escenas divertidas de esta historia me hicieron chillar!»

Leslie North es el pseudónimo de una misteriosa autora superventas del periódico USA Today que idea comedias románticas y romances contemporáneos como una campeona (¡los jefes de sus historias te robarán el corazón!). La protección del anonimato le permite dar rienda suelta a toda su creatividad, sobre todo cuando se trata de escribir unas escenas tan apasionadas y emocionantes que harán que te sonrojes.

De hecho, la autora ha confesado que… ¡casi le gusta más su identidad como Leslie North, que su personalidad cotidiana! Sus novelas superventas son conocidas por el carácter fuerte de sus personajes, sobre todo sus heroínas: mujeres mordaces y atrevidas, que no tienen reparos en plantar cara a un jefe capullo y dominante. ¿Y su sentido del humor? Bueno, digamos que tal vez debas avisar a quienes te rodean de que no se sorprendan si sueltas una carcajada inesperada.

El interés de Leslie por las novelas románticas comenzó cuando encontró una muy desgastada en su biblioteca local. Poco después de leerla, ella misma se animó a escribir y, como se suele decir, el resto es historia, una de lo más divertida y conmovedora. En la actualidad, Leslie vive en un acogedor chalet en la costa británica, donde le gusta dar largos paseos relajados con sus dos dálmatas, George y Fergie, que son de lo más traviesos.

A Leslie le encanta escuchar las opiniones de sus lectores, así que, si tienes algo que decirle, no te cortes y escríbele. ¡Le alegrarás el día!

Facebook: facebook.com/leslienorthlibros

Instagram: instagram.com/leslienorthlibros